

EL BAILE DE LOS SECRETOS



Lectulandia

Algo oscuro se ha desatado sobre la ciudad de Mandressla. Una horda de monstruos recorre las calles amparados en un manto de niebla roja. Zeppelines vivos sobrevuelan los tejados, arrastrando cementerios ambulantes bajo su sombra. Un relojero loco ha robado el tiempo y lo ha escondido. Niños ciegos se esconden en la oscuridad bajo sus camas y escuchan las historias que cuentan los muertos. Hombres de ceniza protegen las lágrimas de desamor de la ciudad. Es el fin.

La única esperanza reside en un puñado de desconocidos provenientes de un lugar siniestro y maldito; un lugar llamado Tierra. Sólo ellos pueden ponerle nombre a la enfermedad que devora a Mandressla.

Sólo ellos pueden terminar con el baile de los secretos

Lectulandia

Jesús Cañadas

El baile de los secretos

ePub r1.0

capitancebolleta 19.10.13

Título original: *El baile de los Secretos*
Jesús Cañadas, 2011

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Carmen, mi madre; y Victoria, mi tía.
Podría decirse que es una historia de amor,
pero si sólo fuera eso, no habría valido la pena contarla.
Alessandro Baricco, *Seda*

Los amores dejan de ser interesantes
cuando dejan de ser secretos.
Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

UNO

SALVAR A LA PRINCESA

Volverá a verme una vez más
si lo hace bien
Y me verá dos veces más
si lo hace mal.
de la película *Mulholland Drive*

1

El local está atestado de gente. La música le imprime una sorda palpitación en el pecho. Siente una ligera alarma, pero se va calmando a medida que se acostumbra al bullicio. Atraviesa su campo de visión una amalgama de fragmentos que podrían pertenecer a una misma persona. Cadenas. Tatuajes. Cuero. Uñas negras. Cercos oscuros en los párpados. Melenas como cascadas de brea, como lenguas de cadáveres envenenados.

Se dirige al fondo del local.

Está allí. Le espera debajo de uno de los altavoces. Está sentado en la zona más oscura, apenas se distingue su silueta. El altavoz, un armatoste negro tan grande como una persona, vibra de un modo ensordecedor sobre su cabeza. Su sombra le tapa la cara. La brasa de un cigarrillo se ilumina bajo sus ojos.

—Hola, Gabriel. ¿Has traído tu parte?

Gabriel ladea la cabeza. No entiende cómo se hace oír por encima del estruendo. Pero está demasiado nervioso para pararse a pensarlo.

—Espero que esto valga la pena —grita.

Sostiene entre sus manos un recipiente de aspecto pesado, envuelto en una bolsa de plástico. Un bulto pardusco se deja entrever en su interior.

El tarro cambia de manos. Los ojos del hombre se estrechan; se vuelven lobunos, elocuentes.

—No te preocupes, Gabriel. La valdrá.

Por un momento, ninguno añade nada más. Gabriel carraspea, pero la música

engulle sus intenciones.

—¿Qué hay de tu parte?

El hombre, ensimismado con el tarro entre sus manos, vuelve su atención hacia él, como si fuera un niño tirando de la manga de su padre. Se retrepa en el sillón. Gabriel imagina que la tapicería cruje. El hombre rebusca en el bolsillo de su chaqueta y deposita sobre la mesa una vela de un color parecido al turquesa, pero más sucio. Líneas de cera recorren su superficie irregular.

—¿Qué coño es esto?

—Es una vela. —Como si eso lo explicase todo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con ella?

—¿Qué se supone que hace la gente con las velas?

Gabriel parpadea.

—Tío, déjate de historias.

—Me temo que dejarme de historias es lo único que no puedo hacer.

La inseguridad empieza a calar en Gabriel. Prevé que dentro de poco se sentirá como un imbécil al que han tomado el pelo. Nota un familiar mareo, un vacío en la boca del estómago. El hombre añade:

—Deja que te advierta: si sigues adelante, puede que consigas lo que desees.

Un escalofrío recorre la columna de Gabriel. De alguna manera, intuye que todo lo que sucederá a continuación depende de su respuesta. El mareo se convierte en vértigo. Ya ha experimentado antes esa sensación. Nota una advertencia disfrazada de punzada en el pecho.

Con una mano temblorosa, coge la vela y se la guarda en el bolsillo. Se le nubla la vista.

—Dentro de poco sabrás lo que tienes que hacer. —Las palabras se introducen a puñados en sus oídos—. Si haces todo bien, me verás una vez más. Pero si la acabas cagando, me verás dos veces más.

Gabriel trastabilla. Se apoya en una columna. Cierra los ojos. Respira con dificultad, bocanadas de un aire que quiere escapársele de entre los labios. Poco a poco, el vértigo va pasando. Para cuando vuelve a enfocar la escena ante él, el hombre ya no está ahí. Boquiabierto, contempla el asiento vacío y el vodka frente a él, único testigo de su presencia en la discoteca. De pronto tiene la urgente necesidad de salir de allí.

2

—Mira qué bonita. —Carla agita la esfera y la deja sobre la mesa—. ¿Te gusta? Está nevando otra vez.

La abuela no responde. Carla le acaricia el pelo. Deposita un beso en su coronilla. Dentro de la esfera, la nieve baila entre los tejados de la ciudad en miniatura. Lágrimas blancas de algodón, piensa. Oye a Raúl llamarla desde la cocina, pero se toma un momento, mirando la nieve caer. La nieve caer. Está viendo otro lugar. Otros días. Pero siempre la misma nieve.

—Está nevando otra vez —repite—. Lleva mucho tiempo nevando.

Vuelve a echar una mirada a la inscripción en el pie de la esfera. La relee. Recuerda. Raúl vuelve a llamarla. Se oye el timbre, impaciente. Gus vocifera al otro lado de la puerta. Carla aparta de sí ciertas ideas que de vez en cuando se le enredan en los cabellos. Va a abrir.

La esfera se queda en la mesita. Bajo la mirada infinita de la abuela, la nieve sigue cayendo sobre la ciudad en su eternidad de noches artificiales.

3

Cuando era pequeño, Gus solía tener pesadillas. Sucedían en el edificio donde vive Carla. Ahora no las recuerda, pero nadie podría borrar de la mente de su madre las noches en las que la despertaban sus berridos histéricos, y tenía que sacrificar una hora de sueño abrazando a su hijo hasta que se secaban las lágrimas y menguaban los temblores.

El edificio de Carla no tiene nada de particular, excepto la disposición de los apartamentos. Hay unos quince por planta, distribuidos de un modo irregular a lo largo de una maraña de pasillos decorados con macetas que jamás florecen. El pequeño Gus soñaba que le perseguía un toro por aquel laberinto pintado de verde. Una bestia que apenas cabía por los corredores, hacía crujir las paredes y destrozaba las losas del suelo mientras avanzaba en su busca. Esos sueños han dejado en su subconsciente un poso de resquemor, una sensación de que alguien le respira en la nuca, cada vez que recorre el camino entre el ascensor y la puerta de Carla. Incluso ahora, es incapaz de decir por qué acelera el paso, arrastrando consigo a Guille.

Está anocheciendo. Cuando la puerta se abre, una criatura blanca se escurre por el hueco que enmarca la cara de Carla. Se arremolina entre sus pies. Gus tiene que hacer malabares con las latas de cerveza que ocupan sus manos para poder coger a la gata.

—¿Por qué habéis traído latas? —pregunta Carla.

—No quedaban litronas —dice Gus, acariciando a la gata—. Hola, Señorita Pride. Está usted más guapa cada día.

—Hola Carla —saluda Guille, detrás de él—. Hace tiempo que no nos veíamos.

—Qué gracioso, listillo. —Carla se hace a un lado. Guille pasa detrás de Gus—. ¿De qué estabais hablando? Se os oye desde dentro.

—Gus se ha vuelto a quedar en la calle —dice Guille, mientras se interna en el pasillo. Su bastón barre el suelo frente a él, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. A pesar del caos que impera estos días en la casa, no tropieza con nada.

4

A Raúl le inquieta un poco el pasillo, con su bombilla colgando desnuda de un par de cables trenzados. En general, toda la casa le produce un disgusto visceral. Las paredes, en su día pintadas de beige, han adquirido con el tiempo el color y la textura de la diarrea de bebé. Ahora que van a volver a pintarlas, todo está cubierto de sábanas blancas. Las lámparas, los horribles muebles de la familia, las puertas desencajadas. Raúl imagina una convención de fantasmas decimonónicos. Celebra su broma privada a sabiendas de que, probablemente, ninguno de los demás la entendería. El tono irremediabilmente soez de Gus llega hasta él tras la puerta del salón.

Todo el corredor está adornado hasta la saciedad con cuadros de marcos espantosos. Muestran la evolución de Carla, la mujer que ha florecido desde dentro de la niña flacucha que una vez fue. Los años cristalizados en las fotos muestran cómo sus dedos se van salpicando de anillos, su pelo se convierte en una mata de rastas de las que cuelgan abalorios y cintas; un aro negro rubrica su labio inferior. La única que aparece junto a Carla es su abuela. Siempre con su cabellera compuesta y su luto como una armadura. También en ella se advierte la evolución, las manos del tiempo tejiendo en su piel el tapiz de la vejez.

La abuela. La puerta de su habitación está entreabierta. Raúl no recuerda su nombre. Es un nombre poco usual, antiguo, pero se le ha borrado de la cabeza. Sabe

que eso no le gustaría a Carla ni un pelo, así que espera que se le escape algún día, para volver a registrarlo. Las sábanas que estos días circundan la puerta se mecen levemente. Raúl no puede evitar echar un morboso vistazo al interior.

En el salón, la conversación de los otros disminuye, se hunde en una brea etérea.

Lo primero que percibe es el olor. Huele a cloro de piscina, a pañales rebozados en talco. Huele a postrimerías de vida. Se oye el zumbido del televisor, que emite una interminable cascada de estática. Es lo único que puede ver la abuela sin echarse a llorar. También llora si se le apaga, un llanto callado e infantil que rompe el alma y araña las tripas. Allí está, ahora puede verla, de espaldas, en su mecedora de abuela, inmóvil frente a la cortina blanca de la televisión. Su camisón fue rosa en algún momento. Ahora es del color de las encías de un cadáver. Su pelo se ha convertido en hilos de tela de araña, que dejan entrever un cráneo plagado de venas verde azuladas. Imagina su expresión ausente, su boca desencajada, el hilillo de baba cayéndole hasta el pecho. Abre y cierra un abanico negro, que jamás bate. Lo acaricia entre sus manos hechas de hueso. Sus uñas sucias, hipertrofiadas, podrían desgarrarle la piel si se cerraran sobre su garganta.

El contacto de algo entre sus pies casi le hace gritar. La cola de la gata acaricia sus tobillos. El animal va a posarse de un salto sobre el regazo de la abuela. Suena el timbre. Con la sangre golpeándole en la sien, Raúl deja a la pobre mujer en su mundo soñado y va a abrir.

Tras la puerta, se encuentra con una cara familiar. Alto y pálido, el chico al otro lado ha dejado atrás su etapa gótica. Se ha rapado la melena y ha erradicado el negro de su vestimenta. Los piercings que ya no lleva han dejado en su cara una extraña huella, una ausencia indefinible. Raúl se recoloca las gafas, y hace un movimiento de cabeza.

—Hola, Gabriel.

5

—No me digas que te han vuelto a echar. —Carla pone los ojos en blanco.

—No me han echado —replica Gus, molesto—. Lo he dejado yo.

—Se ha vuelto a quedar en la calle —repite Guille.

—Joder, Gus...

—Me he ido porque no estaba a gusto, ¿vale?

—¿Y por qué no estabas a gusto?

—No me gustaba el ambiente.

Ella frunce el ceño.

—Eres gilipollas. ¿Qué te han dicho?

—Que tenga mucha suerte, ¿qué me van a decir?

—¿Cuánto llevabas esta vez?

—No llegaba a tres meses —se adelanta Guille.

—¿Podemos olvidarlo? —Gus abre una cerveza—. Tengo ganas de empezar.

—Gabriel aún no ha llegado —Carla vuelve a la carga—. ¿Tú te crees que la cosa está como para dejar trabajos? Tienes veintiocho años, Gus.

—La cosa estará como tú quieras que esté, pero lo que no voy a hacer es quedarme en un sitio donde no estoy contento sólo porque me pagan cada mes. Y tampoco me pagaban tanto.

—¿Y en qué sitio vas a estar contento, Gus? Mira, no quiero sonar como tu madre...

—Gracias.

—...pero va siendo hora de que te espabiles.

—Menos mal que no ibas a sonar como mi madre.

—No tiene sentido que insistas, Carla —dice Guille.

—¿Por qué no te sacas unas oposiciones?

—¿Estás de coña? Todos habláis de las oposiciones como si fuera un trámite. Paso de estudiar dos años para jugarme la plaza en un día; un examen que puede salirme bien o mal, que puedo ponerme nervioso, olvidarme, coincidir un tema que no me sé...

—Qué bien te tienes aprendida la lección —se queja ella—. ¿Te has planteado que podrías preparártelas? ¿Estudiar?

—Ya. Y mientras, ¿de qué como? ¿Vuelvo a vivir con mis padres?

—Se llama esforzarse —sugiere Guille.

—No, se llama pérdida de tiempo. No me vengas con rollos de discapacitados.

—¿Qué tal si te vas a la mierda? —continúa sugiriendo Guille.

Los tres guardan un silencio tan molesto como breve.

—¿Recordáis esos libros que leíamos de pequeños? —dice de repente Gus—. ¿Los que te permitían elegir qué camino tomar en la historia? Si subes la escalera, pasa a la página treinta. Si abres la puerta, pasa a la página ochenta y dos.

—Ahí vamos con otra de sus teorías...

—Intento explicaros algo, ¿vale? Ya sabéis de qué libros hablo. Al principio, cuando te los leías, estabas emocionadísimo con la posibilidad de decidir tú mismo el curso de tus acciones. Luego terminabas haciendo trampas. Te quedabas con la duda de qué habría tras la puerta, y volvías a mirar la página ochenta y dos, sólo para saber

si lo que te aguardaba allí era mejor.

—¿Ahora es cuando llegas a una conclusión reveladora?

—No —Gus titubea—, no exactamente. Sólo quiero decir que tomar decisiones da miedo. Enfrentarse a las consecuencias asusta. Y lo siento, pero no he encontrado aún unas escaleras que me hagan olvidar la puerta. Al menos, no en este último trabajo. Si no me he quedado, es porque creo que puede haber algo mejor en la otra opción.

—Al fin y al cabo —dice Carla—, se trata de salvar a la princesa.

Los dos se vuelven hacia ella.

—¿Qué?

—Tu problema, Gus, es que te da miedo la vida. Quieres ser un caballero, no un mileurista. Es más fácil derrotar al dragón, salvar a la princesa y cabalgar hacia la puesta de sol que pagar una hipoteca todos los meses. Por eso sigues jugando. Aún quieres ser el caballero que salva a la princesa.

Gus no responde de inmediato, lo cual es ya desacostumbrado en él.

—Cualquiera podría meterse tres horas al día en un gimnasio, estudiar dos carreras, ligarse a una chica del Telecupón y anesthesiarse la vida —dice al fin—. Siguiendo tu razonamiento, prefiero mil veces esperar que llegue una princesa a la que salvar.

—Pero ¿sabes cuál es el problema? Que ya no quedan princesas. Así que algo tendrás que hacer. ¿Qué quieres hacer con tu vida?

Se abre la puerta del salón y entran Raúl y Gabriel. Todos guardan silencio. Las miradas pasan como pelotas de tenis. Hasta que Gus les devuelve a la realidad.

—Pues mira, ahora mismo quiero jugar.

6

En el mundo de Guillermo hay colores. No podría describirlos aunque quisiera, y esta vez quiere. Para él, un mundo de tonalidades, luces y sombras, días y noches, es un mundo reducido. Él percibe el color de Carla, un color fresco, suave, un color de melocotón y sentimientos contradictorios, de agua y ozono. Y percibe cómo se eriza ese color, cómo se vuelve eléctrico, cuando se abre la puerta. Si tan solo pudiese susurrarle a Carla el color que ve en ella, quizá todo fuera más fácil. Quizá.

Percibe los colores de Raúl, esbozados en el aire con trazo vacilante. Capta sin

duda alguna el color del sudor en su espalda, el leve temblor del que ni él mismo es consciente cuando está cerca de Gabriel. Ve el color de los miedos, de las dudas, de la eterna marca de segundón que se ha colgado al cuello voluntariamente. Querría decírselo, repasar con él esos trazos apocados, pero Raúl jamás lo entendería.

Guille ve los colores de Gus. La rabia contenida, la frustración y el puro azul de su palabrería, de su escudo protector contra el mundo, su muro de excusas y pretextos. La mezcla chillona de sus contornos, que buscan llamar la atención cuando en realidad querría pasar desapercibido para siempre. Guille ve el color de Gus temblando como debe de temblar el pabito de una vela al acercársele la llama, y sabe que esa llama tiene nombre propio, y que Gus moriría por arder en ella. Es lógico que ahora le tiemblen los colores, han pasado seis meses desde que la tuvo así de cerca.

Todo esto lo ve Guille, y nadie más. Le gustaría poder explicarlo. Hacérselo entender, mostrarles que la vida sería más fácil para todos si vieran los colores que él ve.

Pero ninguno llegará a saberlo, porque antes de que amanezca, Guille habrá muerto.

7

Un rosario de dados de diferentes formas y colores se derrama por la mesa. Debajo de ellos convive un catálogo de lápices, gomas y hojas, algunas en blanco y otras borroneadas. Dibujos y mapas comparten espacio con platos de ganchitos, golosinas y cervezas.

—¿Bajamos a por pizza? —pregunta Gus.

—Es pronto, mejor cuando hagamos el primer descanso. ¿Estáis listos?

—Falta mi hermano —apunta Raúl.

Como si sus palabras le hubieran convocado, el timbre suena por tercera vez. Esta vez es Gus quien va a abrir, mientras los demás se colocan. Por pura inercia de unos días que creían extintos, Carla elige la silla junto a la cabecera de la mesa. Junto a Gabriel.

—¿Qué tal estás? —le pregunta él. No hay razón para susurrar, pero lo hace.

—Bien. Te veo paliducho... ¿Cómo llevas el tratamiento?

Él sacude la cabeza. Tarda un segundo de más en responder.

—Estoy bien —rebusca en la mochila a los pies de la silla y saca una vela de

color grisáceo—. He traído un poco de ambientación. Hola, Javi.

—Hola a todos —saluda el chico, entrando en el salón—. Hola, Gabriel. Qué raro estás. ¿Puedo ver la cicatriz?

—¡Javi! —exclama su hermano.

Gabriel sonríe.

—Luego. Ahora haz algo útil y apaga las luces.

Javi obedece. Gabriel enciende la vela. La deposita en el centro de la mesa. Aunque la llama es minúscula, ilumina bien. La escena adquiere una atmósfera de concilio. En la calle sopla un viento frío. En el silencio antes de comenzar, se oye el quejido de la mecedora de la abuela, amortiguado por las paredes. Pone los pelos de punta, pero en cierto modo resulta adecuado.

—Tu vela huele raro —comenta Javi.

—Es una vela aromática.

—Pues el aroma es raro. —Se descarga en la boca un puño repleto de cortezas de cerdo—. ¿Qué nos tienes preparado para hoy? Tendremos algo de acción, ¿no?

Habla mientras mastica, espolvoreando trozos de corteza por todo su espacio vital. Excepto por el pelo teñido de azul y los cincuenta gramos de metal que cuelgan de sus orejas, nariz y labio inferior; parece una versión adolescente de Raúl. Gabriel le fulmina con la mirada.

—Tú límitate a interpretar tu personaje. Yo me encargaré de todo lo demás.

—Como siempre —responde él, girando la silla y sentándose con el respaldo pegado al pecho—. Sólo espero que tengamos algunas emociones fuertes. Joder, qué ganas tenía de volver a jugar. ¿Cuánto ha pasado? ¿Seis meses?

—¿Te quieres callar? —dice Carla—. Venga, Gabriel. Empecemos.

—Gracias. —Cierra un momento los ojos y se masajea los párpados. Es un gesto teatral, pero todos reconocen en él que ha empezado la sesión—. Recapitulemos. Estáis en la Palacio del Relojero, delante de su ingenio mecánico. El Relojero ha desaparecido por la trampilla del suelo; quién sabe qué hay allí abajo. Siguiendo las indicaciones del Oráculo, habéis accionado la palanca aprovechando su ausencia. La palanca que el Relojero os dijo que no tocarais. Pernos y tuercas gigantescas giran a vuestro alrededor. Salen erupciones de vapor por todas partes, como chillidos de ballena. Las columnas remachadas tiemblan. Parece que todo el palacio vaya a derrumbarse, o a salir andando. El sonido se multiplica mientras se ponen en marcha más ruedas y cachivaches. El movimiento llega al reloj central. Los engranajes se vuelven borrosos, se desvanecen, se funden en negro y en su lugar aparece una imagen. Miráis a su interior, y el Tiempo mismo contiene el aliento.

DOS

MÁS DE UN CORAZÓN

Los misterios son maravillas
que meditas y compartes.
Los secretos son una carga
que se lleva en solitario.
Alan Moore, *La Cosa del Pantano*

1

Los engranajes del reloj central se volvieron borrosos, se desvanecieron. En su lugar apareció una imagen. Miraron en su interior, y el Tiempo mismo contuvo el aliento.

Entre los suspiros de los edificios, por encima de las farolas extintas, gobernando inquebrantable sobre lanzas de piedra, más allá de un río de corazones, de los besos embotellados y de los llantos ahogados de los suicidas, vieron la monstruosa silueta de la Voz del Acero.

La Voz del Acero. La gran torre en el centro de la ciudad de Mandressla. Un gigante herido, una última súplica a los cielos desde la oscuridad de Otrosdías. Una enorme, inconcebible construcción que se alargaba hacia las alturas como un dedo que acusase a los Grandes Dragones de crímenes aún impunes.

Estaba envuelta en una bruma rojiza, que surgía de algún punto desconocido de Mandressla. Jirones de sangre que se arrastraban por su superficie como una mortaja escarlata. Lamían las juntas, los listones, los incontables escalones metálicos que llevaban hasta su oscura corona entre las nubes. Una niebla insidiosa que se extendía como una infección por los callejones huérfanos de la ciudad. Era una señal de lo que estaba devorando Mandressla. Llamaba a las casas, susurraba nombres secretos en los corazones ateridos y sembraba el inquieto sueño de los que se creen justos con semillas de culpa y resquemor. Los supervivientes, escondidos, aguardaban lo peor. Los niños se arrebujaban bajo las faldas de las abuelas noctívagas. Los hombres miraban con preocupación a través de sus ventanas ciegas, aferrando entre sus dedos

temblorosos armas que juraron no volver a empuñar, observando las siluetas hambrientas escarbando las calles. Todos temían aquel presagio rojo. Todos oían la Voz del Acero.

En lo más alto de la cruel torre negra, una rata emergió entre las sombras de los remaches de metal. Avanzó con un rápido correteo hasta el borde. Ante ella se extendía Mandressla entera, constelada de luces titilantes que poco a poco se iban apagando. El animal arrugó el hocico. Quién sabe si llegó a sentirse como un emperador trasnochado ante el mapa de sus dominios.

Una sombra se cernió sobre ella. La atrapó en un fugaz movimiento de escorpión y la hizo desaparecer dentro de su capucha. Los chillidos del animal, tan parecidos a los de un bebé, se interrumpieron súbitamente para ser reemplazados por un crujiente ruido de huesecillos rotos y órganos masticados. Al poco quedó sólo el silencio de la torre, salpicado por el goteo de la sangre del animal resbalando entre unos dedos crepusculares.

La figura dejó caer el yelmo que sostenía en la otra mano. La cruz blanca del frontal se dobló al golpear el suelo. El yelmo rodó, llevando todavía en su interior la cabeza que debía haber protegido.

—Me temo, Capitán Mantra —dijo la figura encapuchada, lanzando casco y cabeza al vacío con un ligero puntapié—, que nuestros puntos de vista son más bien divergentes.

Observó la ciudad a sus pies, como antes hiciera la rata. El resplandor carmesí de la niebla supuraba entre las calles. Apenas quedaban luces encendidas. El humo casi extinto de las chimeneas lamía el vientre de los dirigibles, que flotaban como orcas durmientes sobre los tejados, dando sombra a los cementerios ambulantes. Uno de ellos se había estrellado contra el Palacio de las Cadenas. Una gruesa columna de humo negro ascendía desde el tejado hacia el cielo encapotado, rivalizando en altura con la Voz.

Otra figura subió las escaleras del último piso. Se deslizó hasta la primera con un rumor de hojarasca y se arrodilló ante ella. Su piel era del color de los labios de los ahogados. Tenía el torso al descubierto, plagado de cicatrices y heridas aún supurantes. Un embozo de cuero negro cubría su rostro hasta la nariz, pero dejaba libres un cráneo cubierto de venas protuberantes y unos ojos plateados, invernales.

—Santidad —siseó—. Los recién nacidos han sofocado el fuego de la prisión.

—Ya me he dado cuenta. ¿Y el Despecho?

—Continúa según lo previsto.

—Excelente. ¿Las entradas de la ciudad?

—Siguen selladas. Pero...

—Pero ¿qué?

—No hay rastro de ellos, Santidad.

—Ya veo —asintió—. Libera a los celos. Que sus alas ensordezcan toda Mandressla hasta que les hayan encontrado.

—Así se hará, Santidad.

—Una cosa más, Rencor.

—Decidme, Santidad.

—No vuelvas a contarme cosas que ya sé. Simplemente encuéntrales.

—Perdonadme, Santidad.

La primera figura se volvió. Los mismos dedos que habían atrapado a la rata acariciaron el embozo de su esbirro. Algo sucedió en el interior de la capucha. Algo que hizo estremecerse al llamado Rencor.

—Tú eres mi voluntad en la Ciudad del Amor, Rencor. No flaquees.

Éste asintió y, sin mediar palabra, saltó por encima de la barandilla. Se advirtió un temblor en el suelo, un leve traqueteo, como si la misma torre sintiese un escalofrío. Casi al instante, una bandada de lechuzas de un color rojo intensísimo desplegó sus alas bajo sus pies. Cubrieron el cielo, acompañadas del furioso ulular de las tormentas que asesinan marineros.

—Encuéntrales —repitió la figura—. Encuéntrales y tráeme su maldito corazón.

El hondo suspiro que surgió de las profundidades de su capucha agrió el aire helado. Sacó un objeto de debajo de su túnica escarlata y lo sostuvo ante sí. Era una esfera de pequeño tamaño apoyada en un pedestal. En su interior, una ventisca prisionera bañaba los blancos tejados de una Mandressla en miniatura.

—Sería tan fácil si tú quisieras... —dijo. Sus ojos brillaron como erupciones a través del cristal.

Sus labios se cerraron en un íntimo beso sobre la palma de su mano. La abrió y sopló al aire. Un aliento ponzoñoso, gélido, surgió de sus labios. Su beso invernal se arrastró por los rincones de la ciudad.

—Esta vez no vas a escapar.

Empezó a nevar sobre Mandressla. La nieve se mezcló con aquella bruma antinatural. Lágrimas blancas de algodón en un mar de sangre.

La imagen se desvaneció.

2

El interior del carillón tembló. La visión desapareció, y volvió a ser reemplazada

por los engranajes, expuestos al aire como entrañas de matarife. Su marcha se ralentizó, y finalmente se detuvo. Una fina capa de herrumbre los cubrió en cuestión de segundos. El resto de relojes de la habitación enmudeció como los inocentes en las guerras, extinto su arrullo mecánico. Nadie habló.

A pocos metros de ellos, se abrió la trampilla del suelo. La silueta del Relojero emergió del agujero como un hongo.

—¿Qué habéis hecho? —Echó a correr hacia el reloj principal. Lo acarició como si de un hijo moribundo se tratase—. ¡Os dije que no tocarais nada!

Aisaan, hasta entonces de pie ante el artefacto, se tambaleó. Sir Tadeus le sostuvo antes de que se derrumbase. El suplicante prorrumpió en sollozos. Regueros de sangre oscura le manchaban el cuello. Tenía la piel blanquecina, y su hábito se asemejaba más bien a la ropa de un mendigo, sucio de barro y sangre seca. Sir Tadeus le ayudó a sentarse.

Melquíades se llevó una mano a la frente, encerrado en un silencio de mortaja. Su ojo izquierdo, de color azul, estaba hinchado. El otro, de color verde, parpadeaba sin cesar, como si quisiera despertar las lágrimas que tenía prohibido derramar. El sudor le pegaba la melena oscura a la frente. Su taciturno rostro parecía aún más peligroso de lo que ya era. Diminutas sombras sin cuerpo bailaban entre sus dedos como monedas de prestidigitador. Sir Tadeus le observó, aún sosteniendo a Aisaan. Ignoraba qué pensamientos embrujaban su mente, y no estaba seguro de querer conocerlos. Al parecer, estaban juntos en aquello, pero todo el mundo sabía que no había que darle la espalda a un titiritero, o te arriesgabas a que tu propia sombra te apuñalase.

En el exterior, la niebla roja seguía susurrando sus nombres.

—Estamos caminando sobre tumbas. —En boca de Aisaan, el dicho adquirió un cariz de profecía.

—No cedamos ante el pánico —aconsejó Melquíades—. Tenemos que pensar qué hacer ahora.

—Hay una horda de bestias aladas buscándonos por la ciudad —insistió el suplicante en tono agotado—. ¿Qué opciones crees que tenemos?

—No es seguro que nos busquen a nosotros.

Aisaan dejó escapar un suspiro de plañidera, largo y prolongado. Buscaba una réplica adecuada.

—¿A quién si no? —dijo al fin, atropellándose con su propio acento—. No queda gente en las calles. Todos los habitantes de Mandressla están muertos o capturados.

—Malditos sean tus augurios —dijo el nictomante—. No se puede aniquilar a una ciudad entera en una noche. Debe de haber cientos de supervivientes escondidos.

—Nosotros hemos sobrevivido —aventuró Sir Tadeus—... quiera Santiago que otra gente también lo haya logrado.

—Si hemos sobrevivido ha sido por suerte —continuó el suplicante, obstinado. Le temblaba la voz—. Sólo porque el Oráculo nos dijo dónde escondernos.

—Y ya has visto a lo que nos ha llevado. Creía que aquí encontraríamos la manera de escapar.

—Escapar no es una buena idea —repitió Sir Tadeus, por enésima vez en aquella noche.

—Al menos hemos visto cómo no escapar —dijo el suplicante—. Las puertas de la ciudad están selladas.

—No aguantarán mucho así —insistió el titiritero—. Tarde o temprano llegará una nueva caravana de peregrinos y se descubrirá lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando? —preguntó el amadís—. Por ahora sólo sé lo que he visto. Y no es mucho.

—¿Cómo que no es mucho? Una ciudad inundada de criaturas sedientas de sangre, de monstruos capaces de hacerte eso en la armadura —Melquíades señaló la hendidura en el peto del amadís—, sin usar siquiera armas.

—No sabemos si la ciudad está inundada —dijo Sir Tadeus, con poquísima convicción.

—¿Es que no has visto lo mismo que nosotros? —dijo Aisaan—. No sé cómo lo han conseguido, pero controlan Mandressla entera desde hace horas.

—Pero si ya tienen la ciudad —arguyó Melquíades—, ¿para qué iban a buscarnos? No valemos ni el pedo de un verdugo. Además, ¿por qué a nosotros? Esta mañana ni siquiera nos conocíamos. Sólo estamos aquí porque la casualidad nos hizo llegar a la puerta del Oráculo al mismo tiempo.

El suplicante calló. Empezó a morderse la uña del pulgar con expresión abatida y concentrada a un tiempo.

—Habéis destrozado mi obra —el reproche del Relojero espantó sus cavilaciones—. No debía activarse todavía. No estaba lista.

Les dedicó una mirada que era puro rencor destilado. Encorvado y cimarrón, tenía un aspecto hecho para las alcantarillas o las ferias itinerantes. Su piel era rojiza, seguramente a causa de las sustancias aceitosas que usaba para engrasar su monstruosa maquinaria. Sumergió medio cuerpo dentro del carillón destripado. Empezó a ajustar clavijas y retorcer tuercas, hasta que se percibió un ligerísimo tic, tac, tic, en el interior del armatoste. Un suspiro aliviado escapó de sus labios. El murmullo se extendió, amortiguado, por la bóveda de la nave principal.

—Está bien —exclamó Melquíades, ignorándole—. Nos buscan a nosotros. Un ejército de pájaros rojos sobrevuela Mandressla para llevarle nuestros malditos corazones a un loco que vive encima de una torre y come ratas. ¿Qué opciones tenemos?

—¿Opciones? —preguntó Sir Tadeus—. A fe mía que pocas opciones veo. Esa

criatura no era simplemente un loco devorarratas.

—Cálmate. —Era extraño que fuese el titiritero quien animase a los otros dos—. Analizad la situación. No saben dónde estamos, de momento. Tenemos una oportunidad.

Una oportunidad. A pesar de que los relojes se habían detenido, el tiempo avanzaba. Para ellos y para Tasianara. La elfa agonizaba en el taller del Relojero, tras la cúpula central del palacio. Mientras hablaban, Aleatha intentaba invocar su magia sunnai y detener lo que le estuviese ocurriendo. Un silencio preñado de malos augurios envolvía las puertas que daban al taller.

—Tenemos que salir de la ciudad —concluyó el titiritero.

—No podemos hacer eso —negó Sir Tadeus, irguiendo su voluminoso cuerpo. Su armadura, otrora pulida y resplandeciente, estaba abollada. Los tres gruesos surcos que había señalado Melquíades recorrían su pecho, desde el corazón al abdomen, destrozando la insignia de su Orden. El rostro del amadís estaba magullado como el de un estibador tras una trifulca portuaria.

—Las puertas están selladas. —Melquíades hizo caso omiso de la negativa—. Pero debe haber algún modo. Catacumbas, cloacas... quizá algún camino oculto, para sacar los cadáveres de la gripe. O un pasadizo en casa de algún noble.

—Tal vez si siguiéramos el curso del río... —aventuró Aisaan.

—Pasa demasiado cerca de la Voz. No quisiera arriesgarme más de lo necesario.

—Frenad vuestra lengua, os lo ruego —zanjó Sir Tadeus—. No podemos escapar. Mi Orden ha jurado erradicar el mal sobre la tierra. Mientras el mal anide en Mandressla, no será Sir Tadeus de Talgris quien la abandone.

Como respuesta, Melquíades dejó escapar una risotada que era más un ladrido.

—Me encanta cuando hablas de ti mismo en tercera persona. Los amadises sois adorablemente inocentes. Si Sir Tadeus de Talgris, gran malleus maleficarum de la Orden de Santiago, prefiere quedarse en Mandressla a erradicar el mal que anida en ella, entonces Sir Tadeus de Talgris morirá solo. Lo único que habrás erradicado será la estupidez de tu dura mollera.

—No, por favor —dijo Aisaan, al ver que el amadís le dedicaba una mirada llena de furia—. Discutir es lo último que necesitamos ahora. Debemos permanecer unidos.

Sir Tadeus frunció aún más el ceño. Con una rapidez centelleante, alzó una mano delante del nictomante. Las arrugas de su frente se acentuaron. Al instante, uno de los engranajes de la pared, grande como la cabeza de un niño, se desprendió y flotó lentamente hasta detenerse a medio palmo del titiritero. Tadeus arqueó el labio superior, y el engranaje se arrugó como si fuera de papel. Sus afilados bordes apuntaban a los ojos de Melquíades.

—Algún día alguien pondrá una lápida sobre vuestra lengua de víbora —respiró

hondo—. Voy a ver si Aleatha necesita ayuda.

Giró sobre sus talones. La pieza metálica cayó al suelo, resonando en el silencio trasnochado del palacio hueco. Sir Tadeus bajó con dignidad herida los escalones de la cúpula principal y se encaminó a la puerta del taller. El único testigo de su presencia fue una pluma blanca, que cayó con parsimonia al suelo, desprendida de las alas que sobresalían de su espalda.

3

—Cuéntame un cuento, Aleatha.

—Calla. No hables.

—Por favor.

—...

—Por favor.

—¿Qué cuento quieres oír?

—Háblame de los Dragones.

—Ya conoces todas las historias sunnai de los Dragones, Tasianara.

—Háblame de los Dragones de los hombres.

—No necesitas oír eso. No es una historia para nuestro idioma.

—Quiero que lo último que oiga sea una de tus historias.

—No digas eso.

—Por favor, Aleatha.

—Está bien... antes, todas las criaturas soñadas velaban por el sueño de los Dragones. Cada Dragón soñaba con una porción del mundo, y cada soñado le entregaba una parte de su alma. Eran tiempos buenos, como nunca más se han vivido. Pero entonces los Dragones soñaron a los efímeros, cuya vida es corta como un suspiro del Padre. Los efímeros, que se llamaron a sí mismos hombres, no querían someterse a todos los Dragones. Y así inventaron el bien, y le concedieron su manto blanco a los Dragones a los que querían servir. Y con el bien, inventaron el mal, y su enlutado óleo ungió la frente escamosa de otros Dragones; y les llamaron enemigos.

»Hubo quienes proclamaron que sólo uno de todos los Dragones era el verdadero soñador. Hubo quien reivindicó a los Dragones del bien como los verdaderos soñadores. El mal también tuvo sus partidarios. Como suele suceder con los efímeros, una vez plantada en la discordia, la semilla de la guerra arraigó con facilidad. Se

llamó la guerra de las lágrimas. También nosotros la sufrimos. La sangre y el fuego llegaron hasta las mismas puertas de Arvesg Sunnai.

»Los efímeros se mataron entre ellos. Se lapidaron, se ahorcaron, se clavaron en cruces; el padre degolló al hijo en su cama, la madre amaneció muerta y violada, los hermanos se estrangularon. Las matanzas duraron una eternidad de sangre. Para cuando la última espada se hubo hundido en el último pecho, las teocracias regían los destinos de este mundo podrido. La mayoría de los Dragones había desaparecido, su recuerdo enterrado entre los cadáveres de los que les honraban. Sólo quedaban siete Dragones del bien y siete del mal. Algunos efímeros siguen sirviendo sólo a uno de ellos.

—Como Aisaan.

—Como Aisaan, que sirve a Ntsasalé, la Magna Mater. O como los mandresslinos sirven a Sylandarix, la Dragona del amor. Todos se engañan creyendo que ella es la única soñadora, y que cuando llegue el despertar les llevará bajo su ala al otro lado del sueño. Nosotros, los sunnai, sabemos la verdad; que no existen el bien ni el mal, sólo el cielo y el mar en el que nos reflejamos, y las criaturas que el Padre mira con compasión o con enojo.

—Tadeus es un sirviente de Bentsejuí.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No es así?

—Sí, más o menos. Por lo que he podido entender, Sir Tadeus no sirve sólo a un Dragón. Sir Tadeus es un amadís, y los amadises sirven a los colores. Tadeus sirve al bien, aunque el Dragón que siente más cercano es Bentsejuí. O Santiago, como le llaman los efímeros.

—¿Pero hay más dragones? —preguntó, como siempre lo hacía en ese punto, desde que era niña.

—Los hay, pero nadie sabe dónde están, ni si están vivos, o si duermen. Hay efímeros que siguen buscando las tumbas de estos Dragones desaparecidos, esperando conocer su nombre y traerlos de vuelta al sueño. Estos Dragones sin nombre les hablan mientras duermen, y se dice que sus palabras vuelven locos a los desdichados a los que visitan. Y también se dice que hay otras cosas que duermen al mismo tiempo que los Dragones.

—¿Qué cosas?

—Nadie lo sabe.

—No me gusta esa historia.

—Te lo dije.

—¿Cómo crees que será morir?

Antes de que Aleatha respondiese, la puerta retumbó.

La guarida del Relojero era un inmenso palacio de cúpulas de nácar, una de las numerosas reliquias de Otrosdías que salpicaban Mandressla. Desde la colina en la que estaba construido se divisaba toda la ciudad, con el río Selene atravesándola como un puñal ondulado. Podía haber sido una fortificación ideal, pero la maldición de Otrosdías alejaba a muchos de sus alrededores, incluida a la Teocracia. Allí, en su vacía arquitectura blanca, el Relojero había construido su demencial obra. Una sucesión de relojes de todos los estilos, épocas y diseños, cubrían las paredes, los pilares, los arcos, los arbotantes del techo. Todos, absolutamente todos estaban conectados entre sí por misteriosas telarañas mecánicas. El traqueteo rítmico que las había poseído se había diluido en un apocado rumor enfermo, que aumentaba levemente en la bóveda central. Allí, bajo una cúpula que podría albergar a un gigante, se alzaba una columna también repleta de engranajes, ruedas dentadas y tornillos. En su parte delantera, el carillón donde habían presenciado la visión mostraba al aire sus órganos de cobre y hierro.

Dos puertas a cada lado del semicírculo central separaban el taller del Relojero del resto del Palacio. Tadeus se dirigió hacia una de las puertas. Detrás de ella se insinuaba una conversación, el críptico y fluido idioma reservado a las mujeres elfas. Inspiró profundamente, buscando borrar con aire en sus pulmones los comentarios burlones del nictomante. No lo consiguió.

Llamó con dos golpes secos, más fuertes de lo que pretendía. No hubo respuesta. Su mano se cerraba sobre el pomo de la puerta, cuando ésta se abrió del otro lado. Sir Tadeus se encontró con la expresión doliente de Aleatha. Era la viva imagen del desamparo. Sus djals, las protuberancias en forma de concha sobre sus cejas, se contraían y distendían como branquias.

Se miraron un instante. Tampoco la elfa había salido bien parada en su huida durante aquella maldita noche. Tenía un feo tajo en un lado del rostro. Atravesaba su piel cerúlea del ojo a la barbilla. Sin magia curadora, nunca volvería a ser hermosa, eso suponiendo que saliera de allí con vida. Por los Dragones, ¿qué les había hecho aquella ciudad?

Sir Tadeus la interrogó en silencio. Aleatha meneó la cabeza. Cerró la puerta a su espalda. Dejó escapar un prolongado suspiro que contenía una amplia gama de matices. Agotamiento, pesar, frustración. Miedo.

—Está peor. Mucho peor.

Hablaba despacio, con una vocalización exagerada, como una niña. Se notaba que no estaba acostumbrada al idioma de los hombres. Lo siguiente que iba a decir se quebró en su garganta. El amadís reprimió con esfuerzo el impulso de reconfortarla. El contacto íntimo era un insulto para un sunnai, sobre todo viniendo de un efímero.

—¿Podéis hacer algo? —preguntó—. ¿Ha funcionado vuestra magia?
Ella meneó la cabeza. Lo que dijo a continuación le supuso un visible esfuerzo.
—Mi Padre no me responde.

Sir Tadeus asintió. Ambos reconocieron tácitamente la futilidad del gesto.
Le contó la visión del reloj.

—Supongo que nada te hará abandonar la ciudad —dijo ella. Él negó—.
Comprendo. No me importan nada un puñado de efímeros, pero prefiero que mi
estrella se extinga a dejar a Tasianara aquí.

Así era Aleatha. Dura, directa. Inhumana. No disimulaba su desprecio por las
demás razas, ni lo disfrazaba de distante cortesía. Su lealtad, sus sentimientos,
estaban con los suyos. Sir Tadeus sólo podía contentarse pensando que, gracias a
Tasianara, podía llegar a aceptarle en la periferia de su respeto. Le gustaba pensar que
tal vez le dedicaría algún vago pensamiento cuando su cadáver no fuese más que
polvo de tumba, y ella siguiese paseando por el mundo sus huesos inmortales. No en
vano se decía que ganar el amor de un sunnai era mirar a la cara de la eternidad.

El pensamiento le incomodó levemente. Se preguntó si rechazar ese amor sería
escupir en esa misma cara. Antes de que pudiera añadir algo más, se oyó un lamento
hondo y prolongado desde el interior de la habitación. Aisaan y Melquíades se
acercaron; sus pisadas resonaron en el inmenso vacío abovedado.

Sir Tadeus no esperó a que llegaran. Entró en la habitación como una tromba de
agua.

Un segundo después, ya se había arrepentido.

5

—Líbranos del mal —fue lo único que acertó a decir.

La majestuosidad del palacio se detenía en la puerta de las habitaciones del
Relojero. Aunque llamar a aquellas habitaciones era cruzar la frontera del eufemismo.
Un espacio semicircular bordeaba el domo central. Había sido torpemente adecentado
para albergar mesas de trabajo repletas de cachivaches, una letrina, un camastro en un
rincón. Allí también se multiplicaban los relojes del insensato tapiz mecánico.

Sobre el lecho, hecha un jirón de piel y aire, estaba Tasianara. Aleatha se arrodilló
junto a ella. Le acarició los djals en un gesto tan íntimo que incluso en esas
circunstancias les resultó incómodo, susurrándole al oído dulcísimas palabras sunnai.

Ella se retorció en la cama, invadida por un dolor sin nombre.

La miraron en silencio, sintiendo la caricia de la muerte en la nuca. Tasianara había perdido todo el cabello. Su piel se había vuelto coriácea y apergaminada, plagada de crudas marcas infecciosas. Sus manos, antes delicadas, eran ahora deformes arañas rematadas por gruesas uñas ennegrecidas. Alguien, quizá ella misma, le había arrancado los labios, la nariz, las orejas. Su cabeza no era más que un amasijo de cicatrices y agujeros, uno de los cuales presentaba una ristra de afilados dientes alrededor de una lengua negra. Esa metamorfosis infernal había sucedido en menos de dos horas, desde que abandonaron la presencia del Oráculo. Tasianara se había colapsado entonces, presa de oscuras fiebres que le robaron la consciencia. Sir Tadeus había cargado con ella hasta la guarida del Relojero, ante la suspicaz mirada de Aleatha.

Junto al jergón apolillado, una mesita temblorosa se sostenía a duras penas, coja de una pata y apoyada junto a la pared. Sobre ella había un pequeño candil exhausto, casi consciente de la inutilidad de iluminar aquel escenario de tragedias. Lo acompañaba en su solitario cometido una de las dagas lapislázuli de Tasianara, cuya sombra bailaba bajo la titilante luz. El doble filo del puñal presagiaba lo inevitable.

Sir Tadeus se mordió los nudillos enguantados. Había visto una imagen semejante esa misma noche. Una criatura de aspecto no muy diferente al de Tasianara había intentado arrancarle la cabeza en la Ciudadela. Había cientos de seres semejantes en las calles en ese momento, los mismos mandresslinos contagiados de aquella podredumbre.

Era un milagro que Sir Tadeus siguiera aún con vida. El caos había estallado en los barracones antes del atropellado asalto que había ordenado el Capitán Mantra. El amadís comprendió que todo estaba perdido cuando vio a sus propios compañeros de milicia devorándose unos a otros en los barracones. Entonces se había escurrido por un ventanal y había escapado de la Ciudadela. Desde ese momento, todo se había vuelto confuso; el mundo se había convertido en una carrera desesperada para encontrar a Tasianara, con la muerte rebosando por las calles.

Unos ojos de pupilas lechosas orbitaron hacia ellos.

—No quiero que me veáis así —gruñó, su antigua voz convertida en un recuerdo amargo, un lamento de pantera.

Aisaan se volvió y vomitó en una esquina de la habitación, un violento chorro de bilis que hedía a compasión y pérdida.

—¿Qué te ha pasado, Tasianara? —gimió, incapaz de mirarla.

—Lo llevaba dentro —susurró ella—. Crecía y crecía dentro de mí. No podía hacer nada.

—¿Qué es, Tasianara? —preguntó Melquíades—. ¿Qué es lo que te ha hecho esto? ¿Es veneno?

—Sí, es veneno. Pero no el que piensas —prosiguió—. Cuando todo empezó, lo vi venir. Noté su sacudida, su amarga mordedura. No entiendo por qué nadie más lo sintió —clavaba la vista en Sir Tadeus. Sollozaba—. ¿Por qué no lo sentiste? ¿Por qué?

El amadís retrocedió como si le hubiera escupido. Eso le salvó la vida. Un rugido animal surgió de la garganta de la elfa. Antes de que pudieran reaccionar, alzó medio cuerpo de la cama y se abalanzó sobre él. Una garra pasó a escasos centímetros de su garganta. Él trastabilló hacia atrás, intentando desenvainar la espada más por costumbre que con intención de usarla. Sus alas se agitaron.

Melquíades se adelantó. Se situó ante Tasianara, extendiendo un brazo. La pupila azul se dilató en su ojo. Hilos de seda negra emergieron debajo de sus uñas y culebrearon hacia ella.

Aleatha lanzó al titiritero contra la pared de un empujón.

—No se te ocurra usar tu vudú de feria con ella, nictomante —siseó, sujetando a Tasianara. En cuanto la tocó, la elfa volvió a dejarse caer en el lecho como un peso muerto. Ni rastro de la fiera que había intentado quedarse con un trozo de amadís.

—Tranquilos. Ya está, ya ha pasado —intercedió Aisaan, arrodillándose cerca de ella—. ¿Cómo lo detenemos, Tasianara? ¿Cómo podemos ayudarte?

Le pasó una mano por la frente, pero antes de que pudiera entonar una súplica, la apartó. Quemaba.

—No podéis. Ya ha empezado. Les siento. Les siento a todos. Ahora Mandressla es un cadáver. Y ellos la están devorando, desde hace más tiempo del que creéis. Si queréis hacer algo por mí, escapad. Escapad antes de que se os meta dentro.

—¿Cómo? —insistió Melquíades—. Nos están busc...

Parecía que el nictomante iba a añadir algo más, pero por un instante, su mirada se quedó suspendida en un punto más allá del camastro. Salió de su extraño ensimismamiento cuando la voz de Tasianara arañó el aire.

—Sé que os buscan. Ellos —miró a Melquíades—... me hablan.

—¿Hablan? —repitió Aleatha.

—¿Y qué te dicen? —Melquíades la mandó callar con un gesto— ¿Sabes quiénes son? ¿Qué quieren?

—Basta, Melquíades —dijo Aisaan—. No necesita que la atosigues.

Tasianara, en brazos de Aleatha, resolló como un animal herido. Miraba al vacío, más allá de la niebla ansiosa que arañaba los ventanales.

—Son los mensajeros de los corazones en pedazos —su voz se volvió más profunda—. Son los hijos del amor roto. Son la cicatriz en la lengua del amante, los sueños contrariados, la cara de las decepciones. Os enfrentáis a la misma esencia del desengaño. No podéis nada contra nosotros, porque somos legión. Somos los hijos de las lágrimas, somos los besos percederos, somos los votos quebrantados. Somos la

condena al olvido. Cada alma, cada pensamiento, cada sueño desperdiciado, cada recelo, cada abandono y cada traición nos pertenecen. Somos la dictadura del amor.

Sus palabras languidecieron lentamente, hasta que desaparecieron. Dejó caer la cabeza. La mandíbula de Aleatha temblaba. Sir Tadeus le hizo un gesto hacia la espada. El acero arrancaba ecos de verdugo en sus ojos marciales. Ella negó con fuerza, mordiéndose el labio inferior. Lágrimas azules brillaban en sus mejillas con el color de las lluvias de estrellas.

—Tasianara —dijo Melquíades, con una dulzura sorprendente. Sus manos de uñas negras tocaron el cuerpo de la muchacha sobre las sucias sábanas—. Queremos ayudarte a escapar de esta maldición. Dinos qué podemos hacer.

Una corriente de aire de patíbulo escapó entre los dientes de la elfa moribunda.

—Como todas las dictaduras, la del amor también tiene rebeldes. Encontradles. A través de ellos conoceréis la respuesta que ya lleváis con vosotros.

—¿Rebeldes? ¿Quiénes?

—¿Tienes fuerzas para venir con nosotros? —preguntó Aisaan.

La elfa guardó silencio. Sus ojos sin párpados escrutaban horizontes vacíos. Sobre Sir Tadeus cayó la certeza de que ya estaba muerta. Se movía y les hablaba, pero lo que había dentro de ella la había matado. Se había llevado a la joven y risueña Tasianara, la había desterrado para siempre a la prisión de la memoria. El remordimiento clavó dientes afilados en sus entrañas.

—Necesito hablar con Tadeus —dijo ella—. A solas.

Melquíades levantó una ceja. Aleatha les miró de hito en hito.

—Hay algo más que tengo que decir. Y es sólo para sus oídos.

Aleatha permanecía boquiabierta. Aisaan, en cambio, asintió. Tomó a Melquíades de un brazo, pero cuando hizo ademán de tomar del otro a Aleatha, ésta se apartó con brusquedad. Los tres se dirigieron en silencio hacia la puerta, donde el Relojero observaba morbosamente toda la escena. Antes de salir, sin embargo, Aisaan se acercó a Tasianara y depositó un beso sobre su frente.

—Que Ntsasalé te sea propicia, niña elfa —le susurró, los labios insensibles por el contacto de su piel ardiente—. Que tu Padre en el Cielo ilumine las largas noches que te restan.

Tasianara acarició la mejilla del suplicante. Aisaan cerró la puerta tras de sí. Tragaba saliva, para diluir el sabor de las despedidas.

6

El sonido de la puerta reverberó como un trueno lejano en el palacio hueco. Era el sonido de los destinos sellados. Les envolvió con su sudario de plomo. Se sumieron en funestos pensamientos, mientras el eco se extinguía más allá de las cúpulas ignorantes.

Melquíades les sobresaltó cuando dijo en tono abatido:

—¿Vas a pedirle que te revele su Secreto?

En el juego de miradas que siguió a continuación, la de Aleatha pasó de la curiosidad al reconocimiento, y de éste a la repulsa.

—No hay razón para eso —se limitó a decir.

—“Los Misterios son maravillas que meditas y compartes. Los Secretos son una carga que se lleva en solitario”. —El nictomante recitó el viejo dicho—. Si no compartes su Secreto contigo, todo lo que ha sido Tasianara nunca habrá existido.

—Tasianara no va a morir —se obcecó ella.

—Aleatha —dijo Aisaan—, quizá deberías escuchar a Melquíades. Todas las criaturas soñadas tienen un Secreto; es lo que les ata al Sueño. Si el de Tasianara se pierde para siempre...

—Sé bien qué es un Secreto —interrumpió, los puños apretados—. Tasianara no va a morir.

—Entonces tenemos que escapar de Mandressla.

—¿Cómo? —preguntó el suplicante—. ¿Y cómo vamos a llevarla con nosotros? Apenas puede moverse de la cama.

—No le ha costado trabajo alzarse para degollar a Tadeus...

—Cállate —dijo Aleatha—. Tasianara se pondrá bien.

—Por favor —dijo Aisaan—, concentraos en salir de aquí; eso es lo más importante.

El murmullo exangüe de los relojes llenó el silencio pensativo. Fue el mismo Aisaan quien lo rompió tímidamente:

—¿Y si volviésemos a usar la esfera del Oráculo?

Melquíades desechó con un gesto su sugerencia.

—Antes preferiría beber el agua con un hongo de yuggoth que volver a usarla. Mira dónde nos ha traído la primera vez.

—Quizá no haya funcionado como debería —aventuró el suplicante—. Podríamos volver y preguntarle...

—Dudo que el Oráculo vuelva a escucharnos.

—¿Por qué?

Melquíades se encogió de hombros.

—Son las reglas.

—Está bien. —La determinación impregnaba los gestos atropellados de Aleatha—. Más opciones. ¿La teocracia? ¿Los crucesblancas?

—El yelmo que la criatura tenía entre las manos era de un cruzblanca —explicó Aisaan—. Muy errado estoy, o la cabeza que aún lo ocupaba pertenecía a su capitán. Dudo que hayan quedado muchos soldados vivos después de esta noche.

—Tiene sentido —dijo Melquíades—. Si quieres acabar con una teocracia, golpeas ambos pilares; eclesiástico y militar. Tampoco creo que quede ningún suplicante vivo. Lo siento, Aisaan.

El joven no respondió. Se mordisqueó la uña del pulgar, la expresión abstraída.

—Me temo que estamos solos —dijo.

—Entonces sólo nos queda una vía de escape: el Selene.

—Pero la Voz...

—Que el Alcaudón se lleve la Voz y a su inquilino. El río es la única salida de la ciudad. Al menos, la única que conocemos con certeza. Seguiremos su curso, nos ocultaremos en su lecho y atravesaremos las murallas a nado.

—¿Tienes idea de la temperatura a la que estará el agua? Es un plan descabellado.

—No es un plan —respondió Melquíades—. Es la única alternativa.

Aleatha empezó a caminar en círculos, la vista prendida en el techo metálico. El quedo estertor de las máquinas moribundas bien podía haber sido el sonido de sus pensamientos.

—No es buena idea —dijo—. Tasianara está enferma. Puede ser peligroso para ella.

—Entonces deberías pedirle que te revele su Secreto.

—¡Melquíades!

El titiritero hizo un gesto de disculpa. Cambió de tema para aliviar el peso de las miradas de reproche:

—La criatura en la visión habló de algo llamado despecho. ¿Qué quería decir?

Antes de que nadie pudiera responder, una voz descascarillada se oyó a su espalda.

—Espero que hayáis conseguido lo que vinisteis a buscar —imprecó el Relojero, lleno de un resentimiento ratonil.

—Maestro mecánico —Aisaan inclinó la cabeza—. Te debemos una disculpa.

El diminuto hombre meneó la cabeza. Cayó en sus hombros polvo de hierro como seborrea de autómatas.

—Habéis destrozado mi obra. Mi mayor trabajo.

—Lo sentimos.

—No necesito que lo sintáis. Necesito que me ayudéis a repararlo.

Melquíades puso los ojos en blanco. Aleatha negó enérgicamente.

—Tú eres el maestro —Aisaan parpadeó, confuso—. No veo cómo podríamos

ayudarte.

El hombrecillo se relamió. De pronto, el brillo de la codicia reemplazó a la congoja en sus ojos.

—Hay algo que podéis hacer por mí —adoptó un tono conspirador—. Sé por qué ha fallado mi Obra.

—¿Y por qué ha sido? —Aisaan, previendo un estallido temperamental por parte de Aleatha, la retuvo con un gesto.

—Contemplad —abarcó todo el palacio con los brazos, los mosaicos y las columnas recubiertos de placas y engranajes—. Este lugar es el tiempo. Todo el tiempo de Mandressla está aquí dentro. He ido reuniendo aquí todos y cada uno de los relojes de la ciudad... excepto uno.

—Tu obra no estaba completa —tradujo el titiritero.

—El tiempo se ha quedado encallado en una grieta de mi diseño. Por eso ha fallado.

—Aún no entendemos qué hace tu invento exactamente, Relojero.

El hombrecillo se inclinó hacia él, agarrándole de la pechera de la túnica.

—Tiempo y espacio son una misma cosa. No, no me miréis como si estuviera loco —soltó una risita—. Controlar el tiempo es dominar también la distancia. Por eso mi invento os ha permitido vislumbrar otro lugar de Mandressla. Controlando el tiempo, lo controláis todo. Todo. —Una nube enturbió sus ojos—. Y esa es sólo una de sus funciones...

—Está bien —interrumpió Aisaan—. ¿Dónde está ese último reloj?

—No lo sé. Sé que está en Mandressla, pero ignoro dónde. —Tiró del suplicante hacia sí—. Os lo ruego, ayudadme a terminarlo.

—Ni hablar —dijo Melquíades—. Si necesitas un mancebo de botica, te sugiero...

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer con ese reloj que falta? —dijo Aisaan—. ¿Traértelo?

—Basta con que lo destruyáis. Si lo inutilizáis, la grieta quedará sellada, y mi máquina volverá a funcionar.

—Maestro, vamos a intentar escapar de la ciudad. Mandressla ya no es un lugar seguro. La teocracia ha caído. ¿Por qué no vienes con nosotros? Con la luz del alba podrás...

—Jamás —exclamó—. Jamás me arrancaréis de aquí. Mi vida está aquí. Mi vida, ¿comprendes?

Aisaan resopló. Consultó con los otros sin mediar palabra. El mensaje en sus miradas era explícito. No.

Por suerte para el Relojero, estaba tratando con un suplicante de Ntsasalé.

—Te prometo —dijo Aisaan, tras pensarlo un instante—, que si en nuestra huida

encontramos el último reloj de Mandressla, yo mismo lo destruiré. Pero comprende que nuestras vidas están en peligro. No nos sacrificaremos para buscarlo.

El Relojero asintió, satisfecho. Cada uno puso la palma de la mano sobre el corazón del otro. El pacto estaba sellado. Melquíades se dio una sonora palmada en la frente.

—Ahora —dijo el menudo artesano—, necesito seguir perfeccionando mi maquinaria. Permitidme que os deje solos.

Se encaminó renqueando a la trampilla por la que se accedía a los sótanos. Forcejeó con ella para abrirla. Aisaan se acercó para ayudarlo. Una máscara de algo sin nombre pintó sus rasgos porcinos.

—¡No! —gritó, dándole un débil empujón—. No podéis entrar aquí. Marchaos. Marchaos y encontrad el reloj que falta.

Volvió a tirar de la trampilla y desapareció en su interior como una alimaña en su madriguera. Los tres se quedaron en el silencio del palacio, digiriendo los últimos acontecimientos.

—Mira con quién te acabas de aliar —imprecó Melquíades—. Eres un necio.

—¿Qué tendrá ahí abajo? —preguntó el suplicante, pensativo.

—Yo me pregunto más bien que había detrás de esa otra puerta —dijo Melquíades.

—¿Qué puerta?

—En la habitación —aclaró—. Junto a la cama de Tasianara. Esa puerta de aspecto extraño. Temblaba como si hubiera un animal escarbando al otro lado.

—Estás enloqueciendo, Melquíades. En el dormitorio, si se le puede llamar así, sólo había una puerta; la que hemos usado al entrar.

—¿De qué estás hablando? Había otra puerta justo a mi lado, detrás de la cama del Relojero.

—Extinguid vuestros desvaríos —les reprendió Aleatha—. Hay otra puerta más importante ahora.

Los tres se giraron hacia la habitación donde Tasianara agonizaba.

7

La puerta se cerró tras el suplicante. Tasianara miró a Sir Tadeus. Su deforme expresión se tornó hueca. Un silencio de plomo se hundió en el abismo que había

entre ellos.

—Mi paladín. —El desprecio en su voz era casi físico—. Mi campeón. Mírame.

Se levantó. Su ya frágil cuerpo estaba demacrado, cubierto por una pegajosa sustancia que hacía que la túnica se adhiriese a él.

—Mira lo que soy. Por ti.

—Tasianara... —comenzó Sir Tadeus, aunque no sabía qué decirle. La culpa y la repugnancia se repartían el control de su mente—. No entiendo...

—Dijiste que me amabas. Dijiste muchas cosas. Y mírame ahora. ¿Dónde está el amor que tanto proclamabas?

—Deberíais calmaros.

—¡No quiero calmarme! Quiero olvidarte. Quiero no haberte conocido nunca. —Estiró hacia él las ramas podridas de sus brazos—. Quiero volver a ser quien era. Esta no soy yo.

El amadís retrocedía. Ella le seguía.

—No sé de qué habláis, Tasianara. Por favor...

—Nunca me has querido —siseó ella. Hablaba con incredulidad, casi con sorpresa.

—Sí que os he amado. ¿Qué pretend...?

—¡No me mientas! —Golpeó la pared—. No soporto que me mientas. Para ser un paladín tienes hábitos de ladrón. Ladrón de corazones.

Soltó una risotada absurda, como la única partícipe de una broma privada. Sir Tadeus retrocedió hacia la puerta. Ella le saltó encima. A pesar de su diferencia de peso, le aplastó contra el muro. El olor de su piel daba náuseas. Sir Tadeus, apretando los labios, abrió la palma de la mano. Lenta, agónicamente, la daga lapislázuli se revolvió en la mesa, junto al quinqué.

—Tasianara —murmuró—, os lo imploro. Por favor.

—Esto es lo que tu amor ha hecho de mí. —Su aliento era una paletada de tierra de cementerio—. Esto es lo que he sufrido por ti. Quiero que me veas. Quiero que no me olvides.

—Dejadme ayudaros, Tasianara. —La daga se desprendió del contacto con la mesa. Flotó mansamente hacia ellos. Sir Tadeus sabía que podía hacer que apuñalase a Tasianara. También sabía que si la mataba, una parte de sí mismo moriría. De la otra parte se encargaría Aleatha.

Ella soltó una risotada.

—Claro que quieres ayudarme. Después de todo, me quieres, ¿no?

—Sí. —Giró la muñeca lentamente. El filo se alineó con la espalda de Tasianara, a la altura de su corazón—. Sí, os quiero.

—¿Cuánto?

Se le quedó la mente en blanco. Pensaba en el movimiento que hundiría el acero

en aquel cuerpo, que le liberaría y le condenaría al mismo tiempo. La sangre tocaba tambores de guerra en sus oídos. Dijo lo primero que borboteó en su cabeza:

—Con todo mi corazón.

—¿Con todo tu corazón? —repitió ella, perpleja. Una luz de pura maldad brilló sobre sus facciones—. Vamos a comprobarlo.

Su garra derecha se hundió en el pecho de Tadeus, por debajo del costillar. Atravesó metal, piel, músculo. La daga cayó al suelo con un tintineo fatídico. El amadís sintió aquellos dedos putrefactos internarse en él. Tasianara sonreía.

—Deberías haber buscado más de un corazón para quererme.

Hundió su boca de cobra en la del amadís. El sabor a ceniza y el horripilante tacto anuló sus demás sentidos. Los colmillos aserrados le arrancaron los labios, las encías, la lengua. El dolor estalló. Los dedos de muerte rebuscaron en su pecho, alcanzaron su presa, la arrancaron. Sus piernas temblaron. El mundo se difuminó.

Una intensísima luz dorada sustituyó de repente a la oscuridad de la muerte. Tadeus abrió los ojos. Detrás del beso de Tasianara advirtió una presencia. Una figura envuelta en un tabardo celeste, brillante como una espada de fuego, envolvió a la elfa con brazos de seda. Su cara estaba cubierta por una máscara dorada. Sus manos enguantadas se posaron sobre la elfa en un tierno abrazo. Creyó oír cómo le susurraba al oído, desde las profundidades de la máscara.

Un gemido hondo nació de la garganta de Tasianara, y creció y creció hasta convertirse en un aullido de dolor. Se apartó de Sir Tadeus. Lo último que éste vio fueron negras lágrimas corriendo por sus mejillas marchitas. La figura azulada había desaparecido.

—Te amo —sollozó la elfa—. Tiene razón. Las estrellas te maldigan, te amo. No puedo hacerte esto. ¿Por qué no me querías?

Sir Tadeus de Talgris, todo lo que era, todo lo que hubiera podido ser, se desvaneció sin responder a su pregunta.

TRES

NIEVE EN LA VENTANA

È un mondo difficile
Tonino Carotone, *Me cago en el amor*

1

Una expresión anonadada coloniza la cara de Raúl.

—Me has matado.

—Eso parece —coincide Gabriel—. Nos tomamos un descanso y luego seguimos.
¿Alguien baja a por comida?

—¿Y yo? —pregunta Javi—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Quién era el tío de la máscara?

Nadie dice nada. Todos esperan la reacción de Raúl, pero no se produce. Es Gus quien se levanta y le palmea la espalda.

—Raúl y yo vamos a comprar pizza —dice—. ¿Puede quedarse después?

—Yo no he dicho que se vaya. —Gabriel se encoge de hombros—. De todas formas, no soy yo quien decide quién se queda y quién se va en esta casa.

—Me lo tomo como un sí —dice Gus, tirando de Raúl hacia el pasillo.

—Voy a ver cómo está mi abuela. —Carla se levanta y va tras ellos, con aire turbado.

En el salón, les envuelve un silencio encallecido.

—¿Y conmigo qué pasa? —repite Javi, chillón—. ¿Estoy muerto? ¿Estoy vivo?
¿Puedo seguir jugando?

—¿Te quieres calmar? —dice Gabriel—. Vamos a jugar ahora lo que sucede con Tasianara.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta Guille—. Mi personaje no está en escena.

—No, no te preocupes. Lo haremos en la cocina.

2

—No pasa nada —le dice Carla, de pie junto a él en la puerta.

Gus, haciendo patente su incomodidad, carraspea en el rellano.

—¿Cómo que no pasa nada? —Raúl se recoloca las gafas, un gesto que es incapaz de controlar cuando está nervioso—. Me ha matado. Sin tirar ni un dado. Este tío me detesta. No sé por qué tenemos que volver a jugar con él.

—No te detesta —dice ella. Sus labios aterrizan fugazmente en los de él—. Él es quien dirige la partida. Y has venido a jugar porque has querido. Anda, ve y trae las pizzas. Ya hablo yo con él.

Rubrica sus palabras con un portazo en plena cara. Raúl se queda con la palabra en la boca. Gus espera sonriente en el ascensor.

—Sí que te detesta —le dice, mientras bajan—. Pero ¿qué esperabas?

—Pues esperaba que nos comportásemos como adultos. —Vuelve a recolocarse las gafas. La sombra de un tartamudeo ya superado planea sobre su voz.

—Anda ya. Estamos hablando de Gabriel. El mismo que se enfada cuando usamos sus dados de la suerte.

—Carla no es ningún dado. Y fue él quien la dejó.

—Y tú quien estuvo jugando al mejor amigo hasta que pudo saltar sobre ella —replica Gus en un tono de enfado que hace que Raúl le mire extrañado—. Estas cosas nunca son fáciles.

—Pues, si no quiere vernos a Carla y a mí, ¿para qué quiere retomar la partida? ¿Por qué no se queda en su puñetera rehabilitación?

Gus se encoje de hombros. El ascensor llega abajo. Las luces titilan un instante.

—Lo siento, pero ahora soy yo quien está con Carla. Si quiere hacerme pagar el pato cargándose a mi personaje, que no me llame. Tengo cosas mejores que hacer.

—Ya, como si fueras a dejar a Carla a solas con él. Mira, si Gabriel ha matado a Tadeus en cuestión de una hora, es por una razón bien sencilla.

—¿Y cuál es?

Fuera ha empezado a nevar. Gus se sube la solapa del abrigo.

—Porque no puede matarte a ti.

3

Javi entra en la cocina. Se mueve entre los cacharros, buscando un vaso limpio. Abre el grifo. El agua cae con un estruendo de borrasca. Javi bebe. Rebusca en los armarios, saca un bote medio vacío de algo parecido al chocolate. Hurga en su interior con un cuchillo. El metal resuena contra el cristal, un sonido crudo, brutal. No se da cuenta de que las paredes se han convertido en lápidas, de que la nieve pronuncia su nombre en la ventana, de que los espectros polvorientos que aletean en las sábanas sobre los muebles se retuercen las manos. Fuera, en el pasillo, la luz mengua. El aire se vuelve espeso, melaza oscura en los pulmones. Cuesta respirar.

Gabriel, desde la puerta, mira la nieve en la ventana.

—Debo reconocer que me has sorprendido, Javi.

La nieve.

—¿Por qué?

En la ventana.

—Has actuado estupendamente. No te ofendas, pero al principio dudaba si darte un personaje tan relevante como Tasianara. Me alegra ver que lo has llevado a la perfección.

Las palabras del hombre reverberan en los oídos de Gabriel, como truenos lejanos. Si sigues adelante, puede que consigas lo que deseas.

—Bueno, sí. —El cuchillo se mueve dentro del tarro—... no sé. Me ha salido así. Me dio la sensación de que era lo que Tasianara tenía que decir. Yo qué sé, lo que sentía o algo así.

Gabriel no le presta atención. Se da cuenta de qué es lo que ha aceptado al coger la vela. Ya no ve a Javi. Ve el camino que ha elegido recorrer. Y sabe lo que sucederá ahora.

—Muy bien hecho.

Javi deja el bote y el cuchillo sobre la mesa. Se pellizca el piercing de la ceja.

—En realidad, no iba a venir. Pero al menos quería dejar esto cerrado. ¿Puedo contarte una cosa? —No espera a oír su respuesta—. Me voy de casa. Mañana. Estoy hasta la polla de vivir con mis viejos. Marta y yo nos vamos a Barcelona.

—¿Lo saben tus padres?

—No lo sabe nadie —dice—. Te lo cuento a ti... no sé por qué. Tenía que contárselo a alguien, desahogarme. No vas a chivarte a mi hermano, ¿verdad?

—Tranquilo. —Gabriel sonríe levemente—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Javi siente un apunte de extrañeza, se da cuenta repentinamente de lo solo que se está allí dentro, a pesar de estar con Gabriel. Carraspea. Su pregunta desinfla el silencio.

—Entonces, ¿qué es lo que me va a suceder?

—Vas a morir.

—¿Cómo? —pregunta, escandalizado—. Tío, pero si vamos muy bien.

¿Precisamente ahora quieres matar a mi personaje?

Gabriel apaga la luz.

—No he dicho nada de tu personaje.

La nieve se arremolina en la ventana.

4

El abanico se abre. El abanico se cierra. Carla comprueba que la abuela no se ha orinado, endereza el babero en su pecho, le cierra el primer botón del camisón, el que siempre se le desabrocha. Baja el volumen de la televisión. Un quedo gemido le indica que lo ha bajado demasiado, y vuelve a subirlo un poco. El abanico se abre.

—Tranquila, ya está —murmura, girando el dial—. Ya puedes entretenerte.

Frunce el ceño al percatarse de que el olor de la dichosa velita de Gabriel llega hasta la habitación. Se va a enterar. Y encima ha matado a Tadeus. En cuanto suba va a tener que hablar con él, convaleciente o no.

Sí, pero ¿realmente quiere hablar con él? Piensa en ello mientras su mirada vaga por la habitación, buscando algo. Se muerde la uña del pulgar. ¿No es más fácil evitar un estúpido conflicto, dejar que la partida y la noche sigan su curso? Sabe lo que está buscando. Sabe que estaba por ahí, en algún lugar. ¿No es más conveniente no volver a asomarse a los ojos de Gabriel, no dejar que el fantasma de un tiempo que ya no va a volver le revuelva las tripas por dentro? Piensa en ello mientras busca. Quizá la abuela la ha tirado; estaba jugando antes con ella. No sabe si se la ha dejado en el regazo. Qué tontería, piensa, ella no quiere volver a eso. Son otros días. Ha pasado muchas horas mirando al techo de su cuarto en mitad de la noche, muchas valerianas, muchas lágrimas. Abre cajones. Se asoma bajo la cama. Debe de estar en alguna parte. No, mejor no hablar con él. En fin, a la abuela no puede molestarle tanto el olor de la vela. Quizá ni lo nota. Y en cuanto a Raúl...

Alguien se mueve a su espalda.

Carla se gira con un sobresalto. Tira del cajón que estaba abriendo, y su contenido se desparrama por el suelo. Mierda. Se queda mirando a Guille, en la puerta, parapetado tras los cristales tintados de sus gafas. La abuela se mece. El abanico se cierra.

—Seguimos igual, ¿no? —dice él.

—Al menos no está peor —dice Carla, azorada como una niña descubierta en una

travesura. Se levanta y vuelve a cerrarle el último botón del camisón—. Abuela, Guille ha venido a verte.

—No me refería a tu abuela —hace ademán de acercarse—. ¿Qué se ha caído? Ha sonado como si el camión de una ferretería hubiese volcado.

—Tranquilo —Carla se agacha y empieza a recogerlo todo—. Ya lo hago yo. Son relojes.

—¿Relojes?

—Sí, se me han caído y están por todo el suelo. Ten cuidado. Mi abuelo los coleccionaba, o eso decía mi abuela. La verdad es que no sabía cuidarlos. Se le rompían cada dos por tres. Los mojaba y se le oxidaban, se le caían, perdía la manecilla para darles cuerda... ella siempre le regalaba uno nuevo. El mismo reloj una y otra vez. Eso es amor, ¿no?

—No lo sé —Guille se acerca—. ¿Lo es?

Se arrodilla a su lado y empieza a tantear. Sin embargo, su cara recién afeitada sigue fija en ella. Por un brevísimo instante, a Carla le parece que le está devolviendo la mirada. Carraspea. El abanico se abre.

—Pues, no sé —duda—. A lo mejor era un poco egoísta, ¿no? Ser descuidado a propósito, romper un reloj tras otro sólo para ver si tu mujer se preocupa tanto por ti como para regalarte otro.

—¿Es que el amor no puede ser egoísta?

No responde. Guille levanta uno del montón y lo sostiene frente a ella.

—Este aún suena.

—Es el último que le compró. Murió poco después, no tuvo tiempo de romperlo. Con el tiempo que ha pasado, y todavía funciona...

—Se parará algún día. Ni siquiera los relojes resisten el paso del tiempo —Lo devuelve al cajón con delicadeza, consciente del valor que tiene para ella—. Carla, ¿cómo estás?

—Estoy bien —responde de inmediato. Recoge más relojes. La mecedora suena—. ¿A qué te refieres?

—Tres palabras. Carla. Cómo. Estás. ¿A qué crees que me refiero?

Así es siempre Guille. Tan directo, tan intuitivo, tan distinto. Hace meses que no se ven, y aun así nota si algo marchaba o no bien con... bueno, no con una mirada. ¿Cuál es el equivalente cuando las miradas no se aplican? Es más sincera esta vez.

—Estoy mejor —esboza la estrella fugaz de una sonrisa—. O al menos no estoy peor.

—*È un mondo difficile...* —recuerda su broma privada.

—*È vita intensa* —responde ella, cómplice. Esboza un amago de sonrisa manchada de nostalgia barata. El abanico se cierra.

—¿Por qué has accedido a jugar otra vez? —pregunta a bocajarro.

Y otra vez diana.

—Habíamos dejado la partida a medias. Y creía que sería bueno volver a veros a todos.

—¿A todos?

—En serio, Guille, no te preocupes. Ya han pasado los días más negros. Estoy mejor. Pongamos que esto es como una prueba de fuego, ¿vale?

—Está bien —accede él. Todos los relojes vuelven a estar en el cajón. Guille se yergue y le ofrece una mano—. Si necesitas hablar, ya sabes... hay asociaciones que se dedican a atender a gente desesperada como tú. Es gente preparada.

Ella se levanta y le da un débil puñetazo en el brazo.

—Tú también eres gilipollas. ¿Vamos?

—Después de ti. No quiero tropezarme.

—El día que te tropieces en mi casa, me mudo. —Vuelve a darle un beso en la coronilla a la abuela, que se despide de ella abriendo y cerrando el abanico. Antes de salir del cuarto, sin embargo, echa una mirada en derredor. Debería estar por algún lado. Se pregunta dónde puede haber ido a parar.

5

El salón está vacío. Guille toma asiento.

—¿Dónde está Gabriel?

—Aquí —se oye su voz desde el pasillo—. En tu cuarto.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Carla, asomándose a la puerta.

Gabriel, como tantas otras veces, está apoyado en la esquina de su escritorio, junto a la ventana. Tan distinto, tan igual. En la penumbra apenas iluminada por las farolas de la calle, casi parece la silueta de un desconocido, más grande, más extraña. Carla se da cuenta de que huele a él, de que su presencia es más que el recuerdo que ha habitado esa esquina de su escritorio junto a la ventana desde hace meses.

La figura enciende la lámpara de la mesita. Carla vuelve a ver a Gabriel. Él no la mira. Se pasa entre las manos un juguete que Carla creía haber escondido o tirado a la basura; una bola adivina, pintada de negro como una bola de billar.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba por ahí tirada.

—¿Has estado hurgando en mis cosas?

—No sé, ¿he estado hurgando en tus cosas? —Agita la bola sin perder la sonrisa, le da la vuelta y mira la respuesta—. “En absoluto”. ¿Te vale?

—No sé —dice ella, sin saber bien por qué entra en el juego—. ¿Me vale?

Él vuelve a agitar la bola y a voltearla. Su sonrisa se acentúa.

—“Es posible” —lee—. ¿Cómo está tu abuela?

—Está muy callada. —Se cruza de brazos, medio molesta—. ¿Dónde está Javi? No quiero que ese desastre con patas la moleste.

—Javi acaba de irse. Creo que se ha enfadado por Tasianara. Dice que no se puede jugar con un personaje así.

Carla intenta respirar hondo sin que se le note.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué he hecho qué? —Se acerca a ella, de improviso. Mucho.

Están a un paso el uno del otro, en la puerta del cuarto. Y de pronto sucede. No ha pasado ni un día. Siente un intenso *deja vu* en la boca del estómago; le parece que puede volver a salvar los escasos centímetros que les separan. No ha decidido si realmente quiere hacerlo o es sólo la costumbre polvorienta de unos días perdidos. Se miran a los ojos. Ninguno habla. *Por favor, aparta la mirada*, piensa Carla. No sabe si se lo dice a él o a sí misma. Extiende una mano de dedos temblorosos, que se abren sobre el pecho de él, sin llegar a tocarle. Le da miedo hacerlo.

Un maullido desganado rompe el hilo entre los dos. La gata pasa aburrida entre ellos. El instante es un pez que se escurre y se aleja para no volver.

—Me encanta esta gata. —Gabriel la recoge del suelo—. Si pudiera, me quedaría con ella. Me la llevaría a cualquier sitio. ¿Vendrías conmigo de viaje, Señorita Pride?

Por tercera vez, agita la bola negra. Mira el resultado. Vuelve a sonreír.

—Déjate de estupideces y vamos al salón. —Ella le arrebató el juguete y lo deja sobre la mesa—. ¿Cuándo vamos a jugar la escena que nos falta? La que dejamos pendiente en la última partida.

—Aún no es el momento —dice Gabriel mientras la sigue al salón—. Avanzaremos un poco más con el presente y luego retrocederemos.

—Me está gustando mucho lo que llevamos de partida —comenta inocentemente Guille al oírlos entrar—. Muy real. Hacía tiempo que no me sentía tan dentro de la historia.

Gabriel calla.

—Sí —conviene Carla, agradecida por el capote que su amigo le ofrece—. A mí me ha pasado lo mismo. Tenía perfectamente claro el calor y la peste del cuerpo de Tasianara. Nos estás agobiando realmente con la situación, Gabriel.

Gabriel calla.

Vuelve a sonar el timbre. Gus y Raúl pasan, uno armado con una torre de pizzas, el otro con varias botellas de cerveza.

—¿Dónde está mi hermano?

—Se ha pirado. —Gabriel rechaza la cerveza que le tiende Gus—. Deberíais haberos cruzado con él.

—No le hemos visto.

—Sentaos —ordena Gabriel, y todos obedecen. Raúl duda, y él sonríe, malicioso—. Sí, tú también. Vuelves en ti con un grito atrapado en la garganta.

CUATRO

LO QUE VE UNO LO VEN TODOS

Yo pediré un cerebro,
porque sólo un necio
se deja guiar por su corazón.
L. Frank Baum, *El mago de Oz*

1

Volvió en sí con un grito atrapado en la garganta. Aisaan le observaba desde el pie de la cama. A su lado, Aleatha estaba terminando de preparar el petate. Junto a la puerta, Melquíades esperaba sin rastro de paciencia.

Sir Tadeus se llevó la mano al pecho. Se pasó los dedos enguantados por los labios. Intactos. Su expresión de alarma dio paso a una de desconcierto.

—Nos vamos —anunció el suplicante—. Tasianara ha desaparecido.

—Sería un buen momento para que nos contases qué ha pasado —añadió Melquíades.

—Eso quisiera saber yo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Aleatha, primero en sunnai y luego en su burdo belenthano a medio desempolvar—. ¿Qué ha sucedido?

—Te oímos gritar —explicó Aisaan—. Cuando entramos, estabas inconsciente en el suelo. Solo.

Sir Tadeus negó con la cabeza. El recuerdo de las palabras de Tasianara le arañó el alma. Alargó el brazo y recogió del suelo el puñal de la elfa. Lo contempló como si en su filo estuviese grabado todo lo que había ocurrido.

—Intentó atacarme —improvisó—. Me pilló por sorpresa, y me derribó. No recuerdo nada más.

—No importa. —Aleatha desechó sus palabras con un gesto—. Ahora ha cambiado todo. Vamos a encontrar a Tasianara.

—No creo que sea una buen... —empezó el amadís. Aisaan improvisó un gesto

admonitorio.

—Pues no vengas —cortó Aleatha—. Pero vamos a hacerlo. No podemos escapar. Ahora no.

—¿Y cómo piensas encontrarla?

—Con el poder del Oráculo.

Extrajo de su mochila el objeto que les había dado el Oráculo. Era una esfera de color negro. En un lado había dibujado un círculo blanco, y dentro del círculo un extraño símbolo grabado en Otrosdías. Un nuevo escalofrío recorrió al amadís. En el otro extremo de la esfera había una especie de brumoso agujero. Aleatha la agitó, evitando mirarla directamente.

—¿Dónde está mi her...?

—Espera. —Melquíades la agarró por un brazo—. No seas impulsiva. Hay preguntas mejores que formular.

—Extínguese, nictomante. Tengo que encontrar mi hermana.

—Piensa un poco. Esta esfera sólo responderá a tres preguntas, eso dijo el Oráculo. Hemos gastado una para llegar hasta aquí. Ahora le preguntarás dónde está Tasianara. Te lo dirá. Cuando lleguemos al sitio que nos indique, ya se habrá ido. O peor aún, no se habrá ido, pero estará rodeada de criaturas como ella.

—Tasianara no...

—Tasianara sí, Aleatha. Ahora sí. Ya has oído a Tadeus. Tasianara le ha atacado. Si ya no nos reconoce, ¿qué haremos con ella? ¿Matarla?

—¿Qué sugieres tú? —preguntaron a la vez Aisaan y el silencio de la elfa.

—Aferrarnos a las posibilidades. —Alzó un dedo, aleccionador—. Toda dictadura tiene sus rebeldes. Eso dijo Tasianara. Si hay alguien en contra de lo que se extiende ahora por Mandressla, tenemos que pedirle ayuda. Quizá conozcan una cura para Tasianara, aunque te seré sincero, a mí me interesa más que sepan cómo escapar.

—¿Y si te equivocas?

Melquíades se encogió de hombros.

—Sé admitir mis fallos. Si estoy errado, puedes emplear la última pregunta para encontrar a tu hermana.

Todas las miradas se centraron en Aleatha. El razonamiento de Melquíades podía ser o no válido, pero sobre todo era humano. Quién sabía lo que pensaría ella. Sus djals se apretaron.

Agitó la esfera y la levantó. La pregunta afloró a sus labios cerúleos.

2

La niebla roja abrazaba las calles.

Las tinieblas se condensaban a su alrededor. Les envolvían las sombras de los edificios, de los balcones, de las gárgolas en sus torreones, de los dientes de oro, de las puntas de los alfileres. Iban a hurtadillas, como niños que se escapasen de casa. Aleatha les guiaba. Copos de nieve se posaban en sus caras como tímidos besos de ángel. Caminaban en fila, la mano de cada uno en el hombro del siguiente. Nos arrastramos igual que ratas, pensó Aisaan. Le vino a la mente la visión en el reloj. Respiró hondo para controlar las sacudidas de su estómago.

Les costaba caminar; las heridas pesaban sobre ellos como cadenas. De vez en cuando un grito desgarraba el siniestro velo de la noche. Se oían súplicas en ningún idioma, llantos, portazos y, al fin, silencios. Sir Tadeus insistía en detenerse, desviarse para intentar ayudar a quienquiera que necesitase su auxilio. Bastaba una mirada acerada por parte de Aleatha para hacerle desistir.

Aisaan esperaba que el contacto de su mano reconfortase de alguna manera a la elfa. Sentía el frío inhumano de su piel, ajena a la nieve y a aquella temperatura glacial. Como todos los sunnai, no vivía enteramente en el mundo. En algún lugar del cielo, la mitad de su espíritu brillaba sobre ellos, acompañando a su Padre en su eterna sinfonía de luna. Y aun así, por encima de la distancia de esa raza de estrellas, Aisaan sabía que Aleatha temía la posibilidad de perder a Tasianara, de haberla perdido ya. Era un temor parecido al que él mismo sentía al ver sobre los tejados la omnipresente silueta de la Voz del Acero.

Sobre su propio hombro, el suplicante sentía la mano de Melquíades. Le ponía nervioso. Casi sentía su magia negra como algo físico, y a la vez más íntimo. Aún se preguntaba por qué el nictomante había decidido acompañarle a Mandressla, qué extraño juego de intereses le había llevado a compartir su camino. Siempre había respetado su silencio pero, después de lo que había pasado esa noche, empezaba a dudar hasta de su sombra. Y precisamente ahí empezaba el terreno del titiritero.

Sir Tadeus cerraba la marcha. Lo envolvía un aura de fatalismo que no casaba con la impresión que había tenido de él al conocerle horas atrás. Qué te ha pasado, Tadeus, se preguntaba el suplicante. Qué secretos te ha contado tu querida Tasianara, dónde se ha ido el soldado de los dioses que mira a la muerte con una sonrisa.

Aisaan supuso que era más fácil sonreír a la propia muerte que a la de los seres queridos.

3

Si existieron, los teócratas de Otrosdías debieron de vivir en aquel palacio. Se alzaba en mitad de la ciudad, una majestuosa construcción en forma de herradura, con dos alas impresionantes y techos altísimos. En el centro de la herradura, entre las dos alas laterales, se levantaba una pirámide de cristal y acero, alta como un templo antiguo e igual de enigmática. La nieve se acumulaba en las juntas del metal.

Los cuatro se detuvieron delante de la pirámide. Silenciosas fuentes cubiertas por una fina capa de escarcha flanqueaban su base. En una de las sólidas planchas de cristal había un hueco recortado del tamaño de una puerta, por el que podía pasar un hombre corpulento. Al otro lado, unas escaleras descendían en la oscuridad.

—Tened cuidado —dijo el suplicante—, puede que aquí encontremos lo que buscamos.

Ninguno respondió. Tadeus desenvainó la espada y se dispuso a bajar. Aisaan alzó una mano.

—No —dijo—. No creo que la fuerza sea lo adecuado.

—¿Qué sugerís, pues?

—Déjame probar a mí —dijo, adelantándose—. Quiero empezar a ser útil.

Giró la cabeza hacia ellos mientras descendía.

—Quizá deberíamos encender una...

Algo vivo se movió entre sus tobillos. Sus pies se enredaron. Trastabilló. Desapareció ante ellos con un grito amortiguado, como un conejo en una madriguera.

—¡Aisaan! —gritó el amadís.

Todos descendieron a trompicones las escaleras en espiral. La oscuridad les devolvió sus propias voces alarmadas, convertidas en siniestros ecos. Aquel subterráneo debía de ser enorme.

—¿Aisaan?

—Estoy bien —se le oyó a poca distancia—. No estoy solo.

—Voy a convocar a mi estrella.

Aleatha unió las manos formando un círculo sobre su cabeza. Nada sucedió. Soltó un brumoso exabrupto, la voz preñada de un sentimiento para el que los humanos ni siquiera tenían nombre.

—Esperad, Aleatha —dijo Sir Tadeus, luchando contra el impulso de tocarla para consolarla—. Puede que la magia sunnai no funcione en estas profundidades, pero un yesquero prende allá donde esté.

—Hay demasiada humedad —objetó Melquíades.

—Al menos voy a intentarlo.

—No hace falta —dijo Aisaan, y añadió dos palabras más.

Fiat lux.

Se quedaron boquiabiertos. Un tímido resplandor plateado surgió de la cabeza de Aisaan, de sus muñecas, de sus tobillos, de su abdomen. Brilló sobre sus rostros con algo más que luz. Transmitía un sosiego que, en aquel entorno misterioso y amenazante, aumentó la sensación de irrealidad y les hizo pensar que todo aquello era un sueño. No había paredes cerca, pero el eco de sus movimientos sugería que aquel cenotafio tenía las mismas dimensiones del palacio bajo el que estaba construido. Aisaan se encontraba tumbado en el suelo al final de la escalera, en una aparatosa posición de suicida frustrado. Sentado sobre su pecho, un gato fijaba en él dos ojos curiosos, carbones ardiendo en su cabeza blanquísima. Se incorporó lentamente, mientras los demás terminaban de bajar. El gato saltó a su regazo, y de ahí al suelo.

Los cuatro lo contemplaron en silencio. Les recorrió una inexplicable sensación de vértigo. De pronto, todos lo sintieron: algo más grande que ellos mismos, que Mandressla y que el terror de las últimas horas acababa de pasar a su lado en una corriente de aire estepario.

—Yo... —balbució Aisaan, incapaz de hablar.

—Sí... —dijo Sir Tadeus.

—Conozco... a este... gato —articuló Melquíades, sin saber lo que decía.

—Gata —corrigió Aleatha.

—Gata —corroboró Aisaan—. Es... ella... es... Kitty.

—Kitty —repitió Tadeus.

—Pride —terminó el titiritero, palabras que no tenían sentido para ellos.

—Señorita Pride —dijo Aleatha, y en ese momento la gata se dio media vuelta y se esfumó entre las sombras. La sensación que les había aturcido desapareció—. ¡Seguidla!

Echaron a correr detrás de ella. La antorcha les guiaba a duras penas. El animal se internó en un pasadizo cercano. Al otro lado del dintel, tres escaleras diferentes ascendían hacia la oscuridad. Tuvieron la impresión de estar adentrándose en un laberinto.

—En el nombre de Sylandarix —preguntó Aisaan en plena carrera—, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —resolló Tadeus, mirando con recelo cómo brillaba el suplicante—. Pero estamos persiguiendo a un gato por un corredor construido en Otrosdías. Esto no puede terminar bien.

Atravesaron interminables pasillos y estancias a toda prisa. Aquel lugar era una mansión de ventanas ennegrecidas de polvo y barro. Los únicos habitantes de aquellos salones olvidados eran los tapices que se derramaban por las paredes, y descomunales pedestales ocupados por estatuas. Gigantescos paños blancos cubrían cuadros y efigies. En la penumbra, se antojaban centinelas emboscados que guardaran para siempre un tesoro secreto. Todos corrían, la vista clavada en el suelo. Sabían que

no se debía observar fijamente las imágenes pintadas en esos lienzos. Uno podía perderse en las visiones de aquella era maldita que jamás debió existir. También se decía que, con la llave adecuada, las imágenes podían revelar un camino a su interior.

No importaba cuánto corriesen, la gata les sacaba ventaja. Aisaan creyó ver que algo se movía junto a ellos, una cabeza que se giraba en su dirección. En el latido que permaneció dentro del círculo de la luz, comprobó que era imposible: sólo era una estatua.

Por un instante creyeron haberla perdido, y sólo un maullido lejano les hizo dar con la dirección correcta. Un resplandor amarillento se vislumbró a lo lejos. La gata atravesó un dintel en el que terminaba el corredor. Tras él brillaba fuego de teas. Entraron, exhaustos. Todos creyeron que les había llamado, pero después de cruzar aquella puerta, jamás tendrían la oportunidad de discutirlo.

4

Dando gracias a su Señora, Aisaan extinguió la luz que surgía de su interior. Su escasa orientación le indicó que debían de encontrarse en uno de los brazos del palacio. Componían la estancia tres terrazas escalonadas, de nuevo en forma de herradura, contenidas unas en otras y conectadas por escaleras de mármol. Cada uno de los tres niveles estaba plagado de esculturas, todas altivas en sus pedestales, todas cubiertas a su vez por más telas blancas. Contuvieron el aliento, pues sabían que ocultaban a los dioses y a los héroes de Otrosdías. Aquel salón debía de haber sido un lugar de adoración. Ahora no era más que un cementerio de imágenes, como jueces de un tribunal olvidado. Era imposible contar cuántas estatuas había.

Teas doradas salpicaban las esquinas de cada planta. Las paredes del nivel superior estaban flanqueadas por arcadas del tamaño de un cíclope, de las cuales pendían sobrias cortinas de color violeta. El techo había sido reemplazado por una telaraña de vidrio y listones de hierro, a través del cual les escrutaba el ojo nublado de la noche.

La gata se escurrió escaleras abajo. Vieron su cola blanca perderse entre los pedestales, y de pronto se sintieron más solos.

—Espero que podáis decirme qué hacemos ahora —dijo Melquíades.

—Estos son los rebeldes —gruñó Aleatha, abarcando la sala con los brazos—. Son los que nos iban a llevar hasta Tasianara. Los que conocen la salida de

Mandressla. Adelante, preguntadles cómo se detiene a esas criaturas. Si conseguís que estas piedras hablen, yo misma me subiré a una de estas columnas a posar por toda la eternidad.

Resopló. Se adentró entre el ejército de estatuas y tiró del paño que tapaba una de ellas, descubriendo la efigie de una guerrera, que hundía su lanza en una serpiente enroscada entre sus pies.

Melquíades paseó por el piso más elevado. La curiosidad le impulsó a apartar una de las cortinas pegadas a la pared. Tras ella había una puerta de un acabado extraño, quizá extranjero. Parecía artificial en aquel entorno. Era similar a la que había junto al lecho donde Tasianara agonizaba. Se acercó a ella con cautela. Llevó la mano al pomo, presintiendo más que viendo un ligero temblor al otro lado.

La voz de Sir Tadeus le sobresaltó.

—Tiene que haber alguien aquí —rogó el amadís al esquivo aire de sepulcro—. Alguien mantiene encendidas estas teas.

Melquíades corrió la cortina y se apartó, mirando hacia atrás con recelo. No lejos de él, Aisaan anadeaba entre el ejército de bloques de mármol. Se detuvo delante de uno y también tiró de su mortaja. Era una amazona, orgullosa en su monumental caballo. Descubrió otra junto a ella, una doncella que sostenía un arpa. A su lado, una aguerrida mujer armada con un arco fijaba la vista en su blanco para toda la eternidad.

Son todas mujeres, tuvo tiempo de pensar, y entonces la estatua le miró. Fue sólo un segundo. Los ojos de mármol se abrieron, y en su interior vio iris humanos. En ellos había un brillo homicida.

—¡Las estatuas! —gritó, antes de que la flecha de piedra saliera disparada hacia él. A esa distancia, debería haberle atravesado la garganta, pero el sobresalto le hizo trastabillar y caer sentado. El proyectil chasqueó contra el suelo. Los demás no tuvieron tiempo de reaccionar. Sólo acertaron a ver un movimiento furtivo, un reflejo marmóreo, antes de que las teas se apagarán.

El aire se llenó de un olor terroso. Se multiplicaron los aleteos y los suspiros, los roces contenidos, los susurros amenazadores. No osaban moverse. Aisaan oía la respiración de Aleatha; y por encima de ella, su propia sangre bombeando en el pecho. Algo se movió cerca de él con un susurro entrecortado. Cayó a su lado una sábana. Silencio. Un tintineo. Un filo lamiendo el aire. Una maldición entre dientes. La negrura y la alarma embotaban el resto de sus sentidos. Reculó. Apoyó la mano contra una superficie fría, y esa superficie se apartó. Intuyó figuras en movimiento. Creyó ver dos cuerpos esbeltos que se cruzaban en el aire. Un fantasmagórico baile de ninfa tenía lugar a su alrededor. No había sonidos, más allá de los que ellos mismos producían. Quería llamar a los otros, pero temía descubrirse. Todo tenía tintes de pesadilla, de angustiosa fantasía infantil. Les tenían. Les tenían y no sabían

qué querían. Aquello era una locura; morir a manos de los supuestos rebeldes.

Los rebeldes.

Un momento.

—Un momento —jadeó—. ¡Venimos huyendo de ellos! ¡Venimos huyendo de los enamorados! ¡Os lo suplico, ayudadnos!

Enamorados. No tenía idea de cómo se le había ocurrido ese nombre. Su propia voz le sonó extraña en aquel salón ciego, en el bosque de piedra en el que se habían internado como niños en un cuento de hadas. Oyó un amago de lucha, y el golpe sordo que causa un cuerpo cuando da contra el suelo. Entonces sucedió lo que había estado esperando y, al mismo tiempo, temiendo.

Comenzaron a hablar.

*enamorados venís amorados huyendo rados
porqué namorados hastaquí morados dellos*

No tenían voces. No en el sentido estricto de la palabra. Sonaba más bien como grava cayendo por una ladera, como guijarros rebotando en un estanque. Pero Aisaan no tenía tiempo para imágenes poéticas. Si no conseguía que les escucharan, aquel jardín de piedra sería su tumba. Una hostilidad nada imaginaria manaba de aquellos seres. Se movían entre ellos con soltura, pasando de un pedestal a otro, intercambiando posiciones como piezas en un juego de cardenales estrategas.

—Nos buscan los hijos del amor roto —improvisó. Dio gracias a su dragona por su última conversación con Tasianara—. Quieren matarnos, o apresarnos, no lo sabemos. Pero sabemos que no podemos dejar que nos atrapen. Tenemos miedo. Si sois sus enemigas, entonces somos vuestros amigos. No somos una amenaza para vosotras.

Respiró hondo, y esperó la respuesta. Cerca de él, podía sentir cómo los demás contenían el aliento. Intuyó un nuevo movimiento a su alrededor, y supo que la danza de piedra seguía su curso.

*amenaza notiene nosois laroca nosois masque carne
laroca vosotros amigos unamenaza notiene masque preguntas*

—¿Preguntas? —Aisaan intentaba concentrarse, deshilar sus palabras trenzadas—. ¿Qué queréis preguntarnos?

—Basta.

La danza se interrumpió súbitamente. Todas callaron. De repente se iluminó una tea en la oscuridad. Y otra, y otra. Aisaan consiguió ver a los demás, no muy lejos de

él. Sir Tadeus se mantenía en guardia, la espada en alto. Melquíades apoyaba un codo en el suelo, la sangre chorreando por una brecha en la sien. A medida que la luz volvía a poblar el jardín, entre la constelación de pedestales y esculturas se perfiló una forma humana. Se había mantenido al margen de aquel baile onírico. Permaneció lejos del círculo de luz, de manera que sólo intuían su silueta. Un siseo acompañó sus palabras.

—No habrá preguntas. El granito espera. El mármol oye. La caliza se lasca, pero resiste. La carne es carne, viva o muerta. Para nosotras, sólo un detalle marca la diferencia.

—¿Y cuál es ese detalle?

—Si amáis o no amáis.

amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis
amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis amáis

El eco de miserere se extendió entre todas las estatuas. Ahora Aisaan las distinguía. Todas tenían ojos humanos, bellísimos iris acentuados por la falta de humanidad de la roca que era su piel. De su portavoz, oculta tras el velo de la oscuridad, sólo podía adivinar la forma, también femenina, y una profusión de cabellos enmarañados. Supo lo que tenía que responder, y sintió un alivio íntimo al saber que no les estaba mintiendo.

—No —aseguró—. Somos carne viva, pero no amamos. Los que aman son nuestros enemigos.

Enmudecieron todas al unísono. La silueta en la sombra asintió y se acercó. Mientras salía a la luz, fue atándose sobre los ojos un pañuelo sucio, deshilachado. Aun así, avanzó con seguridad hasta ellos.

Al verla, Aisaan no pudo controlar por más tiempo el temblor que anidaba en sus tripas. Tenía un cuerpo mestizo, a caballo entre dos mundos irreconciliables. La carne y el mármol convivían en dudosa armonía en su piel. Pero lo que desató su miedo fueron los cabellos. Una maraña de serpientes vivas se agitaba en su cabeza. Dientes goteantes de veneno. Escamas brillantes. Silbidos amenazadores. La mayoría clavaba una mirada hambrienta en ellos.

Las estatuas inclinaron levemente la cabeza ante ella. Ninguno de sus rostros traicionó la mínima emoción.

La mujer se acercó a Aisaan, le cogió el mentón como si pudiera verle y alzó su rostro.

—Nuestros pasos nos han conducido hasta vosotras —masculló él, la voz empantanada—... buscando ayuda.

—Es cierto —dijo ella después de unos segundos de ciego escrutinio—. En ti sólo

hay una compasión necia. La Plaga no te ha alcanzado. No tienes nada que temer de nosotras.

Sus serpientes se giraron al unísono, se centraron en Sir Tadeus. Aisaan pensó en Tasianara y se mordió el labio. Unos instantes después, la mujer volvía a esbozar una mueca satisfecha. Aisaan le miró extrañado. El amadís bajó la vista.

Cuando las docenas de ojos de reptil se posaron sobre Aleatha, ella atrapó con un movimiento centelleante una de las serpientes y la retorció delante de la venda de su dueña. Un demencial ruido de cascabeles se extendió por la mortal pelambarrera. Incontables armas volvieron a apuntar a la menuda elfa, que no aflojó un ápice su presa. Los músculos de la mandíbula se le marcaban, los djals temblaban levemente.

—Ni tú ni tus muñequitas comprenderéis jamás lo que es el amor de un sunnai —susurró—. Basta de inspecciones.

Una de las estatuas apareció al instante detrás de ella. Una lanza carcomida se apoyó entre los omóplatos de la elfa.

—Cuidado, perra —amenazó—, estás delante de Auriale, la primera entre las herejes. Una palabra suya puede salvarte. Un gesto y terminarás muerta. No te conviene ofenderla.

Aleatha abrió los dedos. La tal Auriale, sin embargo, volvió a sonreír.

—Si no te gusta que te miren bajo la falda, deberías haberte quedado fuera de la sacristía —replicó—. Pero está bien, no más inspecciones. Si decís la verdad, y así lo parece, os persiguen los hijos del amor. Ignoro cómo habéis llegado tan hondo en nuestra casa sin que os matase cualquiera de nuestras hermanas, pero tendréis tiempo de explicaros. Aquí sois bienvenidos. Podéis resguardaros bajo nuestro techo. —Se desprendió de la venda, aunque seguía con los ojos cerrados—. Ha empezado a nevar fuera.

5

El agua caliente en sus piernas fue una bendición. Aisaan se deslizó en el interior de la bañera, sin preguntarse cómo había llegado hasta allí ni quién la había calentado. Se limitó a dejar diluir su mente, permitir que se dispersaran los terrores de la noche en aquel bálsamo casi hirviendo.

Un fuego tímido bailaba en las teas. La habitación era pequeña, aunque ya había tenido oportunidad de ver que las dimensiones del palacio eran absurdas. Las paredes

estaban recubiertas de inquietantes cuadros cubiertos. Intentó no pensar en ello; intentó no pensar en nada. Hilillos de sangre se desprendían de sus múltiples heridas y se desmenuzaban dentro del agua, dibujando formas fantasiosas, criaturas marinas salidas de los sueños de un pintor alucinado. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Mientras su conciencia se hacía líquida y se iba apagando, se permitió preguntarse dónde estarían los otros, si les estarían cuidando tan bien como a él, si estarían...

—Si os dormís en la bañera, despertaréis entre ahogados.

La voz lo arrancó del sueño. Su alarma se desinfló en simple enojo al ver a Sir Tadeus, sentado junto a la bañera. Pensó fugazmente en cubrirse, pero el apunte de pudor también se diluyó en el agua.

—¿Por qué no estás descansando? —preguntó—. Quién sabe cuándo tendremos otra oportunidad de reponernos.

—¿Quién sabe si la estamos teniendo ahora? —replicó él—. Hay algo que me impulsa a no fiarme de estas... mujeres. No veo ningún tipo de organización. No están planeando escapar, ni contraatacar. Simplemente se esconden. A fe mía que no sé si aquí encontraremos la ayuda que necesitamos.

—Nos han ofrecido alimentos, un baño, un techo. Creo que no tenemos nada que temer de ellas.

—Pero no estamos más cerca de la verdad. Ni tampoco de erradicar el mal que vive en Mandressla.

—Tadeus —suspiró, exasperado—, ¿por qué te castigas tanto? ¿Pretendes enfrentarte a ese concepto ominoso, ese Mal sin forma acerca del que tanto pregonas, sin siquiera dormir? Los héroes también duermen, y comen, y cagan y hasta follan. —Se mordió el labio al ver la expresión del amadís—. Te pido perdón.

—No es necesario.

—Sólo quiero decir que, si alguien te tiende una mano, no es un signo de debilidad aceptarla.

—Siempre y cuando uno se merezca esa mano tendida.

—¿Crees que no te la mereces?

—No estoy seguro de merecer nada.

—Ese es el problema contigo, Tadeus. ¿No es cierto? Todo o nada. Si no eres el capitán que se sacrifica por sus bravos hombres, te ves relegado al último escalón de la felonía. No sé lo que te dijo Tasianara en el taller del Relojero, pero no deberías dejar que te afectase.

El amadís se removió incómodo.

—Tasianara me arrancó el corazón —dijo.

Le contó lo que había sucedido en las habitaciones del Relojero.

—Cuando desperté, no había pasado nada —concluyó—. Mi cuerpo está

magullado, pero entero. Mi corazón sigue en mi pecho. Pero está ahogado por la culpa.

—¿Crees que fue el enmascarado quien te curó?

—Quizá —dijo él—. O quizá Tasianara sólo podía asustarme. Quizá no puedan hacer daño a los que realmente aman. Por mi vida que no lo sé.

—Pero ¿por qué querría hacerte daño?

Por unos segundos, el amadís no respondió. El agua goteaba de la nariz de Aisaan; podía sentir cómo se arrugaban las yemas de sus dedos.

—Iba a abandonar a Tasianara.

La mandíbula de Aisaan cayó. Pensó en el amenazante escrutinio de las serpientes.

—Tu Secreto...

—Así es. Ya no la amaba.

—¿Cómo...? —La dulce expresión de la niña elfa se hincó como un clavo en la mente de Aisaan—. ¿Por qué?

Tadeus no le miraba. Se encogió como si sobre los hombros soportase los pecados de varias vidas.

—La primera vez que la vi, Tasianara llovió sobre mí.

Así empezó el amadís su historia de amor.

—Fue en Vetusta, hace menos de dos años. Era tiempo de celebraciones en la heroica ciudad; los hijos del Virrey iban a beber el agua. Yo formaba parte del séquito del Primus Inter Pares de Talgris, en calidad de protector personal.

»La primera noche de los festejos, se organizó la tradicional caza de dríadas en el jardín laberinto del palacio. Supongo que conocéis las reglas del juego; los participantes levitan a través del laberinto encantado, armados sólo con una vara embadurnada en néctar de melisandre. El primero que capture una dríada y salga del laberinto sin haber tocado el suelo, habrá ganado el derecho de recibir un beso de la novia. Santiago me perdona, pero viendo la cara de la hija del Virrey, no era un premio deseable. Sin embargo, el Primus me eligió a mí para participar en su nombre.

»Sumergí mis botas en el barril de polvo estelar, y al instante estaba flotando a dos palmos del suelo. Me interné en el laberinto, vara en mano. Las chirimías tocaban sonatas del Principado Troll. Yo esperaba que alguien capturase rápidamente a una dríada y pudiésemos terminar con aquella frivolidad. Paseé por los corredores, más ocupado en admirar las tallas de los duendes en la hiedra que en el juego. Pero entonces sucedió algo que no había esperado: cuando llegué al centro del laberinto, el cielo se iluminó con el resplandor de las estrellas viajeras. Y como sucede siempre que las estrellas se mueven, la magia enmudeció. Dejé de flotar de pronto y me hundí hasta los tobillos en el barro. A duras penas pude aguantar el equilibrio. Una luz plateada me cegó. Era tan intenso que tuve que cubrirme los ojos. Tal y como lo

recuerdo, lo que pasó a continuación fue que sentí algo caer hacia mí. Si hubiera podido ver, me habría apartado. En lugar de eso, reaccioné sin pensar. Cuando pude abrir los ojos, me descubrí sosteniendo en brazos a la criatura más bella de la tierra. Entonces ella abrió la boca, y supe que no era la tierra su reino.

»Me preguntó mi nombre en un belenthano fluido, inusual en un sunnai. No pude responder. Era presa de un estupor infantil que ahora me avergüenza. Me limitaba a contemplar sus ojos. Pensaba en océanos. Ella sonrió, pero no a mí. Una dríada había surgido de la espesura y jugueteaba entre sus dedos. Miró mis pies hundidos en el barro y comprendió. Recuerdo perfectamente lo que dijo: Me temo que mi llegada os ha arrebatado la victoria, mi buen amadís. No sé qué extraño impulso se apoderó de mí. Jamás me habría atrevido a hacer algo semejante en otras circunstancias. La afiancé en mis brazos y eché a caminar. Ella no dijo nada, pero clavó en mí aquellos ojos de plata incandescente mientras salíamos del laberinto, yo llevándola a ella, ella llevando a la dríada.

»El Virrey encontró la situación muy divertida. Decidió que, puesto que no había tocado el suelo, la elfa había ganado. Ella declinó el beso y pidió una gracia diferente: Quisiera, señoría, que me revelaseis el nombre del artífice de mi victoria, puesto que parece incapaz de pronunciar palabra alguna en mi presencia. Las mejillas me ardieron ante la carcajada de la Corte al completo. Por favor, dijo el Virrey entre risas, reveladle vuestro nombre a la embajadora estrellaerrante. Tartamudeé mi nombre y mi título, y escapé de allí como si me persiguiese todo un ejército cronopios.

»Desde entonces no hubo instante en que no la imaginase en mi mente. No volví a verla hasta tres noches después. Acababa de terminar mi turno de guardia, y volví al jardín laberinto. Su recuerdo me aturdió. Quería estar en el sitio donde había caído literalmente en mis brazos. Quería buscar su olor entre la espesura. En lugar de eso la encontré a ella. Estaba sola, en la puerta del laberinto. Me acerqué. Buscaba desesperadamente algo que decir, pero fue ella quien habló: Es de mi parecer que la victoria del otro día debería haber sido compartida. Quizá deberíamos jugar otra vez para averiguar a quién de los dos pertenece realmente. Oí mi propia voz preguntando cuál debería ser en tal caso el premio. Ella sonrió y se internó silenciosamente en el pasadizo de la izquierda. Yo seguí el camino de la derecha, sabiendo dónde acabaríamos por encontrarnos.

6

Mandressla me duele. En los párpados. En las palmas de las manos. En el costado. En las infinitas espinas de su frente. Mandressla, una crucifixión de recuerdos, un rosario de momentos desaparecidos, evaporados, prohibidos. El descanso insensato de los demás. La marea de recuerdos sobre mí, en mi mente, a mi alrededor. A través de las ventanas cubiertas. Tenazas en el estómago. Yunques en mi pecho. Y al final, sólo la necesidad de estar sola, sola. Sola.

Sólo silencio. Silencio de plata en el cielo. Silencio en el Padre, cubierto por un sudario de nubes milenarias. Silencio en mi interior, en mi vientre angustiado. La voz de mi Padre, apagada, extinta, ausente. Desde mi llegada aquí. Angustia, dolor. Oscuridad, silencio. Sin explicación. Sin magia. Sin Tasianara.

Sólo oscuridad. Oscuridad arrebolada en el vacío de los corredores, en las salas amplias como catedrales robadas, entre los lienzos, en los sueños escarchados de los prisioneros en los cuadros, en las escaleras, en los dinteles. Respiración entrecortada. Mis ojos, cerrados, suplicantes. Fuera. Fuera. Y poco a poco, la calma. No más recuerdos. El control de mí misma, otra vez. No más recuerdos. No más pérdidas. Hoy no.

El olor del peligro. De repente, en medio de la calma. En las esquinas, en las teas encendidas, en las palabras envenenadas de la piedra, en la amargura retorcida en el vientre de las estatuas. Secretos. Por todas partes. La desconfianza, hija de la precaución, mi única compañera en este pasillo desolado en mitad del palacio.

Algo escondido. Mis pasos erráticos, pero cautelosos. Algo, escondido, en algún lugar. Una premonición, un palpito. Una caricia sobre los dedos de mi intuición. Mentiras. Secretos en la piedra. Algo, escondido, cerca. Salas, corredores, salas. Cuadros, cuadros, cuadros. Izquierda, derecha. Perdida. Mis pasos, tranquilos al principio, ahora una carrera. Algo, escondido, cerca, más cerca.

Una sombra. Mi respiración entrecortada. El restallido de una ola de reconocimiento. Su silueta. Inconfundible. Su rostro, deforme. Sus ojos, fuego. Su expresión, odio. Mi grito. Su huida. Absurda persecución. El eco de sus pasos. Escaleras abajo. Más abajo. Catacumbas. Mi súplica. Por favor. Su huida. Túneles. A través de un dintel, de una puerta. Mi llegada, segundos después. Vacía. Vacía de Tasianara. Llena de horror.

Mis ojos, desorbitados. Mi boca arrugada de asco, de repugnancia, de conmiseración. La constatación de mis temores. El Secreto de la piedra, ante mí. Estatuas, sí, pero humanas. Y por tanto, despreciables. Mi suspiro cansado. Tasianara, perdida. Otra vez.

Un pensamiento: En este lugar perdido, Mandressla me duele.

Me duele.

Me duele.

7

La cara de Aisaan fluctuaba en las ondas del agua.

—Es una historia hermosa —dijo—. Difícil, pero hermosa.

—No volvimos a separarnos. Pero un día la miré, y supe que había terminado. Tan simple y tan brutal como la vida. No podía creerlo. Me costó meses de mentirme a mí mismo. Pero tuve que terminar aceptándolo —suspiró—. Íbamos a beber el agua en Mandressla.

Aisaan se sobresaltó. Una idea emergió en el torrente de sus pensamientos.

—¿Aleatha lo sabe?

Sir Tadeus negó. El suplicante bajó la vista. La sangre, su sangre, empezaba a enturbiar el agua. Pero al menos, sabía que las heridas cicatrizarían. La culpa que el amadís llevaba dentro jamás sanaría.

—No merezco manos tendidas —concluyó Sir Tadeus—. Merezco perder lo que le he arrebatado a Tasianara. Soy una mala persona.

—Eso es una insensatez —típica de un amadís, añadió mentalmente—. No eres culpable por sentir o dejar de sentir algo.

—Pero lo soy por las consecuencias. Si Tasianara no me hubiera amado, ahora estaría viva. ¿Acaso no recordáis lo que dijo? La dictadura del amor. Signifique lo que signifique.

Aisaan chasqueó la lengua.

—Puesto que tú me has contado una historia —dijo—, permite que ahora te cuente yo otra. Cuando la Emperatriz Belenth I revivió y volvió a sentar sus huesos envenenados en el trono del Imperio, empezó la época más negra que la gente de mi tierra haya sufrido jamás. La Emperatriz asesinó a todos sus descendientes. Les erradicó de los libros de historia. Los bibliotecarios ardieron dentro de sus bibliotecas. Se abolió el culto a los Dragones. Sumergió al Imperio en un eterno presente donde ella era la única diosa posible. Los látigos de fuego volvieron a restallar, se construyeron monumentos a su triste gloria. Fueron pocos los que se opusieron a ella. Uno de los que lo hicieron fue el Poeta.

»Lo hizo con amor. Componía la poesía más bella, la que daba nombre a los sentimientos de los hombres, avivaba el fuego en sus pechos, esculpía sus corazones.

Se deslizaba por las noches en el sueño de los bebés y se los susurraba al oído. Los dejaba en el regazo de las abuelas mientras amasaban el pan, los herreros los encontraban en su fragua, los pescadores los sacaban de las bocas de los peces. Durante años, sembró la vida de los belenthanos con sus poemas, siempre uno diferente, para que recordasen que seguían vivos en esa época de oscuridad, que la Emperatriz no era dueña de sus vidas. Le cantó a la esperanza, a la libertad, a la vida. Pero sobre todas las cosas, cantó al amor.

»Hasta que fue apresado. Su perdición fue ese amor al que tanto escribió. Se enamoró de la única persona que le estaba vetada: la Emperatriz. Le envió poema tras poema, esperando romper el hielo en su corazón con el arte de sus palabras. Ella le hizo creer que también le amaba, aunque jamás leyó ni siquiera una de las palabras que él le dedicaba. Una noche, le mostró un camino secreto hasta su alcoba. El Poeta entró en ella arropado por la noche. Belenth le permitió yacer con ella, sólo para poder capturarlo. Cuando el Poeta despertó, tenía el puñal de su amada en el cuello. Le llevaron a las mazmorras del castillo de la Emperatriz. Le torturaron con una crueldad inimaginable, durante una única noche. Le dejaron allí, bañado en su propia sangre, a la espera de la horca. No le arrancaron los ojos, para que viera en lo que se había convertido; ni la lengua, para que pudiera implorar perdón.

»A la mañana siguiente, el sol despuntó sobre los tejados de la capital. La Emperatriz Belenth se desperezó en su cama, se levantó y se asomó al balcón que daba a la plaza del cadalso. ¿Sabes lo que vio?

Tadeus callaba, pero había alzado los ojos hasta encontrar los del suplicante.

—Poemas. Por todas partes. Los habían escrito con brea, con pintura, con grasa, con carbón, con lágrimas. Poemas en las paredes de la plaza, en las torres, en el asta de las banderas. Por toda la ciudad. Cada uno de una mano diferente. Los poemas que la gente había recogido del Poeta, que éste había dejado a su paso, estaban tatuados en la piel de la ciudad. Tallados en los árboles, escritos en las almohadas de los bebés, en el pan de las abuelas, en los yunques de los herreros, en las bocas de los peces. Toda la poesía que la Emperatriz había intentado ahogar, toda la que había esperado erradicar de sus súbditos, le saludó esa mañana desde el corazón del Imperio que había construido con fuego y acero. Su ciudad se había convertido en uno de los libros que tanto persiguió.

»Los soldados trajeron a rastras a lo que quedaba del Poeta. Le subieron al cadalso, conmovidos pero temerosos. El verdugo no se atrevía a poner la soga al cuello a ese hombre, pero tampoco osaba alzar la mirada hacia su señora. Entonces el Poeta dirigió sus ojos sin párpados hacia el balcón. Ordenó a su corazón que saliese del pecho que lo contenía. Su corazón obedeció, y el Poeta, con la sangre que aún bombeaba de él, escribió algo en el suelo del cadalso.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—Es una leyenda, Tadeus. No tienes que tomarla al pie de la letra. Lo importante es lo que escribiste, no si lo hizo con un corazón sangrante o con el dedo gordo del pie.

—Comprendo. ¿Qué fue lo que escribiste?

—Un poema. Le escribiste un último poema a Belenth I, a su torturadora, a su amada. Los descendientes de los que allí se encontraban cuentan que la Emperatriz leyó el poema escrito con sangre sobre las tablas del patíbulo. Cuentan que paseó la vista por los demás poemas que habían conquistado el corazón del Imperio como ningún ejército había podido. Y cuentan que una única gota de sangre brotó de su ojo derecho, una lágrima roja. Se había enamorado del Poeta. Horrorizada por lo que había hecho a su amor, a su pueblo, a su imperio, se arrojó desde el balcón, donde la muerte la esperaba con los hambrientos brazos de la justicia tardía.

Aisaan calló. El amadís parpadeó.

—¿Y qué le sucedió al Poeta?

Aisaan meneó la cabeza.

—Algunos dicen que enloqueció. Otros que se exilió. Y otros que fue más allá de la muerte, en busca de su amada y del hijo que le había engendrado en la única noche que estuvieron juntos. Como todas las historias, los detalles dependen de quién las cuente. Lo que importa es lo que significa.

—¿Y qué significa?

—Que existe amor después del amor. Se llama perdón. El perdón de Tasianara, si realmente te amaba. Y tu perdón, a ti mismo.

El amadís apretó los labios.

—Es una bonita historia.

—Presta atención a lo que dices. ¿Desde cuándo una historia es sólo una historia?

—¿Cómo sabéis tanto del Poeta? En Talgris no es más que una figura mitológica, un cuento que los niños olvidamos al empezar la instrucción militar.

—¿Mitológica? —El suplicante pareció ofendido—. El Poeta existió, Tadeus. Y te diré algo más: el Poeta existe.

—¿Cómo? —preguntó él, atónito.

—Pertenezco a una hermandad que cree que el Poeta sigue vivo.

—¿Perteneceis a un Atelier? —Tadeus no daba crédito a lo que oía—. Creía que habían sido abolidos después del Tercer Concilio.

—No del todo. Algunos seguimos creyendo. Por eso estoy aquí. Un... miembro de mi Atelier me convocó. Creía haber encontrado al Poeta en Mandressla.

—¿En Mandressla? ¿Dónde?

Aisaan negó.

—No lo sé. Nos encontramos esta misma noche, pero creo que me engañó. Nunca llegó a dar con el Poeta.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe. Las cosas no salieron como yo esperaba.

—Sí, todos teníamos planes muy distintos —se levantó—. Es mejor que salgáis de la bañera, Aisaan. El agua se debe de estar enfriando.

Se encaminó a la puerta de la habitación. Los lienzos blancos ondearon como estandartes a su paso.

—¿Vas a descansar un poco?

—No. —Dibujó una sonrisa forzada—. Pero reflexionaré sobre vuestra historia. ¿Quién os la contó?

El suplicante vaciló.

—Alguien a quien también yo quise mucho una vez.

—Comprendo. No os demoréis, os lo ruego. Dentro de poco hablaremos con vuestras rebeldes.

—Tadeus —llamó el suplicante—. Después de todo lo que hemos pasado esta noche, creo que puedes abandonar las formalidades conmigo. Ya nadie habla de esa manera, sólo en las viejas historias.

El amadís le miró unos segundos, antes de encogerse de hombros.

—Hablo con la lengua de mis padres —dijo, y salió.

Aisaan se quedó solo. Se rascó la barba que empezaba a asomar tímidamente en sus mejillas, la mirada perdida, contemplando otro lugar, otro tiempo. Pasó una mano sobre el agua. Un hormiguelo magnético le recorrió las puntas de los dedos. Una gota cayó en la superficie.

Apareció un rostro entre los círculos concéntricos.

—Me preguntaba cuándo me hablarías —dijo la cara fluctuante dentro del agua.

—Te ruego que detengas esta locura —dijo Aisaan—. Ya hemos sufrido bastante.

—Sabes que eres tú quien puede detenerla.

—¿Prometes que pondrás fin a todo esto?

Una sonrisa siniestra onduló en la superficie.

—El tiempo de las promesas ha pasado.

La visión se desvaneció. Aisaan se pasó una mano por la frente. Salió de la bañera. El aire era frío. Temblando, empezó a secarse. Se envolvió lentamente en la túnica, ajeno a una presencia que, agazapada en las sombras entre las teas, había seguido ambas conversaciones con sus ojos bicolors.

Las demás estatuas habían vuelto a adoptar su postura inicial en el jardín. Sin embargo, ya no estaban cubiertas. Ahora formaban un auténtico bosque de mármol, poblado por guerreras, cazadoras, musas, Amazonas, reinas, bailarinas, madres, actrices, hechiceras y vírgenes. La ilusión de que volvían a estar solos no llegó a completarse, porque una de ellas, la que había amenazado a Aleatha con su lanza, saltó del pedestal para situarse junto a Auriale.

Aisaan, Melquíades y Sir Tadeus caminaban detrás de ella, como pupilos ansiosos de pescar la sabiduría que escupe el sabio. Las serpientes trazaban perezosas líneas en el aire. Sólo faltaba Aleatha.

—Espero que os hayáis sentido seguros entre nuestras paredes.

Los tres asintieron en mayor o menor medida. Aisaan advirtió que Melquíades también había rechazado asearse o comer algo. Puso los ojos en blanco mentalmente. Nunca aprenderían.

—Mi señora, os lo ruego —comenzó Sir Tadeus, situándose a su izquierda—. ¿Sabéis qué está pasando en Mandressla? Antes habéis mencionado una suerte de plaga. ¿Qué es?

—Esa plaga es el amor —dijo ella. Un gemido se extendió por el resto de las esculturas—. La mayor de las enfermedades. La más mortal. Crece dentro del cuerpo; llena el estómago de larvas que nunca producirán mariposas. Proporciona una ilusoria sensación de felicidad mientras devora los órganos, hasta roer el alma desde sus raíces. Luego sale al exterior. Brotan por doquier eccemas de celos y pústulas de decepciones, dando a la piel el aspecto carcomido del corazón roto. La carne se aja. Los ojos se llenan de lágrimas, las palabras no dichas se vuelven agrias en la boca, ennegreciendo la lengua y pudriendo los dientes...

Sir Tadeus tragó saliva. Había visto la cara de ese amor del que hablaba la mujer. *Esto es lo que tu amor ha hecho de mí.*

—El amor llegó a Mandressla como un ladrón en la noche —afirmó la estatua de la lanza—. Y se adueñó de quienes lo atesoraban.

—Los suplicantes de Sylandarix —dijo Melquíades, chasqueando los dedos—. Pues claro.

—Alguien nos habló de rebeldes; nos dijo que se oponen a esta... —Por fin estaba claro para Sir Tadeus el significado de la expresión— dictadura del amor. ¿Sois vosotras?

La mujer se detuvo bruscamente.

—¿Nosotras? ¿Rebeldes? —Soltó una risa cristalina—. Míranos, amadís. Somos mucho más que eso. Somos diosas. Hemos trascendido la carne. Hemos erradicado de nuestros cuerpos la marca del menstuo.

Antes de que pudiera continuar, se oyó un ruido en la entrada de la estancia. Algo chocó contra el suelo y llegó rodando hasta sus pies. Era una cabeza humana sumida en las dudosas glorias de la descomposición. Aisaan profirió un chillido.

Detrás de la cabeza rodante apareció Aleatha, los puños apretados y los djals contraídos en una mueca furibunda.

—Meretrices —dijo, arrugando los djals—. No son rebeldes. Son herejes del amor. Han erradicado algo más que la marca del menstruo.

Un auténtico enjambre de lanzas viró sobre los pedestales para apuntar hacia ella. Las palabras de la elfa fueron recibidas con una risotada perruna por parte de Auriale. Las serpientes corearon su risa con una salva susurrante de siseos.

—Vaya —dijo—. Vuestra luciérnaga estelar se ha internado demasiado hondo en nuestra casa.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sir Tadeus, su mirada peregrinando entre las dos mujeres.

—Sabía que escondían algo —dijo Aleatha—. Hay docenas de cadáveres en los túneles. Bajo el palacio. Les han arrancado la cabeza, las extremidades, les han castrado... todo.

—Mucho más deberíamos haber hecho —respondió Auriale—. Lo que has visto es sólo carne. La última carne que osó esclavizarnos, la que quedó atrapada en nuestra morada la noche en que todo cambió.

—¿Matasteis a vuestros clientes? —preguntó Aisaan, abrumado por la orgullosa confesión de la mujer.

—Les devolvimos lo que nos habían dado. Esa noche borramos todo el daño que nos hicieron los hombres, todas las humillaciones, las palizas, los abortos, las violaciones a las que la carne nos sometió.

—Estáis locas... —acertó a decir el suplicante.

—Lo dudo. Sólo hemos dejado de ser humanas. Hemos sobrevivido. Los suplicantes de Sylandarix nos llamaban herejes. Nuestra única herejía era dispensar, a cambio de unas monedas, el amor que ellos regalaban. Sin embargo, ahora nosotras vivimos, y ellos se pudren con su amor enfermo.

—¿Cuándo sucedió eso? —interrumpió Melquíades—. ¿Cuándo os convertisteis en lo que sois?

Por primera vez, Auriale titubeó. Las serpientes relajaron su excitada danza.

—No podemos recordarlo —dijo la estatua guerrera—. Parece que han pasado meses... aunque no recuerdo haber vuelto a ver el sol.

—No fue la enfermedad de Mandressla la que nos hizo así —dijo Auriale—. Fuimos nosotras. Tuvimos que elegir, sucumbir al amor o ser piedra, indiferentes, frías, crueles. Para algunas, la elección fue fácil.

—Pero —insistió Melquíades—, ¿qué es lo que sucedió?

—Sucedió y basta —contestó ella, cortante—. La Plaga entró en nuestro hogar y recorrió los pasillos con un grito rojo. Las pocas de nosotras que aún podían sentir amor fueron devoradas por su furor incandescente. La carne que nos visitaba esa noche cayó presa del amor que había dejado fuera de nuestra morada. Cuando pasó el fulgor, el amor podrido les había devorado. Acabamos con ellos, nos vengamos. Sólo perdonamos a los que no atesoraban amor en su interior, los que no habían sido afectados por la Plaga.

—¿Por qué creéis que no os hemos matado a vosotros? —preguntó la estatua.

—La Plaga afectó a los que atesoraban amor —repitió Aleatha, y miró a Tadeus—. Tasianara.

Se lanzó en su dirección, el rostro demudado por la rabia, escupiendo insultos élficos. Aisaan y Melquíades la sostuvieron a tiempo. La elfa forcejeó con ellos. Aisaan susurró a su oído palabras de agua. Aleatha se calmó, pero ni eso pudo extinguir el fuego blanco que ardía en sus ojos. El suplicante no tuvo duda de que Tadeus terminaría ardiendo en ese fuego.

—Todo por amor —se lamentó Auriale, impertérrita, casi desdeñosa—. Ese es el destino de la carne. Una nueva era comienza para nosotras. Ahora somos piedra. Ahora somos perfectas.

—Qué erradas estáis —dijo Melquíades.

Todos le miraron.

—¿Qué quieres decir, humano? —El tono de desagrado en su voz era patente.

—Vosotras no queréis ser piedra —afirmó—. Apuesto un millar de crepúsculos a que añoráis la carne.

La lanza apuntó hacia el pecho del nictomante.

—Insensateces —espetó Auriale.

—Sólo constato la verdad. Si tanto desdeñáis la carne que masacrasteis la noche de vuestro nacimiento, ¿por qué eres tú su líder? ¿Por qué seguir a una medio humana si tan orgullosas estáis de vuestro pétreo corazón? Así sólo demostráis que queréis curaros.

—Sois unos necios —exclamó Auriale. Las estatuas a su alrededor se agitaron—. Venís a nuestra casa a insultarnos, a imponernos vuestro raciocinio y vuestros juicios vacíos. Crees que sufrimos una enfermedad que debe ser curada, pero nosotras ya no somos como tú.

—¡Pero es que sufrís una enfermedad! —exclamó el titiritero—. Sólo sufrís una variante de la Plaga. En lugar de convertirnos en monstruos, os ha convertido en estatuas vivientes. Estáis enfermas, y no queréis verlo.

—Mide tus palabras, pedazo de carne —advirtió la estatua de la lanza.

Aisaan quiso intervenir, pero Melquíades siguió con su diatriba.

—Estáis tan absortas en vosotras mismas que no os dais cuenta de la opción que

habéis elegido. Permíteme que te la nombre: se llama cobardía. Habéis elegido quedaros aquí mientras ese amor marchito del que tanto despotricáis devora la ciudad que un día fue vuestra. Os permitís erosionaros aquí dentro. Y erosionarse no es tan diferente a envejecer.

—Si no pones un embozo a tu lengua —dijo la estatua guerrera—, ¡la perderás!

Como si pretendiera ratificar su amenaza, rasgó de un tajo el jubón de Melquíades. La tela negra se abrió en dos, revelando el pecho del titiritero. Todos callaron. La piel de Melquíades estaba cubierta de eccemas. Pústulas y costras salpicaban su carne, idénticas a las que habían devorado el cuerpo de Tasianara.

—La Plaga —murmuró Auriale.

—Lo que ve uno lo ven todos —dijo la estatua guerrera.

La mujer se arrancó la venda de los ojos con un grito. Un resplandor esmeralda surgió de sus cuencas oculares, tan intenso que les obligó a apartar la mirada. A todos menos a Melquíades. El titiritero gritó. En lo que dura un latido, su piel empezó a agrietarse y a perder el poco color que tenía. Donde había carne enferma, empezó a extenderse la piedra.

—¡No! —exclamó Aisaan.

Se interpuso entre Melquíades y Auriale, la mano extendida. Palabras de poder surgieron de sus labios. *Carnis meae caro*. Auriale soltó un quejido, al tiempo que la mancha de piedra sobre la piel de Melquíades se desmenuzaba como polvo. El nictomante cayó al suelo con un gemido. Auriale retrocedió, volviendo a cerrar los ojos. Las serpientes bullían en su cabeza.

—¡Maldita sea tu Dragona! —siseó la mujer.

Se acercó a una de las ventanas de la estancia, la arrancó de un enérgico tirón. Desde allí se veía el jardín exterior. Una miriada de ojos rojizos se arrastraba hacia ellos. Decenas de lechuzas atravesaban el cielo en su dirección como dardos de ballesta.

Un lamento de tierra se extendió entre las estatuas.

—Les habéis traído a mi casa. Tenéis la mancha del amor —Auriale se volvió—. ¡Herejes! Defended vuestro hogar. Los enamorados se acercan. Demostradles lo poco que importan a la piedra las emociones humanas. Mientras el corazón enfermo sigue intacto, son peligrosos. Atravesadlo, y acabaréis con la Plaga.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó la guerrera, señalándoles.

—Que prueben la caricia de la piedra.

Se internó por una de las puertas, seguida por muchas de las esculturas. Las otras les rodearon. Aunque su expresión no había cambiado, habían cobrado un cariz amenazante, feroz.

—Auriale puede ser la señora de nuestro jardín de piedra —dijo la guerrera—, pero no es mi dueña. Por lo que a mí respecta, vuestros amigos enamorados pueden

encontraros muertos.

—Eran éstas las que nos iban a ayudar, ¿no? —dijo Melquíades.

Pero nadie le miró a los ojos.

9

—Hijo de puta. Todo es por tu culpa.

Sir Tadeus sabía a lo que se refería. Podían estar a punto de morir, atrapados en aquella pesadilla, pero a ella sólo le preocupaba Tasianara. Y el hecho de que el amor que él no había sabido corresponder la había convertido en lo que era ahora.

Las dagas de Aleatha tintinaron en la plataforma inferior, junto a la espada del amadís. La elfa reaccionó como si hubiera perdido una extremidad. Pero no pudo hacer nada. La guerrera les había llevado a punta de lanza hasta una de las paredes. A un gesto suyo, el muro se había vuelto blando como barro. Les había empujado dentro, y había vuelto a endurecerlo con otra orden. Sus cuerpos emergían a medias de la gruesa pared. Estaban atrapados. La presión era angustiada. Apenas podían respirar.

—Os pido perdón, Aleatha. Si os sirve de algo, nunca quise hacerle daño.

—Claro. Sólo quisiste probar un poco de eternidad. Dejaste que se cegase con cuentos efímeros sobre honor y espadas.

—No fue así como sucedió...

—Lamento no poder matarte yo misma.

—Silencio —dijo la efigie guerrera—. Pronto podréis seguir lanzándoos improprios allá donde la carne va a pudrirse. Pero ahora callaos.

Una calma amenazante imperaba en el bosque de mármol. Las mujeres de piedra habían tomado posiciones, emboscadas en los pedestales como meros objetos inanimados. Todas las sombras eran siniestras. Todas las caras, enemigas. Las espadas habían cobrado un nuevo filo.

—Libéranos, te lo ruego —suplicó Melquíades—. No podremos defendernos si llegan aquí.

—No llegarán. Y aunque lleguen, ya estaréis muertos.

—Amenazas mucho —dijo Aisaan—, pero aún no nos has matado. ¿Por qué?

Ella se le acercó. Mucho. Tanto que sintió el frío que emanaba de su dura piel. Sintió un escalofrío al pensar que aquél había sido una vez un cuerpo cálido e

invitante.

—Necesito que me respondáis a una pregunta.

—Extínguese —dijo Aleatha—. Si vas a matarnos, hazlo. Pero no te haremos de confidentes si vas a pagarnos con el beso del hierro.

La escultura dudó. Aisaan lo percibió. Miró hacia atrás, hacia la puerta. Un silencio de gruta emergía de ella, trayendo consigo enigmáticos presagios. Sus hermanas estaban en los pasadizos del palacio, defendiéndose de esos monstruos que ellas llamaban enamorados. Salieron de su boca unas palabras inusuales en la boca de un verdugo:

—Por favor —susurró—. Hay algo que necesito saber. Que necesitamos saber.

Aisaan se percató de que, aunque quietas, la mayoría de las estatuas se habían vuelto hacia ellos.

—Dinos pues qué te atribula —dijo—, pero nuestras palabras tendrán un precio.

La mujer tardó un segundo en empezar.

—Yo... tenía una hermana. Antes. Estaba casada, pero sé que no amaba a su esposo. Supongo que a mí tampoco me amaba. —Una mariposa hecha de miedo puro aleteó en su garganta—. Su nombre es Aaszia. Sé que Mandressla es muy grande, pero quizá vosotros hayáis...

No pudo concluir. Aisaan se apiadó al instante de ella. También la piedra podía sentir, pensó. Por alguna razón, pensó que era importante saberlo. Abrió la boca para responder, pero más voces se unieron al lamento de la guerrera.

*yoteníaunhermano mifamilia mimadrestasola mishermanos
mipadre noleshevisto estánseguros tengounhijo*

Entonces Aisaan cayó en la cuenta de lo que se le había antojado extraño. Grietas. En la piel de piedra de la mujer se apreciaban grietas. La cubrían como una fina tela de araña. Mientras las demás hablaban, creyó ver cómo se acentuaban.

—No hemos visto tu hermana. Ni a vuestras familias. Pero os juro por las estrellas que nos observan que, si nos dejáis libres, mis pasos no se alejarán de Mandressla sin haberse cruzado con los suyos.

Aleatha había hablado con una dulzura que jamás habrían imaginado que fuese capaz de expresar. Los demás la contemplaron como si de repente le hubiesen crecido las mismas alas que colgaban de la espalda de Tadeus. Entonces ocurrió algo que Aisaan llegaría a tildar de maravilloso: la estatua lloró. Una única lágrima marrón trazó una línea turbia por su mejilla. En ella iba lo poco de humanidad que le quedase.

—Gracias —sollozó.

—Enternecedor —dijo una voz cruel a su espalda.

La guerrera se giró al instante.

Una forma apareció en una de las puertas. Todos lo vieron al mismo tiempo. Avanzaba despacio, sosteniendo un bulto en las manos. Dio un par de pasos en su dirección. Reconocieron la plata de sus ojos furibundos, su piel de cadáver expoliado. Del embozo que cubría su boca surgía un vaho rojizo. La criatura salida de la visión que tuvieron en la casa del Relojero respiraba bruma.

—Libéranos —pidió Sir Tadeus, alarmado.

—Rencor —dijo la estatua, reconociendo al recién llegado. Aprestó la lanza—. No des un paso más.

—¡Libéranos, por favor! —exclamó Aleatha.

—Las lágrimas siempre me han conmovido —dijo el Rencor—. Vamos a comprobar si te quedan más.

Lanzó hacia ellos el bulto con un gesto despectivo. La cabeza de Auriale llegó rodando tranquilamente hasta los pies de la guerrera. Las serpientes mordían el aire, furiosas, aún vivas. Los ojos humanos de la estatua se pasearon un segundo entre la cabeza y la figura en el dintel.

—¡Libéranos, por el amor de tus dioses!

También la súplica de Melquíades fue en vano. Con un aullido, la estatua se lanzó sobre el Rencor, hambrienta la punta de su lanza.

Aisaan sintió algo moverse a sus pies. La gata pasó a su lado. De repente, supo lo que tenía que hacer. *Et in pulverem revertis*, entonó. La roca alrededor de sus extremidades empezó a desmenuzarse.

La lanza hendió el aire donde debía encontrarse el Rencor. Éste la esquivó con comodidad y se situó detrás de la estatua. Manos imposiblemente largas y nudosas se cerraron sobre el cuello de piedra. El grito silenció el maullido de la gata. Aisaan emergió de la pared como un resucitado, y empezó a entonar el mismo salmo sobre el trozo de muro que apresaba a Sir Tadeus.

La cabeza de la guerrera se hizo pedazos al estrellarse contra el suelo. El Rencor completó el movimiento con el que había esquivado su ataque, y volvió a estar de cara a ellos. Aisaan jadeó.

—Si nos queréis —advirtió Sir Tadeus, ya libre—, habréis de sangrar para conseguirnos. Volved con vuestro señor ahora, y viviréis un día más.

Era una bravata, hasta él lo sabía. La cabeza de Auriale a sus pies era la promesa de lo que les esperaba si entablaban combate.

—Yo no tengo señor. —El Rencor señaló a Aisaan—. Y sólo le quiero a él. ¿Vendrás conmigo caminando, o tendré que arrastrar tu cadáver fuera de aquí?

—¿Sólo te quiere a ti? —dijo Aleatha, atónita, mientras Aisaan tiraba de ella para liberarla.

—No sé de qué está hablando —dijo él, la frente constelada de sudor.

Se oyó una voz femenina:

—¿Prometes no hacernos daño si te lo entregamos? —Una de las estatuas bajó de su pedestal de un salto.

—Interesante —dijo el Rencor—, os rodeáis de piezas de mobiliario para que os protejan. Lamentablemente, insuficiente.

Alzó una mano.

—Mierda —dijo Aisaan.

En ese momento estalló el caos.

10

El vidrio del techo reventó. Un ejército de lechuzas del color del suelo de los paritorios se derramó desde el cielo como una herida abierta en la noche, escoltadas por una ráfaga de ventisca. El aire se llenó con su estruendo de leviatán, el batir monstruoso de todas las arpías de las canciones de los bardos. Los celos irrumpieron en el palacio de las herejes.

—¡Protegeos! —gritó Sir Tadeus, al tiempo que Melquíades se liberaba.

La estatua que había hablado fue la primera en caer. Una nube emplumada la cubrió por completo. Las lechuzas empezaron a despedazarla. Sus picos se astillaban y rompían contra la piedra, pero eso no impidió que la redujeran a pedazos. Las demás se lanzaron indistintamente sobre ellos y el resto de estatuas, aullando con furia. Una sinfonía de chillidos diezmó las dimensiones del jardín.

Aleatha se encaramó a uno de los pedestales. Llegó a la barandilla que separaba la terraza inferior con dos zancadas. Saltó, y se abalanzó sobre sus dagas.

Antes de alcanzarlas, una lechuza se posó en el suelo frente a ella. La elfa contempló con horror cómo sus plumas se desprendían. Debajo se intuía un amasijo de músculos y carne viva, latente, que crecía y se deformaba ante su propio espanto. El pico se abrió desmesuradamente, hasta romperse y ser reemplazado por colmillos ennegrecidos. Tendones brillantes rodearon las patas. En cuestión de pocos segundos, el cuerpo de la lechuza había dado paso a una especie de sanguinolenta mezcla entre feto de gorila y mastín desollado. Lo peor era que debajo de aquella amalgama de sangre y carne expuesta se adivinaban facciones humanas. Los djals de Aleatha se estrecharon.

El monstruo alargó sus zarpas deformes hacia ella. Desde la terraza superior,

Melquíades alzó una mano y dibujó unas palabras en el aire con los hilos negros que emergían de sus dedos. Al momento, la sombra del animal cobró vida en la pared. Se abalanzó sobre su dueño, lo abrazó. Ambos cayeron girando sobre sí mismos por el suelo, dejando el camino libre.

Los celos se abalanzaron sobre Sir Tadeus, buscando sus ojos. El amadís bajó de un golpe la visera de su yelmo, y eso le salvó. Las afiladas garras de las aves lo destrozaron. La sangre bañó su rostro. Lanzó puñetazos acorazados a diestro y siniestro, aplastando lechuzas. Pero no era suficiente. Apenas podía ver nada en aquel infierno rojo. Su rodilla tropezó con un pedestal. Se derrumbó en el suelo, suplicando a su Dragón una escapatoria. Un picotazo casi desgarró el tendón de su pie izquierdo. Aulló.

A su alrededor, más engendros ocupaban el lugar de las lechuzas. Se debatían en una lucha encarnizada con las esculturas del jardín. Desde la primera plataforma, el Rencor observaba la carnicería con evidente satisfacción.

Aisaan rodó por el suelo, cubierto de celos. Sentía picotazos y arañazos por todo el cuerpo. Sus chillidos le apuñalaban los oídos, le invadían la mente con mil pensamientos fatídicos. Cubriéndose como podía, intentaba aplastar a los animales con su peso. Un picotazo destinado a seccionarle la lengua le arrancó la primera falange de un dedo. Gritó. Las lágrimas se volvían rojas en sus mejillas. Sir Tadeus le agarró por el cuello de la túnica y saltó al nivel inferior, cargando con él como si fuera un bebé. Extendió sus alas e intentó planear, pero el peso de ambos le desestabilizó. Los dos hombres cayeron rodando contra el duro suelo de mármol.

Melquíades hilvanó los hilos de la oscuridad, los trenzó, tiró de ellos. Las sombras de las estatuas y de los celos se agruparon, levantaron un muro negro a su alrededor. Muchas lechuzas se estrellaron contra él, y fueron aplastadas por el frenesí de las demás, que seguían intentando atacarle. Los engendros golpeaban la barrera con una fuerza sobrenatural. En pocos segundos empezó a resquebrajarse. Melquíades apretó los labios, concentrándose. Sus dedos tejían más hilos donde los picos y las garras se abrían paso. Se abrió un agujero en un lateral.

La cabeza de Aisaan todavía daba vueltas a causa del golpe, cuando se encontró con otro monstruo justo encima de él. Uñas ponzoñosas se hundieron en su hombro. Las palabras salieron de su boca casi sin pensarlas. *Beati mites*. El dolor convirtió su entonación en un chillido. De las puntas de sus dedos surgieron cinco haces dorados, que se extendieron por la plataforma. Las lechuzas a su alrededor enmudecieron y volaron tranquilamente lejos de su alcance. El monstruo sobre él cayó al suelo, presa de un sopor bendito. Por fin pudo ponerse de pie. El poder de Ntsasalé corría por su cuerpo como un río. Era una sensación electrizante, alucinógena. Tenía una erección, su piel estaba erizada y temblaba de pies a cabeza.

Sir Tadeus hincó una rodilla para levantarse. Una hoja metálica tintineó en el

suelo a pocos centímetros de su nariz. Su espada. Cuando alzó la vista, vio los fríos ojos estelares de Aleatha, llenos de acritud.

—Más vale que sobrevivas a esto —le dijo.

Uno de los engendros la lanzó al suelo. Sus dientes carcomidos se acercaron a su garganta. Tadeus no se paró a pensar. Lanzó su espada al aire con el pie, la cogió por el mango y, haciendo un molinete, cercenó limpiamente el brazo de la criatura. Esta cayó hacia un lado, desangrándose, y comenzó a llorar. Tadeus hundió la espada en su pecho y la giró. Su llanto cesó bruscamente.

—Mientras el corazón enfermo sigue intacto, son peligrosos —dijo el amadís, esbozando una sonrisa.

—Esto no cambia nada —respondió ella, la sangre cerúlea cayendo de una docena de heridas en la cara. Rechazó la mano que le ofrecía para incorporarse.

Melquíades retrocedió. Se abrió otra brecha en el muro. Desesperado, volcó una tea de una patada. La llama se apagó, sumiendo en sombras el rincón en el que estaba. El nictomante cruzó los brazos sobre el pecho. Se hundió en la oscuridad y volvió a aparecer en una esquina del segundo nivel, justo detrás de Tadeus.

—¡Replegaos! —gritó el amadís, bloqueando con el antebrazo una garra que intentó destrozar la cabeza de Aisaan. Un escalofrío le recorrió desde la muñeca hasta el pecho. Tumbó a la criatura de un puñetazo. Le lanzó un puntapié en cuanto tocó el suelo, y le atravesó el corazón.

—¿Por qué os buscan, Aisaan? —preguntó—. ¿Qué tenéis que ver con esto?

—Sí, Aisaan —dijo el Rencor desde la primera plataforma; su voz resonó por encima del fragor—. ¿Por qué te buscamos? Díselo a tus amigos. Veamos si te aceptan después de saber la verdad.

Empezó a descender las escaleras hacia ellos, casi ajeno al combate a su alrededor.

—Ahora no es momento de hablar de esto —dijo Aisaan, y perdió el equilibrio. Sir Tadeus tuvo que sostenerle para que no cayera. El brazo entero del suplicante estaba empapado en sangre. Sonrió—. Aunque quizá no haya más momentos.

—Los habrá —afirmó Sir Tadeus. Alzó la vista—. Melquíades, ¿podéis hacernos caminar en sombras?

—Sólo puedo llevar a uno conmigo.

—Llevaos a Aisaan. Aleatha...

—No. —El suplicante leyó sus intenciones—. No lo hagas, Tadeus. Recuerda lo que hablamos.

—Aleatha, necesito que acabéis con el máximo posible de criaturas. Apartad de mi camino a todos los que podáis.

—Extínguese. No vas a darme órdenes. —Apretó los labios—. ¿Qué harás tú?

Sir Tadeus le mostró una sonrisa cansada.

—Yo me encargo de él —dijo, señalando al Rencor.

—Por favor, Tadeus —repitió Aisaan.

—Te matará.

—Entonces todos contentos. —Casi les tenían encima. Una estatua se hizo añicos apenas a tres metros de ellos. El engendro que la había destrozado se volvió en su dirección—. A mi señal...

Le interrumpió una luz dorada, intensísima. La realidad frente a ellos se ralentizó. Sir Tadeus oyó su nombre. Pero no era su nombre. Era otro, y a la vez el suyo. Giró la cabeza. Al otro lado de la estancia, en la plataforma más baja, estaba la figura de la máscara de oro. A su lado había surgido de la nada una puerta metálica de reducidas dimensiones. Les hizo una señal, sólo una vez. Por aquí.

Entonces el resplandor menguó, y el tiempo volvió a ser agua. Aisaan vio estrecharse los ojos del amadís. Reconoció aquel momento como el último. Tenían a los engendros encima. A su alrededor, la sangre se mezclaba con el polvo. Sir Tadeus señaló a la figura enmascarada.

—Id con él —dijo.

—Matadles —dijo el Rencor.

El amadís lanzó un grito y se abalanzó sobre la línea de monstruos blandiendo la espada. Un relámpago azul le adelantó. Antes de que los dos primeros bloquearan su carrera, Aleatha les había saltado encima. Cerró las piernas en torno a la cintura de uno de ellos. Sus puñales se clavaron en el pecho, una, dos, tres veces. Aleatha saltó, girando sobre sí misma en el aire, y trazó dos diagonales perfectas en el cuello del otro. Le agarró por la nuca e introdujo treinta centímetros de acero en su corazón. Un tercero le acechó por la espalda. En ese instante Sir Tadeus pasaba corriendo a su lado. El impulso de su carrera le sirvió para lanzar un mandoble, casi sin pensar, calculando la altura por puro instinto. La cabeza del enamorado bailó en el cuello antes de caer al suelo. Otros dos chocaron de frente con él. El Rencor descendía lentamente las escaleras.

—Nos vamos —dijo Melquíades—. No abras por nada del mundo los ojos.

Ajeno a las protestas de Aisaan, le agarró por los hombros. Sintió el contacto de unas garras. El fétido olor de unas fauces le abofeteó en la cara. Antes de que pudieran morderle la mejilla, el nictomante y el suplicante dieron un paso lateral; sus pies quedaron dentro de la sombra de un pedestal.

Se hundieron.

Aisaan creyó ahogarse. Las sombras embotaron sus sentidos, como si nadase en un lago de gélida y oleosa pez. Aquella negrura inmaterial invadió su nariz, sofocó su grito. Su boca y sus oídos se llenaron de noche. Aisaan sintió miles de ojos examinándole, miles de dedos recorriéndole, escrutando hasta lo más hondo de su ser, y supo que a todos los movía una única voluntad. *No te sueltes*. Era Melquíades quien

hablaba, aunque allí no había lugar para las palabras.

Emergieron al mundo junto a la puerta; una especie de parto oscuro y necromántico. Aisaan luchó por zafarse del contacto de Melquíades. Intentó sacudirse la tristeza negra que lo empapaba. Cuando recordó abrir los ojos, vio que ni siquiera estaba mojado. Sólo le acompañaba una inabarcable sensación de suciedad, de pérdida de inocencia. Sintió escalofríos al pensar en cómo sería vivir cada día en la piel del titiritero.

Junto a ellos, el enmascarado señaló el interior de la puerta. Pensó por un momento que no podían fiarse de él. Pero entonces sintió una intensísima sensación de ternura, manando de él en su dirección. Melquíades no parecía sentirlo, pero Aisaan estuvo seguro de que, quienquiera que fuese, no quería sino ayudarles.

Los engendros que habían intentado atraparles se abalanzaron sobre ellos como una jauría hambrienta. Se volvió hacia los otros. Sir Tadeus casi había alcanzado al Rencor. Su espada bebía la sangre negra del último de los monstruos que se interponía entre los dos. Aleatha, a su espalda, estaba acorralada. Bailaba una mortal danza entre al menos ocho criaturas. Les esquivaba, brincaba y seguía repartiendo muerte en forma de puñaladas a diestro y siniestro. Pero estaban cerrando su círculo en torno a ella. Sus ojos se cruzaron un instante, y le sonrió, salvaje, bella, letal.

Una de las criaturas la agarró por los hombros. Unos colmillos podridos se cerraron sobre su oreja izquierda. El grito de dolor de Aleatha se confundió con el de angustia de Aisaan. Chorreó la sangre.

—¡Sacadla de aquí! —bramó Tadeus. Sacando su espada del cuerpo del último enamorado, dio un paso atrás. Pivotó sobre un pie para tomar fuerza, la hoja volvió a girar en el aire. Con la mano libre agarró del hombro al engendro que acababa de arrancar la oreja de Aleatha. Le obligó a girarse de un brutal tirón. El mandoble que le hubiera cercenado la cabeza trazó un giro vertical en el último momento. La cara se desprendió del cráneo al que estaba pegada. Tadeus arrugó la cara al ver lo que había debajo de la piel. Su espalda tocó la de la elfa.

—Protegedles, Aleatha. —Ella negó—. Si no lo hacéis, mi espíritu vivirá en los sueños de vuestra hermana hasta que las estrellas se apaguen.

—Maldito seas —jadeó.

Sir Tadeus no esperó a ver si le obedecía o no. Volvió a girar sobre sí mismo, presentando la espada.

Se encontró cara a cara con el Rencor.

El primer golpe fue como el estallido de una ola contra un muro. Le lanzó por el aire y le hizo patinar sobre el suelo. Cuando pudo volver a centrar la vista, vio dos cosas: la primera era que el Rencor volvía a estar frente a él.

La segunda era que la cabeza de Auriale descansaba sobre las escaleras, a pocos pasos de ellos.

Aleatha se palpó el hueco de la oreja. Las bestias se acercaban a Melquíades y Aisaan. Volvió a maldecir al amadís, y corrió hacia ellos. Se deslizó entre las piernas del primero que intentó atraparla. Saltó sobre la barandilla. Las estatuas estaban perdiendo. Las escaleras eran un reguero de extremidades rocosas y cabezas arrancadas. Aleatha esquivó zarpas y hojas en un alocado descenso. Aunque pareció una carrera agónica e interminable, no debió de tardar más de diez segundos.

Un engendro alargaba las garras hacia Melquíades. Aleatha le clavó los dos puñales en los riñones. Se agachó para esquivar la garra de otro, tomó impulso con los tacones, y acuchilló al segundo en la mandíbula. Con la misma inercia con la que había llegado, se introdujo en el pasadizo. Melquíades y Aisaan la siguieron.

Con un último vistazo, vio a Tadeus y al Rencor. El amadís le lanzó una estocada desde el suelo. El Rencor bloqueó el acero con sus manos desnudas. Un sonoro golpe arrancó el yelmo de la cabeza de Tadeus. El amadís alargó la mano hacia la cabeza de Auriale. Las serpientes se agitaban, enloquecidas. La cabeza se arrastró hacia él con una lentitud agónica. Cuando sus dedos casi la asían, el Rencor atrapó su muñeca en un rápido movimiento de escorpión. Su pie se posó sobre el antebrazo del amadís.

Le arrancó la mano de un tirón. El aullido resonó en toda la galería.

Luego la puerta se cerró, y ya no oyeron nada más.

11

Estaban a oscuras. De algún modo, esa oscuridad huérfana era para Aisaan más descorazonadora que el mundo de las sombras.

Tardaron un segundo en darse cuenta de que el enmascarado no estaba con ellos.

—Tenéis muchas cosas que explicar —dijo Aleatha—. Los dos.

CINCO

AMARDEMASIADO

Lo que yo quiero, corazón cobarde,
es que mueras por mí.
Joaquín Sabina, *Contigo*

1

A Gus se le escapa un jadeo de invierno y cazalla.

—Joder, eso ha sido intenso.

Raúl permanece en silencio, delante de Gabriel. Sus ojos marrones no pestañean tras las gafas.

—Me has vuelto a matar. —Esta vez no habla con incredulidad.

Él se encoge de hombros.

—Has sido tú quien ha decidido enfrentarse solo al Rencor.

—No es cierto... En la vida me hubiera encarado con esa cosa...

—Por favor, no empecéis —dice Carla.

—Entonces, ¿para qué lo haces, gilipollas? —dice Gus, levantando su voluminoso cuerpo de la silla.

Raúl se recoloca las gafas.

—Yo... creía que era lo que Tadeus quería...

—Déjate de historias. No eres tan buen jugador como para sacrificar a tu personaje porque —adopta un tono atiplado— “eso es lo que se supone que tiene que hacer”.

—No, no es eso... Es sólo que... realmente me pareció que Tadeus no podría haber hecho otra cosa. —Baja la vista—. Casi creí estar avanzando hacia el Rencor yo mismo. No sé cómo explicarlo.

—No lo expliques, entonces —Gabriel se levanta—. Gus, ve a por más cervezas, por favor.

—Eso está hecho. Raúl...

—No. Raúl se queda. Tenemos que jugar el resto del combate con el Rencor. —
Se dirige a Raúl con una expresión descerrajada—. ¿Vamos a la cocina?

—Claro...

—Yo te acompaño, Gus —dice Guille, levantándose.

Raúl se masajea las sienes cuando sale al pasillo. Lo encuentra más largo, más oscuro, doblado por las esquinas. Flores de nácar bordadas en las sábanas ondean a su paso, como estandartes que anuncian la pureza de una novia o el duelo por un muerto. Gabriel le sigue. La puerta de la cocina está entornada, el interior de un ojo cegado. El silencio les abraza. Raúl le mira. Gabriel abre la boca.

Se oye la voz de Carla, llamando a Gabriel desde el salón.

—Ahora mismo vuelvo.

2

Cuando llegaron, estaba empezando a oscurecer. Ahora es noche cerrada, y Gus descubre que la luz del pasillo no funciona. Presiona repetidas veces el botón, ligeramente molesto. Echa un vistazo a su espalda.

—Aquí no hay nadie —dice Guille.

—Ya sé que no hay nadie, subnormal. —Vuelve a mirar hacia atrás—. ¿Nos vamos o nos quedamos aquí a vivir?

—¿Quieres que te guíe yo? Para mí sigue siendo el mismo pasillo aunque no haya luz.

—Vete a la mierda. Además, ¿cómo sabes que no funciona la luz?

—Has pulsado el botón unas dieciséis veces en dos segundos, y luego has rechistado.

—Yo no he rechistado. —Gus vuelve a pulsar el botón, rechista y mira a su espalda.

—Como quieras. Aquí no hay nadie.

Entran en el ascensor. Las puertas empiezan a cerrarse. A través de la última rendija, Gus cree advertir una sombra moviéndose en el pasillo. La sombra de algo muy grande. Las puertas terminan de cerrarse y él se queda mirando su propio reflejo desencajado en el metal.

—Está pasando algo muy raro —dice.

—Huele a sangre.

—¿Cómo?

—El pasillo de Carla huele a sangre. Todo tiene un color muy raro.

—Tú también te estás metiendo muchísimo en la historia, ¿no? Joder, he estado a punto de gritar un par de veces.

—Lo que más me preocupa es lo que ha pasado con la gata. ¿Lo has sentido?

Se abren las puertas del ascensor. Gus sale.

—No me irás a decir que tú también estás en el mismo rollo de Raúl.

—Gus...

—Al final va a ser que soy yo, a quien tanto criticáis, el único que tiene los pies en el suelo.

—Gus.

—Resulta que el gordito sin trabajo es el único lo suficientemente maduro como para no dejarse impresionar por un juego.

—¡Gus!

—¿Qué? —Gus se vuelve y alza la voz, sin saber por qué—. ¿Qué coño quieres?

—Entra otra vez.

—¿Por qué?

—Porque aquí sí que hay alguien.

Toda idea, todo amago de acción, abandonan a Gus de inmediato. Percibe lo que Guille ha sentido en cuanto se han abierto las puertas. Hay algo en la oscuridad del rellano. Se distingue una sombra, allí donde la luz de la calle no llega. Una respiración. Hay algo ahí, y les está mirando.

Ese algo gruñe.

—Joder —es lo único que acierta a decir.

—Entra en el ascensor.

—Joder —repite, como una palabra mágica que se revela repentinamente inútil.

Lo que hay en la oscuridad vuelve a emitir un sonido. Algo que ninguno de los dos ha oído nunca. Es un ruido animal, pero nada que aparezca en los documentales de media tarde. Es un sonido humano, pero tiene ecos de sala de tortura. Gus cae en la cuenta de que eso, sea lo que sea, no se mueve, sino que se *arrastra*. Sí, eso que les ha gruñido, se arrastra hacia ellos con un sonido de fregona empapada, de bolsa llena de vómito. Y es entonces cuando el olor les golpea. Es un hedor incomprensible, fragmentario, que no llega a encajar con su esquema de cómo deben oler las cosas. Ninguno de los dos ha estado presente en una matanza. Ninguno ha presenciado cómo destripan a sus presas los balleneros. Ninguno ha hundido la cabeza en las tripas de un cadáver. Ninguno sabe identificarlo.

Guille palmea el lugar donde cree que están los botones. Encuentra algo metálico, pulsa uno, dos, los que puede.

—Vámonos, Gus.

—Eso —su voz es el sonido de la incredulidad muriendo—... estaba... en el palacio...

La cosa se mueve como un feto descomunal, como un dinosaurio en las películas, uno que agonizase pero aun así quisiese probar por última vez tierna carne de científico.

—Gus, se va a cerrar la puerta.

Como si sus palabras hubieran tenido el poder de poner en marcha los acontecimientos, pasan varias cosas a la vez:

Primero, las puertas comienzan a cerrarse.

Segundo, lo que hay en la oscuridad se alza, estira su inconcebible cuerpo hacia ellos.

Tercero, Gus pierde el equilibrio al retroceder, y cae al suelo.

Cuarto, su cabeza, en la caída, golpea el interruptor de la luz.

Las puertas acaban de cerrarse. El chillido de Gus resuena en los oídos de Guille.

El ascensor sube.

3

El corredor sigue empeinado en amplificar las sombras, en doblarse sobre sí mismo, en no estarse quieto en el punto en que la visión de Raúl debería enfocarlo. Decide no beber más cerveza, aunque ahora mismo le apetece un sorbo. Otea el horizonte peregrino de la puerta del salón. Gabriel y Carla están allí dentro. Solos. Se hablan. Se tocan. Se besan.

Sacude la cabeza. Las esquinas se ríen de él, los espectros de medio pelo que cubren las paredes le vierten en el oído el veneno de los celos, insuflan aire a sus inseguridades. Carla está allí con Gabriel, y él está esperando mientras habla con su chica. ¿De qué tienen que hablar? ¿Por qué le ha llamado Carla? ¿Por qué a Gabriel y no a él?

Tiene que hacer algo. Pero sabe que morirá si abre la puerta y la encuentra abrazada a él. Sabe, y muere sólo con pensarlo, que esa visión resquebrajará lo poco de bueno que pueda tener dentro, que acabará con el amor que había ido alimentando desde la primera vez que vio a Carla, el pelo salpicado de mechones de colores y la mano entrelazada a la de Gabriel. Raúl quiere avanzar, abrir la puerta y desterrar para siempre el miedo que le asalta cada día, que se come sus noches y desliza cucarachas

en el velo de sus pensamientos. Miedo a que su Carla, su amor, se dé cuenta de que no tiene nada que ofrecerle, que siempre será el segundón al que ella eligió porque ya no podía tener a Gabriel.

Así que Raúl no avanza, sino que retrocede. Y es precisamente ese retroceso lo que le salva la vida. Raúl retrocede por el pasillo, negando con la cabeza, la autocompasión a punto de desbordar sus ojos. Pasa junto al cuarto de la abuela en ese vía crucis malparido.

Raúl atisba dentro, y sólo ve negrura. Sorbe sonoramente por la nariz. Distingue la silueta mundana de la abuela en su mecedora, muy quieta. La televisión está apagada. Raúl razona que no debería estarlo. Pero lo está. Sabe que eso provoca lloriqueos en la anciana. Y sin embargo, el cuarto es una catedral, un cementerio, un naufragio. Le embarga el miedo a la propia muerte a través de la muerte ajena. No quiere ser él quien encuentre el cadáver de la abuela de Carla, no quiere que ella asocie para siempre su cara con la noticia. Todo esto lo piensa mientras se ve a sí mismo entrando en la habitación, acercándose al bulto, poniéndole una mano en el hombro.

Unas garras de metal se cierran sobre sus dedos. El corazón de Raúl recorre un rápido camino hasta su garganta. Se siente un niño en una pesadilla. Intenta gritar, pero sólo emerge de él un sonido ratonil. El bulto se yergue frente a él, y de pronto no es la abuela, es una descomunal figura acorazada, un buque salido de otros tiempos que le aprieta contra sí casi con pasión. La mano que le ha apresado se cierra sobre su boca. Un olor a sangre, a sudor rancio y añejo, insulta sus fosas nasales. Raúl se encuentra mirando dos ojos prístinos, lúcidos y a la vez desesperados, dos puñales del tono azul claro de las mañanas en alta mar. La figura pronuncia unas palabras incomprensibles, sonidos tortuosos, lexemas de cripta, que llevan como él mismo la marca del miedo. Su dueño aparta un momento la mano de la boca de Raúl, y se tapa con un dedo los labios patricios, su rictus duro y castrense. Casi al mismo tiempo se oye la voz de Gabriel desde el pasillo.

—Raúl —llama—. ¿Dónde estás, Raúl...?

Se acerca. Los ojos de la mole metálica se agudizan, suplican a Raúl el silencio que no ha sabido ordenarle con palabras. Le levanta en vilo y le arrastra sin el menor ruido hasta detrás de la puerta. Una sombra aparece recortada en el rectángulo de luz del pasillo. Raúl la ve, y su boca empieza a temblar sin control mientras un llanto espasmódico le sacude las entrañas. Sí, es Gabriel, pero la sombra que proyecta no lo es. Es Gabriel, pero viste una larga túnica carmesí. Es Gabriel, pero estira unas manos marchitas hacia el interior de la habitación. Es Gabriel, pero viene a matarle.

Vete vete vete vete vete, es lo único que puede repetir su mente aterrada. Como si algo hubiera sabido responder a su plegaria, la mecedora vacía empieza a moverse de nuevo, lenta, parsimoniosamente. Los dedos funerarios se detienen. Se retiran.

Vuelve a oír su nombre pasillo abajo, la voz de Gabriel en la aberrante silueta cuya presencia no quiere volver a ver nunca más. El hercúleo hombre que le tiene apresado relaja la tensión de sus músculos de buey, y aparta la mano de lo que ahora, en la calma de velatorio que ha seguido a su encuentro, Raúl puede reconocer como el mango de una espada. Pero es la visión del otro brazo lo que hace que sufra el cataclismo que le llevará al borde de la locura. Del otro brazo y del muñón sanguinolento en que termina.

4

—Te lo he intentado decir antes, Gabriel. No sé qué te pasa con Raúl, pero ya vale, ¿no?

Gabriel está apoyado en el sofá, los brazos cruzados, el semblante anochecido.

—¿Me estás oyendo, Gabriel?

—Sí, te estoy oyendo.

—Pues no lo parece. No quiero que te cebes con él por un... no sé, por lo que te esté pasando por la cabeza.

—¿Piensas alguna vez en nosotros, Carla?

Ella está recogiendo las latas vacías, echándolas en una bolsa. Se detiene en el acto.

—No, Gabriel. No pienso nunca en nosotros.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —alza el tono sin apenas darse cuenta—. Porque tengo otras cosas en qué pensar.

Él asiente, como si en realidad hubiera comprendido. Ella sabe que no es así. Puede leerlo en él, tan claro y límpido como si lo hubiera gritado a través de la ventana.

—Nunca he llegado a pedirte perdón... —empieza él.

—Déjalo. —Introduce a la fuerza otra lata en la bolsa, ya llena—. No lo hagas. Esta noche sólo hemos venido a jugar. Además, ha pasado ya un huevo de tiempo.

—Ah, ¿sí? —Levanta las cejas—. Supongo que no el suficiente como para guardar las cosas que te había regalado.

Ella se detiene. De algún lugar oscuro, escondido en alguna parte, surgen las palabras justas, por una vez.

—¿Y por qué tendría que haber guardado nada? Esas cosas son mías. Además, ni sé ya lo que me has regalado y lo que no.

—¿No recuerdas dónde compramos la esferita de nieve?

Carla vuelve a detenerse. Por un segundo, Gabriel ha ganado. La arropa el recuerdo de su último viaje juntos, de la bandeja del desayuno, de Gabriel tendiéndole la esfera, de las palabras grabadas en el dorso.

Pero el segundo se desvanece. La victoria se apaga. Carla cae en la cuenta de que no están en su ciudad secreta, de que ya nunca lo estarán. Pone los brazos en jarras.

—Está bien —dice—. Vamos a hablar de ello. ¿Por qué?

Esto coge desprevenido a Gabriel.

—¿Por qué, qué? —le toca el turno de preguntar a él.

—¿Por qué me dejaste? —insiste ella, el enfado cada vez más patente—. Si quieres hablar de nosotros, tienes el tiempo justo antes de que vuelvan los otros. Dime, ¿por qué se acabó? Me mandaste a la mierda sin ningún tipo de explicación. Como si de verdad te hubieran puesto un corazón nuevo.

—Me lo pusieron, de hecho.

—No te hagas la víctima. No cuela. Ni siquiera me dejaste ir a verte al hospital. —Se le acerca—. Quiero que me digas por qué pensabas que no merecía ni siquiera saber la razón por la que te habías hartado de mí.

—Eso no es cierto... —balbucea.

—A lo mejor pensabas que yo no merecía la pena. —La risotada que suelta es como una patada en el estómago—. Yo también lo pensé al principio, ¿sabes? Pensé que no me merecía nada, que por eso me habías dejado.

Gabriel recula.

—Tengo que volver con Raúl. Tenemos que jugar la escena.

Ella le pone una mano en el pecho. Gabriel se detiene.

—He tardado seis meses en sacarte de mi cabeza, Gabriel —dice ella—. No sé qué pretendes volviendo a revolver la mierda en la que me metiste, o en la que me metí yo sola, no lo sé. Pero te digo una cosa: no lo vas a conseguir. Hoy vamos a jugar, nada más.

Carla cree que ha terminado. Cree que ha vencido. Por un momento, se siente una medalla de oro, una escaladora que pone el pie en la cima de su montaña personal. En la montaña que ha sido el camino hasta ese momento, en que pudiera decirle a Gabriel que le ha dejado atrás.

Hasta que él pone su mano sobre la de ella.

—Me estabas matando, Carla.

—¿Qué? —Aún no le ha temblado la voz, pero falta poco.

—No podía seguir contigo, porque me estabas matando. Te comías mi vida. Pasaba el día pensando en ti. En las cosas que habías dicho, en las que habías callado.

Repasar nuestras conversaciones me quitaba horas de sueño. No estudiaba. Estaba dejándome los ahorros en hacer cosas contigo. Vivía a través de ti. No me importaba la facultad, ni los demás, ni mi familia. No pasaba nada en mi vida que no estuviera vinculado a ti. Me aterraba la posibilidad de que te cansases de estar conmigo, de parecerme aburrido, de no encontrar cosas que hacer que te gustaran, de no decir algo que te maravillase. La gente dice que el enamoramiento se pasa con el tiempo. A mí no se me pasó jamás. Al principio era agotador. Luego simplemente era imposible sobrellevarlo. Me di cuenta en el hospital. Me desperté después de la operación y pensé en ti. Apareció en mi mente como si me lo dictasen: ni siquiera con otro corazón podría resistir amarte. Podía morir por ti, pero sabía que no resistiría vivir contigo. Tenía que alejarme de ti antes de que me absorbieras del todo —resopla—. ¿Alguna vez has pensado que podrías llegar a amar demasiado a alguien? ¿Alguna vez has pensado que alguien podría amarte demasiado?

Ella aparta la mano. Retrocede como si un desconocido le hubiera abrazado en mitad de la calle. Reúne todas las fuerzas que puede para que lo que dice a continuación no salga en forma de grito.

—Eres un niño egoísta. —Cierra los ojos—. Ya hemos terminado de hablar de nosotros. Ve con Raúl.

—Carla...

—He dicho que vayas con mi novio.

La tensión se hace patente en las mandíbulas apretadas de Gabriel. Su mirada se hunde en un pozo, en simas abismales donde quizá encuentre el significado de la frase que acaba de oír. Asiente. Sin decir nada más, sale por la puerta del pasillo. En busca de Raúl.

Carla se cubre la boca. Respira profundo. Amar demasiado. Amardemasiado. Piensa en relojes. En su abuela. Piensa en las miradas anhelantes que Gus le lanza a escondidas, parapetado tras su batería de chistes y sarcasmos. En cajas y cajas de valerianas amontonándose en la basura. En sí misma hace menos de tres meses, abrazada a sus rodillas y creyendo reconocer en la ventana entreabierta una solución rápida al dolor, al vacío, a la pena. Cree que ahora debería llorar, pero no lo hace. Sólo experimenta una inabarcable conmiseración por la chica que era entonces. Se pregunta si eso es la vida, ganar la sabiduría suficiente para entender que el camino que te ha hecho alcanzarla ha sido el equivocado.

La puerta vuelve a abrirse.

—Raúl se ha ido —anuncia Gabriel, cohibido.

Carla intenta recomponerse. Antes de que diga nada, suena el timbre de la puerta. Cuando va a abrir, un Guille tembloroso, aterrorizado, se le echa en los brazos.

—Gus —balbucea—. Gus.

—¿Qué pasa, Guille? —El miedo desmonta rampas en su estómago, bloquea

entradas y salidas, despresuriza. Ignición.

Le lleva hasta el salón. Por primera vez, ve a Guille perdido, ciego como nunca lo ha estado, como nunca ha demostrado serlo. Desbordado. Toda la conversación con Gabriel se desvanece. Más tarde caerá en la cuenta de que ha deseado que Raúl esté ahí, que hable con Guille.

—Gus —sigue diciendo.

—Guille, por favor, cálmate. —Gabriel ha traído un vaso de agua—. ¿Qué le ha pasado a Gus?

—Nada, joder, ¿qué me va a pasar?

Se vuelven. Gus está en la puerta. Tiene el semblante pálido, pero las imágenes de películas de terror, de asesinos con garfio, se desvanecen de la mente de Carla.

—¡Gus! —repite por enésima vez Guille.

—Vaya susto que me has dado, tío —dice él, y se deja caer en el sofá.

—¿Yo?

—¿Nos vais a contar qué ha pasado? —pregunta Carla.

—La puta sugestión. —Gus palmea la pierna de su amigo—. Guille ha creído oír algo en el rellano. Las luces estaban apagadas, y yo también me lo he creído. He visto una sombra o algo así, y me he acojonado. Hasta me he caído y todo. Entonces se ha encendido la luz, y no había nada.

—¿Pero qué estás diciendo? —exclama Guille—. Los dos hemos visto...

—Venga ya, tío. Yo no he visto una mierda. Y tú, no digamos. Lo único que he visto es que estaba solo. No había nada. Casi me cago en los pantalones. He intentado gritarte para que bajases.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que parecía que había algo antes de darle al interruptor. He subido detrás de ti en cuanto me he podido poner en pie. Creo que ya puedo ir tirando estos calzoncillos.

—Sois gilipollas —afirma Gabriel—. Los dos. Habéis asustado a Carla.

—No me voy a romper, gracias —dice ella—. Me preocupas más tú, Guille. Te va a dar un ataque.

—No, no, tranquila. Es posible que me haya dejado llevar y se me haya desatado la imaginación.

—Es la partida —dice Gus—. Nos estamos metiendo tanto en la historia que estamos un poquito sensibles.

—¿Queréis que lo dejemos? —pregunta Gabriel. En su tono está implícita su opinión.

—Hombre —Gus se encoje de hombros—. Ya llevamos un buen rato... pero por mí, podemos seguir un poco más.

—¿Qué dices tú, Guille? —pregunta Carla.

—No me apetece bajar ahora mismo al rellano. —Esboza una sonrisa agotada.

—Vale —asiente ella, mirando a Gabriel—. Se sigue. ¿Podemos al menos encender las luces?

—Hum... no. Si vamos a seguir, sigamos en condiciones.

—Vale.

—¿Dónde está Raúl?

—Eso quisiera yo saber.

—¿Nos centramos, por favor? —De repente, vuelve a ser el Gabriel de siempre. Mira a Guille como si sopesase las ventajas e inconvenientes de comprar un artículo muy valioso, y asiente levemente—. Lo peor de la oscuridad no es el miedo.

SEIS

HISTORIA DE DOS CIUDADES

¡Goble-goble!
¡Uno de nosotros!
¡Goble-goble!
de la película *La parada de los monstruos*

1

Lo peor de la oscuridad no es el miedo. No es lo desconocido; ni los ruidos que oyes, amplificadas como bramidos, incapaz de localizarlos en torno a ti. Lo peor es la anticipación. La seguridad de que, cuando vuelva la luz, algo estará ahí, *ahí*, mirándote, estirando hacia ti una mano ensangrentada. Lo peor de la oscuridad es que intuyes cientos de bocas mugrientas, pegajosas, escarpadas, a pocos centímetros de tus ojos. Susurrando tu nombre. Babeando puro terror destilado a tus pies, casi, casi, casi tocándote. Lo peor es y será siempre el último segundo antes de encender la tranquilizadora luz. La absoluta certeza de que la visión que se llevará tu cordura ha estado siempre a un paso de ti. Siempre.

Pero no es un alivio no tener luz que encender.

Tienes muchas cosas que explicar, Aisaan.

Los dos tenéis muchas cosas que explicar.

Por favor, ahora no es el momento. Tenemos que salir de aquí, donde quiera que estemos.

Deberíamos dejarte aquí. Al fin y al cabo, te buscan a ti.

Ya hemos perdido a Tadeus. ¿Es eso lo que quieres hacer, Melquíades?

Silencio.

Entonces, salgamos de aquí.

Mi Padre sigue sin responderme.

No te preocupes. Melquíades puede ver en las tinieblas.

Silencio.

¿Melquíades?

Silencio.

Melquíades, por favor...

Habla, brujo. Tienes que explicar por qué nos has engañado.

Basta, Aleatha.

Nada de basta. Todos tenéis muchas caras ocultas. Típico de efímeros.

Claro, tú eres límpida como un manantial. ¿Por qué no nos explicas por qué no funciona tu magia? ¿Qué has hecho para que tu papá esté tan enojado contigo que no te deja siquiera invocar una simple luz estelar?

Extínguese. Al menos yo no soy responsable de la muerte de Tadeus.

Silencio.

Eso es cruel, Aleatha.

Eso es verdad. Y tú también eres responsable. Venían buscándote a ti. El Padre sabrá por qué. Si sabías algo que podía ponernos en peligro, debías habérselo contado.

Lo sé. Os pido perdón.

Nos debes una explicación, Aisaan.

Tú también, brujo. Tienes la Plaga.

Aleatha, por favor. No debes avergonzarte de tus sentimientos, Melquíades.

Vete al diablo, Aisaan. No te atrevas a hablar de sentimientos. Tú no entiendes nada. Nada.

Lo siento...

Silencio.

¿Melquíades?

Perdona, Aisaan.

No hay nada que disculpar. Tenéis razón, no estáis seguros conmigo.

En eso estamos de acuerdo.

Melquíades, ¿qué sientes?, ¿está muy avanzada?

Lo suficiente. Aún soy dueño de mí mismo. Pero no sé por cuánto tiempo.

¿No hay nada que podamos hacer?

Podéis venir conmigo.

La voz había venido de alguna parte frente a ellos. Hasta ahora, habían estado quietos, tanteando el aire viciado, intuyendo dónde se encontraban por sus voces. No habían oído acercarse a nadie. El enmascarado no les había seguido. Sin embargo, este nuevo desconocido había llegado hasta ellos sin un sonido.

Se oyó el susurro de las dagas de Aleatha al salir de su funda.

¿Quién eres?

Nadie quiere haceros daño de este lado. La puerta que habéis cruzado ha desaparecido. Ya no estáis en peligro. Ni siquiera estáis cerca de los enamorados.

El susto inicial fue reemplazado por el desconcierto: la voz que les hablaba pertenecía a un niño.

En el nombre de tus dioses, ¿quién eres? ¿Eres amigo del enmascarado?

Melquíades sintió al niño negar con la cabeza.

Él os trajo hasta aquí. Es muy poderoso. Abrió una grieta a nuestro lado, pero ahora está cerrada. Podéis vagar en las tinieblas hasta que el hambre os vuelva locos, si así lo deseáis. Pero viniendo conmigo viviréis un poco más.

Aisaan tanteó hasta acercarse al niño. Le puso una mano en el hombro. Él se revolvió. El movimiento provocó ondas en la oscuridad, que llegaron hasta el nictomante como efluvios de un caldero.

¿Cómo te llamas?

Silencio.

¿No quieres decírmelo?

Los nombres son peligrosos. Aquí me llaman Tiræsius.

¿Quiénes te llaman así?

Los otros.

¿Hay otras personas aquí?

Venid conmigo.

2

Aisaan se equivocaba. Y a la vez tenía razón. Melquíades no podía ver en las tinieblas. Podía oír. Oía los susurros de las sombras, sus sílabas de terciopelo, la piel escamosa de sus pensamientos. Había aprendido a escucharlas a lo largo de interminables y agónicos años de preparación. Era lo que hacían los nictomantes con los niños que robaban de las cunas, cada séptimo hijo de un séptimo hijo. La oscuridad le confiaba secretos de madrugada, confesiones de crepúsculo, relatos de penumbra.

Oyó las plegarias de Aisaan, que suplicaba a su Señora que cerrase las heridas de Aleatha. Cuando hubo terminado, se acercó a él.

Estoy bien, dijo Melquíades. Procura curarte a ti mismo.

Pero...

He dicho que estoy bien.

Pero no lo estaba. Se sentía débil y mareado. Había perdido sangre. Cada paso

que daba provocaba una cascada de dolor por todo su cuerpo. Le costaba toda su concentración no desmayarse. Pero prefería que Aisaan se curase antes que él.

Rumiaba las imprecaciones de Aleatha. Debería haberlo hecho, sí. Pero ¿hacer qué? ¿Contárselo? ¿Confesarse? ¿Cómo exponerse de esa manera? Había sido más fácil esconderse, fingir, rogar a lo que llevaba dentro que muriese, que fuese devorado por sus queridas sombras, por el apóstol negro que dormía tras sus párpados. Llevaba toda la vida mintiéndose, negando la evidencia. Mañana pasará. Pronto. Pero nada de eso había sucedido. Y la prueba era que ahora estaba tan condenado como Tasianara.

Las súplicas de Aisaan asaetaron sus oídos. No necesitaba ver para saber dónde estaba el suplicante. Percibía el apetitoso goteo de sus heridas, su miedo desbocado, los ríos de adrenalina inundando su roja sangre roja. Melquíades sabía que el corazón de Aisaan estaba encogido, maltrecho de pesar, enfermo de pérdida. Era tan diferente de lo que había visto en él cuando se encontraron, cuando se embarcaron en su absurda búsqueda del Poeta. Por suerte, él nunca le había preguntado sus motivos para unirse a su cruzada. Había sido más sencillo así; no había tenido que engañarle. Pero todo se había torcido a lo largo del camino. El maldito Aisaan y su pureza de corazón; se debatía entre su terror de cervatillo y la obligación de ir a buscar a Tadeus. Incluso sabiendo que le habían perdido, algo en él le empujaba, le sacudía para que volviese a la sala de las estatuas y dejase la vida junto al cadáver de su amigo. El titiritero deseó por un instante conocer ese color secreto en el alma del joven, ser capaz de pintarlo en el lienzo negro de sus días. Sí, muchas cosas habían cambiado desde que sus caminos se cruzaron.

Aleatha caminaba aún más cerca. Sus pasos eran enérgicos, ahora que Ntsasalé había curado sus heridas. Melquíades oía sus latidos. Se estaba consumiendo. Su hermana se había convertido en un monstruo. Su Padre no le respondía. Un efímero le había salvado la vida. Todo su mundo se estaba resquebrajando; su cuerpo exudaba frustración, congoja, confusión. Y en medio de aquel magma de emociones animales, Melquíades se relamió al encontrar una que, bien cultivada, llegaría a ahogar el resto de colores en el alma de la elfa. El color de esa emoción de roca y salitre era venganza, y comenzaba a despuntar el alba en que consumiría el resto de su hasta ahora indómito espíritu.

Caminar por aquel pasadizo era como bucear en un lago lleno de aceite. Aisaan se acercó al niño.

¿Quién eres, Tiræsius? ¿Qué haces aquí encerrado?

No estoy encerrado. Lo único que hago es ver.

¿Ver?

Todos vemos.

Yo no, desde luego.

Vosotros no. Nosotros. Nosotros vemos. Y hablamos.

Estúpida larva humana...

Por favor, Aleatha. ¿Puedes decirme qué ves?

Vemos la ciudad. Miramos hacia el mundo de la luz a través de los ojos de los muertos.

No te comprendo.

Melquíades supuso que Aisaan quería decir que no quería comprenderle. Él, sin embargo, entendió a la perfección el significado de lo que decía el chico. Se le erizó el vello en los brazos.

Tiræsius suspiró.

Hace mucho tiempo, había dos ciudades. Una hecha de luz, la otra de oscuridad. Una blanca, otra negra. Una arriba, la otra abajo. Los hombres de luz y de oscuridad vivían juntos, y se llamaban hermanos. La ciudad de arriba tenía tanta luz, que ésta se derramaba a través del aire, y por la noche la guardaban en linternas, en velas y en candiles. La luz siempre brillaba en sus blancas, blancas avenidas. Y bajo aquella luz, la ciudad negra crecía y crecía, la observaba, la envidiaba. La luz empezó a extenderse por los terrenos de la oscuridad, a introducir dedos dorados en sus túneles. Los hombres de luz la perforaban con varas resplandecientes cuando visitaban las tinieblas. La oscuridad estaba triste, porque todos la temían.

»Un día, la luz hizo una fiesta en su ciudad, e invitó a todos los hombres oscuros. No podemos subir, respondieron ellos, porque nuestra madre se enfadaría. Entonces, contestó la luz, esperad a que se duerma, y subid a beber nuestro vino y bailar nuestras canciones. Los hombres oscuros así lo hicieron. Mientras la oscuridad dormía, subieron las escaleras a la ciudad de la luz. Pasaron el día caminando por sus brillantes calles, cogiendo en brazos a sus niños rosados de algodón, cazando luciérnagas y contando estrellas. Los hombres oscuros estuvieron tan contentos que no quisieron volver al mundo de la oscuridad. Le pidieron a la luz que les dejara quedarse.

»Se me ocurre algo, dijo la luz. Coged a todos los muertos de la ciudad de la luz, y llevadlos a la ciudad de la oscuridad. Los hombres oscuros obedecieron. Construyeron edificios de muertos, callejones de muertos, jardines de muertos, iglesias de muertos. Cuando terminaron, cerraron las siete puertas de la ciudad de la

oscuridad con siete candados. Luego escondieron las llaves en siete lugares secretos, siete lugares llenos de luz donde la oscuridad jamás había llegado.

»Cuando la oscuridad despertó, creyó que sus hijos habían muerto. Se puso muy triste. Abrazó a los muertos como si fueran sus hijos, les lloró, les acunó, dejó que le contaran sus historias, y así nunca más estuvo sola. Fin.

El sonido de la voz de Melquíades se abrió paso en la pantanosa negrura.

Sabes que ese no es el final, Tiræsius.

Silencio. El titiritero continuó:

Durante interminables años vivió sola en su mundo de tinieblas, acompañada de los muertos, que le contaban sus historias una y otra vez, una y otra vez. En el mundo de la luz no hubo sombras. Tanto tiempo pasó, y tan sola se encontraba la oscuridad, que enloqueció. Se quedó sin nuevas historias que oír. Hasta que un día, alguien llegó a la primera de las puertas de la ciudad. Era un hombre oscuro, y tenía una llave en la mano.

»Madre, dijo, los que viven ahí contigo no son tus hijos. Son los muertos de los hombres de luz. Tus hijos viven ahora en la ciudad de la luz. Pero no sufras; algunos de tus hijos te seguimos queriendo. Hemos encontrado la primera llave.

»El hombre oscuro abrió el primer candado y pasó al interior. Allí dentro hacía un poco más de oscuridad, su madre estaba más presente. Pero la oscuridad estaba furiosa por el engaño. Sus dedos negros se cerraron alrededor de la garganta de su hijo y le asfixiaron. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se volvió loca de ira; gritó y golpeó los tejados de su ciudad, y en el mundo de la luz se inventaron los terremotos. Le pidió a su hijo recién muerto que le contara su historia, pero él se negó. Entonces la oscuridad decidió volver al mundo de la luz y vengarse. Pero los seis candados restantes seguían siendo muy fuertes. Sin embargo, pudo encontrar grietas a las que asomarse, colarse por los ventanales, ahogar de sombras las escaleras, los sótanos, los rincones de los trasteros, las habitaciones vacías, los armarios entreabiertos y las bocas de los brujos. Los hombres habían vivido tanto tiempo en la luz que habían olvidado la oscuridad. Cuando la encontraron escondida, volvieron a temerla. Aprendieron a hacerla retroceder con antorchas cuando asomaba sus zarpas por la noche. Aun así, la oscuridad siguió asomándose al mundo de los vivos, buscando las llaves escondidas para abrir las puertas...

Aisaan concluyó la historia en tono atiplado.

... y convertir a todos los hombres en muertos, para no volver a quedarse sola. Es la leyenda de la Nocheoscura.

El fin del mundo.

Todas las religiones tienen su mitología acerca del fin del mundo. Ésta es sólo una más.

La voz del niño se escurrió por el túnel.

Ah, ¿sí?

Aisaan se recordó que estaban hablando con un niño. Intentó adoptar un tono comprensivo:

Tiræsius, ¿crees que estamos ahora en la ciudad de la oscuridad?

No seas tonto. No habéis entendido nada. Las puertas están cerradas. No se puede entrar en la ciudad hasta que se abran. Esto es sólo una antesala del reino. Pero puedes comprobar por ti mismo que estamos cerca.

Entonces sucedió lo que Melquíades llevaba temiendo desde que entraron. Aisaan tanteó hacia una de las paredes. Hasta entonces habían confiado en seguir la voz del chico, y había bastado. Ahora el suplicante alargó una mano, y tocó lo que el titiritero había percibido desde el principio.

Aisaan gritó.

Cráneos.

A su alrededor se levantaban sendas murallas hechas de huesos humanos en descomposición. Calaveras cubiertas en mayor o menor medida de piel podrida se amontonaban a su alrededor, incrustadas en auténticos muros hechos de huesos. Algunos cráneos tenían agujeros del tamaño de melocotones, o estaban agrietados, o rotos. Formaban hileras de ojos negros que les escrutaban en silencio.

Quiero salir de aquí.

¿Qué sucede, Aisaan?

¡Estamos rodeados de cadáveres!

¿Qué? El Padre os maldiga, habéis permitido que ese enmascarado nos traiga a nuestra tumba.

No me encuentro bien.

Espera. Intentaré convocar a mi estrella otra vez.

No harás que brille luz alguna aquí. No sin Su consentimiento.

¿De quién?

Calmaos. Por lo que más queráis, es sólo una historia.

¡Todos sabemos que ninguna historia es sólo una historia!

Debe de ser un cementerio subterráneo. Este niño lo ha descubierto y su imaginación ha hecho el resto. Calmaos.

Melquíades sintió las dagas de Aleatha lamiendo el aire con un siseo.

Está bien, niño. Ahora vas a guiarnos hacia la salida. Si no lo haces, tu oscuridad tendrá un muerto más con quien hablar.

Lo siento. Yo no soy el más sabio de los míos. Ni el más valiente. Yo sólo sé lo que me cuentan ellos. Dicen que si me acompañáis viviréis más.

¿Por qué quieres que vayamos contigo?

Porque no tenéis adonde ir. Porque os persiguen los hijos de la luz. Arriba ya no estáis seguros.

Se les erizó el vello, como si una corriente de aire gélido hubiera atravesado el túnel. Melquíades se concentró en distinguir dónde estaba Tiræsius.

Afirmas que ves a través de los muertos. ¿Qué es lo que ves?

Si tanta curiosidad tienes, puedes ver tú mismo.

¿Cómo?

Melquíades sintió al niño encogerse de hombros.

Pídeselo.

El titiritero se giró hacia la pared. Incontables calaveras le devolvieron la mirada. Sin saber muy bien lo que hacía, escogió una. Se acercó a ella. Aleatha resopló.

¿Qué demonios está pasando?

El nictomante acarició con dedos de terciopelo el contorno de la cabeza, el puente de la nariz inexistente, los dientes carcomidos. De pronto notaba una suerte de calor en la boca del estómago, una sensación casi acogedora. Así había leído que se sentía la gente normal al sentarse al calor del fuego en las noches de invierno. Así había oído que se sentían los hombres cuando su amante apoyaba la cabeza en su hombro. Él lo sintió al asomarse a la cara de la muerte y susurrarle al oído:

Déjame ver.

El calor aumentó. Melquíades se vio atraído de inmediato por los dos huecos negros en la calavera. Sólo que ya no eran negros. Ardían incandescentes cuando se asomó a ellos; un fuego que se extendió hacia él como el aliento de un dragón, que le envolvió y destrozó en añicos la realidad a su alrededor, mientras él gritaba, gritaba, gritaba.

4

La madrugada resbala por las sonrisas desvaídas de los santos en sus catedrales. Una sinfonía de dolor se desgrana por las calles, entre las chimeneas mudas, sobre esa maldita niebla roja. Gritos, bramidos, clamores de venganza, súplicas desesperadas desgarran el aire de esta maldita hora que para muchos será la última. Lo peor, sin embargo, es cuando las voces callan. Cuando no hay llantos ni ruegos, significa que han terminado. Significa que vuelven a buscar. Recorren casa por casa, auspiciados por la noche enfebrecida. Sus sayos color carmesí ondean a lo lejos, apenas visibles. Bajo ellos se esconde la muerte.

Hay una luz en la ventana de enfrente. Titila como un hada moribunda. Admiro a

quienquiera que viva allí. Tiene más agallas que nosotros.

Me reprendo. No he debido usar esa palabra. Ya no somos nosotros. Ahora sólo estoy yo.

Oigo ruidos a mi espalda. Gruñidos. Cierro los ojos. Está despertando. Mi mano en el ventanal tiembla. El tiempo ha sembrado mi piel de manchas ocres, de verrugas, de penas. Recuerdo cuando pisamos por primera vez esta casa. Pensé que aquí quería pasar el resto de mi vida. Ahora, me embarga una estúpida emoción infantil al saber que será aquí donde moriré.

Vuelve a oírse un golpe. Están cerca. No debe de quedar mucho tiempo. La luz de enfrente se amortigua. Ha cubierto el candil. Creo que es una mujer. Se oculta, pero se resiste a esconderse como un animal. Yo estoy a oscuras. Sé lo que pasará si vienen. Sé lo que pasará si no lo hacen.

Detrás de mí, entre las sábanas, él susurra mi nombre. Ya no reconozco su voz. Me aprieto con más fuerza contra la ventana. Me abrazo a mí misma. Seré la última persona que me abrace. Es triste. No quiero girarme, aún no. No estoy preparada. Le oigo revolverse, forcejear, tirar de los cinturones anudados en sus muñecas. Una lágrima rueda por mi mejilla. No pensaba volver a llorar, pero aquí está el llanto, llamando a nuestra puerta como pronto harán ellos.

Ahí está. Una sombra en la ventana, pasa por delante de la luz. Distingo... no, es un hombre. Me ha visto. Al principio ha pensado que soy uno de ellos. Alargo un brazo hacia él. Parece cambiar de opinión. Me hace señas. La nieve trae hasta mí su miedo en ráfagas heladas como besos. Apartaos de la ventana, supongo que dice. Pobre. Entonces sucede. Gira bruscamente la cara. Han llamado a su puerta. Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Le dice algo a alguien. Gesticula. Escondeos. Huid. Da igual. Un golpe retumba como un trueno. Han arrancado la puerta de sus goznes. Sombras alargadas como imperios ocupan el dintel. Se intuyen palabras balbucientes. Distingo un por favor.

La luz se apaga.

Vuelve a llamarme.

Estoy lista.

Me giro. El dormitorio contiene la respiración. Ante mis ojos aparecen superpuestas todas las épocas que he pasado en él. Contemplo constelaciones, lágrimas, solsticios y gemidos y caricias y reproches y rupturas y besos. Todos los momentos que hemos pasado aquí son gotas en un río de tiempo que nos ha llevado al mar de esta última noche. Las esquinas conspiran contra nosotros. Los rincones se agazapan, se relamen, esperando devorar nuestros recuerdos. El invierno estira su mortaja de escarcha sobre nosotros. Es el fin.

Distingo su figura en la penumbra revuelta de la cama. Vuelve hacia mí su mirada incandescente. Dientes chorreantes dejan escapar algo parecido a palabras.

Su silueta se retuerce. Por alguna razón, siento que sería capaz de romper las ligaduras que le atan al dosel. Sospecho que yo soy la única razón de que no lo haga. Distingo otras dos palabras en su discurso alucinado, justo cuando se extinguen para siempre los gritos de la ventana de enfrente.

Me acerco a la cama. Apesta a orines, a hambrunas, a inquisiciones. Él tiembla. Una parte de mí, la parte que ve más allá de la carne descompuesta, quiere tocarle. Otra parte quiere huir, pero sabe que no hay ningún sitio adonde ir. Oigo los primeros golpes en la puerta de abajo. No tardarán. Tengo miedo. Pero tengo que terminar esto. Si no lo hago, todo lo que nunca me permití ser habrá muerto de nuevo.

Escúchame, le digo. Sus espasmos animales se detienen. Quiero que me oigas bien. Quiero que sepas por qué voy a matarte.

Creo que me presta atención.

Te quise, le digo. Te quise tanto que no me quedó espacio en el corazón para quererme a mí. Fuiste mis mañanas, mis horas, mis segundos. Ocupabas tanto mis días como mis noches. Te soñaba para despertarme a tu lado. Vivía porque tú vivías, veía el mundo a través de tus ojos. Nada existía para mí si no era para compartirlo contigo, para enseñártelo. Contigo viví el amor de los niños, el de los juglares, el amor en el que nunca creyeron nuestros padres. Me enseñaste el amor que la vida te enseña a descreer. Maldito seas por ello.

¿Recuerdas la primera vez que me pegaste? ¿Acaso recuerdas el primer insulto, la primera amenaza? Yo no. ¿No te parece triste? Soy incapaz de recordar la primera vez que mi corazón se hizo trizas. No sé si las primeras gotas que empaparon este mismo suelo fueron mis lágrimas, mi sangre o tu semen. Pero sé que no importan las primeras. Las importantes fueron todas las demás. No importa la primera herida que abriste en mí, sino las cicatrices con las que tus años de dolor me fueron cubriendo. Ahora soy incapaz de sentir nada.

Te engañé. Tantas veces que ni siquiera puedo recordarlo. Busqué en otros el calor que me negaban tus palizas, el duro beso de tus cinturones, estos que ahora te atan al dosel. Llenaba los días en que me encerrabas en el sótano con el recuerdo de otras pieles, de otras bocas que me dejaron un regusto a rencor, que afilaron mi lengua y envenenaron mis entrañas. Esperaba encontrar en otros lo primero que me diste. Esperaba descubrir la fuente del valor que me faltaba para alejarme de ti. Lo único que conseguí fue marchitar nuestras vidas.

Tapabas cada magulladura con un beso, con un arrepentimiento. Yo tapaba mis mentiras con devoción, con ilusiones, con excusas mal esculpidas. Maldigo ese amor gangrenoso que nos echaste al cuello a los dos. Esto debería haber pasado hace mucho tiempo. Lo que quiera que te haya convertido en lo que eres ahora es una bendición. Saboreo tu dolor como néctar, como el mejor vino que jamás tomaré. Si

podiera me bebería cada una de las lágrimas que has derramado, y aun así no me saciaría. Nada bastará para compensar la vida de humillaciones a la que me has encadenado.

La puerta de la calle se rompe. Entran. En unos instantes habrán subido las escaleras. Nunca pensé que afrontaría los últimos minutos de mi vida con tanta calma. Quién iba a imaginar que aceptaría este horrible final, a pesar de los años que lo han precedido. Alargo la mano hacia la mesilla de noche. El mango del cuchillo se ha enfriado desde que lo traje de la cocina. Lo acerco a su garganta. No retrocede. Sus ojos azules atraviesan mi piel con la mirada que hace años me hizo temblar por primera vez, cuando desabrochaba mis enaguas en este mismo lecho entre temblores y risas. Veo sus iris desaparecer, sustituidos por una nada blanca. Sus últimas palabras son para mí.

Te quiero.

Empiezo a llorar. El cuchillo tiembla en mi mano. Se me cae. Se oyen pasos en el pasillo. Las lágrimas enturbian mi visión, le convierten en una mancha borrosa, una mancha que se desprende de las ataduras del dosel como si fueran pergamino en lugar de cuero. Sus brazos de necrófago me envuelven. La puerta se abre. He fallado.

La puerta vuelve a cerrarse.

Giro la cabeza, aún prisionera de su abrazo. Se han ido. Al volver la cara, me encuentro con sus monstruosas facciones fijas en mí. Nos miramos como lo hicieron nuestros ojos adolescentes a través de las ventanas de barrotes verdes en la casa de mi familia, hace tantos años. Entonces me percató de algo. Mis manos. Mis manos tienen manchas. No son las manchas de la edad, son pústulas que se extienden por toda la piel como lo que son. Una enfermedad.

Quién lo habría dicho, pienso mientras le abrazo. Después de todo te sigo queriendo. Y odiando.

La llamada se cuela por las rendijas de nuestras almas. Los dos nos volvemos. Sabemos lo que tenemos que hacer.

El Despecho debe continuar.

La madrugada resbala entre las sonrisas desvaídas de los santos en sus catedrales.

La imbricada red de túneles abarcaba kilómetros. Al menos, esa era la impresión que tenían, después de lo que se les antojaban horas caminando. No se atrevían a tocar las paredes. El techo era tan bajo que les obligaba a caminar encorvados. Eran conscientes en todo momento del afilado escrutinio de los cráneos.

Melquíades no había abierto la boca desde que se asomase a los ojos de la calavera. Por supuesto que ninguna historia era sólo una historia. No quería aterrorizar a los otros, pero sabía que podían verles, susurrar sus nombres a los infinitos oídos de esa criatura sin mente que las leyendas llamaban sólo Oscuridad. La sangre del nictomante bullía.

Fue Aisaan quien rompió el silencio en mitad de su procesión.

¿Cuánto tiempo tendremos que estar caminando?

Aún queda un poco. La ciudad es grande.

Cuéntanos otra historia, Tiræsius.

Silencio.

Por favor.

¿De qué estás hablando?

Espera, Aleatha, por favor. Tiræsius, queremos oír una historia.

¿Para qué?

Para saber que sigues con nosotros. Así ahuyentaremos a los fantasmas de nuestra imaginación. Los cuentos ayudan a pasar el miedo.

Eso es mentira. Los cuentos sólo dan más miedo.

¿Por qué dices eso?

El paso del niño se volvió más lento.

Mamá me contaba cuentos. Venía a mi cama de noche. Yo fingía estar dormido. Nunca lo estaba. No sé si ella lo sabía. La esperaba temblando. Me arropaba, me acariciaba el pelo. Luego me contaba el cuento, y entonces empezaba la parte mala.

Tiræsius tragó saliva. El sonido fue tan audible para Melquíades que se preguntó si los otros lo habrían percibido. El niño continuó:

No todo era malo en sus cuentos. Nadie pasaba hambre. Nadie moría, ni se perdían los hermanos ni había gritos ni papás malos ni cinturones ni ungüentos a la mañana siguiente. Había caballeros brillantes, y dragones que abrían alas grandes como un castillo entero. Pero también había brujas. Arrugadas, cubiertas de verrugas, con la piel verde y bocas con un solo diente y olor a calcetines, que se llevaban niños para comérselos. Niños como yo. Para arrancarles los brazos y chuparles la carne de los huesos. Para beberse sus ojos como huevos frescos. Para revolver en sus tripas abiertas y hacerles preguntas. Yo temblaba todo el tiempo mientras me contaba la historia. Aunque siempre había final feliz, luego pasaba mucho tiempo despierto, esperando por si la bruja venía a comerme. Quería decirle a Mamá que no me las contase más, pero me daba miedo abrir los ojos y encontrarme a la bruja.

»Una noche, Mamá entró en mi cuarto. Yo me quedé esperando a que se acercara, a que me arropase y acariciase mi pelo con sus dedos regordetes. Pero no lo hizo. Me di cuenta de que pasaba algo. Me costó mucho abrir los ojos, apenas una rendija. Estaba en la puerta. Quieta. Mirándome. Se tambaleaba, pero no como Papá cuando volvía por la noche. Era como si se pelease con alguien. Como si la estuvieran empujando dentro del cuarto y ella no quisiese entrar. Respiraba muy fuerte. Lloraba. Oírla llorar me hizo llorar a mí también. No sé por qué. Vino hasta el pie de la cama. Olía diferente, como la caja donde metimos a la abuela cuando se fue a dormir para siempre. Me dijo, te quiero. Eso dijo. Alargó una mano hacia mí. Temblaba. Yo también. Yo sabía que no era Mamá. Era la bruja. La bruja había venido a comerme. Sentí una pena muy grande, que me hizo llorar más. Mamá se despertaría por la mañana y vería que la bruja me había comido. Me dio mucha pena. Entonces oí algo.

Las respiraciones se sucedieron hasta que Aisaan preguntó:

¿Qué oíste?

Oí otra voz. Más clara. Una voz de madre. Me dijo, Mamá se ha ido. La bruja se la ha comido. Me dijo, Yo seré tu Mamá. Me dijo, Ven conmigo.

¿Qué pasó entonces?

Pasó mucho tiempo hasta que Tiræsius respondió:

Dije, te quiero, Mamá.

¿Cuándo pasó eso, Tiræsius?

No lo recuerdo. Hace mucho, creo. Siempre ha sido de noche desde entonces.

Melquíades se rascó la incipiente barba. Otra vez el amor. La Plaga. Y para Tiræsius, como para las herejes, todo había sucedido hacía mucho tiempo, aunque sólo llevaban huyendo desde esa noche. Amantes. Celos. Rencor. Tiempo. Esposos que se odian y se quieren. Madres que aman a sus hijos. Y la bendita oscuridad de la que hablaba el niño, agazapada en los rincones, observando cómo sucedía todo. Arremolinándose tras las puertas de los armarios, en las esquinas de la noche, esperando una oportunidad para... ¿para qué?

Tiræsius cortó el hilo de sus pensamientos.

Hemos llegado.

¿Dónde?

Abajo.

El vello de Melquíades se erizó de nuevo. Estaban delante de una puerta. El contorno estaba formado por cráneos, que sobresalían del muro de osamenta, dibujando un dintel. Pero no había abertura. Sólo más huesos llenando su interior.

¿Cómo haremos para pasar?

Responder.

¿Qué está pasando?

Estamos delante de una puerta, Aleatha, pero está... cerrada. ¿Responder a qué,

Tiræsius?

A la pregunta de los muertos.

Aleatha soltó un exabrupto en élfico.

Ahora acertijos... Siento como si estuviera dentro de un absurdo juego efímero. ¿Tú sabes la respuesta, niño?

Sí. Yo puedo pasar. Vosotros tenéis que responderla.

¿Y si te corto una mano?

No digas insensateces, Aleatha. Melquíades, supongo que tendrás que ser tú quien la responda.

¿Y eso por qué?

Porque eres tú quien pertenece a este sitio.

Melquíades asintió, aunque sabía que no podía verle. Volvió a acercar el oído a los cráneos del dintel. Acarició uno con dedos casi cariñosos. La respiración de los demás pesaba a su alrededor. La tensión le hacía sudar. Creyó percibir una leve brisa, y supo que venía del interior de la calavera, que soplaba a través de sus dientes carcomidos. Prestó atención a ese viento imposible. Cerró los ojos, como si eso fuese a ayudarle. Repitió en voz alta lo que oyó:

Cuanto más... grande... es... menos ves...

No puedo creerlo. ¿Una adivinanza? Hasta un niño efímero sabe la respuesta: la oscuridad.

Espera un segundo. No respondamos a la ligera. Mira a tu alrededor. O mejor dicho, no mires. La oscuridad es una respuesta demasiado obvia, ¿no?

¿Y en qué respuesta estás pensando?

El titiritero se apretó las sienes. Tras unos instantes, descorrió inútilmente el telón de una sonrisa desacostumbrada.

No es la oscuridad. Claro que no.

Se giró hacia la calavera. Murmuró algo a su oído.

No sucedió nada.

¿Hemos acertado? ¿Hemos fallado?

Comprobadlo vosotros mismos.

Tiræsius se acercó al dintel. Alargó una mano hacia los huesos del centro de la falsa puerta. Antes de que Melquíades pudiera reaccionar, su brazo se introdujo hasta el codo. El titiritero ahogó un grito de sorpresa. Se oyó un sonido sibilante. El niño seguía hundiéndose en el muro.

¿Qué está pasando ahora?

¡Tiræsius está pasando! Rápido, cogeos de las manos.

Obedecieron. Melquíades inspiró hondo. Intentó introducir los dedos entre el hueco de dos huesos. Para su sorpresa, a medida que introducía el brazo, éstos se apretaban unos contra otros, abriéndole paso. Se deslizó entre el muro de muerte,

sintiéndose de repente muy cansado. ¿Qué nuevo horror nos espera tras esta puerta?, pensó. ¿Qué nueva amenaza? Como respuesta, sólo obtuvo el hediondo abrazo de los esqueletos. Esta vez no tuvo que pedirselo. Sus voces de noche se deslizaron como secretos de alcoba en sus oídos, ansiosos de contar las historias que veían desde su sepulcro subterráneo.

6

La esperanza se rompe con un sonido de cadenas. El miedo es una serpiente retorcida, una espiral vacilante de acero desdentado, famélico, que busca un estómago que destrozar a dentelladas. Este lugar hiede a finales trágicos, a olvido goteante, a veneno. Formas groseras sin dignidad se apretujan contra los rincones, aterradas, suplicantes, enloquecidas. Pielas manchadas de heces y bilis que han dejado de anhelar consuelo en otro contacto, invadidas por la repugnancia de sí mismas. Deformidades ingeniosas. Piden silenciosamente perdón por su presencia. Almas quebrantadas. Lágrimas que se mezclan con sangre y orines en el caldero de bruja que es el suelo. Quién sabe lo que han visto sus ojos estriados de venas rojas.

Hay luz en la mazmorra, y eso es lo peor. Las velas no les ayudan a ver. Ellos podrían verles perfectamente en la oscuridad. No, las encienden para que se vean a sí mismos, para que sus corduras se desgasten un poco más. Un poco más. Las sombras ejecutan danzas marinas en las paredes desconchadas. Los hongos crecen por las piernas de los prisioneros, se extienden por sus barbas, por sus genitales, por sus heridas infectadas y apestosas. Dentro de poco empezarán a abrirse, a supurar. El olor será peor. Y saben que, aún así, les mantendrán vivos. Lo que no saben es por qué.

Hay seis suplicantes en el centro del calabozo. Visten el atuendo ceremonial de Sylandarix. Sus pieles enfermas abrazan el resplandor de las velas que portan, sus ojos desprenden un brillo lobuno. Frente a ellos hay un muchacho arrodillado, rebozado en sus propios desechos. La incredulidad y el terror aún no le han abandonado. Los suplicantes depositan las velas en el suelo frente a él, formando un círculo. Poco a poco se va vislumbrado en su interior una forma traslúcida.

La figura encapuchada observa al chico desde el interior del círculo. Él tiembla y clava la vista en sus botas puntiagudas. Ahora sabe que está delante del artífice de toda esta pesadilla. Sabe que puede matarle con sólo desearlo. Y también sabe que

matarle es lo único que no va a hacer.

—Mírate. —El sonido de su voz hace chillar como alimañas a los demás ocupantes de la mazmorra, que se aplastan contra las paredes intentando evitar llamar su atención—. ¿No querías emociones fuertes? Creía que estarías preparado para un poco de acción.

Él no dice nada. Se encoge como un viejo pescador ante un relámpago. Se abraza a sí mismo, su maltrecho cuerpo es una hoja seca bajo el viento de otoño. Una hoja a punto de quebrarse.

La figura hace un gesto. Uno de los suplicantes deposita una mano enguantada en el hombro del chico.

—Qué decepción... no estoy nada feliz con tu comportamiento... ni con el curso de los acontecimientos. Necesito que me eches una mano.

—¿Qué...? —consigue articular. La presión en su hombro se convierte en una tenaza al rojo. Grita.

—No hables hasta que te pregunte, por favor —El pavor corre como un reguero de pólvora sobre los demás prisioneros—. Tus amigos se han vuelto escurridizos. Ha pasado algo que no había previsto: alguien les está ayudando. Necesito que me digas quién es.

Él no acierta a responder. El desconcierto inunda su semblante deformado por el dolor. La criatura lee ese desconcierto. Hace un nuevo gesto. La garra enlutada se le clava aún más en el hombro. Los gritos se convierten en aullidos. Los aullidos en súplicas. Las súplicas en llanto.

—Así no me ayudas —advierte—. Vamos a probar de otra manera: ¿dónde está tu hermano?

—¿Mi hermano? —balbucea, escupiendo sangre.

Otra zarpa se cierra sobre el cuello del chico, que boquea como un pez. Sus ojos se desorbitan. Palmea en el aire. La figura traslúcida se desprende de la capucha. Los ojos del chico se fijan en su rostro. Quiere chillar, pero el aire ya no circula por su garganta.

—Tu hermano me ha dado esquinazo. Ya no puedo verle. Si no me dices dónde está, no tendré más remedio que enfadarme.

La tenaza se suelta. Recupera aire con fruición, con avaricia. Como si fueran sus últimas bocanadas. Cae al suelo.

—Por favor —es lo único que acierta a decir—. Por favor, por favor...

La zarpa vuelve a caer sobre él. Le levanta en vilo. Le acerca al reflejo acuático que fluctúa sobre las velas.

—Mírame —escupe—. Esto es real. Esta es la nueva realidad. La única válida. Aquí todos podríamos ser felices... ¡PERO NO COLABORÁIS!

Las llamas en las velas tiemblan. Ya ni siquiera se oye a los demás prisioneros. El

mundo del muchacho se ha visto reducido a esa cara descompuesta por la ira. Sin embargo, tan pronto como empieza, el temporal mengua. La criatura se calma.

—Está bien. Puede que no quieras ayudarme a encontrarles, pero lo vas a hacer de cualquier modo.

La puerta de la celda se abre. Una silueta fornida se acerca renqueando. Se arrodilla frente a la imagen fantasmal.

—Santidad —dice el Rencor—. He fallado. Han escapado.

La figura alarga una mano, como si le acariciase la frente fruncida y abultada. Si se ha percatado de que la mitad del cráneo de su esbirro se ha convertido en piedra, no da muestras de ello.

—Lo sé. No te preocupes. Tu incompetencia no tendrá más castigo que la vergüenza que ya llevas contigo.

—Pero merezco un castigo, Santidad. Merezco vuestro desprecio, vuestro rencor...

—¿Quién te ha enseñado a humillarte así? —pregunta con sorna—. No me halagas, sólo me incomodas.

—Lo siento, Santidad. Soy...

—Cállate. Puede que hayas fallado una vez, pero no se volverá a repetir. Nos aseguraremos de ello.

Señala con la barbilla al muchacho. El Rencor asiente, y se agacha junto a él.

—Esto es real —repite la figura—. Bienvenido a mi mundo, Javi.

El Rencor se baja el embozo. Javi grita ante lo que ven sus ojos. Antes de que pueda apartarse, el Rencor adelanta la cabeza y deposita un beso en sus labios. Una cálida sensación como un licor de hierbas se mezcla con el terror en su garganta, y se propaga por su pecho y su estómago, le despeja la mente y le ablanda por dentro. La horrorosa escena a su alrededor palidece. Por un instante responde a ese beso que, en ese antro de pesadilla, ha sido perfecto.

Entonces la calidez se vuelve agria, virulenta. El Rencor se aparta. Javi siente una sacudida. Una sensación viscosa y desagradable, sucia, se extiende por su cuerpo. Vuelve a caer al suelo con un golpe de monolito derribado. Extiende una mano, que ha empezado a hincharse, a rasgarse en algunos puntos donde la piel no puede contener la carne en expansión. Abre la boca, pero no puede gritar, la lengua ya no le cabe dentro. Lo último que ve es la cara de una prisionera, acurrucada contra la pared, mirándole sin repugnancia ni pena, muda espectadora catatónica de su muerte.

El Rencor retrocede. El cuerpo a sus pies bulle. Cambia. Sus proporciones se vuelven groseras, sus extremidades se abultan, rasgan su ropa y su pellejo en una burda imitación de crisálida. El vello se desprende. Dedos gordos y blancos como gusanos de pesadilla palmean el suelo. La piel se abre. Brota de las heridas una

baba blanca, amniótica. Una barriga henchida y repugnante cuelga del torso, ocultando un sexo atrofiado y pestilente. Una sucesión de sacudidas y vómitos recorre la montaña de carne, que, de improvviso, se arrodilla. Todo ha sucedido en apenas un minuto. Los ojos que han presenciado la transformación la vivirán para siempre en sus sueños.

—Rencor, aquí tienes a tu compañero de juegos. Yo te bautizo, Abandono. Levántate para servirme o sigue viviendo entre el limo y el barro.

La ahora inmensa figura del Abandono se revuelve. Intenta erguirse con torpes movimientos de borracho. Al final consigue levantar su voluminoso cuerpo. Ni el más alto de los suplicantes alcanza la altura de su pecho. El ser que fue Javier Collado vomita un engrudo blancuzco, que corre por su cuerpo, uniéndose a sus otras secreciones.

—Me lo tomo como un sí —dice la figura, antes de desvanecerse.

7

En un instante, estaban nadando entre huesos. Al siguiente, volvían a caminar. El paso a través de la puerta duró apenas unos segundos, pero fue una experiencia que Melquíades estuvo seguro de no querer volver a repetir. Apenas había formulado el pensamiento en su cabeza, cuando la sorpresa eliminó cualquier otra idea. Aleatha y Aisaan soltaron una exclamación.

Podían ver.

Recuperar la vista repentinamente después de un tiempo sin ella es como caer de una gran altura. Al principio se sintieron más desorientados que cuando dejaron de ver. La luz les golpeó como un mazo en pleno rostro, aunque no era luz. Era simplemente ausencia de oscuridad. Aquel abrazo negro había dejado tras de sí un mundo sin colores, hecho de tonalidades grises y apagadas. Tantearon, distinguieron sus siluetas en medio de aquella penumbra desmayada. Las calaveras les observaban desde las paredes. Rictus casi complacidos, retazos de pieles ausentes. Un regocijo invisible en sus cuencas desiertas.

La herida sellada en la oreja de Aleatha presentaba un aspecto virulento y desagradable. Aisaan no había salido mejor parado. Un sonido quejumbroso, parecido al gemido de un animal, se dejó oír en la distancia. Vieron a Tiræsius frente a ellos. Los tres compartieron una mueca de disgusto.

Tiræsius no tenía ojos. Dos huecos sanguinolentos remataban su rostro. Perezosos regueros de sangre negra brotaban de las heridas y resbalaban por sus mejillas, sin que llegase a desangrarse. Aisaan se cubrió la boca con la mano. Tiræsius estaba medio desnudo, toda su piel erizada como si estuviera helado. En aquel mundo gris, el niño exhibía una tonalidad enfermiza. Estaba escuálido hasta el borde de la inanición, frágiles cañas de bambú sus brazos. Sostenía una vela de superficie irregular en las manos. Dirigía sus cuencas vacías hacia ella con una expresión colindante con la maravilla y el terror reverencial.

—Por las fronteras de Comala, Tiræsius —masculló Aisaan—... ¿esto es lo que os ha hecho la oscuridad?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aleatha, impresionada por el aspecto del niño—. ¿Por qué podemos ver? ¿Dónde está el color de las cosas?

—Es un regalo —dijo Tiræsius, sin dejar de dirigir las oquedades de su rostro hacia la vela—. Os ha permitido ver. Le gusta que estéis aquí.

—¿A quién? —preguntó Aisaan, temblando.

—Venid.

El túnel al otro lado de la puerta se alargaba unos veinte metros. A medida que avanzaban, crecían las náuseas, la repugnancia y el temor que les provocaba aquel lugar. Era difícil olvidar que caminaban entre cabezas humanas en descomposición, entre brazos que una vez habían acunado bebés, entre bocas que habían pronunciado palabras de perdón, de rabia, de esperanza, de condena, y que ahora habían sido relegadas a ser parte de la decoración de aquel espectáculo descarnado.

Se miraban entre ellos con resquemor. Melquíades lo veía. Intentaban no cruzar su mirada con la de él. Las llagas de la Plaga aún asomaban por sus ropas medio desgarradas. La adrenalina y la apremiante necesidad de escapar habían apartado de ellos el pensamiento, pero ahora que tenían un momento de respiro y volvían a ver, estaban más presentes que nunca. Ahora sabían, y él también, que era cuestión de tiempo. Le miraban, pero veían a Tasianara. Incluso en aquel infierno subterráneo, sabía que tarde o temprano tendría que responder a sus preguntas. Y había una que aún no estaba preparado para contestar.

El corredor se ensanchó de improviso. El gris descorazonador que había invadido el mundo aumentó, se hizo más nítido. No podía decir de dónde venía la claridad, porque esa palabra no existía en aquel reino. Las calaveras proyectaban en torno a ellos sombras que se contradecían. Los demás sonidos parecían haber enmudecido. Aisaan tuvo que apoyarse en la elfa para continuar. Le dolían todas las esquinas del cuerpo. La sangre se coagulaba en sus heridas, que chillaban como gatos destripados.

La sala en la que desembocaba el túnel era amplia. Tenía forma circular. Las paredes también estaban tapizadas de restos humanos. Melquíades alzó las cejas. La misma puerta que había visto junto a Tasianara, la misma que no llegó a abrir en el

jardín de las estatuas, estaba incrustada en el tapiz de osamentas al otro extremo de la entrada. Melquíades volvió a sentir el estremecimiento involuntario que llevaba acompañándole desde que llegasen allí. Había algo detrás de esa puerta. Algo que ni él mismo podía asegurar si era bueno o malo. Lo que no podía era negar la apabullante presencia que se escondía allí.

Toda la estancia estaba rodeada de mecedoras vacías, apoyadas en las paredes, orientadas hacia el centro. Verlas provocó en ellos la misma sensación de irrealidad que sintieron al ver a la gata. Por un momento, el vértigo de ese algo más grande que la historia que estaban viviendo se apoderó de ellos, les nubló la vista.

Cuando volvieron a enfocar el mundo, Tiræsius estaba en el centro de la habitación.

—Sois los primeros que llegan aquí. Aquí es donde nuestra Madre habla con nosotros.

—¿Vosotros? —preguntó Melquíades—. ¿Quiénes?

Las mecedoras comenzaron a moverse. Se mecían al unísono, con una cadencia espectral. De ellas surgía el chirriante gemido que habían oído al acercarse. Aisaan ahogó un sollozo aterrado. Aleatha volvió a sacar las dagas.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Os hemos visto —dijo, acunado por el infernal sonido de las mecedoras—. Los muertos os han visto. Y nos lo han contado. Recorríais las calles. Os escondíais. Sufríais. Moríais. Tenéis preguntas y nosotros podemos responderlas. Nosotros... vemos.

—Está bien —dijo Melquíades—. Si vais a responder a nuestras preguntas, esta es la primera: ¿Quiénes sois? Queremos la verdad, nada de rimas ni leyendas.

Tiræsius asintió.

—Somos huérfanos. Somos los hijos adoptivos de la Oscuridad. Cuando vivíamos en la luz, Ella nos daba miedo. Ahora ha prometido querernos siempre.

A cambio de qué, estaba a punto de preguntar Melquíades, pero Aleatha se le adelantó.

—¿Dónde está mi hermana? —La elfa soltó un prolongado suspiro. Esa pregunta llevaba demasiado tiempo encarcelada entre sus labios.

Como respuesta, un cráneo cayó a sus pies. Lo habían lanzado desde un extremo de la sala. Allí había otro niño, sentado en una de las mecedoras que hasta entonces estaba vacía. Tenía el mismo aspecto desnutrido, los mismos agujeros sanguinolentos y aun así penetrantes.

—Si quieres saberlo, tendrás que *ver* —dijo.

Aleatha se agachó junto al cráneo. Alargó la mano para asirlo. Aissan, a su lado, movió los labios formando palabras de aliento. Melquíades apretó los puños. Los djhals se contrajeron. Un temblor incontrolable se apoderó de sus dedos antes de

tocarlo siquiera. Aleatha masculló una maldición en su lengua.

Se apartó.

—Tasianara —sollozó—. Lo siento.

—Tu problema no es encontrar la verdad —dijo el segundo niño—. Es querer encontrarla. No puedes aceptar la respuesta a tu pregunta. Por eso sigues alargando responderla.

Aisaan extendió los brazos hacia Aleatha. La elfa alzó una mano para apartarle, pero al final se dejó rodear por el abrazo del suplicante. Miró al cráneo en el suelo como si fuera un feto muerto.

—Tranquila —la acunó Aisaan. Miró de hito en hito a los dos niños—. Por favor, queremos que todo esto se acabe. ¿Cómo podemos poner fin a esta pesadilla?

Apenas había terminado de hablar, cuando otro cráneo rebotó en el suelo y rodó hasta sus pies. Lo había arrojado una niña. Estaba sentada en otra mecedora, no lejos de Tiræsius. Su cabello casi blanco estaba sucio, pegado a su rostro por capas de sudor, mugre y sangre. Las costillas asomaban entre los desgarrones de sus harapos. Las heridas de los ojos habían empezado a cicatrizar, a cubrirse de una película de carne correosa y desagradable.

—Bien sabes cómo ponerle fin, Aisaan. —Su voz nada tenía de niña, ni de voz. De su boca surgían vaharadas negras cuando hablaba—. Puedes volver a *ver* lo que ya sabes.

Aleatha se separó de él. La expresión de su cara revelaba desconfianza.

—¿De qué está hablando? —preguntó Melquíades.

—Todos estáis siguiendo un peligroso baile —prosiguió ella—. Pero no podéis ocultaros para siempre. A medida que avanzáis, los secretos se destejen. Cuando termine este baile de los secretos, empezareis a comprender cuál es vuestro papel, y cuál ha de ser el final de esta historia.

Aisaan levantó la calavera. Melquíades experimentó una poderosa sensación de algo ya vivido, viendo al suplicante con el cráneo en la mano extendida. Luego pasó, cuando se lo acercó al rostro y le susurró las mismas palabras que él había utilizado antes. Su cuerpo se convulsionó, y Aleatha tuvo que sostenerle de nuevo. Las revelaciones del muerto no duraron más que unos segundos, pero Aisaan palideció considerablemente. Asintió entre temblores, mirando a la niña.

—Malditos seáis —dijo. Sorprendía ver al suplicante utilizando palabras duras.

—¿Qué has visto? —preguntó Aleatha, desesperada—. ¿Cómo podemos detenerlo? ¿Qué tenemos que hacer para que todo vuelva a ser como antes?

—Nada volverá ya a ser como antes. —Otro niño había aparecido en una mecedora—. Nuestras madres no volverán. Las Herejes no recuperarán el amor que han sacrificado. El Oráculo siempre será guardián de tumbas vacías. El Relojero olvidará su reloj perdido, sus latidos se apagarán. El Despecho ya ha empezado.

—El Despecho ya ha empezado —repitieron muchas voces infantiles desde algún lugar. El chirrido de las mecedoras creció.

—¡No lo entendemos! —exclamó Melquíades—. ¿Qué demonios es el Despecho? ¿Qué está pasando? No hacéis más que mostrarnos imágenes que no nos llevan a nada.

Otro cráneo rodó por el suelo hasta ellos. Y otro. Y otro. Una a una, comenzaron a llover sobre ellos más y más cabezas. Les estaban lapidando con calaveras humanas. Melquíades se cubrió. Aisaan y Aleatha se protegieron mutuamente. Empezaron a distinguir más niños en las mecedoras.

El chaparrón de despojos cesó. Estaban en medio de una alfombra de muerte. Todas las mecedoras estaban ocupadas por niños, que derramaban sobre ellos miradas ciegas de verdugo. Sólo había una mecedora vacía, la que estaba delante de la puerta. Tiræsius la ocupó con un pequeño salto. Melquíades sintió un agudo pinchazo en la cabeza. Creyó ver la puerta temblar levemente. Por algún motivo, aquello le provocaba una reacción no del todo desagradable.

Tiræsius les mostró una sonrisa que podría haber sido traviesa un día. Ahora recordaba a un animal muerto. La vela osciló entre sus manitas de esqueleto.

—Os lo dije, no soy el más sabio entre los míos —dijo—. Aquí todos somos iguales; todos compartimos una cosa: el amor de nuestra Madre. Tenéis muchas preguntas. Los muertos os ayudarán. Pero sólo si nuestra Madre os acepta como sus hijos.

Melquíades miró a sus dos compañeros. Aisaan, Aleatha. Aisaan. No importaba lo mucho que desconfiasen entre sí. Los celos, las dudas y, sobre todo, el horror que se habían visto obligados a superar juntos les había acercado más de lo que haría nunca la vida normal. Eran sus compañeros, sí. Le había costado admitirlo, pero ahora los veía como tales. Le había costado admitir muchas cosas.

—¿Qué es el Despecho? —preguntó, y al ver la expresión casi decepcionada del niño, se detuvo. No era a él a quien debía formular la pregunta. Escogió uno de los cráneos a sus pies, lo levantó y volvió a preguntar.

El vértigo y el escalofrío que siguieron le hicieron dudar, mientras la realidad se apagaba, si no habría hecho la pregunta equivocada.

Furtivos, desamparados, los dos niños corren bajo la sempiterna silueta de la Voz. Sus dedos entrelazados intentan en vano darse calor, ánimos, un aliento que saben perdido de antemano. La nieve cubre los tejados con estratos del blanco azúcar del invierno, convierte sus cejas en preguntas de anciano, torna sus pestañas en nácar aterido, tiñe la melena de ella con las canas heladas que nunca conocerá. Esa nieve sucia, traicionera, les hace resbalar, vuelve insegura su huida, se introduce en sus jubones y reblandece sus esperanzas. La niebla roja pesa como cadenas en sus tobillos.

A su alrededor se desgrana la sinfonía de terror que resuena esa noche eterna en toda Mandressla. Los gritos en mil pedazos, las súplicas resquebrajadas, los aullidos de terror que se multiplican en las casas adyacentes les hielan la sangre mucho más que la descarnada temperatura. Se miran, de repente maduros, borrada para siempre su niñez, conscientes de lo que pasará si les cogen. Ya lo han visto.

Ninguno conoce el nombre del otro. No lo necesitan. Sólo tienen que llamarse supervivientes, cobardes, desalmados, pusilánimes que han conseguido huir a costa de las vidas de las personas que fueron importantes para ellos. No han querido preguntarse la historia que arrastra cada uno. En la noche que les ha unido, él le ha susurrado su plan, su única salida. Ella ha comprendido. Un vistazo atrás le hace asentir despacio. Quiere decir que no es justo. Quiere decir que sólo tiene trece años, que nunca ha besado a nadie, que hace poco que mancha las sábanas cuando a la luna se le antoja, que quiere que su madre la abrace, la proteja; que quiere volver a escuchar las historias de su abuela y sentarse los domingos por la noche al fuego de la chimenea mientras esperan que llegue la primavera que ya no podrá ver. Quiere decir eso y más, pero en lugar de eso le coge de la mano y le deja guiarla por los callejones emboscados. Hasta el puente.

Allí está. Frente a ellos, la Catedral del Amor brilla con el color de los otoños enfermos. Se distinguen figuras voladoras, que entran y salen de sus ventanales en una frenética actividad de panal. Las torres traseras se alzan hacia el cielo como cíclopes vigías. La aguja negra que remata su centro resplandece. Les está esperando, hambrienta. Se dan cuenta de que será lo último que vean en esta vida.

Se detienen en seco antes de doblar el último recodo. Les oyen acercarse. Son cinco. Los dos se abrazan, ocultos detrás de un barril anegado, suplicando a los dioses impertérritos que sigan adelante, que no les sorprendan, que no les traicionen los estómagos rugientes de puro pavor, que la nieve no les delate. Ellos pasan de largo, guiados por una estrella impía. No hablan. Los dos permanecen en su escondite hasta mucho después de que se hayan ido. Entonces corren, corren como si realmente pudieran escapar. Llegan a la mitad del puente. El río fluye vertiginoso, como si el mismo caudal también intentase huir. Sólo que huye en dirección a la Catedral. El agua negra les saluda, les invita.

Él le pregunta, me quieres. No, responde ella. Por supuesto que no. Ya has visto lo que les pasa a los que aman.

Ya has visto lo que les hacen a los que no aman, responde él.

Lentamente, trepan la barandilla del puente hacia el otro lado.

Me quieres, repite él. Se ha levantado un viento que arroja copos como guijarros afilados sobre sus pieles erizadas de frío y malos augurios. Duele. Ella no responde. Me quieres, insiste él, alarmado. No lo sé, dice ella al fin. El vendaval blanco amenaza con arrojarles al agua. Se aferran a la barandilla con dedos de cristal. Un paso más adelante les espera la negra muerte, les llama, les invita. No puedes quererme, dice él. No puedes, no debes, no me conoces. No te conozco. Entonces no me quieras. No es amor, dice ella. Pero el contacto de sus dedos adormecidos cuenta una historia diferente.

Podríamos huir, aventura ella. Ni hablar. Lágrimas de escarcha se pegan a sus mejillas. Podríamos escapar, abandonar para siempre este lugar. Nos encontrarían. Ya les has visto. No pararán hasta que los tengan todos. ¿No te has preguntado para qué los quieren? No. No quiero preguntármelo, no quiero que me lo preguntes. Su llanto le devuelve a la cruel realidad. Son dos niños. Él no podrá salvarla. Ella no le redimirá. Sólo pueden entregarse al abrazo eterno de las aguas, a la escapatoria fácil pero segura, a la promesa del sueño en su torrente hambriento.

Los dedos de ella se sueltan. Se desprenden con un chasquido. Ya no están juntos. Ella mira al río, y es entonces cuando lo advierte. Allí, en el torrente negro. Sus labios tiemblan. Una fría alimaña de miedo puro se agarra a sus entrañas, las sacude, las destroza. Lloro, llora y llora porque ahora comprende, comprende qué están haciendo, qué le han hecho a su familia, a la del chico, a todos los que no se han unido a ellos en esa enfermedad que proclaman con voces de estupor.

El agua arrastra consigo bultos sanguinolentos, trémulos en su pequeñez dentro del Selene. Se hunden y vuelven a salir a flote con parsimonia. Los reconocen. El caudal fluye bajo sus pies, y lleva consigo incontables corazones sanguinolentos, recién arrancados de los pechos de sus dueños. Los corazones vírgenes de Mandressla se dirigen en procesión hacia su destino, gangrenando la ciudad. Flotan en un mar de sangre oscura, oscilando, girando sobre sí mismos, tropezando unos con otros en el hielo de la noche, cubiertos de la escarcha del terror, mientras flotan hacia la Catedral como un ejército invasor. A lo largo de la ribera la niña contempla a los enamorados, a la estirpe negra que ha tomado Mandressla. Lanzan los corazones al agua, que los arrastra como un mensaje del infierno. Su propio corazón no soporta tanto terror, sus dedos se abren sin desearlo, y se ve impelida por su propio peso al vacío, al encuentro con el ejército sangrante de los corazones de la ciudad.

Su descenso se detiene bruscamente. Suspira aliviada. El chico la ha agarrado,

sacando una fuerza imposible de donde sólo había derrota. Sus ojos agradecidos se vuelven en su dirección, y se encuentran con el horror absoluto en las fauces de uno de los enamorados. Una garra sostiene su mano desde el otro lado de la barandilla. Se relame casi con lujuria. A su lado, otro ha cogido al chico, que es incapaz siquiera de gritar su nombre, el nombre de su madre, algo que resuena como una despedida y dé un poco de sentido a su muerte. Y mientras la garra del demonio destroza el pecho del chico, ella cede al pánico y al dolor. Comienza a gritar. Te quiero, te quiero, te quiero, no me hagáis daño, yo también amo, soy como vosotros, te quiero. La izan con lentitud, mientras ella repite las mismas palabras. Te quiero.

*Te
quiero.*

9

El nictomante se apretó el pecho. Un dolor innombrable danzaba en su rictus congelado, en los colores opacos que aquel mundo sin luz dibujaba en su rostro.

—Corazones —balbuceó.

—¿Qué? —Los demás le escrutaban, alarmados.

—Bendita ignorancia. Bendita ignorancia perdida. —Sacudió la cabeza, la tez blanca—. Están robando los corazones de Mandressla. Necesitan los corazones de los que no aman.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aleatha.

—Malditos sean los amaneceres que os quedan, ¿es que no lo entendéis? —gritó, agarrándola por los hombros—. ¡Los que aman en Mandressla se convierten en esas criaturas! ¡Persiguen a los que no aman, les dan caza como a bestias! ¡Y cuando les encuentran, les arrancan el corazón del pecho!

—Por el Último Poema, ¿por qué? ¿Para qué iban a hacer algo así?

—Para volver a amar —susurró una voz que no era una voz.

Se volvieron. Una silueta se dibujaba en la entrada del pasadizo. La ausencia de luz se introducía en las grietas de su piel de piedra, realzado su espeluznante figura con sus tonos cenicientos. Su cuello estaba aserrado, abruptamente tallado en el lugar donde debería haber estado su cabeza. Así una lanza en su mano resquebrajada.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —exclamó Tiræsius—. ¿Cómo has pasado la puerta de huesos?

—En el cielo y en la tierra hay más cosas de las que alcanza tu filosofía, Horacio. —De alguna manera, la voz surgía del hueco donde debería haber estado su cabeza —. Hay piezas más poderosas que tu reina negra en esta partida.

—Te ha traído el enmascarado, ¿no es cierto? —dijo Melquíades.

A su espalda, la vibración detrás de la puerta se hizo más fuerte. Creció hasta convertirse en golpes que hicieron temblar los huesos a su alrededor. Era imposible, pero nadie más parecía darse cuenta.

—Teníais razón —prosiguió la espantosa efigie—. Todos queremos volver a amar. Todos queremos ser lo que éramos antes de que el amor nos robase la vida. Convirtió a quienes lo abrazaban en monstruos. A las que lo rechazábamos, nos hizo criaturas inmortales incapaces de sentir. A estos niños les ha hecho siervos de la noche. Y sin embargo, no podemos escapar de él. Queremos volver a sentirlo, por más daño que nos haya hecho. Por eso están robando los corazones que quedan en Mandressla. Porque los suyos ya no sirven para volver a amar, y necesitan otros.

—Pero —objetó Aisaan—, no hay suficientes corazones en Mandressla. Por la Señora, esta es la ciudad de los amantes; el amor está presente aquí, vive en sus calles, brota de sus árboles. ¿Qué harán cuando hayan arrancado todos los corazones?

Ella no contestó. No hacía falta.

—Están arrojando los corazones al río —dijo Melquíades—. ¿Por qué?

Fue Aisaan quien respondió.

—El río Selene fluye alrededor de la isla de las lanzas. —Reprimió un estremecimiento—. En mitad de la ciudad. Allí está la Catedral del Amor.

—Tenemos que ir allí —afirmó Aleatha—. Esta plaga tiene que terminar.

De alguna manera, les dio fuerzas oír la determinación de la elfa.

—Yo iré con vosotros —dijo la estatua.

Tiræsius se encargó de aplastar cualquier esperanza que pudiese surgir en ellos.

—Os estarán esperando.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Por qué? —dijo Aisaan—. Nos están buscando por toda la ciudad. No esperarán que vayamos a su propia casa.

—Lo esperarán —aseguró el chico. Los demás asintieron bajo el infernal gemido de las mecedoras—. Lo que ve uno lo ven todos.

—Lo que ve uno lo ven todos —corearon los otros niños.

Tiræsius señaló a Melquíades. Algo en su gesto tenía aires de veredicto.

—Tú eres uno de ellos. Llevas la marca del amor en la piel. —El titiritero bajó la vista—. Ellos saben lo que tú sabes. Tu corazón podrido se lo cuenta, aunque tú no quieras. Los ojos de su señora os ven a través de los tuyos.

—¿Su señora? —preguntó Aleatha—. ¿Quién es su señora?

—Eso deberíais preguntárselo a vuestro suplicante —dijo el niño—. Él la conoce

mejor que nosotros.

Todas las miradas volvieron a clavarse en Aisaan.

—Malditos seáis —volvió a jurar Aisaan, retrocediendo.

—El baile de los secretos debe terminar. —La elfa se hizo eco de las palabras del niño—. ¿Qué nos has ocultado, Aisaan? El Rencor dijo que te buscan a ti. ¿Qué tienes que ver con la Plaga?

—¡Está mintiendo! —gritó Aisaan—. ¿No lo veis? Quiere dividirnos para, para...

—¿Para qué? —resopló el niño, bajando de un salto de la mecedora. Los demás le imitaron—. Estáis en nuestra casa. Ya sois nuestros, pero no os queremos. Sólo te queremos a ti, Melquíades.

El titiritero enarcó una ceja. Los niños se acercaron a ellos, cerrando un círculo. Los golpes en la puerta crecieron. Empezaron a retumbar como cañonazos. Estaba a punto de salirse de sus goznes. Y nadie más le prestaba atención.

—Las voces de los muertos no son suficientes —canturreó Tiræsius—. Necesitamos ver más. Lo que ve uno lo ven todos.

—Lo que ve uno lo ven todos —cloquearon en un coro disonante y atiplado—. Te necesitamos, Melquíades. Lo que ve uno lo ven todos. Necesitamos ver lo que ven ellos.

Los golpes crecieron.

—Eres uno de nosotros, Melquíades.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo Aleatha. La estatua sin cabeza aprestó su lanza.

Se acercaban.

—No os mentí —dijo Tiræsius—. Habéis venido conmigo, y habéis vivido un poco más. A nuestra madre le complacerán las historias que tenéis que contar.

Les señaló con la vela.

—Uno de nosotros —repetían los niños—. Uno de nosotros.

Decrépitos dedos de náufrago se cerraron sobre su ropa como trampas para osos. Se aferraron a sus piernas, a sus muñecas. Tiraban de su pelo. Lucharon por zafarse, pero los brazos se multiplicaban. Los únicos testigos de su lucha eran esos ojos vacíos y sanguinolentos.

—¡Esperad! —Melquíades alzó los brazos—. Si realmente soy uno de los vuestros, respondedme a la última pregunta.

—El tiempo de las preguntas ha pasado —dijo Tiræsius.

Manos diminutas tantearon en busca de los ojos de Melquíades. El titiritero, señalando, la formuló igualmente:

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

Las manos se detuvieron. Imágenes de incredulidad y duda subieron a los rostros infantiles. Las cuencas se volvieron hacia donde señalaba el titiritero. Tiræsius tembló

al decir:

—¿Tú... puedes... verla?

—No sólo puedo verla —dijo Melquíades, aferrándose a la última esperanza—. Puedo oírla. Hay algo detrás de la puerta. Algo que quiere salir.

Un murmullo atemorizado les recorrió. Se apartaron de ellos como si se hubieran vuelto venenosos. Volvieron a sus mecedoras, y de repente volvieron a ser lo que eran, niños sin madre, abandonados y al borde de la inanición.

—Si puedes verla —dijo Tiræsius—, ábrela.

—Ábrela —repitieron los demás.

—No lo hagas, Melquíades. —Aisaan negó casi al mismo tiempo—. Es lo que quieren. No la abras.

—No pienso abrirla —dijo Melquíades, pero todo su ser demostraba que mentía. Temblaba de ansias. Veía el extraño pomo marrón, vibrando, casi suplicándole que cerrara sus dedos sobre él. Quería abrir esa puerta más que nada en el mundo. Más que...

—Tienes que abrirla —dijo Tiræsius—. Para eso estás aquí. Nuestra madre te espera. Tú vas a encontrar la siguiente llave.

Melquíades se estremeció. La Nocheoscura. Si lo que decía el chico era verdad, si no era simplemente un huérfano ciego y alucinado, en esa misma sala había muerto un hombre oscuro, uno de sus hermanos. Lo que había detrás de aquella puerta, al menos en parte, era aquello a lo que su gente rezaba al alba, cuando el sol salía y ellos se ocultaban en sus grutas.

—No lo hagas, Melquíades —repitió Aisaan. Su mano se cerró sobre el hombro del titiritero.

Melquíades cerró los ojos.

—No voy a abrir esa puerta —dijo—. Todavía.

—¿Qué? —exclamó Tiræsius.

—No te voy a mentir, Tiræsius. Quiero abrirla. Quiero averiguar cuánto de verdad hay en tus palabras. Pero no lo haré hasta detener la Plaga. Si nos permitís marchar, te juro que abriré esa puerta cuando haya terminado la enfermedad de la ciudad de la luz.

—¿Y qué te importa a ti la ciudad de la luz y sus hombres? —Tiræsius no comprendía—. Tú ves la puerta. Estás hecho de noche. Los hijos de la luz nunca encontrarán la paz. Ellos saben más de muerte que nuestra madre. ¿Acaso merecen salvarse?

Melquíades quedó pensativo unos instantes. La mano de Aisaan seguía sobre su hombro.

—Ni uno solo —dijo—. Pero no lo hago por ellos.

—Entonces, ¿por quién lo haces?

La mano sobre su hombro.

—¿Por qué no matarle? —sugirió la niña del pelo blanco. El nictomante sonrió.

—Deberíais recordar vuestra propia leyenda. Si me matáis, me negaré a contarle mi historia a vuestra madre. Tendrá que seguir esperando a que aparezca otro como yo. ¿Quién sabe cuánto pasará? Quizá paséis a formar parte de otra leyenda que un hombre oscuro oirá dentro de muchos, muchos años. No sé lo que vuestra madre os hará cuando sepa que habéis acabado con otra oportunidad de encontrar las llaves de su reino.

—Basta —zanjó Tiræsius—. Si realmente quieres acabar con la Plaga, que así sea. Os ayudaremos a hacerlo.

Se oyó el suspiro aliviado del suplicante.

—Necesitaréis ayuda —dijo el chico—. No la habéis conseguido entre las que han negado el amor, ni entre sus abandonados. Buscadla ahora entre los que restan.

—¿Quiénes son? —preguntó la elfa.

—Aquellos a los que el amor ha rechazado.

Dicho esto, el niño sopló la vela entre sus manos. La oscuridad se adueñó del mundo, y se llevó sus palabras, sus voces, sus conciencias.

SIETE

UNA GOTA DE SANGRE

Si nos dejan
nos vamos a querer toda la vida.
Si nos dejan
nos vamos a vivir a un mundo nuevo.
José Alfredo Jiménez, *Si nos dejan*

1

Una corriente de aire salida de ninguna parte hace titilar la llama de la vela.

—¡Qué no se apague! —exclama Gabriel. Se lanza sobre la mesa, sobresaltando a los demás, y rodea la vela con sus manos. La llama casi extinta se estabiliza.

Todos le miran.

—Lo siento... necesito ir al baño.

Si la casa de Carla es una reliquia de días pretéritos, el baño es el precursor de esos días. Las losas están cubiertas de una capa de vaho, los alientos acumulados durante años de todas las palabras masculladas en el vapor de la ducha. La cenefa ha perdido el lustre, dejó de ser elegante en una época en la que el prestigio de una familia aún se medía por lo cargado de la decoración de su baño. Manchas imborrables con estatus de cónsul coronan un espejo ovalado, un lavabo falangista, un bidé que no conocía el mando a distancia cuando se instaló.

Alguna vez, Gabriel y Carla compartieron en este baño un sexo aventurero y juguetón. Eran los días en que la abuela aún podía salir a la calle, en los que Gabriel aún podía quedarse dormido cinco minutos después de acostarse.

Ahora se mira en el espejo. Dibuja con un dedo seco y agrietado el contorno de su cara en la superficie llena de salpicaduras y rayones.

—¿Qué esperabas que te dijera? —se recrimina—. Eres idiota. No podías hacer otra cosa más que decirle la verdad. Ahora está todo jodido.

No, no lo está.

—¿Qué? —se gira bruscamente. Nadie. Con un pavor de pesadilla vuelve la vista

hacia el espejo, hacia la imagen que refleja. Se le eriza el vello. Sabe que si no se agarra al lavabo se derrumbará ahí mismo. Y no quiere que los demás oigan el ruido, que entren y vean lo que muestra el cristal.

2

Nadie habla. Carla no sabe qué decir, ni si se debe decir algo, ni si lo que se dirá será remotamente parecido a lo correcto.

Da las gracias en silencio cuando Guille dice:

—No puedo creer esto, Gus.

—¿El qué?

—Tú estabas allí tanto como yo. Había algo en el descansillo. Un animal, algo. Se te echó encima.

Los ojos de Carla se desorbitan cuando Gus se inclina y susurra:

—Claro que había algo, gilipollas. Lo que había era una de esas criaturas del palacio de las putas.

La boca de Guille se descuelga como la de un muerto.

—Pero no te he mentado, en cuanto di con la cabeza al interruptor de la luz, desapareció. Como si nunca hubiera estado allí.

—¿De qué coño estás hablando, Gus?

—¿Y por qué no has dicho nada antes?

—Escuchad los dos, por favor. Aquí está pasado algo rarísimo. Llevamos toda la noche sintiendo algo. Ha ido creciendo a medida que se desarrollaba la partida.

—¿Tú también lo has sentido?

—¿Sentido? Joder, te digo que no te miento, casi me cago en los pantalones. En la entrada del edificio había uno de esos monstruos. Los celos.

—No nos irás a decir que lo que estamos jugando se está haciendo realidad.

—Mira, soy el primero que haría un chiste con esa frase que acabas de pronunciar. Pero desde que una sombra ha intentado comerme en el portal de tu casa, he cambiado de opinión.

—Estáis locos los dos. —Carla se mordisquea el pulgar—. Está bien, si no queremos que nuestras fantasías sigan haciéndose realidad, ¿por qué no dejamos de jugar? Has sido tú quien ha dicho que querías continuar.

—Ya lo sé. —Sus susurros se hacen más bajos—. Es por Gabriel.

—¿Qué pasa con Gabriel? —Carla arruga el entrecejo.

—Tiene algo que ver con lo que está pasando. —Guille chasquea los dedos.

—¡Shh! —le recrimina Gus—. Sí, tiene algo que ver, estoy seguro. No sé qué, ni cómo lo está haciendo. A lo mejor ha aprendido a hipnotizar en estos seis meses desde que te dejó tirada. —Ve la expresión de Carla—. Lo siento. Quería decir...

—Lo que has dicho. No pasa nada.

—Bueno, sea como sea, está rarísimo desde que llegó. Ha hecho algo, no sé qué, para que creamos que esto está sucediendo de verdad. Nos estamos creyendo la partida a través de sus descripciones.

—Siempre es mejor eso que pensar en la alternativa —dice Guille.

—Que es... —invita Carla.

—Justo lo contrario de lo que has dicho. El mundo fantástico no está entrando en la realidad. Somos nosotros los que estamos entrando en el mundo fantástico.

3

—¿Cómo es posible?

Lo es.

—Pero, eres una invención mía.

¿Está seguro de eso?

—¿De quién, si no?

No es una invención de nadie. Es, simplemente.

—¿Y qué quieres?

Ese, por el momento, es su secreto.

—¿Tu secreto?

Su Secreto. Tiene que escuchar. Sabe lo que Gabriel quiere, y puede conseguirlo. No es muy diferente de su propio objetivo. Pero hay un obstáculo en medio. Un pajarito le ha dicho cuál es.

—¿Cuál?

Se lo dice.

—¿Cómo es posible? —repite, entre aturdido e incrédulo.

¿Acaso importa el cómo de todo lo que ha pasado esta noche?

—No, es cierto. No importa.

Lo que importa es el final. Lo que Gabriel pretende conseguir con todo esto.

—Exacto.

Pues, para conseguirlo, hay que eliminar todos los obstáculos.

—Todos los obstáculos —repite Gabriel—. Todos los obstáculos.

Es estupendo estar de acuerdo.

4

Sale al pasillo y le rodean las súplicas ondulantes de los falsos fantasmas. Hay alguna corriente de aire, pero ahora no se detiene a localizarla. Está pensando en obstáculos. Está pensando en objetivos. Está pensando en el final.

Pasa una mano furtiva por la pared mientras avanza hacia la puerta. No cruza por su mente ni por un instante lo que pensará Carla, lo que diría si le viera, si supiera lo que tiene que hacer. Ha dejado de pensar en Carla como en una persona. Desde hace mucho tiempo, desde antes incluso de tener la genial idea de alejarse de ella para curarse esa obsesión mal llamada amor, Carla es para él nada más que una idea, un ídolo al que sacrificar sus horas, una excusa para sus fracasos y un motivo de escasas celebraciones autoimpuestas. Por eso sólo se ve a sí mismo consolándola durante el funeral, en el entierro, en las amargas horas posteriores. No se le ocurre que Carla pueda disgustarse con él si mata a su abuela.

Sus dedos acarician la madera áspera, lijada. No llama, sino que empuja la puerta, que se abre sin el conveniente quejido que acompaña a los dinteles que uno preferiría no cruzar, como si las mismas bisagras nos anunciaran nuestro error. La corriente se intensifica, uno de los fantasmas estira un brazo de aire hacia él. Gabriel apenas siente su contacto.

Entra.

La luz está apagada. Su mirada se pasea por la penumbra de piedra. Distingue las aristas de los muebles, la lámpara inauditamente antigua, la ausencia rectangular de los cuadros errantes, la sombra jorobada de la mecedora.

Está vacía.

En el asiento, donde debería estar el cuerpo de la mujer, hay una calavera.

Gabriel la levanta. La sostiene frente a su rostro. Abre la boca, buceando en su mente en busca de algo que preguntar.

—¿Necesitas que te sople? —dice alguien a su espalda.

Gabriel se gira, sobresaltado. Hay una figura montañosa, inabarcable, que

proyecta una sombra líquida sobre él. Intenta retroceder. Sus pantorrillas tropiezan con la mecedora, que desgrana un quejido. La calavera cae al suelo. La figura suelta un bufido divertido, y enciende un cigarrillo. La brasa ilumina brevemente dos ojos puntiagudos.

—Deberías controlar esos nervios.

—¿Qué haces tú aquí? —susurra él. De repente, la estructura de sus fantasías se resquebraja.

—Tengo más derecho que tú a estar aquí —dice él, avanzando un paso, obligándole a aplastarse contra la pared como un ratón acorralado. Una chupada al cigarrillo acentúa su sonrisa de guillotina—. Sólo quería decirte que lo estás haciendo bien. Por ahora.

Gabriel se percata de que aún sostiene el tarro bajo un brazo. Entonces pronuncia dos palabras que creía haber dejado atrás esa noche:

—Por favor —dice—. No sé qué quieres de mí, pero no le hagas daño a Carla.

Un relámpago en forma de mano se cierra sobre su mandíbula. Aprieta. El dolor se extiende hasta la base de su espalda. Del ojo izquierdo del hombre se escurre una única gota de sangre. Sus palabras son secas como huesos en el desierto.

—No cometas... el error... de hacer daño... a Carla —dice—. Me harás el favor de asegurarte de que no le pase nada, ¿entendido?

Él no puede más que asentir. El aire rehúsa salir de sus pulmones. El gesto debe de ser suficiente, porque el hombre retira la mano y le da un leve cachete de mafioso.

—Lo estás haciendo bien —repite—. Sólo tienes que intentar no perder de vista las cosas importantes.

—¿Dónde está la abuela? —pregunta.

El hombre recoge la calavera del suelo y la deja sobre la mecedora, como si fuera un juguete y no la cabeza de una persona. Se pasa un dedo por la línea de sangre que corre por su mejilla y vuelve a sonreír.

—No creo que esté a tu alcance ahora mismo —dice, y le clava dos ojos de acero—. Vete.

—¿Y tú qué harás? —pregunta Gabriel, aunque se está dirigiendo a la puerta del cuarto sin haber siquiera ordenado a sus piernas que se muevan.

—Estaré por aquí —responde una voz sin cuerpo en la habitación vacía—. Hasta que llegue el momento.

Gabriel sale al pasillo. Respira hondo. Por primera vez en la noche, siente que están jugando con él, que ésta vuelve a no ser su historia. Sus manos temblorosas se convierten en puños. Sin embargo, no encuentra ninguna fuerza de voluntad que le obligue a darse la vuelta y mirar al interior del cuarto de la abuela.

Vuelve al salón, respirado lo más profundo que puede para contener la rabia animal, la frustración apaleada que se estremece en su pecho. No repara en el final

del pasillo, ni en el portón que se cierra lentamente.

5

—¿Y si os equivocáis? ¿Y si de verdad tú sólo has creído ver algo abajo?

—Pues nos disculpamos, decimos que somos idiotas y hasta otra. Perdona que sea tan brusco, pero ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué esté sin hablarte otros seis meses?

Carla desvía la mirada.

—No me importa lo que pueda pasarle.

—Bueno. —Gus carraspea—. Entonces, si no se os ocurre nada mejor...

—¿Nada mejor sobre qué?

Gabriel está en la puerta del salón. Parece enfadado. Mucho.

—Sobre qué vamos a hacer ahora en la partida —dice rápidamente Guille. Dios le bendiga, piensa Carla—. Estamos hartos de dar tumbos sin sacar nada en claro.

—¿Y qué habéis decidido?

—No te lo vamos a decir —dice Gus—. Para algo eres el enemigo, ¿no?

Las rendijas en las que se convierten los ojos de Gabriel le hacen arrepentirse en el acto de haber abierto la boca.

—¿Os he dado alguna vez motivos para que penséis que soy el malo?

—Sabes que no, Gabriel —intercede Carla—. Muy malos jugadores o muy novatos seríamos si a estas alturas todavía pensásemos que somos nosotros contra ti.

—Claro, tío, joder. Es sólo una broma. Al fin y al cabo, la historia la hacemos entre todos, ¿no?

Gabriel asiente.

—Sí —dice, mirando a Carla—. Es nuestra historia.

—Bueno, pues vamos a ver si llegamos todos vivos al final.

—No hagáis nada estúpido, y seguro que lo conseguís.

Gus hace girar un dado sobre la mesa.

—También hay que tener en cuenta la suerte.

Gabriel lo atrapa antes de que termine de girar.

—Pues a ver qué suerte os acompaña ahora —dice, y señala—. Aleatha, eres la última en recobrar la consciencia.

OCHO

TRES PREGUNTAS

De ahora en adelante,
los que vengan a jugar conmigo
no deben tener corazón.
Óscar Wilde, *El cumpleaños de la infanta*

1

Fue la última en recobrar la consciencia. Lo primero que sintió, antes incluso de abrir los ojos, fue su ausencia, el vacío inenarrable que Tasianara había dejado a su lado. Y una vez más se agrandó la grieta en su interior, la sospecha de que la angustia no desaparecería.

Aisaan le sacudía el hombro débilmente. Ella le apartó de un manotazo. El efímero le dijo algo que en un principio no entendió, maldito fuera su acento sureño. Sólo le vio gesticular con energía hacia el cielo despejado.

Despejado.

Terminó de apartar a Aisaan. Se irguió. Las nubes habían desaparecido. Una mortaja de nieve cubría la ciudad. El Padre se enseñoreaba en las alturas. Sus hermanos rodeaban su argéntea majestad. Pero el alivio que esperaba que lloviera sobre ella ante esa visión se desvaneció al instante. Entonces comprendió lo que Aisaan había dicho. Deseó seguir sin comprender. El frío cruel de las entrañas de los ahogados se instaló en su pecho. Una bola de congoja pura bloqueó su garganta.

La estrella de Tasianara se había vuelto roja.

Apartó la vista.

—Así que es eso lo que le pasa a un elfo cuando se contagia de la Plaga — comentó Melquíades.

—Melquíades, por favor —le reprendió el suplicante—. Aleatha, ¿oyes ahora la voz de tu Padre? ¿Podrías localizar a Tasianara?

Ella negó, insegura. El vacío que sentía era inabarcable, atemporal. Aun así, lo

volvió a intentar. Cerró los ojos, dejó que lo que había en su interior se elevase, se fundiese con el dulce tacto del frío estelar. Abrazó la negrura del cielo nocturno. Estaba ahí. La sensación de paz, de completitud, estaba a su alcance. Casi podía rozarla. Pero se le escapaba.

—Está cerca —dijo—. Está cerca de nosotros. Pero no puedo localizarla.

—Ya sé dónde estamos —interrumpió Melquíades—. Venid.

Los niños oscuros les habían hecho aparecer al pie de otra de las construcciones de Otrosdías. Aquella era una enorme fortaleza rectangular de exageradas proporciones. El cristal, el hierro y el mármol azul se abrazaban en sus altos muros en un baile íntimo. El lateral donde se encontraban estaba resguardado por los edificios que lo circundaban. No había nadie que tuviera la oportunidad de verles.

Melquíades les indicó la esquina que daba a la parte delantera. Unos jardines descuidados de árboles retorcidos separaban la verja principal y el río. A la luz de la luna, podía verse todo el caudal embravecido. Ahora comprendía qué era aquel tinte carmesí del agua. Pero no había rastro de los corazones que Melquíades había contemplado en la visión de la calavera.

—Apuesto vuestras vidas. —El titiritero señaló hacia el este—, a que es allí donde acaban los corazones mandresslinos.

A menos de un horizonte de distancia, el Selene chocaba con la isla de las lanzas, situada en mitad del río. Sobre ella se levantaba la Catedral del Amor. Detrás de los rosetones refulgía una fosforescencia escarlata, malsana. Las dos torres principales, antes engalanadas con rosas y lirios, estaban vacías, abandonadas a un lúgubre olvido. Y el Padre, magnífico, enorme en el cielo, brillaba sobre todo ello como si le complaciese y lo bendijese con su luz.

Aleatha apretó los labios, observando el edificio, maldiciendo a los niños por traerles hasta allí. Le quemaba el desasosiego de la ausencia de Tasianara. Y ahora, volvía a estar delante del lugar donde su vida se truncó.

2

—Mis hermanas —se lamentó la estatua, tras ellos—. Esto es lo que la carne ha hecho con Mandressla.

Vieron a lo que se refería. No muy lejos, desde el otro lado del río, se vislumbraba la parte delantera del palacio de las Herejes. La elfa fue incapaz de encontrar un ápice

de compasión por ella. Sus hermanas, como las llamaba, les habrían matado de no ser por la llegada de los enamorados. No dudaba que quedasen muchas aún con vida en el inmenso palacio, pero esperaba no volver a cruzarse con ellas.

—Es extraño —comentó Melquíades, masajeándose la frente.

—¿El qué? —quiso saber Aisaan.

—La luna está en su cénit —señaló—. Sin embargo, anocheció hace horas. Debería estar a punto de amanecer.

—No sé cuánto tiempo hemos pasado deambulando por las calles —dijo el suplicante—. Siempre ha estado nublado. No hemos podido apreciar la posición de la luna.

—Sea como sea, ¿por qué nos han traído aquí esos cachorros energúmenos?

—Se suponía que alguien tenía que ayudarnos a eliminar la Plaga. —De la espeluznante escultura surgía la voz de su cabeza ausente—, aquellos a los que el amor no ha tocado.

—Aquellos a los que el amor ha rechazado —corrigió Melquíades.

—Aquí no hay nadie. —Aisaan puso de manifiesto lo obvio—. Si realmente el amor ha rechazado a alguien, y ese alguien puede ayudarnos, ¿dónde puede estar?

Se giraron al unísono. A su espalda, la fortaleza les devolvió la mirada desde los ojos ciegos de sus torres, como un animal gigantesco, perezoso pero suspicaz ante las maquinaciones de cuatro alimañas.

—¿Quieres apostar? —dijo Melquíades.

Aleatha temblaba bajo la sombra de la fortaleza. Se abrazaba a sí misma.

—No quiero entrar ahí.

—¿Por qué? ¿Qué sucede ahora?

—Malos recuerdos.

—Maldita sea, Aleatha —susurró Melquíades en tono duro—. ¿No te has dado cuenta de lo cerca que estamos de la Catedral? Podrían vernos en cualquier momento, ahora no es tiempo de niñerías.

—Melquíades, por favor —dijo Aisaan—. Habla, Aleatha. Te escuchamos.

—Yo... he estado antes aquí.

—¿Qué quieres decir?

—En este lugar bebí el agua. —Los tres quedaron sumidos en un silencio rasgado por el rumor del río—. En Mandressla. Hace mucho tiempo. Con un efímero.

Aisaan se cubrió la boca con una mano.

—¿Por eso nos desprecias tanto? —Melquíades torció el gesto—. ¿Acaso te traicionó?

—¡Melquíades!

—¿Por eso tienes mejor concepto del barro en tus botas que de nosotros? ¿Por eso no querías enfrentarte a la idea de que tu hermana amase a Tadeus? Contesta.

Mientras hablaba, avanzó hacia ella. El fuego de sus ojos ganó en intensidad, incluso cuando sus rostros estuvieron separados por escasos centímetros y la punta de una daga se apoyó en su nuez.

—Contesta —repitió el nictomante—. ¿Qué te hizo un único humano para que condenes a toda una raza?

—Dos cosas. —La mandíbula de la elfa se marcó—. Enseñarme un amor como ningún sunnai ha conocido.

La mano de Melquíades se cerró sobre la mano que empuñaba la daga.

—¿Y la segunda?

—Morir.

Durante unos interminables segundos, Aisaan creyó que le atravesaría el cuello. Luego, el nictomante se apartó de ella. Aisaan dejó escapar el aire que había retenido en el pecho.

—Lo siento mucho, Aleatha... —farfulló.

—No —interrumpió ella—. No lo sientes. No lo sientes en absoluto. Sólo te preocupa salir de aquí con vida. Los efímeros sois así. Incluso los que no lo sois, los que os entregáis en cuerpo y alma. Al final termináis abandonando.

Guardó la daga con un gesto brusco.

—Amáis tan intensamente como brillan nuestras estrellas. Odiáis con la misma intensidad. Cometéis asesinatos, traiciones, sacrificios. Hacéis juramentos que después rompéis. Dais a luz con sangre y dolor. Todo en vosotros parece hermoso, pero no sois nada comparados con la eternidad. Prometéis amor imperecedero, pero se extingue al pasar menos de uno de vuestros absurdos siglos. Y dejadme que os lo diga, después no hay nada. El amor se extingue con la muerte. Sólo queda el dolor.

—¿Por qué nos dices eso, Aleatha?

—Quiero que conozcáis mi Secreto. Que entendáis por qué mi Padre no me responde.

Miró hacia la luna llena, con una mezcla de sentimientos encontrados que hablaban de una pena oceánica.

—Prometí no volver a vuestro mundo. Permanecer siempre en Arvesg Sunnai y olvidar la herida que me habíais hecho. Sólo conseguí decenios de soledad, de recuerdo amargo, amargo. Cuando mi hermana quiso seguir mis pasos y convertirse en estrellaerrante, me opuse con todas mis fuerzas. Ella intentó convencerme de que la acompañase en su viaje por el mundo de los efímeros. Yo me negué; quise explicarle que terminaría sufriendo. Pero fue inútil. Tasianara se fue, y yo me quedé en la Cuna de los Elfos. Sentí que mi luz palidecía cuando me convocó en Mandressla, hace semanas. Sospeché de inmediato lo que sucedía cuando la vi con Tadeus. Pero no quiso decirme nada. Mi propia hermana. Si lo hubiera sabido, si hubiera confiado en mí, habría podido contarle lo que le esperaba, el final que

inevitablemente tendría el amor de un efímero.

Puso los brazos en jarras, como si esperase con orgullo su veredicto.

—Por eso mi magia no funciona. Volviendo al mundo de los hombres he faltado a mi promesa. Pero dejando sola a mi hermana he decepcionado a mi Padre. Soy una desgracia por filo doble.

—Una estúpida, es lo que eres —dijo Melquíades.

—¿Cómo? —los djals se retorcieron como serpientes marinas.

—Estúpida —repitió—. Estúpida, estúpida, estúpida. Habrías negado a tu hermana el mismo amor en el que tú te dejaste consumir sin dudarlo.

—¡Quería protegerla del sufrimiento!

—¡El sufrimiento es lo mejor que tenemos los humanos! Sufrimos porque nos acercamos, porque nos arriesgamos, porque nos tocamos. Vuestro problema no es la eternidad; es que no sabéis qué hacer con ella. Por eso las estrellas no se tocan, estáis tan contentos mirándoos el ombligo que no os molestáis en tocar a quien brilla a vuestro lado. Tú has tenido la oportunidad de amar, y te han correspondido. ¿Sabes la suerte que has tenido? ¿Eres consciente de lo que ibas a negarle a Tasianara? ¿Sabes cuánto —se agarró el pecho—... cuánto te envidiamos los que nunca hemos podido?

Melquíades se abalanzó sobre la elfa, fuera de sí. No la cogió desprevenida, pero no hizo falta. Aisaan bloqueó al nictomante, y se encontró con sus ojos. Se le encogió el estómago.

—¡La Plaga! —gritó—. ¡Ayúdame, Aleatha!

Melquíades bramaba. Los eccemas y las pústulas habían crecido por su torso. Empezaban a trepar por el cuello y a cubrir sus manos. Aisaan forcejeó con él. Aleatha reaccionó y entre los dos lo redujeron al suelo. La estatua permanecía impávida.

—Puedo atravesarle el corazón, si así lo deseáis —dijo—. Mientras el coraz...

—¡No! —suplicó Aisaan—. No. Espera a que se calme.

Empezó a susurrar al oído del nictomante. Le acariciaba la sien sudorosa. Aleatha lo presenciaba todo, aturdida. Poco a poco, los gruñidos y los esputos fueron menguando. El fuego en los ojos se extinguió. Aisaan encontró de nuevo la mirada de Melquíades, y esbozó una sonrisa exhausta.

—¿Te encuentras mejor?

—No —dijo él, aferrándose al suplicante—. No me sueltes, por favor.

—No voy a hacerlo.

—Lo siento, Aleatha. No era yo quien hablaba. —Ella no respondió—. Soy un peligro para vosotros. No os puedo acompañar.

—No digas sandeces.

—Acabas de ver lo que ha pasado, Aisaan. —El titiritero apretó los labios. Temblaba—. Lo que ve uno, lo ven todos.

—No tiene por qué ser así. Tal vez puedas controlarte la próxima vez.

Melquíades miraba por encima del hombro del suplicante. A la sombra que proyectaba la fortaleza. Había miedo en su expresión. Aisaan siguió su mirada.

—¿Qué ves, Melquíades?

—Está ahí —señaló—. Es la misma puerta que vi en las catacumbas. La he estado viendo toda a noche. Nos está siguiendo. Es la primera puerta hacia... abajo.

Aisaan leyó sus intenciones en el aire.

—No lo hagas, por favor.

—Puede que sea mi única oportunidad de vivir. De que no me consuma la Plaga.

—¿A quién amas, Melquíades? —preguntó de pronto Aleatha, sobresaltándolos a los dos. Era la primera vez que le llamaba por su nombre.

—Eso no es de tu incumbencia —dijo con un hilo de voz.

—Ya veo —dijo ella, súbitamente reflexiva—. Si esa puerta te está siguiendo de verdad, permanece con nosotros mientras seas tú mismo. Cuando sientas que la Plaga te va a vencer, atraviésala.

—¿Después de lo que ha pasado me quieres a tu lado?

La elfa asintió.

—Nosotros... te necesitamos.

Melquíades se apoyó en Aisaan para levantarse y, acercándose a ella, extendió una mano hacia adelante. Ella hizo lo mismo, tocando su piel levemente, como si les separase una lámina de cristal.

—Me tendrás a tu lado mientras resista, Sombraestrella —pronunció la traducción humana de su nombre—. En honor al amor que viviste, y que te acercó a un mundo que yo nunca conoceré. Si he de morir por ti y tu Secreto, que así sea.

—Espero que tu Madre oscura sepa extinguir el amor que te consume, Mercalis —dijo ella, correspondiéndole con la traducción élfica del suyo.

Él le mostró una sonrisa descosida, oxidada. La agarró de un brazo.

—Yo espero que mi Madre no te guarde rencor por ponerme un puñal en el cuello. Estás a punto de hundirte en un pedazo de ella.

La elfa se aferró a él. Aisaan les vio hacerse uno con las sombras a su alrededor, como si se hubiesen hundido en arenas movedizas.

Ninguno de ellos reparó en Tasianara, que les observaba desde el otro lado del río.

3

La escultura fue la última en atravesar las sombras, agarrada como un niño al brazo de Melquíades. Ni siquiera su estado semivivo pudo protegerla de la desorientación que causaba la inquietante traslación de la oscuridad. Apoyó una mano descascarillada en la pared más cercana, pero la apartó al instante. Vio lo mismo que acababan de ver los demás. Como ellos, no encontró nada que decir.

Habían emergido de las sombras en un extremo de la fortaleza, al principio de una amplísima galería de techos abombados. En el centro mismo había una especie de estanque cuadrado. A su vez, en el centro del estanque crecía un árbol monstruoso, deshojado y retorcido. Su copa se perdía en la oscuridad del techo. El tronco ocupaba casi toda la anchura del recinto. Raíces anilladas como tentáculos se hundían en el agua de la laguna artificial. Pero lo más impresionante era el tronco. Estaba compuesto por cuerpos humanos hechos de madera, entrelazados, anudados unos a otros hasta componer la superficie entera del árbol. Desde donde estaban podían advertir las expresiones de dolor, los gritos mudos, las súplicas congeladas en las caras, la agonía de las extremidades retorcidas, mutiladas, desgarradas. Aquel árbol era un monumento al dolor.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Aisaan.

Aves luminarias, que anidaban entre las vigas del techo, revolotearon sobre sus cabezas. Una cascada cromática se derramó de sus alas, salpicando la escena con tintes oníricos. Al igual que la guarida del Relojero, el lugar estaba completamente hueco. Eso acentuaba la impresión de majestad, las titánicas proporciones de las columnas y de la bóveda principal. Era un cilindro tumbado, tan alto que en su interior podrían haberse desarrollado batallas navales. Todo el interior resplandecía con una leve tonalidad azul, tan fantasmagórica e irreal como las lágrimas de un sunnai. La luminiscencia provenía de un sinfín de pequeños frascos color añil, que cubrían las paredes en estanterías que abarcaban desde el suelo hasta aquellas alturas desconocidas. Cada uno brillaba como si contuviera una lasca de estrella flotando en su interior. Su fulgor llenaba la sala con la atmósfera austral de los antiguos barcos que navegaron hasta la luna en las leyendas de los hombres. Los laterales de la galería estaban salpicados por hileras de habitaciones de techos bajos, que contenían más frascos. Debía de haber millones.

—Es monstruoso —dijo la estatua—. Sólo la carne podía hacer algo así.

—No me refiero a eso —dijo Aisaan, señalando—. Mirad allí.

En el otro extremo, unas escaleras ascendían desde la galería a las dobles puertas de entrada. Sobre ellas había una terraza desde la que se dominaba todo el interior. En medio de la terraza, observando el silencio azul como un ídolo de madera y oro heredero de civilizaciones extraviadas, colgaba un reloj dorado, grande como las

puertas de una catedral. Todas las miradas convergieron en el suplicante.

—Ahora podrás cumplir tu promesa —comentó Melquíades en voz baja, respetuosa.

—Mi promesa es lo último que me importa ahora —confesó Aisaan, y se mordió el labio inferior—. No debería haber dicho eso. Pero me preocupa qué amenaza puede estar esperándonos aquí.

—Los niños dijeron que encontraríamos a alguien que nos ayudaría —dijo el nictomante, paseando por la sala con aire casual—. Tarde o temprano aparecerá.

Se acercó al árbol. Tras titubear un instante, se desprendió de las polainas e introdujo un pie en el estanque. Diminutas agujas de frío se clavaron en su piel. Observó las figuras con cautela. Ya no parecían hombres ni mujeres. Sólo cuerpos enredados. Se arqueaban como animales, alargando los brazos encrespados en una tortuosa súplica hacia una salvación que nunca llegaría. Melquíades examinó más de cerca la corteza. Toda su superficie estaba cubierta de mensajes de amor, escarbados a cuchillo en la piel de aquellos desdichados. Nombres y más nombres de enamorados se sucedían en trágicos estratos. Sintió un escalofrío.

Aleatha se acercó a inspeccionar los frascos. Eran pequeños viales semejantes a botes de perfume. Estaban cubiertos de polvo. Despedían un olor dulzón, no del todo desagradable. Escogió uno al azar. Tenía un nombre de efímero escrito en una pequeña etiqueta, con letra curva y apretada. Lo destapó. Estaba a punto de acercárselo a la nariz cuando oyó la voz de Melquíades.

—Venid a ver esto.

En la parte frontal del árbol, abriéndose paso entre la maraña de cuerpos rotos, emergía una cabeza humana, grande como la de un toro. Parecía querer escapar del tronco. Su semblante también estaba contraído en una mueca de dolor. Justo debajo de ella había una oquedad en la madera, del tamaño de la puerta de una caldera. Más cuerpos retorcidos formaban el contorno. Mirarlos hacía que el estómago se encogiera.

—Me pregunto quién la habrá esculpido —dijo el titiritero.

Adelantó la cabeza para asomarse a la oscuridad del interior.

La cabeza gimió.

Melquíades dio un grito. Trastabilló y cayó al agua. La escultura se puso en guardia. El resplandor de los frascos se intensificó. Las dagas volaron de sus fundas. Aleatha las apretó buscando en ellas el consuelo que le negaba el cielo nocturno. Al principio se oyó un rumor de viento desde las profundidades del árbol, pero pronto creció y creció hasta hacerse claro lo que eran: voces.

El árbol estaba gritando.

No era el árbol en sí. Eran las figuras que lo cubrían. Se agitaban y se removían sobre el tronco, en el tronco, como gusanos devorando una hoja de morera. Lanzaban

los alaridos más estremecedores, lloraban, gemían, jadeaban, aullaban. La fortaleza entera parecía a punto de derrumbarse ante aquel miserere endemoniado.

Las puertas principales se abrieron, sobresaltándoles. Un cuchillo en forma de aire entró por ellas, precedido de una cegadora luz blanca. En su centro se perfiló una silueta.

—¿Qué está pasando? —exclamó el suplicante por encima del coro de lamentos, mientras ayudaba a un empapado Melquíades a salir renqueando del agua.

En cuanto la silueta hubo traspasado el dintel, las puertas se cerraron con un retumbar de bombardas. El infernal ruido de los cuerpos en el árbol también disminuyó, hasta convertirse en una especie de cántico hecho de plañidos. Seguían retorciéndose, pero ninguno lograba siquiera separarse de la corteza que formaba parte de su piel.

—Preparaos —dijo Aleatha. La imagen de Sir Tadeus pasó fugazmente por su mente.

El hombre que había entrado se acercó al árbol despacio, cojeando y deteniéndose como si le costase caminar. Su respiración resonaba en la enorme estancia. A medida que avanzaba, pudieron apreciarle mejor. Estaba empapado, dejaba un rastro goteante al caminar. Tenía el pelo corto ensortijado y tez pálida, casi malsana. Tiritaba. No se había percatado de su presencia. Contemplaba el árbol con una intensísima expresión de horror mezclada con turbio reconocimiento. A cada paso que daba, se desprendía de una pieza de ropa, que caía al suelo con un sonoro chapoteo. Ya desnudo, se detuvo dentro del estanque, delante de la monstruosa efigie. Los hombres de corteza callaron, incontables respiraciones contenidas en una sola.

El hombre abrazó al árbol. Abarcó con sus delgados brazos todo lo que podía, y apretó su cuerpo de náufrago contra el tronco. Una mano de madera se aferró a la suya. Un brazo se enredó como una serpiente a su alrededor. Unos dedos se cerraron sobre su nuca y le apretaron la cara contra el tronco. El desconocido empezó a gimotear. Todos los demás se unieron a su descorazonador lamento. Una capa de musgo brotó alrededor de su cuerpo, cubriéndole, allí donde se había unido al árbol, y fue cuando supieron que las demás figuras no eran tallas.

—No podemos permitir esto —dijo Aisaan—. Saquémosle de ahí.

—Eso no sería nada inteligente —resonó el eco de una voz.

Se giraron al unísono, esperando encontrar un nuevo horror. En lugar de un horror había un anciano delgaducho, medio calvo y con la piel del color de la tristeza. Su levita negra le daba aires de enterrador aristocrático, pero su postura encorvada le relegaba al mundo de la masedumbre. Estaba plantado junto a ellos como si no hubiese otro lugar adonde ir, como si toda su vida hubiese estado destinada a llegar a esa baldosa y posarse sobre ella a esperar la muerte.

—¿Quién eres? —preguntó Aisaan—. Nos dijeron que aquí podríamos encontrar ayuda, pero si permites que un hombre muera de esa manera, hemos vuelto a errar nuestro camino.

—En primer lugar. —La ceniza y el polvo hablaban desde las profundidades secas de su garganta—, no puedo responder a vuestra pregunta, pues no soy nadie. Al menos, nadie que merezca la pena conocer.

—¿Y en segundo? —preguntó Melquíades con cautela, los hilos de sombra en sus manos preparados para estrangular.

—En segundo, no tenéis que preocuparos por la vida de este hombre. —Se acercó a las ropas tiradas en el suelo y las levantó con parsimonia—. Ya estaba muerto.

Dio la vuelta a la chaqueta empapada. De los bolsillos cayeron numerosas piedras de aspecto pesado. Por la cabeza de Aisaan pasó la imagen del río, taimado y anhelante.

—No puede ser —balbució—. ¿Nos estás diciendo que ese hombre es...?

—Un suicida, sí —completó él—. Ha venido a beber el agua consigo mismo.

Aisaan se dio un sonoro golpe en la frente.

—Por el monte de las ánimas, ya sé qué es este sitio. —Miró a Aleatha, que asentía—. Lo conozco. Este lugar no debería ser así.

—Era diferente antes —dijo la elfa.

—¿Dónde estamos, Aisaan? —quiso saber Melquíades.

Fue la elfa quien le respondió:

—Éste es, o era, un lugar de celebración. Aquí es donde bebí el agua con mi... —Respiró hondo—. Aquí es donde Tasianara iba a beber el agua con Tadeus.

El suplicante se acercó a los frascos de la pared, demudado por la fascinación.

—Mandressla no es la Ciudad del Amor por casualidad —dijo—. Cuando Sylandarix soñó con ella, la eligió para que atesorase la esencia del amor verdadero. La Dragona soñó con un lugar escondido en la ciudad, dice la leyenda; y en ese lugar soñó un manantial. De allí manó el amor de los hombres, que se desbordó y llenó las cañadas y los ríos y los ojos de los soñadores. Y para que la fuente no se extinga, en ella se vierten las lágrimas de los que han muerto por amor. Aquellos a los que el amor rechazó vienen a llorar su amor soñado, y llenan así el sueño de Sylandarix. Los que quieren celebrar su amor ante la Dragona y ante el mundo vienen a beber su agua, a grabar su nombre en honor de los que no pudieron gozar del amor terrenal.

»Y hay una raza secreta... —Se volvió hacia el hombre—, encargada de custodiar las lágrimas de la fuente, de protegerlas y cuidarlas. Estos hombres sin nombre recogen las lágrimas y las embotellan. Un frasco por cada amante. Cuenta la leyenda que, cuando un amor muere, estos hombres salen al mundo vestidos de lluvia. Se acercan de noche a la cama de quien sufre, y vierten un poco de amor líquido en su almohada. A la mañana siguiente, el durmiente se despierta y recuerda que el amor que le hace sufrir también fue dulce una vez. Entonces lo sabe.

—¿Qué sabe? —preguntó Melquíades, fascinado.

—Que puede volver a amar.

El suplicante calló. Los frascos a su espalda le cubrían con su resplandor oceánico.

Las miradas oscilaron entre el árbol y el hombre del traje gris. Éste se encogió de hombros.

—Todas las leyendas tienen algo de verdad.

—Entonces, ¿esta monstruosidad hecha con suicidas es la fuente de la que brota el amor del mundo? —exclamó Melquíades—. No puede ser cierto.

—Ya no lo es. —El hombre bajó la vista—. Todo se ha torcido.

Sus pasos de entierro reverberaron al acercarse al estanque.

—Pero los suicidas, fantasmas o lo que sean, siguen viniendo —dijo Melquíades—. ¿Cómo funciona?

—No *funciona* —corrigió él, molesto—. No es una polea ni una catapulta. Sufre. Sufre mucho. No debería ser así. No era así antes.

—¿Antes de qué? —dijo Aisaan, creyendo saber de antemano la respuesta.

El hombre acarició el rostro gigantesco como si de un amigo íntimo se tratase.

—Antes, mis hermanos y yo Le cuidábamos. Le regábamos y podábamos con esmero. Le tratábamos como el rey que es. Cuando llegaba un alma nueva buscando consuelo, la recibíamos como amigos, la llevábamos hasta Él. Cuando sentíamos que un corazón se rompía, susurrábamos su nombre a Su oído. Las lágrimas brotaban como pepitas de luna, resbalaban por sus mejillas, pero no era un mal llanto. Él lloraba para que otros no tuvieran que llorar. Nos envolvíamos en nuestras capas negras y salíamos al mundo, a recomponer los corazones en pedazos, a dejar caer gotas de esperanza sobre ellos. Guardábamos las lágrimas en los frascos, las atesorábamos, esperando que el corazón que las había creado no se volviese a romper.

»Entonces el Amor enfermó. Lo vimos, todos. Pasó como un tornado enloquecido, aullando sobre nosotros, abriendo una cicatriz roja en el cielo de Mandressla. Arrancó las hojas, las volvió mustias y las quebró. Mis hermanos chillaban. Yo chillaba. Intentamos salvarlas. Salvarle. Pero no pudimos. Fallamos. Nos tragó el vendaval. —Suspiró, abatido—. Cuando desperté, sólo quedaba yo. Los demás se habían unido a Él. Y lloraban. Cómo lloraban.

—¿Por qué ellos sí y tú no? —preguntó Melquíades.

—Debió de creer que era indigno de protegerle —suspiró—. Cuando era joven, viví durante muchos años fuera de estos muros. Nunca me perdonaron que les abandonase.

—¿Por qué te fuiste, pues? —quiso saber Aisaan.

—Casi no recuerdo nada de aquella época. Había algo que tenía que hacerse. Y fui yo quien decidió hacerlo.

Melquíades estaba más interesado en el árbol que en la historia del anciano.

—¿Aún siguen llorando? —preguntó.

—Pero ya no como deberían. Las lágrimas ya no albergan amor, sino desamor.

Aleatha recapacitó sobre sus palabras.

—¿Podríamos susurrar un nombre a su oído? —preguntó Aisaan de repente.

—¿Quieres susurrar tu nombre?

—No, el mío no. Otro.

—No. Un frasco por una vida. Un frasco por un amor. El amor de otros no debe compartirse.

—¿Y el desamor tampoco? —apuntó Melquíades. El hombre no respondió.

—No creo que aquí encontremos ayuda para acabar con la Plaga —se lamentó el suplicante.

—Será mejor que nos vayamos —dijo la elfa.

—Esperad —se adelantó la estatua—. Olvidáis el resto de la leyenda.

Todos se giraron hacia ella.

—Yo también escuché esa historia cuando era carne —explicó—. La leyenda termina diciendo que, si alguien que sufre por amor se despierta y sorprende a uno de los guardianes de la fuente junto a su lecho, puede pedirle un deseo.

—Había olvidado esa parte de la historia —dijo Aisaan, volviéndose hacia él—. ¿Puedes hacerlo?

El hombre se rascó la barbilla, distraído.

—Os lo he dicho —respondió—. No todas las leyendas son ciertas por completo, ni por completo falsas.

—¿Y cuál es la parte cierta?

—Déjame empezar por la parte falsa: no podemos cumplir deseos. Y desde luego, no lo hacemos por alguien que simplemente tenga el sueño ligero. Pero sí podemos hacer una merced a quienes lo merecen.

—¿Cómo podemos demostrar que lo merecemos? —inquirió Melquíades.

—Cuando alguien despertaba mientras le visitábamos, le permitíamos hacernos tres preguntas. Si era capaz de adivinar nuestro nombre tras oír nuestras respuestas, se ganaba nuestro respeto y nuestra simpatía.

—Otra vez acertijos. —El suplicante se mordisqueaba una uña—... ¿no podrías

simplemente ayudarnos?

—No soy yo quien ha hecho las reglas —dijo el hombre.

—Está bien. Intentaremos adivinar tu nombre, si nos lo permites. —El anciano volvió a encogerse de hombros—. Ahí va la primera pregunta:

—Espera. —Aleatha se le adelantó—. Déjame preguntar.

—Pero... —empezó a protestar el suplicante.

—Hazle caso, Aisaan —dijo Melquíades.

Ella escrutó al anciano con la concentración de un tasador, de un contrabandista experto que sopesase un artículo valioso. Se internó en el estanque, sin apenas acusar el frío del agua. Se acercó al árbol. Sus djals estaban en tensión, se esforzaba en formular la pregunta correctamente.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó.

El hombre abrió los ojos, cogido por sorpresa. Torció el gesto, visiblemente incómodo.

—Sí —dijo, secamente.

Los dedos de la elfa trazaron formas al azar sobre los cuerpos anudados al tronco, por entre los mensajes de amor grabados en sus pieles de corteza.

—¿Cómo se llamaba?

—Penélope —fue de nuevo su estricta respuesta.

Ella asintió, rodeando distraídamente el tronco hasta donde se encontraba la cabeza del árbol.

—Entonces, sólo me queda una pregunta. —Clavó la mirada en el anciano—. ¿Cómo terminó?

Al principio, él no respondió. Las aletas de su nariz se distendieron y contrajeron; traicionó por vez primera una emoción palpable.

—Mal —terminó diciendo, mascando la palabra.

—Eso pensaba —dijo ella, con tono comprensivo. Acercó entonces la boca a la cabeza en el árbol, y susurró en su oído—: Penélope.

—¡No! —gritó el anciano, pero era demasiado tarde.

Las cejas de madera se crisparon, el rostro se convulsionó. Empezó a sollozar lenta, profundamente. Aleatha se sobresaltó. Era en verdad un llanto desgarrador. Sus labios de corteza dibujaron en silencio el nombre que había oído. Penélope. La emoción desoladora que transmitía fluyó hacia ellos. El mentón de Aleatha temblaba. El anciano cayó al suelo, de rodillas. Melquíades retrocedió, mordiéndose los nudillos. Aisaan hundió la cabeza entre las manos y empezó a sollozar. Sólo la estatua permaneció impertérrita, atenta a lo que sucedía.

Las lágrimas brotaron. Sin dejar de temblar, Aleatha atrapó una. Llevada por un impulso, inspiró su aroma. Por un momento quedó paralizada. Su visión se nubló. Desapareció el mundo ante ella. Sus pupilas se distendieron, y luego se esfumaron las

dudas, los temores, los pensamientos. Se vio a sí misma al pie de un templo desconocido, en una ciudad desconocida, ante un mar y un cielo desconocidos, envueltos en un viento de otoño. Una mujer entrelazaba sus dedos a los suyos. Pronunció palabras imposibles de discernir para ella, pero que le provocaron una emoción profunda y vertiginosa que le reblandeció las entrañas y se las sacudió como un terremoto. Entendió su lenguaje de sentimientos. Habían pasado mucho, mucho tiempo separados por una distancia insalvable. Y ahora volvían a encontrarse. Ambos sabían que no sería por mucho tiempo. Se acercó y, antes de hundirse en su beso, oyó su nombre de los labios de ella. Fue el sonido más dulce que pudo oír jamás.

Permaneció así unos segundos. Cuando volvió del viaje al que la lágrima le había enviado, ella también lloraba.

—Baltasar —dijo—. Tu nombre es Baltasar. Lo siento.

El hombre seguía sollozando, de rodillas en el suelo.

—He pasado años soñando con hacer lo que has hecho tú —dijo en un ronquido tembloroso—, y nunca me he atrevido. Esa lágrima no era para ti.

—Lo siento —repitió ella.

—Sentirlo no sirve de nada. —Se incorporó—. Te has ganado mi simpatía, supongo. Tienes derecho a un premio.

Se giró, la acritud rebosando por todo su ser. Tomó de las estanterías un frasquito, se lo tendió a Aleatha.

—Este es tu premio. El amor que una vez viviste está atrapado aquí dentro. —Lo destapó—. ¿Te gustaría que lo derramase, como tú has hecho con el mío?

Ella no reaccionó. Sólo sus djals se endurecieron.

—No —se limitó a decir.

Aisaan estuvo seguro de que Baltasar vaciaría el frasco delante de la elfa. Sin embargo, acabó por depositarlo en su mano.

—Que lo disfrutes.

Los demás guardaron un silencio incómodo.

Aisaan se vio obligado a quebrarlo con una tosecilla:

—Disculpa, Baltasar —dijo Aisaan—. Hay algo más que tenemos que pedirte.

Alzó la vista hacia el reloj.

La parte de atrás del reloj estaba abierta. Una infinidad de remaches, piezas y engranajes se movían con una cadencia exacta, un ritmo de corazón sano. Sin embargo, el diseño era un jeroglífico para ellos.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Aisaan.

—¿Nunca te cansas de preguntar eso? —replicó él—. Está defectuoso. Sigue marcando los segundos, pero se atasca en uno. Se estropeó hace tiempo.

—¿Hace cuánto? —preguntó Melquíades.

—No lo sé con seguridad. No ha vuelto a amanecer desde entonces.

Todos callaron. Algo empezaba a tomar forma en aquel laberinto disfrazado de ciudad.

—Por eso la luna sigue brillando en el cielo —dijo Aisaan.

—No puede ser una coincidencia —manifestó el titiritero—. Hay una relación entre los relojes y la Plaga.

—¿Entre qué relojes? —preguntó Baltasar.

Le explicaron brevemente lo que había sucedido en el palacio del Relojero.

—Si destruimos este reloj —concluyó Melquíades—, puede que algo pase.

—Pero ¿qué? —se exasperó el suplicante—. ¿Algo bueno? ¿Algo malo? ¿De qué manera ayudamos a Mandressla? ¿De qué manera la condenamos?

—Antes de pensar en eso —dijo Melquíades—, deberíamos detenernos a pensar qué pasará con ella.

Señalaba a la escultura. Ella se volvió en su dirección, inalterable.

—Lo que ha convertido a los amantes en lo que son es lo mismo que te ha hecho a ti de piedra —explicó el titiritero—. Si destruir este reloj afectase en algo a la Plaga, podría ser que te volvieses humana.

Durante largos segundos, realmente pareció que estaban junto a una figura inanimada, un desecho sin cabeza de civilizaciones perdidas. Con su ausencia total de rasgos y emociones, era imposible saber si estaba recapacitando sobre lo que acababa de decir Melquíades. Pero entonces se dirigió a Aleatha.

—Prometiste que encontrarías a mi hermana. ¿Cumplirás tu promesa?

La elfa asintió.

—Entonces, estoy lista.

—Ni siquiera sabemos tu nombre... —dijo Aisaan.

Antes de que pudiera concluir la frase, ella alzó la lanza de piedra. La hincó con saña entre los engranajes, rompiendo y doblando todas las piezas que encontró en su camino. El sobresalto les elevó un palmo del suelo. La escultura removi6 la lanza, hurgó con ella en las tripas de metal, hasta que no quedó tuerca o remache doblado o desenchajado. El tic tac del reloj murió con un chasquido de cobre roto.

Esperaron. La expectación era un ave prisionera aleteando frenética a su alrededor. Las respiraciones se acompasaron. Nada cambió. No hubo explosiones, ni

gritos, ni redenciones.

La estatua extrajo la lanza.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada en absoluto —dijo la elfa—. Esto ha sido una estupidez.

—Quizá el Relojero se equivocaba —aventuró Aisaan—. Quizá destruir el último reloj no sirve de nada.

—Quizá no sea el último reloj —sugirió Melquíades.

—Antinea —dijo entonces la mujer de piedra.

—¿Qué?

—Es mi nombre. Antinea. Casi lo había olvidado.

—Todos terminamos revelando nuestros Secretos —comentó Aleatha.

—Volvemos al desconcertante punto de partida —dijo Melquíades, visiblemente afectado—. No tenemos nada.

Un carraspeo llamó su atención.

—Quizá pueda hacer algo más para ayudaros —dijo Baltasar—. Aunque no lo merezcáis.

—¿Cómo qué? —quiso saber Melquíades.

Por primera vez, el pariente lejano de una sonrisa manchó aquel semblante ceniciento.

—Puedo ayudaros a salir de Mandressla.

6

—Otro detalle un poco borroso de nuestra leyenda: no nos vestimos de lluvia y salimos a las calles a llevar amor a los que duermen. En realidad... —Baltasar señaló hacia el árbol—, nos lleva Él.

Habían olvidado la oquedad bajo la cabeza del árbol. Descansaba ahí, oscura, enigmática y ecuánime como un sobre lacrado por uno de los antiguos papas.

—Este lugar —prosiguió Baltasar—, fue muchas cosas en Otrosdías. Entre otras, fue una encrucijada. Viajeros de todo el mundo pasaban por aquí a diario.

—¿Te refieres a peregrinos? —preguntó Aisaan.

—No exactamente. Me refiero a emprender un viaje, tanto físico como espiritual. Sobre este suelo se cruzaron durante Otrosdías muchas historias de tránsito, despedidas, bienvenidas, rupturas y reconciliaciones. Los destinos se bifurcaban y

convergían sobre estas baldosas. Parte de esas historias todavía siguen aquí.

—¿Y qué tiene que ver vuestro árbol?

—Las raíces se alimentan de esas historias —hablaba como si lo que dijese fuera una obviedad—. Por eso podía llevarnos a cualquier parte del mundo soñado donde se necesitasen nuestras lágrimas.

—Y ahora puede hacer lo mismo con nosotros. —Melquíades puso de manifiesto lo evidente.

Mientras hablaba, arrugó el semblante y se encogió levemente, como si hubiera recibido un golpe.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el suplicante.

Él asintió. Le costó visiblemente responder.

—No te preocupes por mí.

Aisaan le contempló largamente, lleno de preocupación. Sabía lo que estaba sucediendo, pero no podía hacer nada para ayudarlo. En su lugar, prefirió unirse al mismo silencio contemplativo por el que navegaban los demás. Sabía que todos tenían muy presentes las palabras de Baltasar. Destinos que convergen. Destinos que se bifurcan.

—Sabéis lo que esto significa, ¿verdad? —dijo al fin—. Puede llevarnos fuera de Mandressla.

El titiritero asintió. Respiraba con dificultad.

—Es lo que hemos estado esperando —dijo en un susurro entrecortado—. Una oportunidad de escapar.

—No.

Era Aleatha quien había hablado.

—No es una oportunidad de escapar, sino de abandonar Mandressla a su suerte. Esta maldita ciudad nos ha quitado a Tadeus. Nos ha quitado a Tasianara. Te está matando, Melquíades. Nos ha herido más profundamente que ningún otro enemigo que hayamos encontrado antes. Si huimos ahora, no habremos conseguido nada.

—Habréis conseguido sobrevivir —puntualizó Baltasar, atento a sus palabras.

—Sobrevivir no basta. Lo que hay en Mandressla tiene que ser detenido. Voy a ir a la Catedral del Amor.

—Yo también —dijo la escultura.

—Y yo —dijo de repente Aisaan.

—Necios —masculló Melquíades, el semblante afiebrado—. Ninguno de vosotros sois héroes. Sois un atajo de estúpidos que ve el camino al cielo ante ellos y elige el desvío al infierno.

—No tienes que venir, Melquíades —dijo el suplicante.

—Por supuesto que no tengo que ir. Pero voy a hacerlo. Al final de la historia, la única diferencia entre un héroe y un cobarde es que el primero muere antes. Y a mi

historia no le queda mucho tiempo de cualquier modo.

No había más que decir. Permanecieron ante el árbol, sintiendo el aliento de aquella boca negra que les llevaría al amor, a la muerte o, como había dicho Melquíades, al final de la historia. Aisaan paseó la mirada por todos ellos: una mujer estelar que anidaba en su corazón el rencor de un amor efímero; un desecho oscuro y enfermo a causa de un amor secreto, una mujer destrozada tras una vida de desencuentros y decepciones. Se preguntó dónde estaban los héroes. Se preguntó dónde estaba él.

—Esperad —dijo. Todos se volvieron hacia él—. La criatura de la Voz. La que nos persigue. Sé quién es. Se llama...

Antes de que pudiera decir nada más, Melquíades gritó. El rostro se le desencajó en una mueca de dolor. Se llevó una mano al pecho, un segundo antes de caer desplomado al suelo.

—¡Melquíades! —exclamó Aisaan. Se precipitó sobre él. Cuando tocó su cuerpo tembloroso, el titiritero agarró su antebrazo. Lo lanzó contra el árbol como si estuviera hecho de paja. El suplicante golpeó el tronco y perdió el aliento. Una dolorosa punzada se clavó en sus pulmones. Su visión se nubló.

—Maldita sea —masculló Aleatha. Echó mano de las dagas, pero él fue más rápido. Saltó encima de ella como un animal, rugiendo. Una patada en pleno tórax la envió al suelo. Las dagas tintinearón a sus pies. El titiritero las apartó de un puntapié.

Fue entonces cuando la punta de la lanza se situó entre sus omoplatos.

—¡Antinea, no! —gritó Aisaan incorporándose, chorreando agua—. No le mates.

—Mientras el corazón enfermo sigue intacto, son peligrosos —recitó ella—. Atravesadlo, y acabaréis con la Plaga.

Melquíades se dio media vuelta lentamente. Su semblante estaba iluminado por una ira intensa, crepuscular. El rojo de sus pupilas apuñalaba la penumbra añil.

—No lo hagas, te lo ruego. —El suplicante resollaba, intentando que su visión se centrara—. Melquíades, detente. Intenta controlarte, por favor.

No podemos permitirnos perderte, quiso añadir, pero una voz familiar le interrumpió.

—Melquíades me pertenece —dijeron los labios del titiritero—. No deberías hablarle a la gente de mí sin mi permiso, Aisaan. ¿Lo has olvidado? Tu Secreto también es el mío.

—Emmeleia, por favor —imploró Aisaan—. Déjale en paz.

Él soltó una risa glacial, obsesiva, tan desprovista de sentimiento que le hizo pensar en el chirrido de una guillotina.

—Sigues suplicando las cosas equivocadas. Intentas detenerme oponiéndote a mí, cuando sabes que la solución sería lo contrario.

Aleatha empezó a levantarse.

—Te prometo que si dejas que los demás se vayan —inspiró hondo—, me entregaré a ti.

—Ah. —Se relamió—. ¿Y quiénes serían los demás? ¿Tus compañeros? ¿Este pobre viejo que piensa que aún protege el amor del mundo? ¿Esta desdichada sin cabeza que huye hacia adelante porque has destruido todo lo que le quedaba detrás? ¿Los niños que han perdido a sus madres porque tú no quisiste ser razonable en su momento? No puedo salvar a todos los que has condenado, Aisaan.

Echó el cuerpo hacia delante, hacia la punta de la lanza. Aleatha se acercaba a él por la espalda.

—Quizá debería acabar con tu nictomante para que viera cómo eres. Destruyes lo que tocas. Todo lo que se cruza contigo acaba en pedazos. ¿Quieres saber el nombre de lo que devora a tu amigo? ¿Te gustaría saber por qué decidió acompañarte a Mandressla en tu absurda búsqueda del Poeta? Te sorprendería saber el rostro que evoca cada noche antes de dormir.

—Por favor —repitió Aisaan—. No sé qué quieres que haga, pero lo haré.

Con el rabillo del ojo, vio a Aleatha extraer el frasco que le había dado Baltasar. Lo destapó en medio de un silencio asesino.

—Eres malo, Aisaan. Te cubres con una virtud aparente, pero llevas algo purulento en tu interior. Y, de todo el mundo, soy yo la única que lo ve. Tú eres lo que está acabando con Mandressla —rugió—. ¡Tú eres la Plaga!

Antinea se giró hacia Aisaan. Era lo único que necesitaba el monstruo. Sus manos aferraron el mango de la lanza. El suplicante estuvo seguro de que se la clavaría a sí mismo en el vientre.

Aleatha actuó. Su brazo se cerró sobre el cuello de Melquíades. Tiró de él hacia atrás y, al mismo tiempo, derramó el contenido del frasco sobre él.

Melquíades no gritó. Lo hizo la consciencia que había detrás de él. Lo hicieron todos los amantes de Mandressla al mismo tiempo, un espantoso aullido que rasgó la noche como las vestiduras de un mártir y que hizo palidecer a las alimañas en sus escondites. El titiritero convertido en marioneta se colapsó en brazos de Aleatha como un espantapájaros fulminado por un rayo.

Temblando, Aisaan se inclinó sobre él. Respiraba. Sus rasgos se habían suavizado, pero las costras y eccemas le cubrían casi por completo. Su cabeza se apoyaba en el regazo de Aleatha. Ésta le miró. Negó con la cabeza. Aisaan vio temblar su labio inferior. Sabía lo que era: ahora Melquíades compartía su Secreto. Si desaparecía, un poco de ella lo haría también. No estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. La elfa le abrazó. Él la rodeó con sus brazos. Temblaba.

—Os odio —susurró—. Siempre nos abandonáis.

—Yo no voy a abandonarte —logró articular, conmocionado—. ¿Qué le has hecho?

Ella se apartó. Señaló el vial vacío en el suelo.

—¿Has vertido el amor de tu frasco por salvarme? —preguntó él, perplejo.

Aleatha no contestó. Aisaan fijó la vista en ella por unos segundos.

—Intentemos reanimarle.

—Sabes lo que pasará.

—Deberíamos vendarle los ojos —dijo Antinea—. Lo que ve uno lo ven todos.

—No —dijo él—. Ya ha visto suficiente oscuridad.

Libranos del mal, había dicho Tadeus cuando vio a Tasianara. No podía estar más en lo cierto, y a la vez no podía estar más equivocado. No había nada que les librase del mal, nada que respondiese a sus ingenuas plegarias.

Le palmeó el rostro. Pronunció su nombre. Entonces sus ojos se abrieron. Se encontró con dos llamas gemelas, trozos de ceniza encendida que usurpaban las pupilas bicolors del titiritero. Su expresión dolorida le encogió el alma. Más aún, cuando el nictomante esbozó una sonrisa agotada.

—La luz —susurró el animal que había usurpado su voz.

—¿La luz? ¿Te molesta la luz de los frascos?

Su cabeza hizo un movimiento oscilante. Respiró hondo.

—La luz —repitió, la misma sonrisa terminal en los labios—. Cuanto más grande es, menos ves. No es la oscuridad, sino la luz. Cuanto más grande sea, más te cegará.

Por alguna razón, eso hizo llorar a Aisaan. Apretó los puños y masculló una maldición de marinero entre dientes, sorbiendo la sal de sus lágrimas como si fuera cicuta.

—Saquémosle de aquí —dijo Aleatha.

Él la miró sin comprender.

—La puerta —aclaró ella—. Melquíades. ¿Puedes ver la puerta? ¿Está aquí?

El titiritero asintió levemente. Un dedo que empezaba a amoratarse y deformarse señaló a la pared. Allí no había nada.

—Saquémosle —repitió Aleatha.

—Melquíades —dijo Aisaan, alarmado—. Mírame. Mírame. Eso es. Vamos a llevarte hasta la puerta. Lo que hay al otro lado te curará... si es que existe. Tienes que intentar controlarlo, ¿me oyes? Tienes que controlar la Plaga hasta que lleguemos a la puerta.

El nictomante le atravesó con la mirada. Estaba a pocos centímetros de su cara. Le hemos vuelto a perder, pensó Aisaan. Una mano convertida en garra se acercó a su rostro. Sin embargo, no se hundió en su carne. Los sucios filamentos en los que se habían convertido los dedos se deslizaron suavemente por la mejilla del suplicante, una caricia que contenía la ternura de mil historias de amor.

—Aisaan —susurró, mirándole fijamente—... Aisaan...

Él le miró a su vez. Creyó comprender, y escondió la vista.

—Lo siento.

—Vamos —dijo Aleatha, aupando el cuerpo maltrecho por los hombros.

El suplicante le sostuvo sin dificultad. Pesaba menos que un niño, pensó, y el recuerdo de las catacumbas le hizo estremecerse. Despacio, luchando por cada paso que daban, anduvieron el camino que les separaba del otro extremo de la habitación. Antinea y Baltasar les seguían, la absurda parodia de un cortejo fúnebre. Melquíades señalaba. Le aupaban entre los dos, casi arrastrándole. Sus pies de uñas negras, ahora hipertrofiadas, resbalaban sobre las losas del suelo. Trozos de piel enferma se desprendían de él, dejando un rastro en el suelo. Melquíades señalaba. Aisaan le sostenía, sus hombros soportando su brazo escuálido. Aleatha le agarraba de la cintura. Melquíades señalaba. Llegaron hasta la esquina de la pared. La luna pegada a los cristales no se atrevía a suspirar.

Melquíades alargó una mano, que se cerró sobre el aire hueco.

Entonces la vieron. Era una puerta extraña, delgada y de una madera rara, más oscura y brillante de lo normal. Sin embargo, todas esas sensaciones se extinguieron cuando giró el picaporte y la puerta se abrió con un simple chasquido. Les llegó una corriente helada desde el interior, un olor indefinible pero familiar. Contuvieron el aliento, incapaces de asomarse al interior. Percibían un sonido apocado, casi chirriante, y una negrura que estaban seguros de no querer auscultar.

Melquíades se libró de su abrazo. Por un momento creyeron que se derrumbaría, pero en lugar de eso dio un paso al frente. Y otro. Traspasó el dintel sin mirar atrás, sin una frase ni un gesto de despedida. Abandonó el mundo de la luz para contarle sus secretos a la oscuridad que le llamaba hijo. La puerta nunca estuvo ahí.

Ni siquiera la compañía de los otros amainó la inabarcable soledad del palacio. Ni siquiera la voz de Aleatha palió aquel silencio:

—Acabemos con esto.

7

Aisaan deslizó el último frasco en la bolsa de su cinto.

—¿Estás seguro de que no te importa que los utilicemos, Baltasar? —volvió a preguntar.

Él movió la cabeza.

—Consiguió expulsar a ese demonio del cuerpo de vuestro amigo. Si este amor

desahuciado sirve para alargarnos un poco más la vida cuando caminéis por esa tierra enferma, me despido de él de buena gana.

—Gracias.

Aleatha afilaba la última daga. Todo el contenido de su mochila descansaba a sus pies. En su lugar, la había llenado de frasquitos. Aisaan se acercó a ella. Se agachó y revolvió entre sus cosas.

—¿Qué buscas? —preguntó ella.

—La esfera del Oráculo. No quiero dejar atrás el poco poder que nos dio. Todavía nos queda una pregunta.

Ella improvisó una sonrisa prendida de un cariño agarrotado.

—No creo que tengamos oportunidad de utilizarla allá donde vamos.

—Da igual. —Se encogió de hombros—, tampoco está en tu petate. Me pregunto dónde habrá ido a parar.

Antinea les esperaba. Aunque inmóvil, todo su ser exudaba impaciencia, anticipación por lo que iba a suceder. No había cogido ni un vial. Le bastaba con su lanza, había dicho. Aleatha se preguntó cómo un espíritu indómito como el de aquella mujer había terminado viviendo entre las putas de Mandressla. Luego pensó que hacía falta mucho coraje para llevar esa vida.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó—. Sabes lo que te espera más allá de esa puerta. ¿Por qué vienes con nosotros?

—La criatura que habló dentro del titiritero tenía razón —respondió—. Mandressla me ha quitado todo lo que era, incluso antes de la Plaga. Ya sólo me queda huir hacia delante. Si lo que me espera es la muerte, prefiero encontrarla haciendo algo bueno. —Tardó uno segundos en añadir—: te libero de tu promesa. Si alguien ha de encontrar a mi hermana, soy yo.

Aleatha asintió.

Junto a la oquedad, Baltasar seguía sus preparativos en silencio.

—¿Cómo funciona? —le preguntó la elfa.

Baltasar le echó una mirada de rendija.

—Os lo he dicho, no es una catapulta. Os llevará donde le pidáis, donde os necesiten.

—Entonces —dijo la elfa, en el borde de la abertura—, dile que nos lleve al corazón de la Catedral del Amor, o volveremos con un hacha y un tropel de enanos borrachos de Madahram.

Por un instante, incluso pareció que Baltasar iba a sonreír. Aleatha no se quedó a esperar su reacción. La oscuridad del dintel la engulló como la boca de un ogro. Antinea entró tras ella sin vacilar.

Cuando le llegó el turno, Aisaan inspiró hondo. Se sentía como si fuera a lanzarse a correr a ciegas por el borde de un precipicio. Antes de internarse en el estanque,

Baltasar le agarró por el brazo.

—Creo que necesitarás algo más —dijo.

—¿Algo más? —repitió él.

—Vas a enfrentarte a una prueba muy dura. —Le tendió un frasquito, que en nada difería de los otros, salvo en que estaba atado a un cordel a modo de collar—. Quizá tarde o temprano necesites recordar dónde está tu corazón.

Aisaan aceptó el collar. El vello en su espalda y sus brazos se erizó.

—Emmeleia —leyó—. ¿Por qué me das esto?

—Te lo doy en caso de que tengas que usarlo.

—Pero ¿para qué? ¿Cómo?

Baltasar le atravesó con una mirada ecuánime.

—¿Y si te dijera que lo sabrás cuando llegue el momento?

—Te diría que te fueras al infierno y me hablastes claro.

Baltasar guardó silencio. No se dijeron nada más. Aisaan se puso el collar, y desapareció por el agujero sin una despedida. Baltasar se quedó en la eterna soledad añil de su palacio. Dejó escapar un suspiro de funeral, de últimas voluntades polvorientas.

Una mano se posó como un cuervo en su hombro. Se giró, y vio su propio reflejo en una máscara dorada.

—¿Crees que he hecho bien al no decirle lo que pasará cuando lo abra? —preguntó.

La máscara dorada ascendió y descendió.

—Debe tomar sus decisiones.

—Sí —dijo Baltasar—. Está cerca, ¿verdad?

—No sólo está cerca. Está a punto de pasar a este lado.

—¿Qué haremos cuando esté aquí?

La figura se encogió de hombros.

—Lo mismo que hiciste tú en su día: lo que podamos.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —añadió Baltasar.

La figura se desprendió de la máscara.

—No te preocupes. Nadie les quiere más que yo.

NUEVE

UN MONDO DIFFICILE

¿Y cómo se le dice te quiero
a alguien a quien quieres?

Jonathan Safran Foer, *Tan fuerte, tan cerca*

1

Gabriel se seca el sudor de la frente. Tiene el aspecto de un hipertenso al final de una maratón. Círculos oscuros marcan sus axilas, sus ojos amenazan con abandonar las órbitas. Está tiritando.

—Está bien —farfulla—. Tenemos que decidir qué pasa contigo.

—Pensé que ya habías acabado conmigo —dice Guille.

—Si estás cansado, podemos olvidarnos de Melquíades. Pero preferiría jugar qué pasa cuando cruza la puerta.

A veces conoces tanto a alguien que no es necesario verle. Guille sabe que Gus le mira alarmado.

—¿Tienes algo en mente? —dice.

—Lo tengo todo pensado. —La sonrisa que debería ocupar la cara de Gabriel se ha ido—. Tú dime sólo si quieres.

—Podéis hacerlo aquí también —dice Gus atropelladamente, sacudiendo a Carla con la mirada—. No nos importa, ¿verdad?

—Está todo manga por hombro —dice ella—. No quiero que te tropieces, Guille. Gabriel suelta una risotada.

—Estáis de coña, ¿verdad? Es más fácil que tropiece yo. Guille es un radar humano.

—Mi abuela debe de estar ya medio dormida. No quiero que se despierte. ¿Por qué no lo jugáis aquí?

Gabriel asiente. Por un momento, Gus piensa aliviado que ha claudicado. Entonces vuelve a negar con la cabeza.

—Bueno, vamos a hacerlo entonces en el cuarto de tu abuela. Si está despierta, mejor, así tiene un poquito de compañía. Si está dormida, yo mismo la acuesto. Ya lo he hecho muchas veces.

Carla traga saliva audiblemente. Está suplicando sin palabras. Gabriel muestra una vez más su ademán suficiente.

—¿Te parece bien?

—No sé...

—Entonces perfecto. —Coge un par de dados y sus notas y se encamina hacia la puerta—. ¿Vamos, Guille?

—Os acompaño —dice Gus—, por si necesitas ayuda con la abuela.

Gabriel está abriendo la puerta del pasillo. Se gira con una energía que un segundo antes parecía no tener.

—Tú te quedas ahí —ordena. Gus vuelve a sentarse.

—Estaré bien —dice Guille, levantándose.

Carla y Gus se quedan solos, apenas iluminados por la vela a punto de apagarse.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No vamos a hacer nada —dice Carla—. Esto es una locura. Los dos estáis colgados.

—Ah, ¿sí? Va a matar a Guille. Como lo oyes. Nos vamos a quedar aquí charlando mientras le mata.

—Pero ¿cómo va a matar Gabriel a nadie? No digas burradas.

—No son burradas. Es la verdad. Le va a matar igual que ha matado a Raúl y a Javi.

—Pero ¿estás loco? —exclama—. No digas eso ni en broma.

—Entonces, ¿dónde están?

—Joder, pues se han ido.

—¿Justo cuando han muerto sus personajes?

—¿Y cuándo querías que se fuesen? Son dos niños pequeños, se han enfadado en cuanto se los ha cargado.

—¿Y lo que ha pasado en el rellano?

—Me estáis comiendo la cabeza los dos con vuestras estupideces. —Se levanta de un salto—. Joder, no se ve una mierda aquí, con la puta velita.

Va al interruptor de la luz y la enciende de un manotazo. El chispazo de la lámpara le hace gritar. Siguen en sombras, con la vela como única fuente de luz. Los dos miran la lúgubre llama. Carla vuelve a tragar saliva.

—¿Eso también ha sido casualidad?

2

El cortocircuito se produce cuando entran en el cuarto de la abuela. Gabriel pulsa un par de veces el interruptor.

—Vaya —dice—. Se ha ido la luz.

—No es que me importe mucho —dice Guille—. ¿Quieres que volvamos?

—No. De hecho, es casi más apropiado para lo que viene ahora, ¿no?

—¿Qué es lo que viene ahora? —pregunta él, entrando en el cuarto.

Gabriel no responde.

—¿No vas a comprobar si la abuela está dormida?

—La abuela no está, Guille.

Guille se pasea por el cuarto en sombras, siguiendo la línea de la cama hasta la mecedora. Oye. Inspira. Siente.

—Pues aquí hay alguien más.

—Pues no es la abuela.

Él asiente entre las sombras. Tanteando, se sienta en la mecedora, que se queja con un espeluznante chirrido animal. Se mece un par de veces.

—¿Por qué lo haces, Gabriel?

—¿A qué te refieres? —pregunta él, avanzando inseguro, ayudándose del tacto de la pared.

Guille se mece.

—Todo esto. Javi. Raúl —dice—. Yo. ¿Por qué?

Gabriel se detiene. Por un momento, ve por el rabillo del ojo su propio reflejo en la ventana que da a la noche inocente.

—Os necesito, Guille. Sin vosotros, esto no funcionaría.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Pero necesito vuestros corazones. Necesito que estéis al otro lado.

—No te importa nada lo que cueste, ¿verdad?

—¿Alguna vez te has atrevido a usar la palabra amor, Guille? —pregunta—. ¿Has querido, has amado, a alguien tanto como para querer regalarle el mundo entero? Nada de poesías, me refiero a querer dárselo todo. El mundo.

Guille rumia sus palabras en el lapso entre dos chirridos.

—Sabes que sí —responde.

Gabriel asiente, inútilmente.

—¿Por qué no se lo dijiste?

Chirrido. Pausa. Chirrido.

—¿Cómo se le dice te quiero a alguien a quien quieres, Gabriel? —pregunta él.

—No lo sé. Lo haces, supongo. Ves el momento.

—Mentira —responde él—. Se lo dices sólo cuando sabes que te va a responder “yo también te quiero”.

—¿Crees eso de verdad?

—No importa lo que yo crea. Además, ya había demasiada gente a la cola.

—Habrías sido el mejor.

—Es posible —concede él—. Pero quizá por eso precisamente me quedé al margen. Al final, los héroes son los primeros que caen. Los cobardes seguimos enteros.

—Aun así. —Chirrido—. Entiendes lo que quiero decirte, ¿verdad?

—¿Ese es el mundo que quieres para Carla?

—No debería ser así —se lamenta—. No empezó siendo así. Algo ha cambiado en el camino.

—En eso el amor de tu mundo coincide con el amor del mundo real.

—Este mundo también es real —gruñen dos voces desde la garganta de Gabriel—. Más real que el tuyo, quizá. No es simplemente la invención de un puñado de cachorros imberbes.

Por primera vez, Guille siente miedo. Un miedo real y definido, una mano de hielo que trepa por su columna hasta su coronilla. Interrumpe el movimiento de la mecedora. Sus manos se transforman en puños.

—¿Qué quieres de nosotros, Gabriel? —ordena en forma de pregunta—. ¿Qué quieres de mí?

—Verás —dice él, de nuevo con su voz—. Todo amor necesita sacrificios. Concesiones. Por desgracia, vosotros sois el precio a pagar.

—¿Y qué pasará cuando hayas pagado ese precio?

Gabriel parpadea, perplejo.

—Lo que pasa siempre, Guillermo. Final feliz. Perdices. Campanas. Títulos de crédito.

Guille resopla. Pasan por su cabeza muchas impresiones como vueltas de un tiovivo. El olor del cabello de Carla. La primera conversación que tuvieron. Sus discusiones sobre política. La vez que la acompañó a hacerse el enésimo piercing de oreja. Las llamadas interminables. El momento en que pudo sincerarse con ella y eligió no hacerlo. El llanto salado de las noches eternas después de que Gabriel la abandonase. La distancia terrible durante la ascensión de Raúl. El tacto de su mano en su nuca, sus caricias irreflexivas, espontáneas y tan inocentes que jamás, jamás supo el efecto que causaban en todos ellos. Se pregunta entonces si está viendo pasar la vida ante sus ojos, si es posible esa absurda idea. Se pregunta qué vendrá ahora, y la respuesta llega hasta él sin invitación.

—Quiero ir allí —dice.

—¿Qué?

—Llévame. Utilízame para darle cuerda a tus fantasías. Llévame allí.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Chirrido. Pausa.

—Sí.

—¿Por qué?

Porque allí no sólo mandas tú, Gabriel. Porque algo está pasando. Porque tu historia tiene los bordes rotos, porque hay una mano que la está desgarrando. Porque desde allí podré hacerte más daño del que jamás podré desde aquí, y vaya si te haré daño. Te haré todo el daño que pueda, Gabriel, por arrastrarnos a todos a esta locura. Pero sobre todo, Gabriel, por amenazar a Carla. Por atreverte siquiera a pensar en obligarla a quererte otra vez.

—Porque allí podré ver —es su respuesta.

Gabriel no dice nada. De alguna manera, Guille está seguro de que está dialogando con alguien, con algo. Está pidiendo permiso. O lo está concediendo, no está muy seguro. No le importa. Finalmente, Gabriel se acerca a él. Se agacha a su lado. Siente su aliento en el rostro. Hiede. Apesta a rencor, a celos, a abandono.

—Desde aquí no hay vuelta atrás —advierde él.

Guille se encoje de hombros.

—*È un mondo difficile...*

Gabriel se inclina hacia él. Deposita un beso en sus labios. Sorprendido, Guille intenta retroceder, pero él se lo impide. Le agarra del pecho y le aplasta contra sí. El horripilante hedor que mana de su boca se traspasa a la de Guille, que intenta reunir toda su fuerza de voluntad para no vomitar. Entonces se ve lanzado al fondo del desengaño que corre por las venas de su antiguo amigo, y es esta sensación la que ahoga su conciencia como un océano de barro y sal.

Gabriel se levanta. Vuelve a limpiarse el sudor de la frente. De repente, se siente bastante mejor. Ve su reflejo en el cristal de la ventana. Se arregla un poco el pelo, antes de salir de la habitación.

A su espalda, la mecedora vacía se mueve con un cadencioso chirrido, pausa, chirrido.

3

—¿No te parece extraño?

La súbita pregunta de Gus, en mitad de la negrura, sobresalta a Carla.

—¿El qué?

—No creo que Melquíades vaya a morir. Es más, estoy seguro de ello.

—¿Por qué? —Sus dedos tamborilean sobre la mesa, impacientes. A la lánguida luz de la vela, su sombra crea danzas de tritones en las paredes. Carla siente que se pierde en ensoñaciones si mira fijamente la exigua llama.

—Porque Melquíades no nos ha revelado su Secreto.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Fíjate. —Gus se inclina hacia ella—. Tasianara se ha convertido en un enamorado, que es lo mismo que morir, en cuanto ha quedado claro para todos lo que había entre ella y Tadeus. El mismo Tadeus la ha espichado en su mano a mano contra el Rencor, justo después de contarte que ya no amaba a Tasianara. A Antinea le han arrancado la cabeza después de pedirme que encontrase a su hermana perdida.

—El que revela su Secreto, muere —traduce Carla, como si decirlo con palabras más sencillas lo hiciera realidad.

—Exacto. Es como uno de esos libritos de crímenes. El Comodoro Belvedere, en el sótano, con la llave inglesa. Todo el mundo esconde algo, así es como funciona este mundo. Y si se te escapa, estás listo.

La idea da vueltas en la cabeza de Carla. Involuntariamente, una mano asciende hasta su boca, y empieza a mordisquearse una uña. La luz de la vela le confía verdades inconfesables.

—Pero Melquíades no nos ha revelado nada. Simplemente se ha ido con la Oscuridad. Volverá.

Carla peregrina lejos del razonamiento de Gus, de su mano tendida hacia ella. El camino que recorre está contenido en una llama vacilante, en un aroma que empieza a cobrar sentido para ella.

—En ese caso —dice, ensimismada—, eres tú quien va a morir.

—¿Cómo?

—Tú sí nos has contado tu secreto, Gus... bebiste el agua en Mandressla. Te casaste. Con un humano.

Gus cierra los ojos.

—Mierda.

—Exacto...

—Joder, pero no debería ser así. —Las piedras de su protesta rebotan en su propio tejado—. Hay Secretos y Secretos. El de Aleatha no afecta tanto a la historia. El de Melquíades, en cambio...

—¿Qué sabes tú del Secreto de Melquíades?

De pronto Gus adopta un aire conspirador, travieso.

—Melquíades ha venido a Mandressla a matar al Poeta.

—¿Qué? —exclama Carla.

—Así es —se regocija él—. Melquíades pertenece a un atelier de adoradores de la Emperatriz. Ellos tienen una versión muy diferente de la historia que le contaste a Tadeus. Creen que el Poeta engañó con malas artes a la Emperatriz y la obligó a suicidarse. Ahora buscan el poema que la volvió loca, según ellos, para revertirlo. Sabían que tú venías buscando el Último Poema, así que enviaron a Melquíades a seguirte, a ganarse tu confianza hasta que dices con él. Entonces tendría que matarte y recuperar el poema que mató a la Emperatriz —ríe por lo bajo—. Te la ha colado bien.

—Pero, pero... —balbucea Carla, atónita como si hubiese recibido una puñalada de un amigo—. ¿Cómo sabes tú todo eso?

Gus suelta una risotada. La luz tiembla, pero se mantiene estoica.

—Guille me lo contó hace tiempo, cuando pensábamos que no volveríamos a jugar. Estaba orgulloso de su papel de traidor. Decía que le interesaba ver cómo funcionaba una mente así.

Las aletas de la nariz de Carla tiemblan. Ha empezado a sudar y a temblar al mismo tiempo. Siente náuseas. Pero sobre todo, experimenta una sensación muy concreta y puntual, centrada en el chico sentado al otro lado de la mesa.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Gus? —escupe.

—¿Qué? —se amilana él—. Yo no he hecho nada.

—Ah, sí que has hecho. —Se levanta de un salto—. Sí que has hecho, Gus. Me has revelado el Secreto de Melquíades. Puede que Melquíades fuese un traidor dentro del juego, pero tú eres el traidor de este lado. Has traicionado a Guille. Si estás en lo cierto, has descubierto lo único que le mantenía con vida. ¿Y por qué? ¿Por qué, Gus?

Rodea la mesa y se acerca a él. Gus hace ademán de levantarse, pero ella le empuja de nuevo a la silla.

—Yo...

—Yo te diré por qué, Gus. Por celos. Por los putos celos absurdos que tenéis todos vosotros. Creéis que esto es una competición. Creéis que tenéis que ser los más enrollados, los más divertidos, los más interesantes, para que la niña bonita os dedique un poco de atención. Por eso acabas de matar a Guille, Gus. Para quitarte de en medio a alguien mejor que tú. —Gus baja la cabeza—. ¡No te escondas! Guille es mucho mejor que tú, Gus. Guille tiene cojones para decir lo que siente, mientras tú te dedicas a tirar la piedra y esconder la mano. ¡Me das asco! ¡TE ODIO!

—¡Carla!

Y de pronto, Carla ve que está sentada a horcajadas sobre Gus. No sólo eso, ve sus manos, anormalmente alargadas, hinchadas, surcadas de marcas violáceas, casi a punto de clavarse como cepos en la garganta de su aterrado amigo.

Carla se aparta de él como si tuviese una enfermedad extremadamente contagiosa.

Al instante pierde el equilibrio, aturdida, y cae sentada en el suelo.

—Gus —masculla—... lo siento. No sé...

No puede terminar la frase. De pronto, todo lo que han estado discutiendo, toda la absurdidad de las teorías de Gus, todo parece cierto. Javi. Raúl. Guille. Tasianara. Tadeus. Melquíades. Gabriel. Un temblor histérico sacude su estómago. Gus se aproxima a ella y, tras dudar durante lo que tarda una lágrima en caer por una mejilla, se agacha y la abraza.

—Esto se nos está yendo de las manos, Carla.

—No era yo, te lo juro —tartamudea, mirando unas manos que vuelven a ser suyas—. Quería... hacerte daño, creo. No sé qué quería. Quería que pagases por algo. No era como durante la partida. No tenía nada que ver con Aisaan. Era yo. Era...

—La Plaga —dice él—. Era la Plaga, Carla. Está entrando aquí.

—Todo esto es una locura —repite Carla, pero no por ello aumenta su incredulidad.

Gus se levanta de un salto. La ayuda a levantarse.

—Esto se va a acabar ya. —Extiende la mano hacia la llama de la vela.

—No toques eso.

Gus se vuelve con un gañido. En la puerta del pasillo está Gabriel.

Solo.

4

—¿Dónde está Guille? —pregunta Carla. Lo hace en un tono tan preocupado que Gabriel levanta las manos, como si le apuntase con un arma—. ¿Qué le has hecho?

—No se preocupe, Sheriff, sigue vivo. Está hablando por teléfono.

Carla suspira, aliviada. Los ojos de Gus, en cambio, se estrechan.

—¿Seguro que está bien?

Gabriel vuelve a sentarse.

—No creo que le pase nada. Aunque la luz se haya ido, para él es lo mismo. ¿Seguimos?

—¿Cómo está mi abuela? —habla para disimular el temblor—. Debería ir a acostarla. Se puede poner nerviosa con esta oscuridad.

—Ya lo he hecho yo. —Sonrisa deslumbrante—. Las buenas costumbres no se olvidan. Hasta ha parecido reconocerme.

—Eso no tiene gracia, Gabriel.

—No pretendo que la tenga. —Se encoge de hombros—. La he levantado, la he llevado hasta la cama, y me ha acariciado el brazo. ¿Tan extraño lo ves?

—No... —murmura ella.

—Entonces, ¿seguimos o no?

—¿No esperamos a Guille?

—No —dice él, de pronto cortante—. No hay que esperarle. Melquíades está en otro lugar.

—Deberíamos cambiar la vela —dice Gus de repente—. Se está acabando, y sin luz va a ser difícil encontrar otra.

—Voy a traer una por si acaso —dice Carla.

—Quédate ahí, Carla —ordena Gabriel—. No hace falta cambiar nada. Queda poco para el final.

—Gabriel. —Gus vuelve a la carga—. El olor de esta vela me está mareando. ¿Por qué no usamos otra?

—Si te mareas, te vas. No vamos a distraernos con tonterías de atrezzo.

—Pero...

—Gustavo, me estás tocando los cojones. ¿Quieres jugar o prefieres irte con Guille?

Gus enmudece. Un escalofrío dibuja líneas en su espalda.

—¿Estás bien, Gabriel? —pregunta Carla—. ¿Va todo bien?

—Todo va estupendamente —responde él—. Estupendamente. Vamos a seguir, me está entrando sueño y quiero acabar con todo de una vez.

—¿A qué te refieres?

—A la historia, claro. —Algo grumoso se arrastra por su mirada—. Quiero acabar con vuestra historia antes de irme.

Los dos asienten. Una invisible sensación de peligro, de incomodidad, se sienta a la mesa con ellos. Carla no puede evitar que sus ojos huyan hacia la puerta del pasillo mientras Gabriel empieza:

—Os habéis quedado solos.

DIEZ

LA VIDA EN ROJO

El amor se lo ha inventado el hombre
para no pensar en la muerte.
Luis Eduardo Aute

1

Se habían quedado solos. Tasianara se había perdido. Tadeus había muerto. Melquíades dormía para siempre en brazos de su madre. Las esculturas vivientes habían sido masacradas. Los niños oscuros les observaban desde su tumba subterránea. El árbol no derramaría lágrimas por ellos. El Oráculo les había dado la espalda. Nadie en Mandressla se había atrevido a aventurarse hasta allí. Aquel era el final del viaje. El baile de los secretos estaba a punto de concluir.

Eso creían.

2

El interior del árbol estaba oscuro y húmedo. El agua seguía llegándole hasta las rodillas. Dio un par de pasos, pero no sucedió nada. Se volvió hacia la abertura en el tronco, y comprobó que había desaparecido. Estaba sola.

Una luminiscencia azulada surgía del agua. Orientarse resultaba imposible. Quizá debería concentrarse, pensar en el lugar adonde debía ir. Pero ¿dónde estaba ese lugar? La tentación de escapar sobrevoló su cabeza, pero la alejó de sí como quien

aparta una telaraña enredada en su rostro. Tenían que ir al comienzo de todo aquello, a la Catedral del Amor. Y sin embargo, no podía dejar de pensar que quizá había otro lugar mejor.

—Tasianara —dijo.

La oscuridad a su alrededor empezó a fluctuar con una vibración de color añil. Destinos que se cruzan. Innumerables luciérnagas bailaron a su alrededor, uniéndose en un único resplandor azulado. Destinos que divergen. Una forma se condensó frente a ella. Aleatha sintió el aire escaparse de sus pulmones. Comprendió que el árbol no la estaba llevando a ningún lugar.

Estaba trayendo a alguien.

—Hola, Aleatha.

—Hola, Tasianara.

Su cuerpo presentaba los mismos estigmas que habían brotado en la guarida del Relojero. Quiso sentir repugnancia, pero sólo pudo encontrar dentro de sí una profunda frustración, una rabia dirigida contra Tasianara, por haber caído en ese amor podrido; y contra sí misma, por habérselo permitido.

—Estas a punto de tomar un sendero peligroso —dijo Tasianara—. Te pido por favor que te vayas. Es tu última oportunidad.

—No voy a irme a ninguna parte sin ti.

—Eso ya no es posible, Aleatha —dijo ella—. Ahora pertenezco a otra familia.

—No digas eso. No te atrevas a renegar de tu sangre sunnai.

—Mi sangre ahora es negra, Aleatha.

—Hablas como un efímero.

—Hablo como lo que soy.

Aleatha percibió un levísimo cambio en ella. Ningún mortal lo habría notado, pero supo sin ninguna duda que Tasianara iba a lanzarse sobre ella. Se preparó para detenerla, incluso con lapislázuli, si era necesario.

—Deberías habérmelo dicho.

—No lo habrías entendido.

—No había nada que entender. Era una locura de principio a fin. Una niñería. Jamás debiste acercarte al mundo de los efímeros. Si no me crees, mírate ahora.

—No, hermana. Mírame tú ahora. El camino que he elegido me ha llevado hasta aquí. Y nada de lo que tú hubieras dicho habría podido cambiarlo.

—Tadeus ha muerto —dijo ella, llevada por el absurdo deseo de hacerle daño. Se arrepintió en el acto.

Tasianara profirió un gemido, que en algún punto se convirtió en un gruñido animal.

—Lo sé. Quiero que me respondas a una pregunta: ¿pudiste haberle salvado?

Aleatha inspiró profundamente.

—Sí.

Tasianara avanzó un paso en su dirección. Las dagas de su hermana apuntaron a su corazón.

—No lo hagas, Tasianara. Intenta vencer a este amor estúpido.

—¡No es estúpido! —aulló ella; dio otro paso más.

—Por favor, Tasianara. Vuelve con los tuyos.

—Ya estoy con los míos —dijo, y pronunció una palabra en un dialecto que Aleatha había desterrado de su mente mucho tiempo atrás, una palabra que inundó sus oídos y le hizo caer de rodillas.

—Volveremos a vernos pronto —llegó la voz de Tasianara hasta ella—. Y entonces no serán palabras lo que crucemos.

Se dio media vuelta.

—¡Espera! —Temblando, alargó una mano hacia su hermana.

Un telón negro borró a Tasianara. Aleatha sintió que se hundía.

3

Una súbita frialdad le barrió el alma del cuerpo. La respiración se despidió para siempre de sus pulmones. Su boca, su nariz, sus ojos, se llenaron de una nada oscura y líquida. Pataleó y braceó, buscando un rescoldo de aire al que aferrarse. Aquella negrura no era tan distante de la que había atravesado en dos ocasiones aquella misma noche del brazo de Melquíades. Cayó entonces en la cuenta de que estaba buceando en un caudal de agua. La conciencia se le achicaba, las esquinas del mundo se plegaban a medida que la falta de aire se convertía en una carga de infantería, en dos manos usurpadoras que estrangulaban sus pulmones mientras el corazón disparaba dolorosos cañonazos en su sien. Abrió la boca sin desearlo. Aquella ponzoña líquida se deslizó por su garganta, acompañada de algo viscoso y virulento. La repugnancia le sacudió. Iba a morir. La constatación no tuvo tiempo de hacer mella en él, porque la oscuridad se había hecho dueña del mundo.

Su cabeza emergió a la superficie, al aire que ya se había convencido de no volver a respirar. Berreó como un recién nacido. Volvió a sumergirse, y a emerger. Se revolvió más por instinto que llevado por algún rescoldo de voluntad o raciocinio. Hizo lo posible por mantenerse a flote, a medida que el pánico iba cediendo terreno. El frío se ensañaba con él, imperiosas punzadas de avispa en cada centímetro de su

piel. Los músculos empezaban a no responderle. Era un diente de león arrastrado por el vendaval de la enloquecida corriente. No podía hacer más que dejarse llevar. Entonces un corazón humano pasó flotando a su lado. Volvió a gritar.

Estaba nadando en mitad del Selene. Los corazones pasaban junto a él, a mayor o menor velocidad, precedidos por los últimos regueros de sangre que no habían llegado a bombear, y que hacían las veces de escolta en aquella procesión macabra hacia... oh, Señora.

La Catedral del Amor estaba casi sobre él. Su terrible y majestuosa arquitectura era la sombra sempiterna de los miedos de la infancia, el tacto aterciopelado de la muerte en el lecho de su padre. Era una construcción imposiblemente ancha, plagada de aristas y colmillos y tentáculos de piedra. Dos torres espejadas remataban la parte trasera, como los cuernos de un animal desbocado. Parecía observar los corazones que llegaban hasta la isla como el ojo del último cíclope del mundo antiguo. Era un edificio malvado.

Y el Selene le arrastraba en su dirección.

Las manos no le respondían. Un alarmante cansancio empezaba a apoderarse de él. Mientras el torrente le acunaba salvajemente, se permitió pensar en amputaciones. Después de todo, perder uno o dos dedos significaría haber sobrevivido. La sombra de un puente bajo la luna llena enturbió sus pensamientos. Jamás llegaría a saber que, esa misma noche, en ese puente habían muerto dos adolescentes jurándose un amor que no sentían. Cerró los ojos, y se obligó a abrirlos de nuevo. Se mordió el antebrazo con fuerza. Esperaba que el dolor le mantuviese despierto. Su sangre se mezcló con el agua negra, pero no sintió nada.

La isla de las lanzas se abalanzaba sobre él. Pudo ver, entre las nieblas de la conciencia que le abandonaba, una suerte de abertura en la base del peñón, por la que se internaban los corazones. En la mortal modorra que le arropaba más y más, interpretó lo que estaba viendo como unas enormes fauces de piedra. La Catedral del Amor se come los corazones de Mandressla, pensó. La idea hizo que una sonrisa cansada se dibujase en su rostro. Flotaba. Dentro de poco todo habría terminado. La boca de la isla pronunció su nombre antes de engullirle. Le deglutió como la más insípida de las comidas, un plato de segunda categoría, un manjar muerto. Sus ojos se cerraron. Quiso pensar que allá donde le llevaba la corriente le esperaban Tadeus, Tasianara, Melquíades.

El golpe le dejó insensible un lado de la cara. Aulló, escupió sangre, empezó a sacudirse de nuevo. Seguía flotando, dentro de una especie de cueva donde las paredes brillaban con un malsano tono rojizo. Dentro de la isla, el río perdía buena parte de su caudal, pero no lo suficiente como para que un saliente no le hubiese golpeado con la fuerza de un ariete. Volvió a aferrarse a la consciencia. Bracear y mover las piernas se habían convertido en gestas de titanes. Fue consciente con una

centella de espanto de que había estado a punto de morir, de que aún podía hacerlo. Todos sus músculos ausentes le suplicaban que se dejase llevar, que volviese a cerrar los ojos y se entregase al amoroso beso del agua. Le seguía arrastrando. Los corazones le acompañaban en una suerte de vía crucis.

Debía permanecer despierto hasta que encontrase su oportunidad. No pasó mucho hasta que una lengua de tierra apareció a poca distancia. Se acercaba a una velocidad nada despreciable. Se obligó a culebrear en su dirección. Se hundió. Volvió a salir.

No supo que lo había conseguido hasta que el fondo escarpado arañó sus rodillas.

Gimió. Lloró. Se arrastró con desesperación fuera del agua. El frío bailaba con sus huesos, el abrazo del río seguía prendido de él. Gateó, desamparado, se irguió y volvió a caer. Un insoportable sentimiento de abandono le acorraló. Las paredes de la cueva desprendían una tibieza mundana, un calor que bañaba la piel con el aire de un recuerdo lejano. Tanteó en busca de esa sensación peregrina y enterrada. Tocó uno de los muros resplandecientes, y apartó la mano en el acto. Quemaba.

Aquello no era roca. Era un material esponjoso con la textura de una víscera. Lo atravesaban redes de venillas protuberantes, de un truculento tono verdoso. Había visto demasiadas heridas abiertas para no saber reconocerlo. Era carne. Estaba dentro de algo vivo.

—¡Aisaan!

La llamada llegó hasta sus oídos moribundos a través de pliegues de silencio. Atravesó su aterido cerebro como un rayo que parte un árbol en dos. Aleatha. La voz de la elfa sonaba amortiguada, lejana, pero no demasiado. Poco a poco, el recuerdo de la mujer abrió brecha en las barricadas que escarchaban su mente. Tenía que encontrarla. El calor de las paredes avivó esa urgencia, y la convirtió en necesidad.

—Aleatha —respondió a su llamada con un atiplado susurro. Volvió a intentarlo—. ¡Aleatha!

—¿Dónde estás? —preguntó el aire—. No puedo verte.

—Sigue hablando —se apelotonaron las palabras en su garganta—. ¡Habla, Aleatha!

Empezó a oír una balada sunnai. Contada en la lengua del Imperio, aquella cruda leyenda de estrellas se le antojó tan horrenda e incomprensible como absurdos debían de ser para los elfos los cantos de los bardos efímeros.

Al término de la Batalla de las Lágrimas, el Triunvirato de Arvesg Sunnai mandó dar sepultura a todos los muertos en la lucha. Para pagar a peso de almas un sitio junto al Padre Celestial, no se hicieron distinciones entre los muertos de cada bando. A todos se les enterró como héroes, perdonados sus errores en vida y redimidas sus culpas. El lugar del entierro fue la cima de la meseta alrededor de la cual está construida la Cuna de los Elfos. Era el emplazamiento ideal para convertir a los traidores al Triunvirato en mártires.

Temblando, se arrastró por uno de los numerosos túneles que horadaban las entrañas de aquella cueva viviente, el que parecía más cercano a la canción. La sensibilidad hacía las paces con su cuerpo, pero el invierno que vivía dentro del río le hacía promesas aciagas. Y al mismo tiempo, la calidez que emitían los muros le lamía la piel, otro calor más intenso que prendía lentamente en su interior.

Qnsil Terracota, el apóstol de los estrellaerrantes y el tercio más fuerte del Triunvirato, subió solo las escaleras que llevaban hasta la meseta. Allí, alzó las manos hacia el Padre. Éste oyó su llamada y cantó con voz de tormenta sobre la meseta. Los rayos horadaron la tierra, y la lluvia que Qnsil había invocado la llenó hasta convertirla en un lago. Las estrellas caídas fueron depositadas en el fondo de la laguna, para que durmiesen el sueño de los héroes. Y se llamó Dendrale, el lago de los sueños cristalinos. Las historias fantásticas sobre él florecieron como los amores en primavera.

Una sensación animal se extendía por Aisaan, un impulso ancestral e ineludible. Se acrecentaba a medida que perseguía la voz de Aleatha por los túneles. Cuando quiso darse cuenta, estaba corriendo.

La noche en que la última estrella fue depositada en el fondo del Dendrale, el Padre Celestial bajó del cielo a bañarse en él. Su cuerpo, demasiado voluminoso para el lago, hizo que se desbordase el agua, y con ella las estrellas que descansaban en sus profundidades. Así, las almas de los héroes se esparcieron por toda la explanada del Dendrale. Allí donde se depositó cada estrella caída, nació un cerezo. Se formó el bosque de cerezos guardianes que hoy circunda el lago, y entre sus troncos comenzaron a pulular animales y plantas desconocidos hasta entonces. Sus ramas se entrelazaron, conversaron y crecieron juntas. Así nació la verja que protege ahora el Dendrale, y que impide el paso a todo el que no vaya a rendir pleitesía a sus antepasados en el lago de los sueños cristalinos. Y dice la leyenda que cu...

Dio con ella casi por casualidad. Al principio, entre las oleadas de fiebre que empezaban a bañar su frente, lo único que distinguió fue una silueta en mitad de un cruce de túneles. Su mente enferma la envolvió en una túnica carmesí y le puso el nombre que más temía. Quiso retroceder de inmediato, pero trastabilló y cayó al suelo. La silueta se giró, y era Aleatha, que se abalanzaba sobre él con la premura de un resucitado. Le rodeó con sus brazos con una fuerza demasiado parecida a la ansiedad. Estaba tan empapada como él. Su contacto era ártico. Sus djals, distendidos, abiertos en flor, temblaban.

—Creía que te había perdido —le dijo, apretándole contra sí—. No me dejes.

—No voy a dejarte —repitió él, respondiendo a su abrazo con la misma

intensidad. Notó la presión de sus pechos etéreos, su piel trémula, los puños anhelantes cerrados en su espalda. El fuego que ardía en algún lugar secreto de su interior se desató, esa sensación enconada tuvo por fin nombre. Las paredes derramaban calor sobre sus cuerpos.

—Estás helado —dijo ella.

—Tú también.

Permanecieron quietos un instante, los cuerpos anudados, las frentes unidas, las miradas trenzadas.

El primer beso llegó como un chaparrón inesperado, una lluvia temprana que sorprende y empapa a traición. Le siguieron más. Cayeron al suelo, rodaron, atenazados, entretejidos en una maraña jadeante. Las manos rasgaban tela, desprendían botones sin reparo ni conciencia. Los dedos hablaban el lenguaje secreto de las alcobas. Mordían, bebían, besaban, lamían, luchaban, tropezaban, sorbían, se arrastraban. Olvidaban. Ella se hundía en el hueco de su hombro, se impregnaba de su olor. Él le amalaba el noema. Pasaba dedos de otoño por las heridas que su Señora no había sabido cerrar. Sudaban. Forcejeaban por tocar el máximo posible de piel del otro. Se apuñalaban uno a otro con ojos hambrientos, con lenguas ígneas. Los guijarros del suelo les tatuaban arabescos en la carne. Susurraban lexemas líquidos, atávicos, que se vertían en el aire como especias de contrabando de países que jamás existieron. Los ojos danzaban. Las pieles chillaban. Los muros brillaban.

Una mano apresó los cabellos de Aisaan. Al sobresalto inicial le siguió un chillido ratonil cuando tiró de él con fuerza hacia atrás y le obligó a ponerse de rodillas. Algo afilado se posó sobre su garganta. Sus latidos galopantes se convirtieron en pantanosos pasos de mamut. Aleatha saltó como un relámpago.

—No lo hagas —dijo a quienquiera que estuviese a su espalda.

—Te hacía daño —dijo Antinea, aumentando la presión de la punta de su lanza contra la yugular de Aisaan—. Te subyugaba. Te estaba violando. Como todos los humanos.

Esa palabra hizo despertar a Aleatha. Humano. Bajó la vista hacia Aisaan, contempló su desnudez y la suya propia. Parpadeó. Una repulsa acerada floreció en su rostro. Boqueó, buscando el aire que borrara lo que acababa de pasar.

—Me has —no podía pronunciarlo—... ¿qué me has hecho?

Aisaan trató de decir algo, los ojos desorbitados. Él también lo sentía; la conciencia retornaba a él a borbotones. El fuego que había atenazado sus entrañas había dejado paso a una desolación de desierto. La lanza aprisionaba su voz. Leyó en los ojos de Aleatha que iba a permitir que Antinea le matase. La temperatura había subido. A la espalda de la elfa, el túnel hecho de carne seguía enviándoles oleadas de luz escarlata. Incapaz de hablar, las señaló. Dibujó una palabra con los labios. *Calor*.

Aleatha hizo una seña a Antinea para que aguardase. Olvidándose del pudor, se

acercó a una de las paredes del túnel y puso una mano sobre ella. La apartó al instante, con una mueca de dolor. Se volvió hacia él.

—Suéltale, Antinea.

—Pero te hacía daño —insistió ella—. Te hacía lo que ellos... nos...

—He dicho que le sueltes. —Echó otro vistazo alrededor—. No ha sido culpa suya.

Cuando la afilada presión se apartó de su garganta, Aisaan se abalanzó sobre un rincón. Allí vomitó lo poco que quedaba en su estómago. Supo que no sólo se vaciaba de comida, sino de aquel imperioso anhelo que les había poseído.

Cuando se levantó, la vergüenza había reemplazado a la alarma. Incapaces de mirarse, los dos se vistieron en silencio, ante la impávida presencia de aquel ser de piedra, que de repente parecía el menos extraño e inhumano de los tres.

—Supongo que el amor tiene muchas caras —comentó él, limpiándose las comisuras de los labios. A pesar de haber vomitado, el sabor y el olor de ella seguían adheridos a su piel.

Aleatha no dijo nada. De repente, el espacio entre sus botas había reclamado toda su atención.

—Todas despreciables —zanjó la estatua—. Venid. He encontrado una salida.

4

Hola, Melquíades.

Hola.

...

¿Quién eres?

¿Quién crees que soy, Melquíades?

...

Exactamente.

...

¿En qué piensas?

¿Qué va a pasar ahora?

Eso depende. ¿Tienes algo que contarme?

—Cuidado con lo que deseas. —Aleatha repitió el viejo dicho—. Le pedimos al árbol que nos llevase al corazón de la Catedral.

Antinea les había guiado a través de la telaraña de pasadizos. Ninguno había vuelto a pronunciar palabra. Cada vez que Aleatha hacía rodar sus ojos en la dirección de Aisaan, este se apresuraba a apartar la mirada. La elfa hacía lo mismo cuando le descubría mirando hacia ella. Y por encima de todo, intentaban alejarse de aquel calor que imperaba en los túneles, y que les deslizaba absurdas ideas bajo la piel.

Habían seguido el curso del río hasta una caverna de techos imposiblemente altos. El río desembocaba en ella. En su centro había un estanque en el que podría haberse construido un galeón. La corriente vomitaba los corazones en su interior. Describían una perezosa elipsis alrededor del agua, una suerte de torbellino cadencioso. En algún punto de la espiral, una fuerza desconocida los levantaba en el aire. Se elevaban entre chorretones de agua y sangre, sin abandonar su siniestra traslación. Ascendían hacia el techo de la caverna. De allí surgía de nuevo aquella luminiscencia carmesí que habían aprendido a temer como a un augurio. Aquella danza aérea cortaba la respiración.

—Aquí termina el Despecho —sentenció Antinea.

—No, aún no. Hay algo allí arriba, detrás de esa luz. Allí nos espera el final.

—Esto es increíble —dijo Aisaan.

Aleatha se volvió hacia él.

—¿Por qué increíble? ¿Te es más fácil creer que hayas desatado una plaga de amor sobre Mandressla?

El suplicante reaccionó como si le hubieran abofeteado. Con un guantelete de espinas.

—Yo no...

—Tú sí, Aisaan —interrumpió—. Tú sí. Todos oímos lo que dijo la criatura que poseyó a Melquíades.

—¿Crees que es momento de hablar de esto? —dijo él, abarcando con los brazos la cueva y la columna de corazones flotantes.

—Llevas toda la noche diciendo eso. Evitar hablar de ello no hará que desaparezca. Todos compartimos ya nuestros Secretos. Todos menos tú. Así que sí, Aisaan, creo que es ahora el momento de hablar de esto.

Él respiró hondo. Por un momento, aleteó en sus ojos algo coriáceo y agrio, algo peligrosamente cercano a la animadversión. Aleatha atisbó el reflejo retorcido de todo lo que había dicho el demonio dentro de Melquíades. Pasó tan pronto como apareció.

—No puedo —dijo al fin—. Lo siento, no estoy preparado.

—No podemos hacer nada para obligarte. —No intentó disimular su decepción—. Pero no creo que haya otro momento más.

—No quiero morir sin ver el final —dijo entonces Antinea—. ¿Habéis pensado lo terrible, lo tremendamente injusto que sería llegar hasta aquí y fracasar? Para bien o para mal, quiero saber cómo termina esta historia.

Sus palabras pesaron sobre ellos. Recordaron a los que habían quedado atrás. De alguna manera, el azar, el destino, el Sueño, el Padre o la fuerza que moviese el curso de sus vidas les había traído hasta allí. No podían, no sabían concebirlo de otro modo. Llegaron a la misma conclusión de forma callada: si había una voluntad que les había permitido entrar en aquella cueva maldita, tendría que permitirles curar la Plaga. De otro modo, la vida no sería más que una partida en un juego absurdo y pueril.

—Vas a ver el final —le aseguró el suplicante—. Te lo prometo. Tenemos que llegar hasta ahí arriba.

—Quizá aquello sea una entrada. —Antinea señaló.

Al otro lado del estanque, dos planchas dobles de metal, incrustadas en la piel de la cueva, hacían las veces de puerta. Las rodeaba un cerco de sangre coagulada y músculo violáceo. Al verlas, la misma sensación de irrealidad que les había asaltado varias veces en la noche volvió a apoderarse de ellos.

—Esta puerta tampoco pertenece a este mundo —dijo Aleatha.

Las puertas se abrieron como activadas por un resorte. Al otro lado, les esperaba su propia imagen invertida, atrapada en el espejo que cubría toda la pared. El resto era sólo un minúsculo habitáculo sin salida, bañado por una imposible luz blanca que surgía del techo. Más planchas metálicas recubrían las paredes y el suelo.

—Es un callejón sin salida —se lamentó Antinea.

—No —dijo Aleatha—. Espera. Entremos.

—¿Por qué?

—Hazle caso —barbotó Aisaan, leyendo el impulso de la elfa y compartiendo la misma sensación ultraterrena.

En cuanto entraron, las puertas volvieron a cerrarse a su espalda.

—¿Y ahora qué? —preguntó Antinea, en voz demasiado alta—. Estamos encerrados aquí dentro.

—No estamos encerrados —dijo la elfa.

Junto a las puertas había otra lámina metálica, de tamaño más reducido. Tenía grabada una hilera de tres símbolos, tan incomprensibles para ella como el que estaba en la esfera del Oráculo. Alargó la mano para tocar uno de ellos.

—Ten cuidado —advirtió Aisaan.

—No me digas lo que tengo que hacer —advirtió ella a su vez.

Cuando lo tocó, las paredes se estremecieron como si estuviesen en una caja de

alfileres sacudida por un gigante. Experimentaron una sensación de movimiento, un vuelco desconocido en el estómago. La luz del techo, que surgía de una especie de varita blanca, refulgía y vibraba como una dinastía de luciérnagas.

—¿Qué va a pasar ahora?

Como respuesta a la pregunta de Antinea, Aleatha extrajo uno de los frascos, lista para lanzarlo si algo atravesaba las puertas. Ninguno buscaba palabras de consuelo. No había aliento que dar a los demás. Estaban en la Catedral. Era sólo cuestión de tiempo. Tenían los nervios en tensión, la respiración acelerada.

El movimiento se detuvo.

Las puertas se abrieron.

Aleatha levantó el frasco.

Lo que había al otro lado hizo que bajase lentamente la mano. Aleatha vio cómo Aisaan se quedaba boquiabierto. Cruzó el dintel con pasos cautelosos, adentrándose allí donde la esperanza se rompía con un sonido de cadenas.

6

Comprendo. Es una historia hermosa.

Es la única que tengo.

¿Qué quieres hacer ahora?

Quiero volver.

...

Por favor.

Si vuelves, me dejarás sola.

Tengo que volver.

...

...

...

¿En qué estás pensando?

En que quizá podamos llegar a un acuerdo.

Viendo a los ocupantes de aquella celda, Aisaan experimentó una de las penas más hondas de su vida. Sintió que debía al mismo tiempo arrepentirse y estar agradecido a su Señora por no haber corrido la suerte de aquellas pobres almas resquebrajadas. El eco de lo que Melquíades había dicho retumbó en sus oídos.

no puedo salvar a todos los que has condenado

Se arrebuñaban, oscilando entre la inconsciencia y el terror. Era imposible saber cuándo les habían confinado en ese agujero, ni cuándo fue la última vez que les alimentaron, que durmieron, que respiraron un aire distinto de aquella ponzoña viciada. Les habían sometido de manera sistemática, desprovisto de dignidad, de cordura. De sueños. A simple vista, ninguno tenía marcas de amor en sus pieles. Sólo eran pobres personas que habían encerrado en una letrina infernal con algún propósito retorcido.

destruyes todo lo que tocas

Casi sentía miedo de acercarse a ellos, de asomarse a sus ojos, de que éstos le contasen los horrores que habían acontecido en aquella parcela del infierno. Aleatha y Antinea se mantenían a su espalda, mudas y circunspectas como asistentes a un entierro.

todo lo que se cruza contigo acaba en pedazos

El suplicante se inclinó junto a un montón alborotado de presos. Entre ellos había una mujer joven; no debía de haber alcanzado la treintena. Por su aspecto, estaba claro que nunca la rebasaría. La mugre, la sangre y el óxido conformaban una máscara de tragedia en su piel. Tenía magulladuras y heridas por el cuerpo. La vida en sus pupilas se había apagado, muerta ya sin haber muerto ella. Aisaan sintió cómo la pena se mudaba en una cólera terrosa, sorda y enfebrecida.

tú eres lo que está acabando con Mandressla

Le acarició el pelo mustio. Estaba fría, húmeda de desolación y rotundo abandono. Ni siquiera intentó esquivarle. Hedía a sudor podrido y a miedo. Sus iris apagados continuaron fijos en algún lugar, quizá mejor que aquel. Aisaan no pudo, ni

quiso, reprimir las lágrimas.

tú eres la Plaga

—Marchaos —dijo el suplicante.

A pesar de estar de espaldas a ellas, notó el desconcierto en las dos mujeres.

—Esto no puede continuar. Voy a entregarme a ella.

—Ni siquiera lo pienses —dijo Aleatha.

—No lo pienso. Lo voy a hacer. Es la única manera de que termine; darle lo que quiere.

—No puede ser que todo esté pasando por tu culpa, Aisaan —murmuró ella—. Siento lo que te he dicho antes. Quería hacerte daño... no sé por qué.

—No importa —dijo él—. Tenías razón. Todo es culpa mía.

La pregunta en los labios de ella no llegó a formularse. No hacía falta. Sabía bien que tendría que sincerarse con ellas tarde o temprano. Como había dicho Aleatha, no habría otro momento. Contempló la expresión ausente en el semblante de la prisionera.

—Parece que pasó hace meses, pero ha sido esta misma noche —suspiró—. Todo comenzó en la Voz del Acero.

La mano de la prisionera se cerró sobre la suya.

Fue una impresión tan fuerte que Aisaan resbaló y cayó sentado al suelo.

—No hagáis ruido —susurró ella—. Vais a despertarle.

—¿A quién? —susurró a su vez el suplicante, luchando por controlar el galope de sus latidos.

—A lo que vive detrás de esa pared.

Algo se revolvió al otro lado del muro. Algo voluminoso. Antinea y Aleatha retrocedieron, enarbolando sus armas. Se oyó un gruñido amortiguado, hondo y negro.

—Maldita sea —dijo la mujer—. Está despierto. Cuando venga, no os mováis. Pero tampoco os quedéis quietos del todo. Que parezca que estáis vivos. Si cree que estáis muertos, os devorará aquí mismo.

El ser al otro lado de la pared se movía. Unos contundentes pasos de martillo retumbaron, amortiguados, haciendo caer un polvillo de las juntas del techo. Fuera lo que fuera, era gigantesco.

—¿Qué demonios es? —dibujaron los labios de Aisaan.

La mujer no contestó hasta que los pasos dejaron de sacudir la tierra. Pasó un tiempo preñado de tensión. Poco después, un silencio amodorrado se hizo dueño de las tinieblas en la sala.

Entonces les contó lo que había sucedido en aquel lugar.

—Le llamó Abandono —concluyó—. A veces viene y se lleva a alguno de nosotros.

—¿Para qué?

—Están construyendo algo, creo. Y les hacemos falta.

—¿Os hacen trabajar en este estado?

—No. Somos la materia prima.

Antes de que Aisaan pudiese preguntar qué significaba eso, la mano esquelética de un prisionero tiró de su manga. Las dos mujeres guerreras se adelantaron. Él las detuvo con un gesto.

El hombre descansaba junto a la mujer. Le obligó a acercarse. Sus dedos de uñas arrancadas se cerraron sobre el cuello de su túnica. Aisaan comprobó que le habían sacado los ojos. Debía de ser joven, pero estaba destrozado.

Le habló. Aisaan no comprendió una palabra de lo que decía. Desgranaba frases atropelladas en un idioma críptico, resbaladizo y acuoso. Intentó hacerle entender que no hablaba esa lengua, cuando el desconocido pronunció su nombre. En ese instante, la lengua del Imperio empezó a brotar de sus labios ajados.

—Necesita un corazón —continuó; no parecía ser consciente de haber empezado a hablar en otra lengua—. Pero no uno cualquiera. Necesita un corazón como el tuyo. Eso es realmente el Despecho. Buscan a alguien que le recuerde a ti. Intentan crear un corazón igual que el que rompió el suyo. Pero aún no lo han conseguido.

Aisaan se mordió el labio.

—Pero ¿por qué vosotros? —preguntó, sintiendo una punzada en el pecho.

—Todos los que estamos aquí nos parecemos de algún modo u otro a ti. Para ellos, no somos más que ingredientes.

—¿Cómo sabes mi nombre? —tartamudeó—. ¿Quién eres?

Él le mostró una sonrisa de encías despobladas y sanguinolentas.

—¿No me reconoces? —preguntó—. Supongo que así funciona de este lado. Tendré que resignarme.

—Por favor, respóndeme —insistió—. ¿Quién eres?

—Quise venir hasta aquí para ayudaros. Para ayudarte. —Hizo amago de acariciarle, pero le tembló el pulso—. No sabía que sería así. Pero ahora lo comprendo todo.

—¿Qué es lo que comprendes?

Un desesperado tirón hizo que se acercase más.

—Está atrapada —susurró, exhausto—, dentro de la Voz. Nadie puede entrar en la Voz si no hay amor en su corazón. ¿Comprendes? Ella ya no tiene corazón, por eso no puede salir. Te necesita para salir, Aisaan. —Pegó su boca al oído del suplicante—. Tiene la Ciudad del Amor en su mano. Arrebatádsela, y no tendrá más poder.

Aisaan quiso preguntarle qué quería decir, pero el prisionero no pudo seguir

hablando. Acusó el esfuerzo que había hecho, y se derrumbó. Moscas gordas como dátiles se alimentaban de sus heridas. Aisaan las espantó y le ayudó a apoyarse en el muro.

—Esto es lo que la carne hace a la carne —se lamentó la estatua.

La otra prisionera, que había atendido en silencio al diálogo, le dedicó una mirada perpleja. Algo se quebró en su garganta cuando preguntó:

—¿Antinea?

8

Al principio no fue el Verbo.

Fue el Dolor.

Todos sus sentidos, todo su ser, todo lo que era se borró en una nebulosa espiral de dolor. Fue incapaz de decir cuándo empezó, sólo pudo sentir la despiadada sonrisa que desde la negrura le anunciaba que no era más que el principio. Intentó gritar, pero carecía de garganta. Intentó llorar, pero no tenía ojos. Sólo había oscuridad. Sólo existía aquel dolor lacerante. Sus manos palparon su propio cadáver, rebuscaron en sus intestinos, se adentraron hasta los codos en su cuerpo enfermo. Encontraron lo que buscaban, y entonces se dio cuenta de que no eran sus manos. Y de que estaban calcinando todo lo que había en su interior.

Estaba solo, perdido; hasta la muerte le había denegado el descanso que les otorgaba a los demás. Gritó con su mente lo que su cuerpo prohibía. Puso toda tu fuerza de voluntad en enviar un mensaje, una súplica hacia la luz, fuera del abismo donde se encontraba, que se elevase a los dioses a los que jamás rezó. Pero no había Verbo.

Sólo había Dolor.

Y, de pronto, todo cesó.

Emergió a la superficie de la conciencia como una exhalación, buscando el aire que hasta hace un momento le torturaba al respirar. Lo primero que notó fue el vacío dentro de sí. La Plaga se había ido, y se había llevado con ella todo aquello donde había arraigado. Mientras los recuerdos de su infancia se marchitaban y las manos de su madre se disolvían en la nada definitiva, recitó distraídamente los nombres de los humanos que le habían acompañado en aquella noche interminable. Llegaron hasta él como una información vaga, intrascendente. Ahora importaba algo más.

En ese instante se dio cuenta de que era capaz de ver, de oír, de sentir el tacto de la madera frente a él. Estaba arrodillado en mitad de las tinieblas, golpeando como un enajenado una puerta. Sus dedos trémulos se cerraron sobre el picaporte.

9

La atónita mirada de Aisaan osciló entre Antinea y la mujer. A pesar de su evidente debilidad, ella se irguió. Así, en pie, pudieron apreciar lo trágico de su aspecto. Renqueó hacia la estatua, con pasos rígidos y vacilantes. Antinea dejó caer la lanza. Se quebró en dos al golpear el suelo.

—Aaszia —dijo—. Te han traído aquí... creía que habías muerto.

La mujer se detuvo frente a Antinea.

—Reconocería tu voz en cualquier rincón del mundo. No esperaba que fuera así la próxima vez que te viera.

Aisaan habría jurado que la estatua temblaba. En aquel mundo que se había vuelto loco, ella era la débil, y aquel despojo humano era la roca en la que tuvo que apoyarse.

—Aaszia —tartamudeó—, yo... yo... lo siento. Fue culpa mía.

Los labios de Aaszia se curvaron, y se encontraron contemplando la suma de toda la ternura del mundo contenida en una sonrisa. La desesperación y el miedo huyeron de ella como el mar huye del faro al bajar la marea.

—No fue culpa de nadie. Yo también lo siento.

—Ya no importa.

Aaszia alargó una mano y tocó el aire, donde debería estar la cara de su hermana. Sucedió entonces una de esas cosas que despiertan la incredulidad de los corazones amargos, que hacen rumiar una envidia gris a los escépticos y a los descreídos. Aaszia tocó la cara de Antinea. Su cara estaba ahí. Surgía, traslúcida, de la horrible ausencia de su cabeza. Piel y cabellos y ojos y sudor y dientes y lágrimas fantasmales, pero humanos.

—Te quiero —dijeron sus labios de espectro.

—Te quiero —dijo su hermana.

Ambas se abrazaron. Antinea murió en ese mismo instante, pero fue una dulce muerte. Su cuerpo de piedra empezó a desmoronarse, a deshacerse en un polvo errático, arena y esquirlas que formaron un montoncillo a los pies de Aaszia. Todo

sucedió en pocos segundos. La imagen fantasmagórica se deshizo con la misma rapidez, y la mujer se encontró abrazando el aire. Una serenidad de asceta surgía de ella y se propagaba a su alrededor. Se volvió hacia ellos.

—Gracias —les dijo—. Gracias por traerla hasta mí.

Aisaan dejó escapar un suspiro marino, abismal. Sintió que, aunque fuera por unos segundos, las nubes abandonaban el horizonte.

—Si de verdad eres su hermana —dijo—. Tenemos que sacarte de aquí. Lo prometimos.

Ella movió la cabeza.

—Me temo que en este estado no haría sino estorbaros. Sé que pondréis fin a esto, pero me quedaré aquí esperando a que lo hagáis.

El suplicante sabía reconocer un alma en paz. Le hizo el gesto de bendición de su Señora.

—Espero que ese final que predices llegue pronto. —Se volvió hacia Aleatha—. Ahora sólo quedamos tú y yo.

Pero Aleatha seguía mirando fijamente el montículo que había formado el polvo en el suelo.

—No fue culpa de nadie —repitió, y se giró hacia el suplicante—... no fue culpa de nadie, Aisaan.

—No —reconoció él—, pasara lo que pasase entre ellas, no lo fue. Casi nunca es culpa de una sola persona.

Aleatha hizo entonces algo desconcertante y a la vez maravilloso: se rió. Una risa a borbotones, entre aliviada y sorprendida, quizá un prelude de llanto o quizá una sombra de la alegría que en su día pudo albergar. Era la primera vez que Aisaan la oía reír de forma tan sincera. Supuso que había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hizo.

Aleatha se giró hacia él. Abrió la mano y de su palma brotó un diminuto punto de luz que derramó un resplandor argénteo por toda la celda. Su presencia feérica de plata viva saludó a Aisaan.

—Gracias, Aisaan Sylandarixun —le dijo, empleado su título formal—. Aunque no vivamos para salir de esta noche eterna, a tu lado he encontrado más vida de la que jamás he tenido entre los muros de la Cuna de los Elfos.

—No nos des todavía por muertos —dijo él—. Aún quedan compases en este baile de los secretos.

Ella asintió. Entonces, un tremendo bramido cortó la oscuridad de la celda como una guadaña. Los demás presos empezaron a gemir y a arrastrarse. Aaszia se hizo un ovillo en el suelo. El eco del descomunal grito aún no se había apagado, cuando algo comenzó a golpear el muro. Las paredes temblaron. Aisaan hizo un gesto imperativo a la elfa. Ella cerró la mano, y su luz se extinguió.

Se encontraron a oscuras. Una nueva andanada de golpes les hizo estremecerse. Un mugido llegó hasta ellos. El sonido de un cuerpo que se bamboleaba, torpe, pesado, inexorable. Resonaron pasos viscosos, como si un rinoceronte bailase en una alberca llena de vómitos. Chillaron los goznes de una puerta en algún lugar de la mazmorra. No entró luz alguna a través de ella; algo bloqueaba el dintel. Una respiración de vendaval cubrió los temblores de los presos. Un cuchillo de pavor puro segó sus sollozos y sus llantos. La criatura se arrastró por la celda, tanteando el suelo entre gruñidos y chapoteos. Soltó un eructo de proporciones apocalípticas. Su olor golpeó a Aisaan, penetrante, indescriptiblemente ofensivo y repugnante. Su estómago se volteó; la bilis trepó hasta la garganta. El suplicante, consciente de que eso sellaba su sentencia de muerte, no pudo evitar una arcada. Tosió.

El Abandono giró en su dirección un cuello abultado, una triple papada llena de bubones y pupas. Se desplomó como una avalancha en su dirección, entre una profusión de humores, erupciones y ventosidades. Aisaan temblaba. Intentó aguantar la respiración, pero el corazón se le había desbocado en el pecho. La repugnancia había abierto brecha en él. Reculó hasta una esquina, mientras el gigante se le acercaba. No había adónde ir. Siniestras imágenes abrían tajos en su imaginación; vio en su mente las fauces de la criatura, enlutadas por las tinieblas de la mazmorra. El calor que desprendía le hacía sentirse sucio. Se cubrió, a sabiendas de que era inútil. Es el fin, se dijo. Va a devorarme.

Y entonces sucedió.

—¡Javi! —resonó en la mazmorra—. ¡Apártate de él!

Aisaan sintió la repugnante vaharada que levantaba el Abandono al volverse. Los insectos que corrían por su piel zumbaban. Sus huevos eclosionaban provocando un mundo de nuevas pestilencias.

Las sombras que les rodeaban se agitaron como serpientes enloquecidas, dejando tras de sí una claridad grisácea que no era luz, sino ausencia de oscuridad, un retazo del mundo sin colores que ya había presenciado en las catacumbas. Aisaan pudo por fin vislumbrar la hercúlea mole del Abandono. Las tinieblas se fundieron en una negrura oleaginosa, plástica, que envolvió el cuello del monstruo. El extremo de esa negrura terminaba en las manos del prisionero sin ojos, que avanzaba hacia él tambaleándose. Tiró de las ligaduras de sombra para obligarle a apartarse del suplicante.

Aleatha aprovechó la oportunidad. Saltó hacia él enarbolando sus mortales filos. Un brazo goteante y lechoso, grande como un tronco, golpeó su cuerpo en el aire. La envió volando al otro lado de la celda. El crujido que resonó cuando su cabeza impactó contra la piedra erizó la piel de Aisaan. El cuerpo de la elfa cayó al suelo con un ruido apagado.

—¡No, Javi! —gritó el prisionero—. ¡Lucha contra ella, por favor! ¡Piensa en

Raúl! ¡Piensa en los que te quieren de verdad!

Más retazos de oscuridad se enrollaron alrededor de las muñecas del Abandono. Aisaan vio al prisionero temblar como una hoja medio podrida. El esfuerzo de mantener los tentáculos le mataría.

El Abandono profirió un chillido que tenía algo de cerdo y poco de humano. Sus brazos arañaban la oscuridad que le constreñía. Los demás prisioneros se arrebujaban en sus rincones, intentando por todos los medios evadirse del enfrentamiento. El aullido de la criatura encogió sus corazones. Las cadenas de oscuridad empezaron a rasgarse. El prisionero se estremeció como si estuviese rompiendo su propia piel. Se volvió hacia Aisaan.

—Carla —llamó, con una calma imposible en mitad de aquella pesadilla—. Ya lo he comprendido. Ya sé cómo se le dice te quiero a alguien a quien quieres. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de explicártelo. Ojalá hubiera podido hablarte de tus colores.

Antes de que dijese nada más, el Abandono partió en dos las ligaduras que le ataban. Se lanzó hacia delante como una inundación. Aisaan, paralizado por el terror, quiso taparse los ojos. No pudo. Las garras de obsidiana se cerraron sobre el pecho del prisionero. Lo levantó en el aire, hacia sus fauces. Tuvo tiempo de proferir un único grito antes de que su cabeza desapareciese en una bruma babosa y aserrada.

Aisaan chilló y lloró y siguió chillando.

El Abandono dejó caer el cuerpo decapitado al suelo. Se giró hacia el suplicante. Él quiso obligarse a reaccionar, pero fue incapaz. Vio a la criatura estirar hacia él una garra llena de uñas renegridas. Y vio una mano pequeña, ennegrecida de mugre y miseria, tocar la zarpa del monstruo.

—Llévame a mí en su lugar —dijo Aaszia, y se volvió hacia él—. Gracias por reunirme con mi hermana.

—¡No! —gritó él, y esta vez fue capaz de cerrar los ojos, odiando cada latido que daba su corazón.

Un nuevo alarido atravesó sus oídos, esta vez de dolor. El Abandono pasó a su lado camino hacia la salida. El cuerpo inerme de la mujer colgaba de sus garras. Cuando la puerta volvió a cerrarse a su espalda, el sollozo del suplicante resumió el horror con cuatro simples palabras.

—No te la lleves.

10

La puerta se cerró a su espalda con un chasquido apagado y desapareció en el acto. Estaba en una habitación a oscuras. Eso era todo. Intentó manipular las sombras. No pudo. La sorpresa duró el lapso entre dos parpadeos. La explicación llegó a él como una lluvia temprana. Ya no tenía que manipular las sombras. La voz de su Madre sonaba amortiguada. Tardó un instante en comprender que venía de su interior.

Caminó alrededor de la estancia. No era más que un dormitorio corriente, con unos muebles de un diseño extraño, quizá extranjero. Empujó distraído una mecedora vacía que había junto a la cama. Su mente elucubraba las más fantásticas teorías sobre qué era aquel lugar, por qué le habían llevado allí, y qué ocurriría a continuación. Entonces vio el cráneo sobre la mecedora.

—¿Dónde me has traído, Madre?

La respuesta no tardó en llegar. Comprendió lo que tenía que hacer. Dejó el cuadro sobre la mesita, y se mordió con fuerza la muñeca. La sangre se derramó por la herida. Sólo que no era sangre. Era oscuridad, las tinieblas más puras que ningún titiritero hubiera soñado jamás manipular. Se envolvió en ellas, dejó que le contasen los secretos de lo que había ocurrido en esa habitación.

11

Las puertas le devolvieron una imagen muerta. Volvían estar dentro del habitáculo metálico.

—¿Dónde nos llevará ahora? —preguntó Aleatha.

Aisaan no respondió. Sumido en un silencio desacostumbrado, se golpeaba débilmente la parte posterior de la cabeza contra la pared. Se daba cuenta por primera vez de lo perdidos que estaban, de lo lejos que habían quedado los finales felices. No había dioses que velaran por ellos. Aleatha podía leer la soledad en sus ojos. Tuvo el impulso de tocarle. No llegó a hacerlo. Se acercaron el uno al otro, tan levemente que ninguno de los dos se dio cuenta.

El traqueteo volvió. Aleatha se masajó la sien. Había tardado en despertar tras el golpe contra el muro. No había sido fácil hacer que Aisaan dejase atrás al prisionero

muerto. Aleatha había esperado en silencio mientras él mecía su cadáver sin cabeza, ungió con el contenido de uno de los frascos su pecho, sus manos, su cuello y sus pies. El suplicante había lavado la sangre que manchaba su torso ante la impasible mirada de los demás prisioneros. Cuando acabó, cubrió lo que quedaba del cuerpo con su propia capa, y le dijo que podían marcharse. Aleatha no pudo escapar a la sensación de que habían perdido algo muy importante.

—¿Seguro que es esto lo que quieres hacer? —había preguntado Aisaan antes de que entrasen en la habitación metálica—. Ya oíste al prisionero; el camino para acabar con esto no pasa por la Catedral del Amor. Emmeleia está en la Voz.

—Aisaan —le respondió ella—. Tengo ya claro que los rebeldes no existen. Nadie va a ayudarnos a escapar, o a erradicar la Plaga de Mandressla, o a curar a Tasianara, o a lo que quieras, más que nosotros mismos. Si no rescatamos a esa pobre mujer, nadie lo hará.

Aisaan calló. Aleatha adivinó el significado de su silencio.

—No soy imbécil, Aisaan. Sé que salvar a Aaszia no salvará a Tasianara. Pero tengo que hacerlo. ¿Me comprendes?

Él asintió, circunspecto. El traqueteo continuaba.

—Lo que pasó en los túneles... —empezó él.

—Entiendo que estábamos bajo la influencia de lo que sea que despiden esas paredes. No es necesario que ahondemos más en ello.

—Está bien —accedió el suplicante—. Sólo quería pedirte perdón. Si en serio crees que la vida de los efímeros es tan fugaz, te ruego que no tengas en cuenta un único acto inconsciente.

Ella asintió.

El traqueteo cesó bruscamente. Las puertas volvieron a abrirse.

Estaban en un corredor angosto, pobremente iluminado. En uno de los laterales se abría una balconada desde la que se adivinaba un piso inferior. Desde allí llegaba hasta ellos el mismo resplandor rojizo. Se asomaron con cautela, para volver a esconderse bruscamente. Los balcones daban a la nave principal de la Catedral del Amor. Todo estaba lleno de enamorados, vestidos con el atuendo de Sylandarix. Ambos comprendieron. No saldrían vivos de allí.

El interior constaba de dos amplias galerías perpendiculares, unidas formando una cruz y compuestas por una serie de arcadas consecutivas. Teas encendidas por doquier, ninguna vela. En la intersección de las dos galerías había un estanque cuadrado, lleno de un líquido rojo y espeso. Ninguno dudó qué era. Allí acababan los corazones que levitaban desde la caverna. La niebla roja surgía de aquella ponzoña carmesí y reptaba hacia la ciudad. Cada centímetro de piedra, desde el suelo al techo, estaba cubierto por una apretada sucesión de símbolos, que seguramente alguien entrenado en artes oscuras como Melquíades habría reconocido. Ninguno de ellos lo

hizo, pero no por ello dejaron de sentir un escalofrío al ver las marcas grabadas en los muros.

Algunos enamorados bordeaban el estanque, removiendo con varas los corazones que flotaban en él. Otros se limitaban a esperar entre la niebla. En un extremo del estanque, diez prisioneros aguardaban cabizbajos, sumisos, sin dar muestras de reacción al horror que estaban presenciando. La última en la hilera era Aaszia. Aisaan tragó saliva. Ese lugar era para él.

Una figura entró en su ángulo de visión. Estaba de espaldas a ellos. Al verle, algunos de los prisioneros gimieron, balbuciendo súplicas inconexas. Aisaan le reconoció, y supo que eran en vano. Pensó en Tadeus, y esbozó una plegaria por su alma.

El Rencor se paseó entre los dolientes, bebiendo su desesperación, deleitándose como un gato ante un ratón cojo. Parte de su cráneo seguía siendo de piedra, recuerdo de su último encuentro con el amadís. Se detuvo frente a uno de los prisioneros. Era un hombre joven, destrozado hasta lo indecible. Un dedo imposiblemente largo y violeta recogió un poco de sangre de una herida. El Rencor se lo llevó al embozo. Ladeó la cabeza.

—Tienes un corazón noble —dijo la caverna de su garganta—. Eres capaz de sacrificarte por aquellos a los que amas. Servirá.

La siguiente en la fila era una mujer madura, con el pelo rapado y la cara magullada. Le habían arrancado los pechos a mordiscos. Numerosos cortes recorrían toda su piel agrietada. El monstruo introdujo el dedo entre la cruda herida del pecho, llegando hasta lo más profundo de la carne. Volvió a extraerlo y a probarlo. Ella resistió sin abrir la boca.

—Tienes temperamento —auguró—. Estás hecha de hierro por dentro. Sería difícil que pidieras ayuda a otra persona, a no ser que fuese para ayudar a otro.

Continuó así, pasando entre ellos, probando su sangre, mirando dentro de sus almas y describiéndoles como si pudieran oírle. Cuando hubo pasado por todos, se alejó de la fila, poniéndose fuera del límite de su visión. Contuvieron el aliento.

Una ráfaga de aire salido de ninguna parte recorrió la Catedral, haciendo temblar las llamas en las teas, erizando la piel de los prisioneros y la suya propia. Aquella brisa enigmática arrastró consigo palabras que reptaron por los recovecos de la piedra, reverberando hasta su escondite.

Rencor, llamó el viento.

Me estoy impacientando.

—Casi lo hemos conseguido, Santidad —resonó la voz de la criatura en algún lugar de la nave. Se percibía el temor con el que hablaba—. Estamos a punto de

realizar la última prueba.

*Hazlo
y enfréntate a las
consecuencias
si fallas*

—Sí, Santidad.

Volvió a aparecer junto al primero de los prisioneros.

—Nobleza —dijo.

Y le arrancó el corazón.

Aisaan tuvo que morderse la mano para no gritar. El viento hizo danzar las llamas. El hombre murió entre convulsiones. La herida le chorreaba sobre el torso. El Rencor arrojó el corazón al jugo del interior del estanque, que comenzó a burbujear. Los símbolos grabados en el suelo y en las paredes despidieron un repentino resplandor escarlata.

—Tenemos que hacer algo —susurró el suplicante.

—Quédate aquí —dijo Aleatha.

—No. Te lo ruego, no me dejes al margen de esto.

—Escúchame, Aisaan. —Le agarró por los hombros—. Ellos te quieren a ti. Tú sabrás por qué. Es a ti a quien buscan. No puedes dejar que te vean, o todo se habrá extinguido.

—Pero...

—Entrar aquí ha sido una mala idea. Pero ahora tengo que rescatar a Aaszia. Si no lo consigo, tienes que poner fin a esto.

—¿Cómo? —exclamó él, con la voz tomada—. No sé cómo hacerlo.

—Encuentra a Emmeleia. Detén esta locura. —Lo que dijo a continuación le cogió por sorpresa—, por favor.

El Rencor repitió la operación. Estrujó el corazón de la segunda mujer mientras ella manoteaba y golpeaba cada vez más débilmente su brazo nudoso. El órgano aún humeante chapoteó en el pozo.

—Temperamento —sentenció.

Aleatha se encaramó de un salto al balconcillo. Ya tenía un frasquito en cada mano. Lanzó ambos con una precisión mortal. Se estrellaron en la nuca del Rencor. Una llamarada azul envolvió su cabeza calva. La criatura soltó un alarido sorprendido y furioso. Las llamas se apagaron casi en el acto, doblegadas por su monstruosa voluntad. La elfa se dejó caer hacia la nave inferior al tiempo que el Rencor se giraba y la reconocía.

—Acabad con ella —dijo, y arrancó el tercer corazón.

Aleatha cayó al suelo como un gato. Flexionó las piernas. Los suplicantes de Sylandarix se le aproximaron. El petate repleto de viales colgaba de uno de sus hombros. Sus djals estaban apretados, compactos de pura determinación. Con un grito de guerra sunnai, se abalanzó hacia ellos. Los suplicantes empezaron a rodearla. Aleatha tomó impulso y saltó sobre una de las arcadas. Corrió por encima de la pared hacia el estanque. Los viales volaban de sus manos.

Aisaan no quería ver el resto de lo que estaba pasando. Imaginaba que si gritaba, si dejaba libres los demonios que le surcaban el alma y el cuerpo, no podría parar. La habitación metálica seguía allí, esperando a que admitiese su cobardía y abandonase a Aleatha. Como había abandonado a Tadeus. Como había abandonado al prisionero sin ojos. Como había abandonado a Aaszia. Abajo, el Rencor continuaba con su obra oscura, arrancando corazones y arrojándolos al pozo. El resplandor escarlata se intensificó. Se sucedían los gritos de dolor y los bramidos de las criaturas contra las que la elfa luchaba en solitario. El suplicante ocultó la cara entre las manos. Sollozó.

Alzó la vista cuando intuyó una presencia frente a él. Se encontró mirando a su propio reflejo en una máscara dorada.

El séptimo corazón cayó en el pozo. Aleatha intentaba avanzar hacia la hilera de condenados, pero los suplicantes seguían cerrando filas a su alrededor. Lanzaba a diestro y siniestro los viales. El líquido impregnaba sus pieles enfermas y estallaba con una llamarada azul. Estaba rodeada y cubierta de heridas. Pero sobre todo, estaba agotada. No aguantaría más. Se encaramó a una de las bancadas. El cansancio se adueñó de ella, perdió el equilibrio e hincó una rodilla en el suelo. Apretó los dientes.

—Esperad.

Los suplicantes no cayeron sobre ella. Se abrió el círculo que habían formado a su alrededor, dejando paso a una figura. Aleatha la vio, y se irguió.

—Hola, Tasianara.

—Deberías haber escapado.

El Rencor se hallaba en el borde del estanque, mirando expectante el interior. Las runas a su alrededor cantaban con las lejanas voces de un millar de súcubos, el sonido se multiplicaba en las bóvedas, prístino y aterrador. Del caldo rojizo emergió una cabeza impregnada en grumos de sangre oscura y truculenta. Unos brazos palmorearon el suelo a los pies del Rencor. Un ser salía del pozo como el resultado un parto infernal. Arañaba el suelo intentando retrepase, volvía a caer, se aferraba con una voluntad nacida de una desesperación sin nombre. Lo único visible en su rostro era una boca que parecía demasiado grande para su cabeza.

—¿Otra vez tú? —preguntó Aisaan.

El enmascarado asintió. Por fin, Aisaan pudo oír su voz embozada.

—¿No pensarás quedarte ahí escondido mientras te necesitan, verdad, jovencito?

Cuando el Rencor arrancó el noveno corazón, hubo un murmullo en la nave. Lo

sostuvo en alto sobre la criatura y se lo tendió. Sus manos rojas lo agarraron con ansia. Se lo llevó a la boca y empezó a devorarlo. La sangre salpicó todo a su alrededor, pero el recién nacido cobró fuerzas para seguir encaramándose. Por fin, consiguió apoyar medio cuerpo fuera. Tenía forma humana, pero estaba tan cubierto del aquel pringoso líquido amniótico que era imposible saber si era hombre o mujer. Quizá no importase en absoluto. Lo único que en ese momento contaba era que, por fin, impulsó las rodillas y cayó al suelo, entre convulsiones agotadas y humores virulentos.

Aleatha depositó la mochila en el suelo, hizo un saludo a su hermana y echó mano de las dagas. Tasianara no esperó a que se preparase. Se lanzó sobre ella con un rugido de pantera. Aleatha era rápida, pero Tasianara lo era aún más. Alargó las zarpas y extrajo ella misma el lapislázu de su hermana. Cruzó las dagas sobre el cuello de Aleatha, intentando rebanarlo. Aleatha bloqueó su ataque con los antebrazos, saltó y le hundió la rodilla en la mandíbula. Tasianara cayó hacia atrás. Las dagas tintinearón en el suelo.

El viento insuflaba vida a las llamas, recorriendo como un vendaval enloquecido los salientes de la piedra, aullando de excitación.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Aisaan.

El enmascarado apuntó al frasco que colgaba del cuello de Aisaan. Luego señaló hacia la temblorosa aberración surgida del estanque, que intentaba erguirse. Aisaan se asomó por el borde del balcón y la vio. El estómago le dio un vuelco.

El Rencor se agachó junto al recién nacido. Puso una mano sobre su frente.

—Bienvenido a la vida en rojo —dijo—. Sólo necesitas un remiendo más.

Y se volvió hacia Aaszia.

12

Siguió desde las sombras la conversación de los dos jóvenes. De nuevo, no reconoció a ninguno de ellos, sin embargo le provocaron una irreal sensación de cercanía, de algo ya vivido. Era incapaz de descifrar el lenguaje que hablaban. No se parecía a nada que hubiera oído antes, y sin embargo tenía la impresión de que podría llegar a entenderlo. Sólo necesitaba un... empujón, no encontró otra palabra mejor para definir un sentimiento indefinible.

Enarcó una ceja cuando vio lo que sucedió a continuación entre los dos. Cuando

las sombras se retiraron, se volvió a encontrar a solas en la habitación, lejos de los ecos que reverberaban en las tinieblas. Al otro lado de la pared se oían voces. Se dirigió a la puerta. Su mano se cerró sobre el picaporte. Y fue entonces cuando lo oyó.

13

Los suplicantes retrocedían ante el furibundo huracán que eran las dos hermanas. Se sucedían los golpes con una rapidez cegadora. Cada una detenía y arremetía contra la otra. Se sucedían los zarpazos, las fintas y los puntapiés con tal velocidad que era imposible seguir sus evoluciones. Aleatha dio una voltereta y agarró una de sus dagas. Tasianara le hizo perder el equilibrio con una patada en el estómago. La daga volvió a caer.

La sombra del Rencor cubría el cuerpo de Aaszia.

—Está demasiado lejos —dijo Aisaan—. No lo conseguiré.

—Tu inocencia le dará el tono adecuado a este nuevo corazón. —El Rencor agarró a Aaszia de la nuca. Se colocó de espaldas a ella y, sujetándola, la orientó en dirección al espantoso ser que seguía manoteando en el suelo. La criatura se arrastró hacia Aaszia. Sus garras mancharon de rojo sangre sus harapos cuando se apoyó en ella para levantarse. Aaszia no podía gritar.

Aleatha invocó un globo de luz frente a su hermana. Tasianara siseó y se apartó. Rodó sobre sí misma y echó mano de la otra daga. Aleatha la tumbó de un barrido. Tasianara intentó desgarrarle la garganta. Aleatha bloqueó sus zarpas y las atrapó con sus propios brazos. Estaban tan cerca que podría arrancarle los labios de un mordisco. Pero antes de que lo hiciera, Aleatha habló, mirándole directamente a los ojos:

—Perdóname, Tasianara.

Ella se quedó paralizada. La daga cayó al suelo a su lado.

—¿Qué?

—No importa lo que pasó entre nosotras —prosiguió Aleatha—. No fue culpa de nadie. El camino que elegiste fue también el mío una vez. Acepto tu decisión.

Los ojos sin pupilas de Tasianara parecieron crecer.

—Aleatha... —murmuró.

—Te quiero —dijo ella.

Tasianara se derrumbó de rodillas. Prorrumpió en un llanto silencioso. Aleatha

tocó la piel marchita de su cabeza. Los suplicantes se acercaron a ellas.

Aisaan tomó aire.

—Señora, por favor —suplicó.

Lanzó el vial con todas sus fuerzas. El frasco atravesó el aire escarlata con una parsimonia imposible, girando sobre sí mismo. Aleatha lo vio. El Rencor lo vio. La voz en el viento se arremolinó, siseando enfurecida. El recién nacido alzó sus manos afiladas sobre el pecho de Aaszia.

El vial impactó de lleno en la frente de la mujer y se hizo pedazos. Su contenido se mezcló con trozos de cristal y sangre. Aaszia cayó al suelo con un golpe sordo.

—Mierda —dijo Aisaan.

Todo sucedió en apenas un segundo. Del lugar donde yacía el cuerpo inerte de Aaszia y los pedazos del frasco surgió una bruma azul, apenas un remolino al principio. Empezó a crecer y a expandirse como un murciélago abriendo sus alas sobre el mundo. Rodeó al recién nacido como si hubiera una conciencia que la guiase. La boca del monstruo se abrió en un primer y último llanto. En su pecho surgió una mancha negra del tamaño de una mano. Y siguió creciendo. El cuerpo hecho de sangre comenzó a bullir. El Rencor retrocedió. Los brazos de la criatura se descolgaron, su torso se desencajó y su cabeza se desprendió. Se convirtió en una pasta grumosa y maloliente al chocar contra el suelo. Y la bruma azul seguía expandiéndose, acercándose a los demás suplicantes.

El aire, y la voluntad que había detrás de él, gritó con una rabia de temporal. Sacudió la catedral hasta sus cimientos. Las llamas de las teas refulgieron como alientos de dragón. Iluminaron la mueca de rabia del Rencor. Miró hacia arriba, hacia el lugar de donde había venido el vial.

Hacia Aisaan.

No se molestó en ordenar que le apresasen. Sus pies se despegaron del suelo y empezó a ascender hacia él, como un ángel furibundo. Aisaan retrocedió. Se volvió hacia el enmascarado. Ya no estaba allí.

Aleatha observó el ascenso del Rencor. Con el raballo del ojo, advirtió que alguien levantaba a Aaszia en brazos en mitad de la bruma azul. Sus djals se volvieron a erizar al ver de nuevo al enmascarado, que le hizo un gesto conminatorio. No tuvo tiempo para algo tan lento como el pensamiento. Aferró las dagas. Se apartó de Tasianara y, con dos zancadas olímpicas, saltó por encima de uno de los enamorados. Apoyó un pie en su hombro para coger impulso y voló como una saeta hacia el Rencor.

Se quedó corta. Consiguió hundir en la pantorrilla del monstruo la daga que iba destinada a su corazón. Él ni siquiera acusó la herida, sólo volvió la cabeza hacia la elfa.

—¡ABANDONO! —gritó, y se la sacudió de una patada.

Aleatha cayó en el centro del estanque, y enseguida se puso en pie, bañada en todo el dolor de Mandressla. El nivel de la sangre le cubría hasta la cintura. Y sin embargo, un brazo hercúleo surgió del espeso líquido justo frente a ella, seguido de otra extremidad de la misma envergadura. Una figura abombada y enorme como un carromato emergió del estanque, chorreando sangre y otros fluidos cuajados por toda su inabarcable anatomía. El Abandono se esforzó por mantener el equilibrio, y la miró fijamente desde sus dos ojillos como canicas rojas. La bruma azul se extendía por la nave de la Catedral.

El Rencor se apoyó en la barandilla. Aisaan se aplastó contra el muro.

—Esta vez no vas a escapar.

El suplicante lanzó un ruego desesperado a su Señora. *Vade retro*, exclamó. El Rencor vaciló. Perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse para no caer. Eso salvó la vida de Aisaan. Se lanzó hacia la habitación metálica y, encomendándose a Ntsasalé, tocó el último símbolo arcano. Las puertas se cerraron delante de la cara contraída de rabia del Rencor. Aisaan respiró. Lo siento, Aleatha.

La elfa se deslizó entre aquellas piernas gruesas como columnas, obligándose a ignorar la pestilencia que surgía del descomunal cuerpo. Hincó las dagas con fuerza en el bajo vientre del coloso. De la herida manó una baba blancuzca, con el olor de la leche agria y la textura del semen de caballo. Cubrió sus manos. Un dolor abrasador recorrió a Aleatha cuando su piel entró en contacto con aquella repugnante sustancia. Volvió a girar sobre sí misma; el Abandono intentó dejar caer todo su peso sobre ella. A su espalda, advirtió el estruendo que hacía el Rencor al atravesar una de las cristaleras hacia el exterior. Percibió las voces en el viento, y supo que a Aisaan le quedaban segundos de vida.

Las puertas del habitáculo se abrieron. Un vendaval helado y cortante saludó a Aisaan al otro lado. Atravesó el dintel y se encontró con toda Mandressla a sus pies. Apretó los puños. Contempló desolado la destrucción y la oscuridad que habían infestado la ciudad. A lo lejos, la Voz del Acero clavaba en él una mirada penetrante, acusadora. Estaba en la terraza de la Catedral, en la base de las dos torres traseras. Se le erizó el vello. Las gárgolas y quimeras que salpicaban los salientes aullaban su nombre en un coro de voces destempladas. Un viento mefítico salía de sus bocas de piedra, envolviendo al suplicante. Muévete, se dijo. Escapa. Miró a izquierda y derecha. Antes de que pudiera decidirse, la silueta del Rencor levitó por encima de la terraza. Las gárgolas continuaban berreando, enloquecidas.

El Abandono era torpe, pero Aleatha no había tenido un instante de descanso en lo que parecían años. Resbaló entre la sangre, y eso fue todo lo que el monstruo necesitó. Unas manos compuestas de colgajos flácidos de carne muerta apresaron su cabeza. Un dedo mugriento se introdujo por la herida de su oreja, arrancándole un nuevo aullido de dolor. La levantó en vilo. La presión sobre su cráneo era una tortura.

Aleatha pateó y apuñaló su antebrazo con saña, pero el deforme ser era ajeno a sus punzadas de mosquito. Sus ojos bovinos la observaron, oscilando entre la sorpresa y la compasión. No había ninguna inteligencia allí, sólo una amalgama de bajos impulsos y excrecencias. Abrió una boca de la que surgieron insectos y trozos de otros cuerpos que también había devorado.

El Rencor se posó frente a él. Aisaan tragó saliva. Volvió a concentrarse en una súplica a su Señora. Esta vez no consiguió cogerle por sorpresa. La garra del Rencor se cerró sobre su boca, y de un violento tirón, le lanzó a través de uno de los ventanales al interior. Cientos de cristales se clavaron en el cuerpo de Aisaan.

El Abandono estaba a punto de aplastar su cabeza. No quiero morir así, tuvo tiempo de pensar. La muerte, sin embargo, no llegó. La voz de la criatura se derramó desde sus profundos pliegues de carne enferma.

—¿Guuuuuhhhh? —barboteó el monstruo—. Guuuuhhhh.... porfff...fffffav... or... mmmmata... mmmeh. Mahatma... mh... meeeeeeehh.

Algo pasó silbando junto a su cabeza, algo que se rompió al impactar contra el Abandono. Profirió un alarido que contenía el llanto de un millar de bebés y otras tantas hienas. La tenaza en su cabeza se liberó, y se encontró de nuevo en el suelo. Cuando consiguió fijar la visión, no creyó lo que estaba viendo.

—No toques a mi hermana, hijo de mil padres —dijo Tasianara. La mochila con los frascos colgaba de una de sus garras. Aleatha comprobó, maravillada, que dos pupilas de un prístino azul habían aparecido en sus ojos.

—Tasianara —quiso llamarla, pero el Abandono la envió de un manotazo al otro extremo del estanque. El fuego del frasco había convertido la mitad de su rostro en un rescoldo de carbón y brasas, en el que sólo brillaba la perla escarlata de un ojo enloquecido. Embistió con una furia de leviatán blanco hacia Tasianara. Ella corrió hacia él, enarbolando el petate delante de su pecho.

Aleatha adivinó lo que iba a hacer un segundo antes de que sucediera.

—¡NO! —tuvo tiempo de gritar, consciente de su futilidad y su impotencia.

El cuerpo de Aisaan estaba envuelto en una nube de dolor. Tras el telón rojo que cubría su visión, entrevió el lugar donde había aterrizado al atravesar el ventanal. La estancia a oscuras estaba presidida por una enorme campana. Intentó erguirse. Una patada en el estómago le devolvió al suelo. Otra en la frente hizo que la consciencia le abandonase por un momento. Cuando el mundo dejó de dar vueltas, se encontró con el hielo hecho mirada en los ojos del Rencor. Le agarró de una pierna y, como si estuviese hecho de paja, le lanzó contra la campana. Su columna chasqueó al golpear contra el metal. Un tañido sonó, sacudiendo el campanario con un estruendo ensordecedor, capaz de hacer temblar al mundo.

Tasianara y el Abandono chocaron con un estruendo de cometas estallando. Su diminuto cuerpo se aplastó contra el repugnante titán. Las botellas se rompieron en la

mochila. Una hoguera azul envolvió los dos cuerpos, tan intensa y furiosa que se extendió como una ola hacia los suplicantes que les rodeaban, envolviéndoles en las mismas llamas. Aleatha vio el fuego devorar el aire en su dirección, y actuó por instinto. Se lanzó a la piscina de sangre justo cuando la llamarada lamía sus botas. La onda expansiva apagó todas las teas de golpe y venteó la bruma azul hacia las ventanas.

El fuego se extinguió en pocos instantes, como si hubiese consumido todo lo que necesitaba. Dejó a su paso los restos humeantes del Abandono y de Tasianara, irreconocibles, fundidos para siempre en una espantosa talla de carne abrasada. La cabeza de Aleatha salió a la superficie, chorreando y escupiendo sangre. Contempló lo que quedaba de su hermana. De su garganta surgió un grito de dolor, puro y afilado, un aullido de estrella.

Aisaan esperaba el golpe final que le arrancase el corazón. No se produjo. En lugar de eso, el Rencor miraba a la ventana destrozada. Un resplandor de nieve iluminó la opaca oscuridad tras las cristaleras. Fue aumentando en intensidad hasta que el mundo se convirtió en una nada blanca, cegadora. *Cuanto más grande es*, tuvo tiempo de pensar Aisaan. Un ensordecedor silbido cortó el aire y le anegó los sentidos.

Algo atravesó violentamente el rosetón principal de la catedral, que se hizo pedazos y desparramó una lluvia afilada y polvorienta en la nave. Cuando la luz se extinguió, sólo Aleatha quedaba en pie, en medio de los restos humeantes de lechuzas y suplicantes. La elfa se dirigió lentamente hacia la masa carbonizada que había sido su hermana. Su silueta aún se adivinaba sobre los restos del Abandono. En lo que podría haber sido su mano descansaba un prisma de mineral oscuro y nebuloso, cubierto de escarcha. La piedra lloraba por haber perdido su lugar en el cielo. Lo cogió y lo apretó en su puño. Jamás pensó que una estrella caída presentase un aspecto tan insignificante, tan desolador.

Aleatha no lloró esa vez. Los djals dibujaron formas desconocidas en su frente. Un fuego de plata pura brilló en sus ojos. Alzó las manos al cielo, a su Padre. Los dos puñales aparecieron en ellas. Atravesó de un salto el ventanal por el que había salido el Rencor. Se encaramó a las gárgolas y salientes del exterior, ascendiendo como una centella.

Aisaan sólo vio una mancha de color azul que irrumpía a través de la ventana, un relámpago brillante que lanzaba blasfemias en una lengua antigua, rasgando el aire preñado de dolor de la Catedral. El primer golpe lanzó al Rencor contra la campana; volvió a resonar su quejido de trueno. No le dio tiempo a reaccionar. Las hojas se cruzaron, abriendo una flor violeta en su garganta seca. Aleatha saltó. Las dagas se clavaron. Giraron en el interior de las heridas. Volvieron a clavarse. El lapislázuli endurecido con la magia de las estrellas bebió la sangre del Rencor.

Cuando acabó, Aleatha resollaba como un fuelle. Aisaan no estuvo seguro de quién de los dos era el monstruo. El Rencor no era más que un juguete roto a sus pies, un amasijo de cortes y sangre negra apelmazada contra una infinidad de heridas. Los djals de la elfa temblaban. Hincó una rodilla junto al tembloroso cuerpo. Cortó el embozo que cubría la mitad de su cara. Sus labios se torcieron en una mueca de disgusto. Enarboló un puñal. No perdió el tiempo en amenazas fatuas.

—Voy a arrancarte el corazón —dijo.

—No tengo corazón. —Escupió un espumarajo de sangre negra.

El lapislázuli centelleó.

—Vamos a comprobarlo.

El puñal se detuvo en pleno descenso. Aleatha alzó la cabeza. Su mano tembló. Aisaan también levantó la vista. Sentía lo mismo que la elfa.

Algo sucedía.

Algo malo.

Tic.

14

Tac.

Tic.

Tac.

El sonido atiplado llega hasta él desde algún lugar de la habitación. No entiende cómo no lo ha percibido antes. Se acerca al mueble desde el que surge. Abre un cajón. Aprieta los labios. Multitud de relojes parados le saludan. No tarda en localizar el único que aún late. Los hilos de oscuridad que salen de su muñeca abierta lo levantan, lo sostienen frente él. Imágenes, palabras, fragmentos de esa noche infernal vuelan como buitres a su alrededor.

este lugar es el Tiempo

todo el tiempo de Mandressla está aquí dentro

todos y cada uno de los relojes

el Tiempo se ha quedado encallado

controlando el Tiempo, lo controláis Todo

*por una grieta en mi diseño
todos y cada uno de los relojes
lo controláis Todo
excepto uno
si lo inutilizáis, la grieta quedará sellada
controlando el Tiempo
y mi máquina volverá a funcionar.
lo controláis Todo*

Le sobresalta un grito muy cercano, lleno de una rabia y dolor que no le son ajenos. Los tentáculos negros se crispan involuntariamente. El reloj golpea el suelo con un sonoro chasquido. El latido de sus manillas muere. Melquíades lo levanta despacio. Siente que, para bien o para mal, acaba de suceder algo irreparable.

Irreparable.

15

Una claridad insensata y acelerada se dejó entrever por las cristalerías del campanario.

—No —exhaló Aleatha—. ¡No!

Aisaan lo percibió al instante. El estómago le dio un vuelco. Lágrimas de frustración asomaron como flores amargas a sus ojos. El cielo empezaba a clarear en Mandressla. Una nueva e intensa luminosidad se empezaba a adivinar por detrás de los tejados.

Estaba amaneciendo.

Aleatha contempló el regocijo en los ojos del Rencor. Le veía a través de su propia mano, que empezaba a volverse traslúcida.

—Llegas tarde —dijo la criatura—. Las estrellas no brillan de día.

Aleatha profirió un grito de loba herida, de madre arrancada del abrazo de sus hijos. Dejó caer las dagas y cerró sus manos casi invisibles sobre el cuello del Rencor. Luchó por estrangularle, pero sus dedos atravesaron la carne de la criatura como si no estuviese allí. Aunque sabía que quien ya no estaba allí era ella.

Aisaan vio al Rencor erguirse con dificultad. Atravesó lo que quedaba de la

imagen de Aleatha, que se desvaneció del todo, al tiempo que la claridad del nuevo día se derramaba a raudales por todas las ventanas destrozadas. Caminó hacia él, recuperando la dignidad que había perdido a manos de la elfa. Aisaan pudo ver lo que había bajo el embozo. Donde deberían estar la nariz y la boca sólo había un agujero circular con tres hileras de goteantes dientes de lamprea, que se movían como las antenas de un insecto al aproximarse a él. El monstruo sorbió la baba que se escapaba de sus fauces.

—Alguien te está esperando, Aisaan —dijo.

El terror le invadió. Retrocedió como pudo, una marea de dolor bañando cada uno de sus músculos y articulaciones. Sólo intentar retroceder hizo que un borbotón de sangre le inundase la boca. Era incapaz de controlar los espasmos de sus extremidades. Una pierna no le respondía. El Rencor se acercó a él, dos ruinas con forma humana enfrentadas en un patético duelo. *Haz algo, por favor*, rogó su mente desesperada. Le fue imposible dilucidar si se lo pedía a su Señora o se lo decía a sí mismo.

Nunca llegaría a saber si lo que sucedió a continuación fue intervención divina o simple casualidad. La bruma azul alcanzó por fin la cúspide de la catedral. Azuzada por el demoníaco vendaval, les envolvió a ambos en cuestión de un segundo. Los efluvios del frasco inundaron la nariz de Aisaan. Su visión empezó a nublarse. Y al alzar la vista turbia, nebulosa, comprobó que el Rencor vacilaba. Supo que también él caía en aquel sopor etéreo. Y supo, con la sabiduría que nace de las entrañas, que el baile de los secretos aún no había terminado, que el viento que arrastraba el canto de las gárgolas extendería por toda Mandressla el aroma de la bruma encerrada en el frasco. Llegaría hasta las esculturas vivientes, entraría en los túneles de los niños oscuros, se impregnaría de las ramas más altas del árbol, treparía por los besos que cubrían la piel del Oráculo y tocaría todas las almas escondidas entre estratos de miedo en cada rincón de Mandressla. El amor roto de Emmeleia se contagiaría a toda la ciudad. Antes de que su conciencia se ahogase en el recuerdo, Aisaan comprendió que eso era exactamente lo que había sucedido al principio de esa noche.

ONCE

EL PRÓXIMO QUE MUERA

El odio es una cosa rara. Espero que usted
nunca sepa cuán grande puede ser.
Theodore Sturgeon, *El Corazón*

1

La vela es sólo un rescoldo tembloroso, que apenas ilumina los bordes de la mesa. Están sudando. Respiran agitadamente. A través de la ventana, las sombras palidecen. Está empezando a clarear. Les llegan los sonidos de los coches, que llevan ya un par de horas circulando. Pronto habrá salido el sol. El mundo vuelve a la vida. Han pasado toda la noche sentados alrededor de esa mesa, susurrando como alcahuetes, inmersos en esa historia demencial de amores, venganzas y desencuentros.

El móvil de Carla vibra en su bolsillo. Tiene un mensaje de voz. Ni siquiera ha oído la llamada. Pero no le extraña. Han pasado muchas cosas en las últimas horas. Ahora, con la inminente llegada del alba, todo parece una estupidez, una fantasía. Resopla. Debe de ser Raúl. Marca el número del buzón de voz.

—Espera —dice Gabriel—. Aún tenemos que jugar la escena que nos faltaba.

—¿Ahora? Gabriel, está amaneciendo. ¿No crees que podemos dejarlo para otro día?

—Carla —habla con paciencia, con tonsura—. No vamos a esperar a otro día. Llevamos meses esperando a esta escena. Es la clave de la partida.

—Has tenido toda la noche para jugarla, Gabriel.

—Tiene que ser ahora. El frasco se ha roto, y la escena que vamos a jugar es lo que hay dentro.

—Lo sabía. —Gus se dirige a Carla—. Sabía que tarde o temprano acabaríamos sabiendo tu Secreto.

Gabriel sonrío sin humor.

—Tú te largas, Gus.

—¿Cómo que me largo? —Arquea las cejas—. ¿No vamos a seguir adelante?

—Aunque siguiéramos, Aleatha ya no está. No volverá hasta que sea de noche. Además —añade, mirando a Carla—, lo que pasa a continuación no es para ti.

Gus calla. Su pecho asciende en una profunda inspiración, y vuelve a descender. Se levanta de la silla en un mutismo de viuda.

—Gus se queda —dice ella.

—No, Gus no se queda.

—No importa, Carla.

—A ver si lo entiendes, Gabriel. —Carla se cruza de brazos—. Llevamos toda la noche jugando a tu jueguito de los misterios y los secretos, pero por si no te acuerdas, esta es la casa de mi abuela. Mi casa. Y si me da la gana que Gus se quede, se queda. Y tú, haz el favor de sentarte, no te quedes ahí pasmado.

—No sabes cómo he echado de menos ese temperamento tuyo —dice Gabriel, ignorando completamente a Gus, que vuelve a tomar asiento y baja la vista.

—Vete a la mierda, Gabriel. ¿Quieres jugar la dichosa escenita? Pues la vamos a jugar. Pero Gus se queda.

—Está bien —accede él—. Pero no puede estar presente, su personaje no está. Espera en el pasillo, Gus.

—No. —Carla se levanta—. Nos vamos nosotros. Va a ser un momento. Quédate ahí, Gus. Si quieres echarte en el sofá a dormir, no pasa nada.

—Carla... —empieza él.

—No va a pasar nada, Gus. —Señala a la ventana—. Ya es de día. Toda esta locura se va a acabar en un momento.

—Tienes toda la razón. —Gabriel asiente—. Tu abuela debe de estar en el séptimo sueño, mejor que no la molestemos. Jugamos en tu habitación.

—En mi habitación —repite ella. Antes de salir, echa una mirada al estupefacto Gus, que sigue congelado en la silla. Un escalofrío recorre la espalda del chico al reconocer en sus ojos el tono de una despedida.

2

—¿Te parece bien si nos sentamos?

No espera su respuesta. Aparta de una silla un montón de ropa sin planchar. La tira en la cama y se sienta.

Carla pone los brazos en jarras.

—Ya basta, Gabriel.

—¿Basta de qué? —pregunta él, inocente como sólo los culpables saben aparentar.

—Basta de fingir. Basta de medias verdades. Debería haberme dado cuenta antes de que esto es real. Guille no ha vuelto. No sé qué le has hecho, ni a Raúl ni a Javi, pero te pido por favor que lo dejes. Hazlo por lo que teníamos antes.

Gabriel se limita a sonreír.

—Ay, Carla. Qué poco has entendido. Pero habrá sido culpa mía. No habré sabido explicarme bien. —Se inclina hacia ella—. Todo lo que he hecho ha sido por lo que teníamos antes.

Ella retrocede, espantada. No por las palabras de Gabriel, sino por su sombra en la pared. Por la silueta que se recorta en esa sombra.

—Lo que vayas a hacer —dice, temblando—, házmelo a mí. Pero deja a Gus fuera.

Él responde con una agria carcajada. Menea la cabeza.

—Vamos a jugar la escena.

En el salón, Gus sostiene una lucha encarnizada con sus miedos interiores. Sabe que tiene que hacer algo. Sabe que Gabriel está con Carla a solas. Si no actúa pronto, Carla podría correr la misma suerte que Guille, que los demás. Es el momento de ser el caballero andante, se dice. Es el momento de abrir la puerta, tumbar a Gabriel de un puñetazo y escapar con Carla hacia la puesta de sol. O al menos, de interrumpir lo que quiera que le esté haciendo.

Se detiene ante la puerta del salón. Vacila. No sabe por qué, pero la armadura del caballero se le resbala por la piel. Algo en su interior le dice que no puede hacerlo. Florecen en su mente cientos de excusas para esperar en el salón, para no arriesgarse, para quedarse al margen.

El teléfono vuelve a vibrar sobre la mesa. Gus emite un chillido ratonil. Respira con dificultad. Voy a ver quién es, se dice. Quizá sea importante. No puedo ir a la habitación de Carla si su móvil suena y es algo importante. Se sienta.

Casi por casualidad, sus ojos tropiezan con la vela. Que aún sigue encendida.

Uno de los diablillos de fuego se descolgó por el hombro de su dueña. La criatura atrapó con ambas manos una cereza del racimo en la escudilla y se la acercó a la boca. Ella la aceptó con una risa cantarina. El jugo se le derramó por la barbilla.

—Confío en que estés cómodo —dijo, limpiándose con el dorso de la mano, dejando que las gotas resbalaran entre sus dedos y cayeran sobre su diminuto sirviente, que las recibió como una lluvia de maná.

—Estoy sobre todo turbado —admitió Aisaan, mirando a su alrededor—. Esperaba reunirme contigo en un sitio más discreto.

El sol empezaba a ponerse por detrás de las colinas que circundaban Mandressla. El cielo se preñaba de un salvaje tono anaranjado, tan intenso y límpido que parecía estar en llamas. La Voz del Acero era el sitio ideal para contemplar aquel espectáculo, aunque Aisaan sentía que la desproporcionada altura de la cúspide le encogía el estómago. La ciudad que se extendía a sus pies se asemejaba a la miniatura de un niño o de un coleccionista obsesivo. Los zeppelines flotaban por debajo de sus cabezas, mostrando impudicamente su lomo resplandeciente. La plataforma estaba despoblada. Empero, alguien había improvisado una acogedora terraza para ellos, con divanes, mesas, candelabros y enredaderas.

—Hay ciertas puertas que no se le cierran a la Primus Inter Pares —dijo ella con ligereza, como quien hace un comentario sobre el tiempo—. El Capitán Mantra nos permite pasar la noche en la Voz. Toda la noche.

—¿Un poco más de vino, Santidad?

Quien había hablado era un hombre maduro, espigado y lleno de aristas. Apenas le quedaba cabello en la parte de atrás de la cabeza. Vestía una sobria sotana abotonada hasta la nuez. Se había mantenido todo el tiempo cerca de los divanes, atento a las necesidades de Emmeleia. Ahora se inclinaba hacia ella, solícito, con una jarra de plata en las manos.

—Chambelán —dijo Emmeleia, con un mohín de disgusto y un tono de voz que indicaba una paciencia casi agotada—, ¿no ves que estamos en plena conversación? Te dispenso de tus obligaciones esta noche, vete a casa a dormir.

—Pero, Santidad... —dijo el hombre.

Emmeleia se volvió hacia él.

—¿Desde cuándo tengo que repetirme las cosas?

—Sí, Santidad.

El hombre dio media vuelta y se fue, no sin antes dedicarle a Aisaan una mirada cargada de algo tan afilado que el suplicante prefirió no nombrar ni con el pensamiento.

—Admito que has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos —dijo para llenar el silencio que dejó tras de sí el chambelán—. Quién iba a imaginar que ascenderías tanto en el escalafón...

—Tú en cambio sigues igual —dijo Emmeleia—. Te he echado de menos.

—Creía que íbamos a hablar del Poeta —atajó él—. Según me informaron, crees haberle encontrado.

Ella dejó escapar una vez más esa seductora risa de manantial.

—Relájate, Aisaan. —Se acercó a él, y las cuentas de su peplo tintinearón, juguetonas. Se adivinaba su piel desnuda debajo—. Deja que el Atelier descansa por un momento. Podemos disfrutar de esta noche como dos viejos conocidos que se aprecian. ¿Me equivoco?

Era más alta que él, más alta de lo que Aisaan recordaba. Sin embargo, debajo del lujo y el señorial porte que los años le habían dado, creyó intuir a la misma niña que solía tenderse a su lado a contar estrellas en los embarcaderos belenthanos. Si esa niña aún está ahí, se dijo con un apunte de conmiseración, está nerviosa. Nerviosa y emocionada.

—Podemos, desde luego. Sólo quiero que entiendas que mis motivos para venir hasta Mandressla son claros.

—Son claros. Desde luego —pronunció estas palabras con un educado y jovial desprecio—. Han pasado diez años desde la última vez que nos vimos, Aisaan. Nunca, ni una sola vez, te has dignado a encaminar tus pasos a Mandressla. Nunca he sido un motivo lo bastante importante para ti. Ha tenido que ser tu condenado Poeta.

Él se revolvió, incómodo.

—No deberías hablar así del Poeta. Además, sabes bien que servir a una Dragona no deja mucho tiempo para el ocio.

—Por supuesto —reprochó ella—. Lo dejaste bien claro la última vez que nos vimos. Querías entregar tu vida a la maldita Ntsasalé en lugar de a mí.

—Cuidado con lo que dices, Emmeleia. No se maldice el nombre de una Dragona.

—¡A la maldita Ntsasalé! Te pedí, te supliqué que siguieras mis pasos y te convirtieses en suplicante de Sylandarix. Si lo hubieras hecho, ahora podríamos estar juntos. Pero en lugar de eso, nos lanzaste a diez años de soledad.

—Yo no. —Reconoció que no era una buena idea decirle que él no había estado solo—... Cada uno hicimos nuestra elección, Emmeleia. Yo elegí la misericordia de Ntsasalé, mientras que tú elegiste el amor de...

—Yo elegí tu amor, Aisaan. —Los diablillos se sobresaltaron—. Y me lo diste. Bien saben los Dragones que me lo diste. Pero me lo quitaste cuando decidiste que nuestros caminos se separasen. Así que se lo entregué a Sylandarix.

Ahí estaba otra vez. Aisaan suspiró. Sabía que no debía haber aceptado reunirse con ella en aquel lugar. Emmeleia siempre había tenido las mismas palabras envenenadas en la boca, esperando la ocasión oportuna para morder con ellas. Decidió no permitirselo esa vez.

—Debería irme —dijo, apurando la copa de rubí—. No voy a entrar en este juego tuyo. Reúnete conmigo cuando quieras decirme qué sabes del Poeta.

—Espera —dijo ella, cogiéndole de la muñeca, un apretón quizá demasiado fuerte. Le hizo daño—. Por favor, escúchame.

Seguía sin soltarle.

—El Poeta está en Mandressla, Aisaan —dijo—. Le he visto.

—Entonces, ¿no murió?

—Sospecho que para alguien como él la muerte no es más que un anillo.

Una idea preocupante atravesó los pensamientos del suplicante.

—¿Eso significa que la Emperatriz también sigue viva?

Emmeleia le ignoró.

—Aisaan, mira todo lo que podría ser tuyo. —Abarcó toda Mandressla con un gesto—. Mira lo que podría darte. Ahora soy la Primus Inter Pares de Mandressla. Todo esto me pertenece. Podría pertenecerte a ti también, si accedieras a beber el agua conmigo.

—Suéltame —pidió—. Nada de esto es tuyo para ofrecerlo, Emmeleia. Pertenece a los mandresslinos. Tú no eres sino su sierva. Además, beber el agua contigo sería una mentira, un insulto a las almas de los abandonados. Hay que estar enamorado para hacerlo. Y yo ya no te amo.

—Claro que no —siseó ella—. Tú sólo te quieres a ti mismo.

Aumentó la presión del contacto de Emmeleia, de aquellos dedos fuertes y masculinos. Aisaan se quedó mirando el vello en los nudillos, fascinado y desconcertado a partes iguales.

—No quiero seguir —dijo, la voz atiplada, casi femenina.

—He hecho todo esto por ti —prosiguió ella, acercándole de un tirón brutal. Pasó su mano apresada a su espalda—. Aquí podríamos estar bien. Juntos. Si volvieras conmigo. Si nos olvidamos de toda la mierda por la que hemos pasado y volvemos a estar juntos.

Aisaan intentó zafarse. Apoyó la mano libre en la mesa, entre lápices y dados. Entonces Aisaan tuvo conciencia de dónde estaba. Aisaan tuvo miedo. Aisaan quiso gritar. Aisaan apenas pudo hablar.

Y Aisaan dejó de ser Aisaan.

—Te he dicho que me sueltes, Gabriel —dice Carla. Carla en mitad de la plataforma. Carla, con Mandressla a sus pies. Carla, sintiendo el aliento a pizza y cerveza de Emmeleia. Carla con la mano apresada por quien un día definió todo su mundo, por quien la lanzó sin explicaciones a un pozo de soledad y desesperación.

Los diablillos de fuego hacen un círculo entre los dos y empiezan a berrear, a columpiarse por las estanterías, sobre el ordenador, por el escritorio de Carla. Gabriel los hace desaparecer con un gesto.

—Vuelve conmigo —continúa—. Por favor, Carla. Tú y yo otra vez. Puedo darte el mundo. Este mundo, Carla.

—¿Qué estás haciendo, Gabriel? —gimotea ella—. ¿Dónde estamos?

—¡Estamos juntos! —explota—. ¿No lo ves? Lo he hecho por ti. Nuestro lugar, donde podríamos ser lo que queramos. ¿No lo recuerdas? Esta es nuestra ciudad. No importa lo que pase o dónde vayamos, siempre viviremos aquí.

Le falla la voz. Tose. Y por un momento, Carla se ve apoyada en la barandilla de acero negro de la Voz, y al mismo tiempo tiene una mano sobre su escritorio. Sus dedos se cierran alrededor de un lápiz. Aprieta los dientes.

—¡Qué me sueltes!

Apenas consciente de lo que está haciendo, clava el lápiz en la articulación del codo de Gabriel. Él suelta un aullido y libera su presa. Trastabilla, retrocediendo. Choca contra uno de los anaqueles colgados en la pared. Llueven libros sobre su cabeza. Gabriel chilla, y cae al suelo.

—¿Por qué no puedes entenderlo? —exclama ella—. ¡No quiero volver contigo!

4

—No puedo volver contigo —dijo Aisaan—. Lo que podía haber sentido por ti se ha ido. ¿Comprendes? Ha muerto.

Por alguna razón estaba aturdido y confuso. Giró sobre sus talones.

—Mañana solicitaré una audiencia contigo en la Catedral. —Se dirigió a los escalones de la plataforma—. Espero que para entonces quieras hablar del Poeta.

Emmeleia de Passantoir, la Alta Suplicante de Sylandarix, la expresión del amor hecha carne en aquella tierra, se quedó allí, perpleja y con un inexplicable y agudo dolor en el brazo. Cayó de rodillas, donde descansaban los restos de su corazón roto. Comenzó a sollozar. A temblar. El amor contrariado es más peligroso que el odio más profundo.

Y de repente algo se rompió. La cara de Aisaan, grabada a fuego en su mente tantos años, se resquebrajó, se hizo pedazos. Lo que había detrás bastó para que la cordura cediera en el interior de la mujer. Comenzó a sacudirse, presa de violentos espasmos que ninguno de sus demonios familiares interpretó como una risa. Alzó el rostro a la noche ahogada, a las estrellas fisgonas que habían sido testigos de su desencuentro. De su boca surgió un sonido inhumano, una única palabra hecha de

puro pavor, congoja y venganza. Se extendió por toda la ciudad como una marea, se vertió en los corazones, en los amores que ella había jurado ayudar a florecer, a cuidar como hijos propios.

Algo oscuro nacía esa noche en Mandressla. Algo sin forma, sin nombre.
Sin piedad.

5

Cuando el último libro cae sobre él, Gabriel se yergue hasta quedar sentado. Su mirada de niño contrariado se pierde en algún punto detrás de una Carla estupefacta.

—Hay algo que no te he contado.

—No quiero oír nada de lo que tengas que contarme.

—No he tenido la oportunidad, claro —prosigue él—. Es culpa mía. Hace tres semanas, estaba en el cementerio, y...

—No me importa, Gabriel.

—Escúchame, por favor —implora él.

Silencio.

—Había acompañado a mi madre a visitar la tumba de mi padre. De repente, mientras mi madre le daba un beso a la lápida, noté una punzada en el pecho, como si se me clavase un cuchillo. Perdí el conocimiento. Me desplomé sobre la tumba. Debí de darle un susto de muerte a mi madre. Nunca mejor dicho.

»Cuando me desperté, estaba en el hospital, respirando por un tubo. Lo primero que vi fue la cara de mi médico. Lo primero que oí... es algo que nadie querría oír. No podía moverme. Necesitaba ayuda para comer, para bañarme, para cagar, para todo. Lo único que podía hacer solo era llorar. Y pensar en ti. Tampoco me hacía falta nadie para eso.

»Sucedió la única noche en que convencí a mi madre para que se fuera a dormir a casa. Estaba solo. Creo que el hombre de la cama de al lado estaba en el baño. O a lo mejor se había muerto, o le habían dado el alta. Da igual. Entonces se abrió la puerta. Recuerdo que el neón encima de la cama tembló. No sé por qué recuerdo eso; he repasado esa noche muchas veces en mi cabeza, y ese detalle nunca se me olvida. Vi algo que entraba. Te digo que era algo, porque no sé lo que era. Te lo juro. Lo que sí sé es que después de un parpadeo de la luz, había un hombre frente a mi cama. No apareció junto a mi cama, *estaba* ahí. Le pregunté quién era. Le pregunté qué quería.

Entonces no supe por qué, pero me asaltaron unas ganas de llorar terribles.

»Entonces empezó a hablar. Me dijo cosas increíbles. De mí. De ti. Cosas que no me había atrevido a confesarte, cosas que uno jamás permitiría que alguien supiese. Me contó lo que había hecho. Lo que te había hecho, Carla, al alejarme de ti. Jamás lo había oído en palabras tan claras, tan directas, tan ciertas. No sé cuánto tiempo estuve llorando, por ti y por mí y por el amor que habíamos perdido, Carla. Por mi culpa. Dije que lo sentía, a nadie en concreto, a quien pudiese oírme. El hombre esperó. Cuando me calmé, volvió a hablar. Me dijo lo que tenía que hacer.

—¿Te dijo que tenías que hacer esto? ¿Qué tenías que matarnos para que tu mundo de mentira funcionase?

Él sacude la cabeza.

Si lo haces todo bien.

—Eso no importa.

—Has matado a tus amigos, Gabriel.

Si la acabas cagando.

—Recuerdo perfectamente sus palabras finales: No desaproveches tu última oportunidad.

—¿Para qué? —pregunta ella, abrazándose a sí misma, compadeciéndose y odiándose a la vez por sentir pena por Gabriel, por permitir que sus palabras le emocionen.

—Para nosotros —responde—. Una última oportunidad para nosotros. El precio ha sido grande, pero tenía que intentar recuperar lo que tuvimos. Tenía que intentar que me perdonases.

—Te he perdonado, Gabriel —dice, temblando—. Pero ya no hay nada que recuperar.

—¡No digas eso! —Da un puñetazo en la pared. El dique de lágrimas se rompe en las comisuras de sus ojos—. Aún no es tarde.

—Gabriel —tanteó ella—. No quiero volver contigo. Quiero a otra persona.

—Raúl no haría jamás lo que yo he hecho por ti.

—La cuestión es ésa exactamente: Raúl no haría lo que tú hiciste. Raúl no me abandonaría.

Gabriel se acerca a ella. Le agarra los hombros, suavemente, pero con firmeza.

—No sabes lo que estás rechazando —dice, obstinado—. Te estoy revelando mi Secreto. ¿Comprendes?

Carla aprieta los dientes. Le aparta con la misma firmeza y mucha menos suavidad. Le obliga a retroceder.

—Entonces serás el próximo que muera —dice.

Él cierra los ojos.

—No sabes cuánta razón tienes.

Lentamente, como si le supusiese un enorme esfuerzo, se desabrocha el botón superior de la camisa. Y el siguiente. Y el siguiente.

Ella contempla la camisa abierta con ojos desorbitados. Una tremenda cicatriz longitudinal recorre el centro de su pecho, atravesada por una ristra de pequeñas marcas horizontales. Toda la piel alrededor de la cicatriz presenta un tono violáceo, salpicado de crudas manchas infecciosas. Algo se rompe dentro de Carla cuando se da cuenta de que está contemplando las señales de la Plaga.

—Eso es lo que me ha dicho el médico. Lo estoy rechazando. No se puede hacer nada. La infección llegará pronto al corazón.

Carla se tapa la boca con las manos. Entonces sucede. Sin saber lo que hace, da un paso en su dirección. Otro. Otro más. Se acerca a él despacio, con cautela, como se acercaría a un tigre sedado. Pasa una mano por sus mejillas mojadas. Antes de saber siquiera lo que está haciendo, se inclina. Salva la distancia kilométrica que les separa a ambos. Sus labios se cierran sobre los de Gabriel, su aliento familiar, de lugar conocido, acogedor y cálido, le da la bienvenida.

Gabriel parpadea. Gabriel responde al beso. Gabriel cierra sus manos en torno a las de Carla.

Y Gabriel deja de ser Gabriel.

6

Una mano regordeta se acerca a la exigua llamita. Por la mente de Gus pasan todas las cosas que ha vivido esta noche interminable. Menea la cabeza, nervioso. Lo que vaya a hacer, sea lo que sea, será para siempre.

Dos dedos se cierran sobre el pabilo.

La llama se extingue.

No sucede nada. Gus suelta una risilla entre nerviosa y aliviada. Había temido que explotase, o que la llama se convirtiese en un monstruo, o que un toro gigantesco derrumbase la puerta. Cualquier cosa descabellada. Ahora, a la luz del día y con la vela ya apagada, la idea misma parece una estupidez.

Entonces sus ojos ruedan hacia la ventana. Se levanta, boquiabierto. Pega las manos al cristal, negando con la cabeza. No puede ser. Es una alucinación. Es el efecto de la vela, se dice, de lo que quiera que nos ha hecho oler Gabriel durante toda la noche. Pero ve los zeppelines. Ve las lechuzas sobrevolando los tejados. Ve las

columnas de humo de las fábricas levantándose hacia el cielo. Ve el río atravesando la ciudad de este a oeste como una cicatriz. Ve el Palacio del Relojero en la lejanía, sus huecas torres blancas saludando al alba.

Y, sobre todo, ve la Voz del Acero, su silueta ignominiosa a la escasa luz de la mañana nublada. Reconoce su incomparable forma, y comprende por primera vez qué es Mandressla. Ahora Gus es capaz de ponerle nombre a la historia de Gabriel.

—Por fin —dice alguien detrás de él.

Gus se vuelve, sin aire en los pulmones. Se queda mirando al desconocido en mitad del salón, plantado ahí como si no hubiera otro sitio más natural para estar fumando un cigarrillo. Gus se convierte en un espectador invisible, el hombre le ignora completamente y se acerca a la ventana. Pone una mano en el cristal, y es incapaz de reprimir una sonrisa ancha, una expresión triunfal y cruel que le recuerda a los políticos que vencen en elecciones amañadas.

—Qué alegría volver a casa —dice, y por fin repara en Gus, como quien se encuentra una mancha en la chaqueta. Su mueca se desvanece—. Tu amiga te necesita.

El grito de Carla hiende como un taladro el aire viciado del salón. Gus se aparta del hombre, desconcertado y asustado al mismo tiempo. Titubea sólo un instante, y sale corriendo. Abre como una tromba la puerta de la habitación de Carla.

Lo que allí ve hace que la cordura se le sacuda como un edificio en ruinas, como una torre destruida. Una figura inabarcable, una capa roja y negra como una telaraña, inunda la habitación. Unas manos delgadísimas, rematadas en desagradables uñas negras, sostienen a una Carla inconsciente. Y en medio de la tela de araña, en medio de esa capa pantagruélica y majestuosa, el rostro más frío y bello que jamás haya visto le atraviesa el alma con dos ojos de fuego.

—Llegas tarde —dice Emmeleia.

Gus no puede evitar dar media vuelta. Huye pasillo abajo, sin fuerza de voluntad para gritar, poseído por un terror atávico, largamente enterrado en su interior, que ahora aflora y se expande por todo su voluminoso cuerpo, haciéndose dueño de sus sentidos y erizando cada centímetro de su piel. Corre y corre por el pasillo, que de repente se ha vuelto kilométrico. Se hace daño al chocar como un muñeco contra la puerta de la casa. La abre atropelladamente. Sale al rellano. No sabe que ha sido el peor error que podría haber cometido.

La claridad se cuele a medias en el pasillo, alargando las sombras que remolonean en las esquinas. Gus se apoya contra la barandilla de la escalera. Resuella. Se insulta, se sacude y se impreca mentalmente. Cobarde. Cobarde, cobarde. Has dejado a Carla ahí dentro. Con esa cosa. Con ese tío del cigarrillo. Es todo una alucinación. No es real. Pues explícame por qué has salido corriendo. Cobarde. Es entonces cuando oye el mugido.

Sus manos se crispan sobre la barandilla. Lo ha notado, ha sabido todo el tiempo que estaba ahí, pero el terror inconsciente ha bloqueado sus sentidos. Ahora se da cuenta. Su cabeza se vuelve con una lentitud de pesadilla. Un cálido chorro de orines corre por sus piernas.

Al fondo del pasillo hay una mole negra. Enorme, inconmensurable, gigantesca como sólo pueden serlo los miedos de un niño. Apenas cabe en el estrecho corredor. Sus flancos musculosos se aprietan contra las paredes, rebosan por las ventanas entreabiertas. Hay macetas destrozadas bajo sus gruesas pezuñas. Las pisotea sin apartar su atención de Gus. Menea la cabeza astada, araña el muro. Unos cuernos imposiblemente largos y gruesos rechinan contra la piedra. Surge de sus belfos incandescentes un sonido profundo, un lamento de caldera enferma. Gus cae sentado en el suelo. Se tapa los ojos con las manos.

Aun así, ve al toro embistiendo.

La monstruosa criatura destroza todo lo que encuentra a su paso. Los cristales del pasillo se abomban y estallan. Las baldosas se agrietan bajo su enorme peso. Gus sabe que no puede huir. Se cubre la cabeza. Espera a que le atraviese de parte a parte, como siempre ha sabido que ocurriría.

Hay un movimiento a su lado, una figura pasa por encima de él como si no fuera más que un guijarro en el camino. Un grito grave y potente resuena en el rellano. Por entre los velos de su terror, Gus atisba la silueta de lo que sólo puede interpretar como un ángel. Un gigante con dos incomprensibles alas blancas surgiendo de su espalda, que planta los pies en el suelo frente a él y abre unos brazos de camionero. El toro se precipita sobre él. El coloso y la bestia colisionan con un sonoro chasquido metálico. El animal resopla, brama y se debate contra el hercúleo hombre, que aferra uno de sus cuernos mientras se le cuelga del cuello. El espantado Gus retrocede ante el pulso de los dos titanes. Luchan sin ceder un palmo. El toro gira el cuello y levanta al gigante en el aire. Le estrella contra el muro. Él acusa el golpe. Atontado, suelta su presa sobre el cuerno de la criatura y, sin zafarse de su cuello, clava el codo en la nuca del toro. Un grito incompresible surge de su pecho de roble.

La lucha acaba tan inesperadamente como empieza. Por encima de la cabeza del aterrado Gus aparecen unos tentáculos negros, gruesos como mangueras a plena presión. Se enrollan alrededor del cuello del animal, se introducen por su hocico, por sus orejas, por su boca desencajada. Los músculos del toro se hinchan. Resopla, y vuelve a sacudirse. Los tentáculos aprietan. Un hombre enjuto, vestido de luto, pasa por delante de Gus en ese momento. Los tentáculos surgen de sus manos. Los dirige con expresión concentrada. El gigante apoya todo su peso en el cuello del toro, intentando tumbarlo. La presión en el cuello de la bestia crece, sus ojos enloquecen.

El toro cae al suelo con un mugido lastimoso.

El hombretón afloja su presa y se deja caer al suelo, resollando. Mira al otro

hombre, esboza una sonrisa agotada y dice algo incomprensible. Antes de que Gus pueda pensar en hablar, en levantarse o en huir, una mano se posa sobre su hombro. Chilla sin poder evitarlo. Se encuentra al girarse con la mirada tensa de Raúl.

—Gus, creo que ya conoces a Sir Tadeus.

7

—Esto no puede estar pasando.

Gus repite las mismas palabras que Carla le dijera a él hace menos de tres horas, cuando todo aquello no era más que un pasatiempo estúpido y él no era más que un listillo con demasiada imaginación. Ahora todo ha cambiado. Ahora Carla y la abuela han desaparecido. El piso está vacío. Raúl señala a la ventana; a la ciudad del otro lado. A la silueta de la Voz del Acero, recortándose contra las nubes cada vez más oscuras.

—¿De veras crees que no está pasando?

Gus resopla. Ve lo mismo que Raúl, pero menea la cabeza.

—Estamos en la pesadilla de un turista borracho.

Al otro lado de la mesa, por muy increíble que le parezca, hay dos personas sentadas. Una es Sir Tadeus de Talgris. La otra es Melquíades. Sir Tadeus podría ser uno de esos mastodontes de los concursos para elegir al hombre más fuerte del mundo en la televisión. Sus brazos son tan gruesos como el torso de Gus. En su pecho cabría el motor de un coche caro. Las alas blancas asoman por encima de sus hombros, plegadas, imposibles, irracionales. Tiene el brazo derecho extendido, el desagradable muñón de su muñeca revuelve el estómago de Gus con sólo mirarlo.

A su lado está sentado Melquíades. Es un hombre espigado, más fibroso que delgado, con la cara estirada y la mandíbula dura. Viste como un enterrador; Gus no le había imaginado con una pinta tan peligrosa. Se le ocurre que, aunque lo desease, no podría desprenderse de la mueca cruel que exhibe su rostro.

Melquíades se abre un pequeño corte en la muñeca con la uña del meñique. De la herida brota un líquido oleaginoso, más denso que el petróleo. Salpica el muñón de Tadeus, lo cubre con un emplasto negro. Es imposible ignorar la mueca de disgusto del hombretón. El emplasto cobra vida de repente, se revuelve y se moldea sobre la herida, hasta adoptar la forma de una mano de alabastro, untuosa y resplandeciente. El amadís arruga el labio mientras los dedos se abren y se cierran.

Melquíades le dice algo. Él responde en tono enfadado. El nictomante replica algo seco y cortante. El interior de su boca es un agujero negro en el que no se distinguen dientes ni lengua. Entonces Gus cae en la cuenta de que algo es distinto: los dos ojos de Melquíades son ahora esferas negras sin pupila.

—¿Pueden entendernos? —pregunta.

—Sólo si pronuncias su nombre. No sé por qué. —Para demostrárselo, dice—: Tadeus.

El interpelado vuelve la cabeza hacia Raúl. Se dirige a él en la misma jerga incomprensible. Raúl mira a Gus, como si eso lo demostrase todo.

—Sigo sin entenderle.

—Le está diciendo que no se encuentra cómodo con esa nueva mano. Melquíades le ha respondido que no tiene memoria muscular, que tendrá que practicar. Prueba tú.

—Melquíades —dice Gus.

—¿Podéis guardar silencio por un momento? —dice en ese momento el titiritero—. Si no podéis ayudarnos a averiguar qué ha pasado, al menos os agradecería que no interrumpierais.

Tadeus le pregunta algo, de nuevo en ese idioma que Gus sabe, sin haberlo oído nunca, que es la lengua del Imperio. Y de repente, tan repentina como inexplicablemente, ese detalle le convence. Sin darse cuenta, Gus acaba de aceptar las reglas del juego.

—Esperad, Tadeus, Melquíades —improvisa—. Yo puedo explicároslo todo.

Los dos centran su atención en él. Gus les cuenta lo que ha pasado desde que ambos abandonaron la partida. Les habla de los túneles, de lo ocurrido en el estanque de los viales, de la Catedral del Amor. Por último, ante la atónita mirada de Raúl, les explica también lo que ha pasado en el dormitorio de Carla.

—¿Cómo sabéis todo eso? —pregunta Tadeus—. ¿Quiénes sois?

Gus echa una mirada a los dados y hojas repartidos por la mesa.

—No lo creeríais. Lo que importa es que Emmeleia se ha llevado a Carla.

—¿Y Aisaan? —pregunta Melquíades.

—No lo sé. Supongo que, si Guille estuviese aquí, tendría alguna teoría sobre cómo funciona esto. Pero yo no soy Guille. Aunque sospecho que donde esté Carla estará también Aisaan.

El amadís se levanta. Todavía está débil por la pérdida de sangre.

—Entonces —dice—, tenemos que ir a la Voz.

—Espera. —Melquíades alza un dedo—. No vamos a desperdiciar la vida de todos nosotros con una carga frontal. Hay que pensar cómo hacerlo.

Raúl y Gus cruzan una mirada.

—¿Entonces qué coño hacemos?

El nictomante se rasca la barbilla.

—El Relojero ha detenido el Tiempo —dijo—. Estábamos atrapados en una noche eterna. Hasta que se ha roto el último reloj.

—Válgame Santiago —jura Sir Tadeus—. ¿Creéis que está aliado con los enamorados?

—No puede ser —dice Melquíades—. Ni siquiera sabía quiénes éramos, ni qué sucedía en Mandressla. Está totalmente alejado de la realidad.

Gus medita las palabras de Melquíades. La realidad.

—Puede ser que les haya ayudado indirectamente. No ha detenido el Tiempo; el Tiempo se ha detenido porque su artilugio ha fallado.

—¿Todo ha sido una coincidencia, entonces? —pregunta Raúl.

—No lo ha sido. —El nictomante chasquea los dedos—. El Oráculo sabía que el Tiempo se detendría cuando su artefacto fallase. Nos mandó allí para que buscásemos el último reloj.

—Pero sabía que lo accionaríamos. —Sir Tadeus menea la cabeza—. ¿Quiere eso decir que el Oráculo está de parte de los enamorados?

—Cuesta creerlo. —Gus se encoge de hombros.

—El Oráculo nos metió en esto —dice Melquíades—. Nos envió al Palacio del Relojero. Él sabe más de lo que nos ha dicho. Averigüemos por qué.

—¿Y si os equivocáis? —inquire Sir Tadeus—. ¿Y si no nos ayuda?

Fue Gus quien respondió a la pregunta del amadís.

—Entonces estamos tan jodidos como ahora.

Los demás asienten. Una oportunidad. Un plan de acción. Gus se levanta y va hacia la ventana. Una tímida nevada ha empezado a caer sobre la ciudad. La torre se yergue orgullosa en su centro. Verla le provoca un escalofrío. Sin embargo, algo dentro de él responde con determinación. Algo que no está dispuesto a huir como antes.

—¿Sabéis lo que nos espera ahí fuera?

Sir Tadeus extrae la espada con la mano de sombra. Señala a través del cristal con la punta del acero. En la lejanía flota perezosamente uno de los zeppelines que pueblan el cielo de la ciudad.

—Sí —dice—. La verdad.

DOCE

LA VOZ DEL ACERO

A mi edad, se tiene tanto tiempo para pensar,
que uno termina por volverse adivino.
Gabriel García Márquez, *El mar del tiempo perdido*

1

Lo notaron en cuanto salieron del edificio. El aire tenía una tonalidad onírica, de sueño encerrado en un sueño. Comprendieron que ese era el mundo de Gabriel, que estaban experimentando la realidad tal y como la veía él. O, mejor dicho, tal y como la sentía.

El Despecho había terminado. Quizá todos los corazones sin amor de Mandressla flotaban ahora en la Catedral del Amor, o simplemente el plan de construir una réplica del corazón de Aisaan había dejado de tener sentido, puesto que ya tenían el original. Los alaridos de dolor y miedo que habían empapado la noche anterior se habían diluido con aquella lánguida nevisca matutina. Habían sido sustituidos por perezosos graznidos en los tejados. Las calles olían a otoño. Dejaron tras de sí el edificio de Carla, incrustado en mitad de aquel lugar como un injerto de piel extraña, alienígena. Caminaban con cautela por avenidas vacías. La nieve les iba calando el cuerpo y el alma. Sus pasos estaban acompasados, pero sus pensamientos caminaban solos.

Raúl apenas era consciente de por dónde iban. Su cabeza estaba sumergida en un frío arrepentimiento. No había hecho nada por ayudar a Carla. En lugar de haberse ocultado, de haber permitido que Tadeus le sacara de la casa cuando Emmeleia se retiró del cuarto de la abuela, debería haber regresado, haberla protegido. El hilo de su razonamiento acababa ahí. Era incapaz de dilucidar cómo podría haber salvado a Carla. Si la criatura que se la había llevado era Gabriel, seguramente le habría matado. Aun así, no podía escapar a la sensación de que eso habría sido preferible a esconderse. Sí. Debería haber dejado que Gabriel le matase delante de Carla. Ni

siquiera se planteaba la pregunta de para qué habría servido eso.

Gus le sacó de sus ensoñaciones con un codazo puntiagudo.

—Espabila, chaval. Hemos llegado.

Raúl levantó la vista y vio el zeppelin. Era como contemplar el vientre de una soñolienta bestia marina. Como el resto de aquel mundo torcido, sus dimensiones eran absurdas. Su mente era incapaz de explicar cómo aquel mastodonte podía orbitar en el cielo.

La noche vivía bajo la sombra de milenios del aparato. En sus límites se levantaban unas murallas de piedra renegrida, que se extendían a izquierda y derecha. Se interrumpían bruscamente en la frontera entre sombra y claridad, dejando una sensación incompleta, de obra difusa y mal acabada. Gus se percató de lo que ocurría. Las murallas sólo eran visibles a la sombra del zeppelin. Se volvían traslúcidas a medida que ésta se desplazaba en la lenta oscilación del mastodonte aéreo, como si la siguieran.

Frente a ellos, las dobles puertas en el muro estaban entreabiertas, tal y como las habían dejado. Había sido allí precisamente donde sus cinco personajes se habían encontrado, hacía más de medio año. Entonces Gus cayó en la cuenta de algo.

—¿Creéis que toda una ciudad se podría destruir en seis meses? —preguntó.

—Depende —respondió Sir Tadeus—. Con los efectivos adecuados, incluso en menos. Si está pertrechada para rechazar un asedio, podría resistir durante años. ¿A qué viene esa pregunta?

—No estoy hablando en términos militares —dijo él—. Estoy hablando de tiempo. Las estatuas, los huérfanos... todos coincidían en que había pasado mucho tiempo desde que la Plaga se desató sobre Mandressla, pero no sabían decir cuánto. —Miró a Raúl—. Creo que para ellos han pasado seis meses.

Raúl arrugó el semblante.

—¿El tiempo que llevábamos sin jugar?

—Eso es. Lo último que hicimos fue accionar la palanca del Relojero, que trastocó todo el tiempo en Mandressla. Para nosotros, es decir, para *ellos*. —Señaló a Tadeus y a Melquíades—, no ha pasado un segundo. Pero el resto del mundo, de este mundo, ha seguido funcionando.

—No lo entiendo —confesó el otro—. Es demasiado complicado.

—En realidad es muy sencillo, Raúl. Imagina un huracán de esos que se ven en los documentales. En el ojo no sopla una gota de viento. Lo mismo ha pasado con la máquina del Relojero. El tiempo no pasa dentro de su palacio. Pero el resto de la ciudad ha vivido una noche de seis meses mientras nosotros no jugábamos.

—¿Cómo sabéis todo eso? —inquirió Sir Tadeus—. ¿Qué tienen que ver vuestras mercedes con lo que ha sucedido en Mandressla?

Gus y Raúl se miraron. Clavaron la vista en sus zapatos.

—Creo que en parte somos responsables, Tadeus —admitió Gus.

La mandíbula del amadís se apretó. Melquíades le sujetó de un brazo.

—Ya habrá tiempo para explicaciones cuando todo esto acabe —dijo—. Ahora tenemos audiencia con el Oráculo.

Entraron. Al otro lado de las puertas les esperaba una amplia avenida flanqueada por una muerte de lustros apelmazados. La nieve salpicaba las lápidas, empantanaba el suelo del que surgían desmembradas cruces de piedra y estatuas de niños dolientes, lamía los techos de los mausoleos cubiertos de un musgo espeso y tembloroso.

Se internaron a través de una tierra de bocas negras, de lápidas de mármol ansiosas por lucir sus nombres.

Avanzaron por la avenida principal. Les rodeaban diminutos mausoleos que exhibían crípticos nombres en la lengua de Otrosdías. La elegancia de las tallas se había perdido, sumergida en un ejército de hiedras embrutecidas, alambicadas de estaciones. Atravesaron el laberinto de cruces hasta llegar a un tétrico jardín hecho de círculos concéntricos, adornados con la misma profusión de tumbas y criptas. En su centro había una estatua, sobre un pedestal preñado de enredaderas. Representaba a un amadís arrodillado. Sus alas, que tanto recordaban a las de Sir Tadeus, estaban plegadas a la espalda. Tenía la cabeza agachada, como un reo que esperase el beso afilado del verdugo. Sus ojos marmóreos estaban abiertos, sus brazos cruzados sobre el pecho. Pero lo más llamativo eran los besos. Toda su superficie estaba cubierta de marcas de labios, bocas rojizas que la nieve había diluido sobre su piel de mármol, haciendo que corrieran por su cuerpo en regueros rojos.

—Lágrimas de sangre —dijo Tadeus. No dijo nada más.

—Nos has utilizado, Oráculo. —La voz de Melquíades temblaba de furia contenida—. Espero que puedas explicarnos por qué.

Ninguno se sorprendió cuando la estatua alzó la cabeza. Sus facciones pétreas se distendieron en una mueca.

—Llevo seis meses esperándoos.

2

No llegó a saber si lo que le había despertado era el olor a pan recién hecho, o si simplemente era lo primero que había percibido al despertarse. Parpadeó repetidas veces. Una especie de dolor desdibujado se arrebujaba detrás de sus ojos; lo

reconoció como el modo que tenía su cuerpo de decirle que había dormido demasiado. A pesar de ello, a medida que volvía a la realidad, una sensación de bienestar se apoderó de ella. Se despezó como un gato. A la fragancia del pan se sumó otra, la de café recién hecho. La inminencia del desayuno le hizo salivar. Sonrió para sí misma, disfrutando de su relamida pereza matutina.

Recordó lo que había pasado.

Se irguió de un salto en la cama. La habitación estaba en penumbra. A través de los ventanales entraban unos rayos de luz huidiza. Reconoció el lugar al instante. Estaba en el apartamento donde había pasado sus últimas vacaciones con...

Con Gabriel.

—*Bonjour, mademoiselle.*

Se volvió. Gabriel estaba en la puerta de la cocina. Tenía puesta la chaqueta de cuero negro que ella tanto detestaba, y que se ponía sólo para oírla quejarse. Sostenía entre sus manos la bandeja del desayuno. Sobre ella había una cesta llena de brioches, dos tazas de café humeante, un zigurat hecho con terrones de azúcar, y la esfera. La esfera que le había comprado en la tienda de recuerdos que había justo debajo del apartamento. Había hecho que grabasen una inscripción improvisada a raíz del impulso de aquella mañana.

Carla miró a su alrededor, incrédula. El mismo empapelado en las paredes, la misma cama revuelta, las mismas cortinillas anacrónicas, el mismo apartamento alquilado, la misma bandeja, el mismo desayuno, la misma esfera. El mismo Gabriel.

—¿Has dormido bien?

—¿Qué coño está pasando, Gabriel? —preguntó, arrebujándose en la cama como una niña asustada por las sombras de su cuarto. Se aplastó contra la pared cuando él hizo ademán de acercársele, pero se detuvo.

—¿Recuerdas la pasta que nos gastamos en este piso? ¿Cuánto nos cobraron? Lo tuvimos sólo una semana y parecía que pagábamos tres meses.

—Gabriel, dime qué está pasando.

—Pero valió la pena —dijo él—. ¿Ves? Ya no recuerdo el dinero que nos costó, pero sí recuerdo cada detalle del apartamento. Sobre todo a ti.

—Gabriel...

—Te he traído una tontería —dijo, señalando la esfera—. Le han grabado una cosa abajo. El tipo de la tienda lo hace en tres minutos exactos. No la mires ahora, ¿vale? Ya la leerás luego.

—¡Gabriel!

Él inspiró profundamente.

—Carla, por favor. —Levantó una mano conciliadora—. Dime que te acuerdas. Dime que no has olvidado nada de todo esto.

Ella se abrazó las piernas. Miró a su alrededor.

—No he olvidado nada.

—Y ahora dime la verdad.

Ella suspiró. Se tomó más tiempo en contestar.

—Todos los momentos que hemos pasado juntos viven en esta ciudad —recitó—. Traigamos aquí todos los momentos que nos quedan. No, Gabriel, no he olvidado lo que grabaste en la esfera. No he olvidado nada.

—Gracias. Lo pasamos bien en este sitio, ¿verdad?

Se acercó a la ventana y la abrió. La luz entró como agua, iluminando la decoración hortera del dormitorio. Carla recordó las bromas que hacían acerca del gusto de la dueña.

—Sí, lo pasamos bien. Fue una buena semana.

—Fue nuestra última semana —dijo él, soñador—. Fue aquí donde te hablé por primera vez de la enfermedad.

Ella asintió, súbitamente incapaz de hablar. Señaló con el mentón a la bandeja.

—Justo después de traerme el desayuno —consiguió articular.

Gabriel se sentó al otro extremo de la cama, que de repente parecía kilométrica. El pensamiento asaltó a Carla como un ladrón en plena noche: quiero que se siente más cerca. La escena que había vivido en su habitación se volvía borrosa por momentos, como escondida detrás de algo opaco, impenetrable. Sus sentidos estaban inundados por aquel recuerdo que pronto se haría amargo. Pronto oiría que Gabriel se estaba muriendo.

—No tiene por qué ser así esta vez, Carla —le dijo—. Aquí no. Aquí no hay enfermedades.

Se desabrochó los botones del pijama. Verle hacerlo provocó en ella una fortísima sensación de algo ya vivido, algo oscuro y ponzoñoso, que esquivaba los dedos resbaladizos de su memoria. La impresión se hizo aire cuando vio el pecho de Gabriel. No tenía cicatrices, ni manchas. Claro que no, se dijo, ¿por qué habría de tenerlas? Allí no había enfermedades. El olor del pan mimaba su olfato, le acariciaba el paladar.

—Fue en esta habitación donde todo empezó a ir mal, Carla —estaba diciendo Gabriel, acercándose a ella—. Pero ya no. Podemos hacer que sea como debió ser. Olvidarnos del mundo, de las cosas malas que pasan en él. Aquí no hay Irak, ni Ruanda, ni huracanes, ni hambre, ni sida, ni violaciones ni maltratos.

Posó dos manos frías sobre sus rodillas encogidas. Siempre había tenido las manos frías. Carla se compraba guantes dos tallas más grandes, para que él pudiera meter las manos cuando la abrazaba, y compartiese el calor de las suyas. Una ternura dormida desde hacía mucho palpó el interior de su pecho. Un calor de leña prendió en su estómago.

—Viviremos aquí —dijo Gabriel.

—Viviremos aquí —repitió Carla.

Le estaba abrazando sin saber siquiera cuándo se había puesto a su alcance. Se dejó invadir por su olor corporal. No le costó abandonarse a aquella dulzura de encantamiento, a aquel final feliz sin objeciones ni trampas. Una lágrima resbaló por su mejilla. Por el rabillo del ojo, vio la ciudad a través de la ventana, el cielo azul intensísimo, la línea de los tejados, de las iglesias lejanas.

Falta una cosa, se dijo.

—¿Dónde está la...?

No llegó a terminar la pregunta. Al darse cuenta de lo que faltaba en la vista perfecta a través de su perfecta ventana, reconoció dónde estaba. Por primera vez, supo con claridad el nombre secreto de Mandressla, dónde les había llevado Gabriel a vivir su horrorosa historia de amor.

Intentó desprenderse del abrazo férreo de Gabriel, de su contacto de hielo, de sus manos frías, tan frías como aquella blanca mañana de otoño. Intentó separarse de él, tirar de su chaqueta negra, que ya no era una chaqueta negra sino una túnica escarlata. Se abrieron aquellos brazos delicados a la vez que firmes. Carla reuló por la plataforma en la que se encontraban. Se dio cuenta de que les rodeaba una bruma roja, espesa como sangre vieja, reptando entre listones de acero que se entrecruzaban en una telaraña metálica del tamaño de los sueños de los dioses.

Emmeleia la miraba con una intensidad de fragua.

—Tenías que estropearlo todo, ¿verdad?

3

—¿Admites, pues, que nos has utilizado?

La estatua seguía arrodillada, pero incluso sin el pedestal era alta.

—Por supuesto que os he utilizado —dijo—. Hice que la esfera os enviase donde teníais que ir. ¿Qué habría sido de Mandressla, de no ser así? Jamás habríais aceptado si os hubiese dicho lo que os esperaba.

—¿Qué clase de Oráculo eres tú? —Melquíades estaba exasperado.

—Por desgracia para vosotros, soy la clase de Oráculo que comprende el presente antes de contemplar el futuro.

—¿Tienes idea de las penurias que nos has hecho atravesar? ¿Del sufrimiento, el dolor...?

—De no haber sido por mí —interrumpió su diatriba—, os habrían dado caza uno a uno. Vuestros cadáveres estarían ahora tirados en algún rincón de la ciudad, con un hueco sanguinolento en lugar de corazón. La Plaga se habría extendido hasta quién sabe dónde. ¿Habrías preferido eso?

—Pero ¿por qué nosotros? —preguntó Sir Tadeus—. No somos especiales; debía de haber cientos de personas mejores que nosotros en Mandressla para llevar a cabo esta tarea.

—Ah —dijo él—. En eso yerras, mi querido amadís. Yerras por mucho. Sí que sois especiales. Pero no es vuestra habilidad con la espada, ni vuestra fe, ni vuestro valor, lo que os hace especiales.

—¿Qué es, pues? —quiso saber Melquíades.

—Ellos.

El dedo mugriento y agrietado del Oráculo señalaba a Gus y a Raúl. Hasta ahora, habían permanecido mudos y atónitos, observando cómo la estatua de una tumba discutía con un amadís y un nictomante. Era una historia completamente diferente vivir aquello de primera mano que interpretarlo alrededor de una mesa.

Los ojos de Melquíades se estrecharon en un duro escrutinio.

—Vais a explicarnos ahora mismo quiénes sois —dijo Sir Tadeus. Extrajo la espada y les señaló con su punta acusadora—, y qué tenéis que ver con todo esto.

—Para vosotros, Tadeus —intercedió el Oráculo—, bien pueden ser lo más importante de vuestras vidas. Son vuestro puente a otro mundo; la prueba de que los Dragones sueñan.

El amadís y el titiritero dedicaron una mirada incrédula al Oráculo. Habían comprendido el significado de sus palabras.

—¿Son seres de Otrosdías? —tradujo Melquíades.

—Les sentí desde el momento en que arribasteis a Mandressla. Supe lo que estaba a punto de desencadenarse, y que sólo con su ayuda podríais ponerle fin. Por eso os atraje hasta aquí.

—¿Pero, por qué? —preguntó Gus.

—Porque esta historia comenzó en vuestro mundo, y sólo alguien de vuestro mundo ha de terminarla.

—¿Habéis sido vos quien les ha traído hasta el mundo real? —preguntó Sir Tadeus.

—No seas obtuso, Tadeus —le recriminó Melquíades, escrutando a los dos jóvenes desde la negrura bajo sus cejas—. Sospecho que decir ellos y decir nosotros es decir la misma cosa. Son una especie de contrapartida nuestra.

—Sí y no —dijo la estatua—. ¿Queréis explicarlo vosotros?

Gus y Raúl se miraron, incómodos e indecisos.

—Lo que intenta decir —empezó Raúl— ...es que nosotros somos vosotros.

Decidimos vuestras acciones. Sois parte de un juego en el que participamos. —Se sintió extraño a decirlo—... en el mundo real.

El Oráculo soltó una risotada infantil. Los besos sobre su piel seguían diluyéndose en una suerte de crema rojiza.

—Oh, Raúl, ¿de verdad crees eso? —chistó—. Entonces has comprendido menos de lo que esperaba. Piensa en esta noche. Y cuando lo hayas hecho, dime quién ha controlado a quién.

—No entiendo nada —dijo Raúl—. Creía que erais invenciones nuestras.

—¿Te parecemos invenciones? —repuso Melquíades.

—Raúl, Sir Tadeus está aquí, delante de ti —dijo el Oráculo—. Se mueve y actúa sin que tú decidas qué tiene que hacer. Lo mismo pasa con Melquíades, a pesar de que Guillermo haya muerto.

Fueron sólo siete palabras, pero les sacudieron como un terremoto. Raúl se giró hacia Gus.

—¿Guille ha muerto? —exclamó.

Él asintió, bajando la cabeza.

—Estaba en las mazmorras de la Catedral. El Abandono le mató.

A Raúl le tembló el mentón. Una única lágrima le corrió por la mejilla, pero no era de sangre, sino de pérdida, de palabras no dichas, de despedida. Gus le palmeó la espalda, incapaz de hacer o decir nada que cambiase la situación. Guille había muerto, así de simple. Él lo había presenciado, a través de los ojos de Aleatha. Tampoco entonces había podido hacer nada. Había vuelto a fallar.

—No comprendo nada —sollozó Raúl—. Si no formáis parte de nuestra imaginación, ¿qué sois?

El Oráculo lo pensó unos instantes.

—Déjame contarte una historia —dijo al fin—. En cierta ocasión, todos los amantes del mundo decidieron construir un monumento al amor, algo que les recordase cuánto amaban, mientras el Sueño durase. Entonces se reunieron y acordaron construir una torre...

—¡Basta! —exclamó Raúl, sin intentar limpiarse las lágrimas—. Estoy harto de vuestras historias. Y todavía estoy más harto de vuestro amor. El amor no es malo. A veces hace sufrir, sí, pero no es una enfermedad. Y de todas formas, ¿qué coño tiene que ver el amor en todo esto?

—Levántate la camiseta y lo comprenderás —le contestó secamente el Oráculo.

Raúl obedeció. Soltó un gritito agudo cuando descubrió las marcas violáceas que se extendían a ojos vista por su pecho. Gus, alarmado, miró debajo de su camiseta. Las mismas manchas se veían en su torso peludo.

—El amor es el puente entre vuestras dos historias —dijo el Oráculo—. Sólo que aquí sigue unas reglas distintas. La prueba de que amáis está en vuestras pieles.

—Vamos a morir —dijo Raúl, con voz estrangulada—. Nos vamos a convertir en dos de esos zombis.

—No os vais a convertir en nada —le tranquilizó el Oráculo—. A menos que fracaséis.

—¿Fracasar en qué? —quiso saber Melquíades—. ¿Qué diablos quieres ahora que hagamos...?

Le interrumpió un agudo maullido. La gata blanca dio un grácil salto sobre el pedestal del Oráculo. Se apretó un instante contra él. Bajó al suelo y corrió entre sus piernas. Todos se volvieron.

Detrás de ellos estaba el enmascarado, sosteniendo al animal entre sus brazos.

—Fracasar en vuestro último cometido —dijo su voz embozada.

—Apareces cuando menos falta haces —dijo Gus—. ¿Quién coño eres?

Lentamente, el enmascarado se llevó una mano al rostro. Se desprendió de la máscara de oro y la dejó caer al suelo.

Gus adelantó la cabeza, incrédulo ante lo que veían sus ojos. Raúl se quedó boquiabierto. Súbitamente, le volvió a la cabeza aquel nombre poco usual, antiguo, que llevaba tanto tiempo intentando recordar.

—Penélope —dijo.

Intentando recordar para que Carla no se enfadase.

—Todavía tenéis una cosa más que hacer —dijo la abuela de Carla desde las profundidades de la túnica celeste—. Gus, tendrás la oportunidad de salvar a tu princesa.

4

Emmeleia no habría desentonado en una de esas revistas de belleza que tanta repulsión despertaban en Carla, de no ser por su físico atlético, duro como el pedernal, más cercano a la línea donde las deportistas de élite se confunden con los deportistas de élite. Tenía un cuerpo hecho para el gobierno, para las decisiones duras, para asumir sus responsabilidades y las de otros. La capa roja de su hábito se derramaba por todos los rincones de la Voz, entremezclándose con la bruma como si ésta fuera un animal de compañía que se restregase meloso contra su dueña. Su mandíbula era afilada como la de una madrastra. Su boca, una apretada línea de determinación. Sus ojos, dos faros rojos relucientes en aquel océano de acero. No

había rastro de las marcas de la plaga en aquella piel de nácar.

Y estaba a un palmo de ella.

Carla se encogió. Era imposible no sentirse intimidada por la presencia de aquella mujer.

—¿No podías simplemente aceptar lo que tu amor te daba? ¿Tan difícil te resultaba volver con él?

No supo qué responder. Involuntariamente, empezó a mordisquearse la uña del pulgar.

—Sé lo que piensas —dijo Emmeleia—. Que soy un demonio. Que soy la responsable de todo esto. Pues yo reniego de tu moral. Sois vosotros quienes lo habéis empezado todo.

—¿Qué quieres de mí? —sollozó ella.

—Para empezar, quiero que vengas conmigo —dijo por toda respuesta, y se volvió—. Te necesito.

Carla fue tras ella, sorprendida. Estaban en el primer nivel de la Voz, y aun así la altura era ya suficiente como para despertar una inquietante sensación de pequeñez en su nuca. A su alrededor se entrecruzaban vigas atornilladas y robustos pilares de acero renegrido. La niebla escarlata volvía todo aún más amenazador. La construcción seguía ascendiendo aún tres niveles más; aunque la separación entre el tercero y el cuarto constituía casi la mitad de su envergadura. Sólo pensar en el último nivel le dio vértigo.

Aisaan descansaba encima de una pilastra negra de aspecto incómodo. Habían practicado en su superficie una oquedad que encajaba a duras penas con el cuerpo del suplicante. Carla pensó en mesas para autopsias. Estaba irreconocible; tenía la piel amoratada, cubierta de hematomas. No podía abrir los ojos a causa de la hinchazón, había perdido varios dientes y se notaba a todas luces que cada pequeño movimiento le causaba un dolor tremendo. Su respiración era más bien una lenta sucesión de espasmos contenidos.

A su lado, Emmeleia se inclinó sobre él. Paso una mano hecha de aristas de carne por su frente afiebrada. Fascinada con la visión del suplicante, Carla quiso tocarle, alargar un brazo y dejar que su sentido del tacto le confirmase que aquello era real, que le tenía delante en su lecho de muerte. No se atrevió.

—Mi amor —dijo Emmeleia—. Va a morir.

—Es lo que querías —dijo Carla tímidamente—, ¿no es cierto?

—Te equivocas. —Volvió a acariciarle—. Quería que viviéramos juntos. Aquí.

—¿No pudiste simplemente aceptar que él no te quería?

—Pero él sí me quería. No estaba listo para aceptarlo. Pero me quería. Me quería.

Carla comprendió. Aquella mujer estaba loca. Quizá no loca del todo, pero desde luego la obsesión por Aisaan que había arrastrado durante una década le había

perturbado.

Un viento frío soplaba, errático, a través de las juntas, venteando la niebla, haciendo que estirase hacia ella jirones rojos como dedos ansiosos. Su silbido era tan cercano a un aullido que a Carla se le puso la piel de gallina. No era lo mismo imaginar la voz del acero que oírlo.

Entre los dobleces de su túnica, Emmeleia extrajo un objeto pequeño. Era la esfera que Gabriel le compró en su viaje. La que había perdido en algún lugar del cuarto de la abuela. En su interior, los tejados de Mandressla estaban cubiertos de nieve. La silueta de la Voz del Acero casi tocaba el cielo de cristal.

—Quise darle todo lo que poseía —dijo ella, apoyando la esfera junto a la cabeza doliente de Aisaan—. Toda Mandressla. Pero él no la aceptó. No quiso darme nada a cambio.

La idea se deslizó como un cuchillo en los pensamientos de Carla. Tiene Mandressla en sus manos, había dicho Guille antes de que el Abandono le matase. Arrebatádsela y habréis ganado. Sintió un escalofrío a lo largo de su columna vertebral. Empezó a dar la vuelta al bloque de acero donde el suplicante agonizaba.

—¿Qué ocurrió entre vosotros, Emmeleia? —preguntó.

—Fue culpa mía. Le alejé de mí. Y cuando quise recuperarle, ya era tarde.

Carla se acercaba. Lentamente. Tenía que seguir hablando. Tenía que hacer que se concentrase en algo. En cualquier cosa que no fuera la esfera.

—Pero ¿por qué ahora? Después de todos estos años.

—Sucedio hace tiempo —explicó ella—. Al final de los festejos del Decimocuarto Día. Me encontraba sola en mis habitaciones. Meditaba. No, no es verdad. Pensaba en Aisaan, en otro Decimocuarto sin él. Acababa de encender una vela del sueño, para ayudarme a dormir. Me había acostumbrado tanto a ellas que casi no me hacían efecto, pero formaba parte de mi ritual. Entonces una voz me habló desde el humo de la vela. Pensé que era un feto de súcubo o un diablillo del aire, pero entonces dijo el nombre de Aisaan. Le presté atención. Me dijo cosas de mí misma. Cosas que nunca me había permitido reconocer. ¿Cómo puede el amor de Mandressla estar completo si tú misma no recuperas tu amor?, preguntó. Tenía razón. Le pregunté cómo podría traerle hasta mí. Y me lo dijo.

Carla se aproximaba cada vez más a la esfera. Podía alargar la mano, y entonces... ¿qué? No tenía ni idea de qué haría, pero sabía que tenía que cogerla. Y tenía que hacer que Emmeleia siguiera hablando.

—¿Qué es lo que te dijo, Emmeleia?

—Sueña, dijo. Sólo tienes que soñar, con un lugar oscuro, con una vela del sueño. Conmigo. Yo haré el resto.

Carla se detuvo delante de la esfera.

—Lo último que dijo fue, ten cuidado, pues si sigues adelante, quizá consigas lo

que deseas.

No pudo esperar más. Alargó una mano hacia ella.

La zarpa de Emmeleia se cerró sobre su muñeca.

—No pensarías que sería tan fácil, ¿verdad?

Carla gritó de dolor.

—Eres una estúpida niñata —le recriminó—. ¿Creías poder arrebatarme mi amor? ¿Así, tan fácilmente? No sabes nada. No entiendes nada.

Dobló su muñeca hacia arriba, obligándola a arrodillarse frente a ella.

—¿No te he dicho antes que te necesito? —dijo—. Estás tan obnubilada con tu propia historia de amor que ni siquiera se te ha ocurrido preguntar por qué. Te lo explicaré: antes de traerte aquí, pensaba que tendría que arrancarle el corazón a Aisaan y ponérmelo en el pecho para poder salir de la Voz.

Desgarró la camisa de Carla, dejando al aire su piel desnuda, erizada de frío y terror.

—Ahora que estás tú. —Le palmeó el pecho—, ya no tengo que matar a mi amor. Los dos tenéis el mismo corazón.

Carla volvió a gritar.

Fue entonces cuando todo se fue a la mierda.

5

Raúl contemplaba a la abuela como si fuera una aparición mariana.

—Pero ¿cómo es posible?

Ella le acarició la mejilla.

—Ay, cariño. Si supieras las cosas que son posibles por amor. Estoy aquí porque aquí tengo que estar. Sólo desearía haber podido ayudaros más.

—¿Llamas a lo que has hecho ayudar? —imprecó Melquíades—. Nos pusiste en las manos de los niños oscuros.

—Lo cual te llevó a abrir cierta puerta —le recordó ella—, tras la cual encontraste una cura para la Plaga. ¿Preferirías que no lo hubiese hecho?

Melquíades calló. Sus labios se apretaron en una fina línea. Tenía razón. Había abierto la puerta. Había conversado con lo que había detrás. Y ahora lo llevaba dentro. Aún no tenía ni idea de qué pasaría a continuación, pero sabía una cosa: estaba más allá del amor de Mandressla. Estaba más allá de cualquier tipo de amor, y

de odio, y de todo sentimiento humano. Había dejado de ser simplemente Melquíades. Ahora era un hombre oscuro, un ser perteneciente a las leyendas que asustaban a los niños en sus camas. Por sus venas corría la misma esencia de su Madre. Se preguntó si aquello era un regalo o una maldición, si haber consumido su humanidad para librarse de ese amor era un precio demasiado alto. La duda aleteó brevemente en su cabeza, hasta que un dedo negro la aplastó.

—Está bien. —Se masajeó la frente—. Estamos de algún modo ligados a unas... criaturas de Otrosdías. Necesitamos su ayuda para acabar con la Plaga. Plaga que, por cierto, nosotros mismos desatamos sobre Mandressla.

—Por otro lado —apuntó Gus—, si no lo hacemos, moriremos, porque estamos infectados. Te lo has montado bien, Oráculo. Nos tienes cogidos por los huevos.

—Qué expresión tan vulgar —se lamentó la efigie, cubriéndose la boca con una mano cubierta de besos rojos—. Digamos sólo que no tenéis elección. Pero es lo que suele pasar cuando se juega con el destino.

—No seas malo con ellos, Óscar —dijo la abuela de Carla—. Mi nieta está en peligro. Es hora de que actuemos.

—No me llames así, Penélope —dijo el Oráculo—. Sabes que ese nombre está prohibido en este lugar.

—Volveré a hacerlo si no te muestras un poco más flexible con ellos.

—Tenéis muchas cosas que contarnos —dijo Sir Tadeus.

—Me gustaría decir que hay tiempo —dijo el Oráculo—, pero gracias a vosotros, no lo hay.

—Al menos —dijo Melquíades—, respóndenos a una pregunta: ¿por qué nos enviaste al Palacio del Relojero?

Las facciones pétreas del Oráculo se distendieron en una mueca.

—Por una sencilla razón. Sólo hay una cosa capaz de matar al amor: el tiempo.

—El tiempo —repitió Sir Tadeus—. El Relojero.

—Controlando el tiempo, lo controláis todo —recordó Melquíades.

—¿No creeríais que os envié a hacer una visita al Relojero para presentarle vuestros respetos?

—Pero ¿qué es esa máquina? —quiso saber Raúl—. ¿Qué está haciendo el Relojero?

—Ese palacio se ha convertido en lo que probablemente sea el objeto clave en esta y en muchas historias más. El Relojero ha construido un Aleph.

—¿Un Aleph?

La efigie desechó la pregunta de Sir Tadeus con un gesto.

—Demasiado complicado para explicarlo ahora. Pensad que el Relojero tenía razón; tiempo y espacio son una misma cosa. Con su máquina, podréis acabar con el amor podrido de Mandressla. Podréis entrar en la Voz.

—¿No podemos simplemente ir allí y acabar con Emmeleia? —preguntó Raúl.

—Mucho sistema narrativo —añadió Gus—, pero al final siempre se termina arreglando todo a hostias.

El Oráculo negó.

—Podrías intentarlo, pero no llegarías lejos. Sólo los que aman pueden entrar en la Voz. A los demás les está vedada.

—Y los que aman están infectados, y por lo tanto controlados por Emmeleia —dijo Melquíades—. Brillante.

La estatua volvió a asentir.

—A no ser —se adelantó el nictomante—, que el Aleph del Relojero mate el amor oscuro que protege la Voz.

—Tenemos que llegar al Palacio del Relojero —resolvió Raúl.

—¿Y cómo coño vamos a hacer eso? —preguntó Gus—. Mandressla es enorme. Vamos a tardar todo el día en llegar hasta allí.

—No tenemos tanto tiempo —dijo Penélope.

—No os preocupéis por eso. —El Oráculo sonrió—. Existen otros medios de transporte.

Por primera vez, su cuerpo anquilosado abandonó la posición doliente. Irguió su voluminosa mole sobre el pedestal. La piedra en sus articulaciones crujió. Los besos de su piel temblaron. Su cabeza esculpida se levantó hacia el cielo.

Hacia el zeppelin.

Cinco minutos después, Gus esperaba solo en mitad del jardín, junto a la inquietante presencia del Oráculo. Apoyaba su considerable peso de un pie en otro, buscando algo que decir. No se le ocurría qué podía tener en común con la estatua de una tumba. Le hizo una pregunta para rellenar aquel silencio.

—Era la Voz, ¿verdad?

—¿Disculpa?

—La historia que ibas a contar. La de los amantes que se reunieron para construir una torre. Construyeron la Voz del Acero. Es como la Torre de Babel, pero con amor, ¿no? Por eso Emmeleia está atrapada; porque ya no tiene amor dentro de su corazón.

—Sí y no, Gus —dijo el Oráculo, casi apesadumbrado—. Emmeleia está atrapada porque ya no tiene corazón con el que amar. Pero no, la torre que construyeron no era la Voz del Acero.

—¿Entonces qué era?

—Cuando Sylandarix vio que estaban construyendo una torre para representar el amor, se enfureció con los amantes. Dio un golpe con la cola justo bajo sus cimientos. Una de las espinas de su cola emergió de la tierra y partió la torre en dos. Se derrumbó y mató a muchos de ellos. De las ruinas surgieron los celos, el rencor, la amargura, y se extendieron por el mundo. Lo que ves hoy en el centro de Mandressla

es una espina de la Dragona del Amor.

Gus se quedó boquiabierto.

—¿Se cargó a los que la adoraban? ¿Por qué?

—Porque podía, Gus. Porque es una Gran Dragona.

—Pero eso es horrible.

—El amor no es malo, ni tampoco es bueno. Es sólo amor.

Gus quería añadir algo más, pero de repente el silencio se le antojó más apetecible. En ese momento, una figura alada se posó con gracilidad entre ellos.

—¿Estáis listo para despediros del suelo? —preguntó Sir Tadeus.

Gus tragó saliva. No pudo reprimir un grito cuando el amadís se lo echó sobre la espalda y levantó el vuelo con dos poderosas sacudidas de sus alas.

6

Aisaan oía. La conversación de las dos mujeres llegaba hasta él a través de una bruma de dolor difuso, esparcido por todas las esquinas de su cuerpo. Sintió compasión por Emmeleia, por el dolor que había rumiado durante años y que había desembocado en el horror de la noche anterior. Cuando depositó la esfera junto a él, percibió al instante lo que manaba de ella. No era una especie de energía, ni de influjo. Era algo diferente, una marea que bañaba su cuerpo lacerado como un mar hecho de presagios. Las palabras del prisionero sin ojos brotaron como una erupción en su mente al mismo tiempo que lo hacían en la de Carla. Ambos tomaron la decisión a la vez, ignorantes del hilo desconocido que les unía más allá de tiempo y espacio.

Aisaan apretó las mandíbulas cuando Emmeleia sujetó a Carla. Su grito le dolió por encima incluso del martirio que ya doblegaba su cuerpo. Resopló y, reuniendo toda su fuerza de voluntad, se obligó a alargar la mano y coger la esfera.

Una descarga recorrió su cuerpo en cuanto la asió. Pesaba como todos los pecados de un mundo entero. De repente, lo sintió todo. Todo. Mandressla entera fluía desde la esfera hacia él, a través de él. Vio con sorpresa a Sir Tadeus, vivo y volando por el aire hacia un zeppelin. Oyó los gritos del muchacho que sostenía en sus brazos. Sintió los cuchicheos de los niños oscuros en sus catacumbas. Olió el aroma del miedo en la corteza del Árbol, en el corcho de cada uno de los frascos a su alrededor. Supo del dolor de los mandresslinos, contó las sílabas de las pérdidas y las

rupturas, sorbió las lágrimas de las madres abandonadas. El eco de los pasos de los enamorados reverberó en sus oídos. Percibió la inmensa columna de tiempo que se levantaba en una colina no muy lejana, amenazando todo su poder, casi lista para golpearle como un ariete. Supo que aquello era lo único que podía matarle, a él, a Mandressla, a todos. Se había convertido en el ancla de aquel universo que sostenía en una mano.

No hubo ningún pensamiento consciente en su cabeza. Simplemente la lanzó con todas sus fuerzas contra uno de los pilares. Emmeleia se giró hacia él. Una sacudida hizo que todo a su alrededor se tambalease. La torre entera gimió. Aisaan cayó al suelo, incapaz de sujetarse. El mundo gritó. La esfera atravesó el aire, girando sobre sí misma. Carla apretó los puños.

Una mano la agarró en pleno vuelo. Una mano nudosa, nervuda y de color violeta.

—¡No! —chilló Carla.

El Rencor sostuvo la esfera en sus manos. El mundo dejó de sacudirse.

—Dame eso, Rencor —ordenó Emmeleia de inmediato, olvidándose de Carla.

El monstruo las contempló a ambas. Sus ojos se estrecharon.

—No me cuentes cosas que ya sé, Rencor —dijo—. Tu incompetencia no tendrá más castigo que la vergüenza que ya llevas dentro, Rencor. ¿Quién te ha enseñado a humillarte así, Rencor? No me halagas, sólo me incomodas, Rencor. Atente a las consecuencias si fracasas, Rencor.

—Rencor, por favor. —Emmeleia temblaba. El viento que hablaba a través de la torre se intensificó.

—Siempre a vuestra sombra —continuó él—. Siempre intentando complaceros, Santidad. Llevando a cabo todas vuestras órdenes. Hasta el final. Y siempre sintiendo vuestro desprecio sobre mí.

Avanzó hacia ella. Vigas y traviesas surgieron a su paso como colmillos de gigante, atravesando el suelo.

—¿Queréis saber por qué lo he hecho? ¿No os provoca la más mínima curiosidad ver que puedo pasear por vuestra torre? —dijo él—. La respuesta es sencilla: os amo, Santidad. Busqué un corazón para vos, un absurdo corazón humano que os hiciera feliz. Era lo único que quería, veros feliz. Y sólo he obtenido vuestro desdén a cambio de mis atenciones. Puede que sea hora de cobrarme lo que nunca me habéis dado —se volvió hacia el agonizante Aisaan—. Te lo dije. Yo no tengo señor. Ni señora.

Hizo un gesto. Una hilera de afiladas aristas como dientes aserrados creció alrededor de Emmeleia. Una enredadera de espinas metálicas brotó a sus pies y la levantó en vilo. Gabriel y Emmeleia gritaron desde la misma garganta cuando innumerables puntas se clavaron en su carne. Carla no podía mirar. El Rencor tiró de

sus cabellos. Chilló. La criatura la arrastró hasta la maraña afilada que torturaba el cuerpo de Emmeleia y la arrojó a sus pies. Carla se rebozó en el grosero charco de sangre humeante que se agrandaba por momentos bajo la suplicante.

—Sois patética, Santidad —dijo—. Pensé que cuando tuvierais el corazón del crío, podríais disfrutarlo conmigo, pero ya veo que no será así. Sois demasiado avariciosa. De modo que sigamos otro curso de acción: podéis quedaros con el corazón de Aisaan. Yo me quedaré con el de la niña.

Alzó una garra. Carla cerró los ojos.

Se detuvo a pocos centímetros de su pecho. Parpadeó. Apretó la esfera en su otra mano, los ojos fijos en algún lugar de su interior, lejos de Carla y de su corazón.

El Rencor observaba.

7

El dirigible avanzaba en un vuelo vertiginoso, suicida. La minúscula cabina colgaba de su vientre como un forúnculo. En su interior, cinco personas compartían un sentimiento muy concreto: todos estaban aterrorizados. La abuela de Carla mantenía los ojos cerrados, aferrada al cuello de Raúl.

El monstruoso aparato evolucionaba a bandazos bruscos, que les enviaban literalmente de un lado a otro. Golpeaban las paredes en una ridícula lucha por mantenerse firmes. Había sido imposible cerrar la puerta después de la brutal embestida con la que Tadeus la había abierto. Ahora el aire entraba a raudales, ahogando sus gritos. Gus se desgañitó la garganta al intentar decir:

—¿En qué tómbola se ha encontrado la licencia de dirigibles este tío?

Sólo Raúl entendió lo que quería decir. Abrazado tanto a la barra de hierro lateral como a la abuela, echó un vistazo hacia abajo. El dirigible se desplazaba por encima de Mandressla, peligrosamente cerca de los tejados de las casas. Allí donde se posaba su sombra, surgían más cruces retorcidas. Lápidas y mausoleos emergían de las paredes, entre los adoquines, brotaban de los campanarios desvelando a las gárgolas. Las murallas avanzaban, rampantes, y volvían a desvanecerse a medida que el dirigible continuaba su enloquecida marcha. Y en medio de aquella ola de muerte ambulante, el pedestal del Oráculo cortaba en dos las calles, atado por hilos invisibles al movimiento demencial del zeppelin. Al ver a la estatua sobre el bloque de mármol, Raúl pensó en el patrón de los surfistas. Le entraron ganas de reír.

La ciudad observaba las evoluciones del aparato. Ojos temerosos, desacostumbrados a la luz del día, se asomaban a las ventanas que habían llegado a imaginar tapadas por barrotes. Los hombres empuñaron de nuevo las armas con las que pensaban morir. Los niños escaparon de las faldas de las abuelas para encaramarse a los tejados. Los ventanales se entornaban. Los supervivientes veían pasar aquel leviatán grisáceo que traía a la Ciudad del Amor una esperanza disfrazada de cementerio. De pronto sus escondites fueron demasiado pequeños para ellos. Una nueva melodía sonaba en Mandressla.

La forma abombada del Palacio del Relojero fue creciendo, desde una mota blanca en la lejanía hasta la majestuosa construcción que había visitado hacía mil años. Las tumbas treparon por las escaleras que subían la colina, invadiendo el recinto a medida que el dirigible frenaba su marcha a la desesperada. Justo cuando creían que chocarían contra el Palacio y serían devorados por la explosión, se detuvieron.

—Le gusta ponérselos por corbata —dijo Gus, agarrándose al cuello de toro de Tadeus.

El Palacio del Relojero había sido invadido. Un ejército formado por ángeles de piedra y cruces descascarilladas ocupaba todo el interior. Compartían el espacio vacío junto con los relojes de las paredes. Sir Tadeus notó que marcaban todos la misma hora. La cadencia de todos los segunderos avanzando a la vez tenía dejes marciales, contrastaba profundamente con el cementerio que había crecido como hiedra entre las baldosas de mármol. Ahora todo el palacio latía con el mismo sonido, repetido hasta la infinitud del techo remachado, ascendido a la categoría de cañonazo por la ingente cantidad de relojes que lo compartían.

El pedestal del Oráculo había cortado la tierra en dos desde la entrada del palacio. La efigie, sobre él, paseó la mirada por las bóvedas.

—Ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—Todo ha cambiado mucho, Óscar —dijo la abuela.

—Te he dicho que no me llames así.

—¡Relojero! —llamó Melquíades—. ¡Hemos cumplido la promesa! ¡Hemos destruido el último reloj!

No hubo más respuesta que el cadencioso sonido de las manecillas. Un tahúr invisible repartía cartas de silencio entre ellos.

—Quizá está en su taller —sugirió Gus, asombrado ante el ingenio mecánico.

Se aproximaron a la parte de atrás. El carillón central seguía descansando bajo la bóveda principal. Los engranajes de su interior se habían esfumado de nuevo. En su lugar sólo se apreciaba una negrura espacial, insondable. La trampilla frente a la bóveda estaba abierta. La misma por la que se había introducido el Relojero la última vez que le vieron. Un sonido trepaba desde sus oscuras profundidades.

—¿Alguien quiere ser el primero en bajar? —preguntó Gus.

Las escaleras descendían a través de un hueco estrecho cubierto de lodo. Les recibió un cortejo de adoquines estratificados de mugre y verdín. Por primera vez, no había relojes que se apilasen sobre las paredes como malos recuerdos. Al fondo, se empezó a insinuar un resplandor dorado.

El último peldaño coincidía con la entrada a la cripta. No había puerta. Allí, la fosforescencia se hizo oro líquido. Se derramaba por el aire y convertía la escena en el sueño de un párroco enfebrecido por el vino de misa. Pusieron un pie dentro, y supieron lo que saben los líquenes en el fondo de los naufragios y pensaron en cuando dejaron de ser niños y sintieron ganas de llorar. En mitad del sepulcro se levantaba la única tumba para vivos que verían en su vida. Descansando sobre ella había un ser hermoso.

Por supuesto que era una mujer. Estaba cubierta por un lienzo sucio de años y calamidades, que le daba aspecto de virgen de antes de que se inventaran las vírgenes. Una débil pelusilla blancuzca le cubría el cuero cabelludo como la piel de un melocotón. Su cuerpo menudo presagiaba el germen de abuela rechoncha rodeada de nietos sísmicos que jamás llegaría a ser. Sus carrillos fueron sonrosados una vez. Su media sonrisa adormilada era como cuando la marea empieza a subir al mismo tiempo que sale el sol, como hundir la nariz en la hierba cinco días antes del solsticio, como observar la primera nevada a través de un cristal empañado de risas y de copas alzadas por los que ya no están. Respiraba con benevolencia, casi con resignación.

Todo esto lo vieron antes de ver el resto, y fue mejor para ellos, porque sería la imagen que siempre llevarían en la memoria al despertar en medio de los dolores de la vejez. Gus sollozó. Raúl se abrazó a sí mismo. Penélope dio un paso atrás y se apoyó en una columna. El Oráculo se cubría los ojos como si estuviese frente a un milagro que hubiese negado tres veces. Sir Tadeus hincó la rodilla que reservaba para los reyes, los papas y los apóstoles. Sólo Melquíades permaneció incólume, aunque notó que la oscuridad en sus venas se perturbaba. Eso sólo le causó una curiosidad amortiguada. Se acercó más.

El Relojero estaba al pie de la tumba como un hongo, como un grumo de pus manchando el lienzo de una obra maestra por concluir. Se inclinaba sobre la mujer con devoción. Acariciaba su mano, la sostenía como un pajarillo muerto entre las suyas, correosas y porcinas. Melquíades tuvo ganas de apartarlo por algún motivo borroso. Se disponía a hacerlo cuando vio los cables. Descendían desde el techo formando una trenza dorada. Llegaban en una procesión chisporroteante hasta la tumba, hasta la mujer, hasta su pecho. Se introducían a través de un minúsculo agujero practicado en la sábana con precisión de cirujano, que dejaba a la vista un trozo de seno, blanco como sólo puede ser la carne de los santos. Escarbaban debajo de la piel de la mujer. Melquíades percibió con poca o ninguna sorpresa que de su

pecho remendado surgía ese único latido que era, ahora lo veía, mucho más que el latido de un simple palacio.

El Relojero se volvió hacia ellos. Las nubes de arrugas que se amontonaban en su sien se habían suavizado, dejando paso a una calva serena.

—Lo habéis conseguido —les dijo, ignorando el hecho de que habían bajado hasta allí sin su permiso—. Habéis conseguido que funcione. Os doy las gracias.

—¿Qué es todo esto, Relojero? —preguntó el titiritero—. ¿Qué has hecho con esta mujer?

Él frunció el ceño. El Oráculo puso una mano en el hombro de Melquíades.

—Te pido perdón en su nombre, Femtos. No sabe que está hablando de tu esposa.

—¿Femtos? —Melquíades enarcó una ceja—. ¿Esposa?

El Oráculo le ignoró.

—Me alegra ver que has podido completar tu trabajo a tiempo.

—No hables de Tiempo aquí —le reprendió el Relojero—. El Tiempo la ha dejado en este estado. El Tiempo era precisamente lo que estaba matando a Ardelia. Lo que la sigue matando todavía. No he llegado a tiempo, sólo he hecho lo que he podido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sir Tadeus por enésima vez.

El Relojero miró al Oráculo. Éste se encogió de hombros.

—Nadie puede contárselo sino tú —respondió a su mirada—. Es tu Secreto.

—Está bien —suspiró el Relojero—. Ardelia, mi esposa, estaba enferma. Tenía algo maligno dentro, algo que la estaba matando. Hechiceros, brujos, astrólogos, curanderos, santones, mártires y adivinos, todos intentaron curarla. Ninguno lo consiguió. Había llegado al corazón, me dijeron. Era imposible detener su avance. Era cuestión de tiempo.

Apretó la mano de la mujer. Si quedaba ternura en Mandressla, estaba en el contacto de aquellos dedos chaparros.

—Así que me propuse hacer lo único que me quedaba: detener el tiempo que le quedaba. No podía curarla, pero le construí un nuevo corazón, para que el suyo no tuviese que latir más.

—¿Por eso detuvisteis el tiempo en la ciudad? —preguntó Tadeus—. ¿Tenéis idea de cuánta gente ha sufrido por vuestra culpa?

—Yo nunca quise detener el tiempo en Mandressla —le devolvió la acusación—: Eso lo hicisteis vosotros. Os lo dije, no toquéis esa palanca. La activasteis antes de que estuviera lista. Tenía que detener el tiempo aquí dentro. En lugar de eso, detuvo el tiempo fuera de esta cámara. Vosotros sois los responsables.

—Tenía que ser así, Femtos —dijo el Oráculo.

—¿Por qué? —preguntó Raúl—. ¿Por qué no les mandaste directamente a destruir el reloj que faltaba?

—Porque entonces no habríais encontrado la cura para Ardelia.

—Pero si no hemos encontrado la cura.

—Ah, ¿no? —preguntó el Oráculo.

Se volvió hacia Melquíades.

Éste le devolvió la mirada.

—Relojero —dijo el titiritero—. ¿Tiene nombre esa enfermedad dentro de tu mujer?

—Si lo tiene, nadie fue capaz de decírmelo. Era algo negro e inexplicable, algo hecho de...

—Oscuridad —completó el nictomante, aún mirando al Oráculo—. Eres un hijo de puta.

—Y tú sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si me niego a hacerlo? ¿Qué me importa a mí una mujer desconocida? ¿La esposa de una rata con piel de hombre que dedica su vida a limar tuercas y remaches?

Entonces sucedió algo maravilloso. La mujer abrió los ojos. Al ver sus iris del color de la nostalgia, todos pensaron en el olor de su madre, en la primera vez que creyeron ser amados de verdad y para siempre. Melquíades dio un paso atrás. Sus piernas no pudieron sostenerle. Antes incluso de caer de rodillas ya estaba llorando, unas lágrimas que dejaron un reguero negro en sus mejillas. Se arrebujó a sus pies y derramó un torrente de hipidos de viuda. El Relojero les contempló, estupefacto.

—No llores —le dijo Ardelia—. Todo está bien.

Melquíades se sorbió la nariz como un colegial. Se levantó y, dirigiendo una mirada afilada al Oráculo, extendió las manos sobre Ardelia.

—No —dijo—. No está bien. Pero lo estará. Puede que esto te duela.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el Relojero.

Melquíades se rasgó las muñecas. Un reguero negro se vertió sobre el cuerpo de la mujer. El Relojero chilló. Sir Tadeus le retuvo, sin poder disimular la expresión de asco, el rechazo absoluto que le provocaba lo que estaba viendo. La sangre de Melquíades se condensó en un racimo de nudosos tentáculos como serpientes relucientes, que se introdujeron por la nariz de Ardelia, por su boca, por sus oídos, por sus ojos. Ella gimió. Los tentáculos la removieron por dentro. El titiritero orquestaba la operación con los ojos cerrados, el semblante concentrado, sudoroso. Al fin, la boca de la mujer se abrió involuntariamente. De ella surgió un tentáculo, que envolvía una reluciente pieza de metal negro, con la textura de una perla y la forma de una llave de portón. El tentáculo la dejó caer encima de la palma de Melquíades. Con un gesto, el titiritero hizo que sus infames extremidades regresaran a sus venas.

—¿Qué demonios era eso? —sollozó el Relojero—. ¿Qué le has hecho?

Melquíades jadeaba, incapaz de hablar. Apretaba el puño como si atesorase dentro

los recuerdos de su infancia.

—No le hables así, Femtos —dijo Ardelia—. Me ha curado.

—Y es hora de que tú hagas lo mismo con Mandressla, Femtos —dijo el Oráculo.

8

La boca de lamprea se deformó en algo que jamás, jamás llegaría a ser una sonrisa.

—Parece que tus amigos quieren jugar. —Obligó a Carla a mirarle—. Vamos a jugar con ellos.

—Rencor —jadeó Emmeleia, a su espalda—. Acaba con esto. Ha sido un error.

La suplicante colgaba del zarzal como un insecto en el corcho de un entomólogo. Las espinas atravesaban todo su cuerpo. La sangre seguía vertiéndose a sus pies, pero por alguna extraña razón, no moría.

—Sí, Santidad. Ha sido un error derrochar los últimos seis meses en busca de ese absurdo amor que envenenó vuestra juventud. Pero os voy a decir algo. El amor se ha terminado. Ya no queda espacio para él. ¿Adivináis qué sentimiento nos queda ahora?

Sacudió a Aisaan con la punta del pie. Un sordo gemido se escapó del cuerpo del suplicante.

—Pero no os preocupéis. Os dejaré que paséis vuestros últimos momentos con vuestro amado. Ya que los amigos de la niña han decidido presentar batalla, estaremos preparados para recibirles.

El Rencor agarró fuerte a Carla. La bruma se arremolinó a sus pies y les alzó en el aire como si fuera una alfombra mágica. Carla cerró los ojos. El vértigo sacudió su estómago. Cuando estuvo allí con Gabriel fue incapaz de subir, se quedó esperándole abajo. Ahora veía toda Mandressla a sus pies, y la visión le hizo temblar. Todo estaba destruido.

Cuando la bruma les depositó en la cúspide, la criatura alzó la esfera por encima de su cabeza. El vaporoso velo rojo se intensificó; una nada escarlata engulló el mundo a su alrededor. A Carla se le erizó el vello de la nuca. Notó lo que ocurría sin verlo. Fue como si un montón de termitas abandonasen un ataúd carcomido. De las casas, de las alcantarillas, de los portales, de todos los rincones de Mandressla empezó a brotar un zumbido cadencioso, un rumor de marabunta. Los enamorados se dirigían hacia ellos, caminando, arrastrándose, como podían. Todos guiados por la

misma voz.

La Voz del Acero.

9

Habían subido las escaleras de la cripta, y ahora aguardaban frente al carillón. El Relojero escuchó atentamente su historia, apoyado en su esposa. Entre todos compusieron para él los acontecimientos de la última noche. La Plaga. El Tiempo. El Reloj. Le explicaron lo que necesitaban.

—Sólo el tiempo mata al amor —resumió Melquíades.

—Será difícil —dijo el Relojero—. Tendré que usarlo a máxima potencia y centrarlo en un único punto, y eso supone activar todos los relojes a la vez.

—Pero ¿puede hacerse? —preguntó Raúl.

—Tardaré un poco, pero lo conseguiremos.

—Hay algo que no entiendo —dijo Gus—. Si el Relojero también está enamorado, ¿por qué no se ha contagiado de la Plaga?

—Es sencillo —respondió la abuela de Carla—. Nunca ha estado expuesto. Nunca ha sufrido celos. Nunca ha sentido rencor hacia ella. No ha albergado malos sentimientos, nada en lo que pudiera arraigar el amor perdido de Emmeleia. Puede que Femtos sea el único ser que ha amado sin reservas en toda Mandressla.

—No me lo puedo creer —dijo Gus secamente.

—No hace falta que te lo creas, Gus —le dijo el Oráculo—. Sólo tienes que mirarles.

Ardelia, aún débil, abrazaba al Relojero junto al carillón central. Él era un poco más bajo que ella. Sin embargo, incluso la desagradable figura del hombrecillo se suavizaba a su lado. Era cierto, pensó Gus. El Relojero, Femtos, había dedicado todo su esfuerzo, todo su ser, a la tarea de construir aquella obra de lunáticos, sólo para evitar que su amor muriera. Se preguntó cuánta gente sería capaz de hacer lo mismo. Se preguntó si él mismo lo sería.

En lugar de respuesta, una suerte de calor punzante se instaló en su vientre. Reptó hasta su pecho y le erizó la piel. Un picor se extendió por las manchas que ocupaban ya todo su torso. Estalló en su cerebro como una bala. Gus soltó un grito de dolor. Cayó al suelo al mismo tiempo que Raúl. Una imagen barrió todos sus pensamientos, ocupando hasta el último rincón de su mente.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Tadeus, alarmado. Deseó que Aisaan estuviese allí, no por primera vez.

—La Voz —articuló Gus, arrastrándose hacia la salida. Los eccemas supuraban en sus muñecas como estigmas—. Tengo que ir a la Voz.

—Tengo que ir a la Voz —repitió como un eco Raúl.

—Les está invocando —tradujo Melquíades.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó el amadís, intentando sujetarles a los dos.

—Esperad —dijo el Relojero.

Se acercó a la palanca y la volvió a activar. Raúl y Gus se retorcían en el suelo como endemoniados. El murmullo mecánico volvió a extenderse por todos los relojes, al tiempo que los latidos aumentaban de velocidad. Raúl sufría espasmos. El hombrecillo corrió detrás del carillón central, y empezó a mover más pedales y guimbaletes en su entramado. Gus babeaba sobre el suelo. La claridad que entraba por las vidrieras disminuyó. A medida que el Relojero atornillaba y desatornillaba, la luz del día menguó sensiblemente. Raúl se golpeaba la cabeza contra las baldosas, llorando. Un pálido disco blancuzco empezó a descender a gran velocidad en el cielo. Comprendieron con una profunda sensación de irrealidad que era el sol. El artefacto del Relojero estaba trayendo de nuevo la noche. Los dos se debatían con el torpe abrazo del amadís, huyendo de su contacto como reptiles en celo.

Una luz cobriza salió del carillón. Cayó sobre Gus como gotas de rocío. Su respiración se acompasó. El reloj central empezó a girar, aumentando de velocidad a medida que se sucedían las vueltas. Melquíades sujetaba a Gus contra el suelo. Poco a poco dejó de debatirse. Sus brazos cayeron. El fuego se extinguió en sus pupilas. Quedó exhausto en el suelo, temblando como un recién nacido. Las manchas ya no estaban.

Sir Tadeus abrazó a Raúl. El resplandor de cobre se dirigió hacia él.

—¡No! —gritó Raúl—. ¡Por favor, apartadlo de mí!

—Es por vuestro bien —le dijo el amadís—. Pronto estaréis curado.

Raúl dirigió la vista hacia Tadeus.

—No quiero curarme —le dijo con un ronquido—. Quiero a Carla.

El resplandor se acercaba a ellos.

—Pero te matará —intervino Melquíades.

—Acepto lo que tenga que pasar. Tanto lo malo como lo bueno. —Le agarró el brazo—. No me quites este amor, sólo me ha durado toda la vida.

El amadís, atónito, siguió sujetándole.

—Déjale, Tadeus —pidió Penélope—. Ha hecho su elección.

Él liberó su presa. Raúl se arrastró lejos de ellos. Permaneció un momento arrodillado, respirando profundamente y gruñendo. La oscuridad que había convocado el reloj se hizo total. De nuevo era de noche en Mandressla. Tadeus

extrajo su arma. Consultó con los demás en silencio. Raúl se irguió. Las pupilas de sus ojos habían empezado a perder color.

—Estoy bien —dijo, levantando una mano a medio deformar—. Intentaré controlarlo todo lo que pueda. Sabéis lo que tenéis que hacer si fallo.

—Joder —fue lo único que Gus pudo decir—. Joder, joder, joder, joder.

Señalaba al reloj central. Su interior volvía a mostrar la Voz. A los pies de la torre se extendía una miríada de cadáveres. Era la guardia de Mandressla, el ejército cruzblanca que debió defender la ciudad y fracasó. Presentaban las más cruentas mutilaciones. No les fue difícil entender lo que había pasado. A menos de un kilómetro de la Voz se levantaba la Ciudadela. Los crucesblancas supervivientes habían cumplido la última orden del Capitán Mantra, se habían lanzado en un asalto suicida contra la torre. Estaban contemplando el resultado. Ahora, los cuatro pilares sobre los que descansaba la construcción de acero se elevaban sobre el ejército descuartizado como los jueces de los muertos. Tadeus reconoció en ellos el destino que habría corrido de no haber escapado a buscar a Tasianara.

Un segundo después se empezaron a vislumbrar formas humanas en las cercanías de la matanza. Las reconocieron en cuanto se acercaron. Suplicantes. Ciudadanos de Mandressla. Infectados por la plaga, todos. Un ejército de enamorados se dirigía desde todos los rincones de la ciudad hacia la guarida de su Señora.

—Maldición —masculló Tadeus—. Esto complica las cosas.

—Nos van a matar a todos —murmuró Gus, secándose la boca con el dorso de la mano. Se apoyó en Melquíades para levantarse, pero éste no le ayudó.

Una voz resonó en la oscuridad de esa noche recién nacida.

—Quizá necesitéis un poco de ayuda.

Se oyeron pasos en el vacío del palacio. Se volvieron. Una figura menuda y firme se abrió paso entre las tumbas recién florecidas hasta detenerse ante ellos.

—Por fin les habéis encontrado —dijo Aleatha, resplandeciente.

—¿A quiénes? —dijo Sir Tadeus, incapaz de ocultar una sonrisa.

—A los rebeldes.

Señalaba al interior del carillón.

eterna lucha contra las conjuras de los adoquines. Hacía innumerables días que ningún pie había horadado la alfombra blanca que cubría los sueños de sus habitantes. Las farolas habían sucumbido, los ventanales dormitaban, roncaban los postigos de las puertas. Pero semejante equilibrio no estaba predestinado a durar. Se oyó un chirrido, el lamento de una boca de alcantarilla al desperezarse. La tapa se desplazó, cayó al suelo y rodó sobre la nieve, dejando un surco negruzco, una mancha de pesar anquilosado. Una cabeza ocupó el hueco que se había abierto en la calzada. Se giró hacia un lado. Hacia el otro. Los regueros parduscos de sangre en sus mejillas otearon el horizonte invisible. Despacio, con la angustiosa parsimonia de los bebés que se retrepan al filo homicida de sus cunas, Tiræsius subió al mundo de la luz. Sus piececitos dibujaron en la nieve fantásticos mordiscos de duende. Sus pulmones de tísico se encogían por la temperatura. Su espalda sudaba. Detrás de él, más niños perdidos subieron al mundo, ateridos y confundidos. Dejaron que el rocío les confesara dónde tenían que ir. Se encaminaron como una procesión de penitentes hacia su destino.

El jardín retenía el aliento, incapaz de protestar ante la inclemencia de la mañana. Las altas torres del palacio soñaban con abrazarse unas a otras, observándose como piezas de ajedrez en la insalvable lejanía. Una puerta se abrió con desgana, como la piedra de un sepulcro. Una figura anadeó con pasos dolientes, vagando por el jardín descuidado, intentando oír a través de sus sentidos petrificados. La estatua se contó los dedos, fascinada. Sus hermanas atravesaron el dintel detrás de ella. Algunas habían perdido partes de su cuerpo, otras seguían enteras. Sus ojos humanos llenaron de coraje el aire. Se encaminaron de forma ordenada hacia su destino. Una de las esculturas llevaba la cabeza de Auriale como una linterna, guiando a sus hermanas.

Las puertas dobles volvieron a abrirse con un quejido antediluviano. Revelaron una luz intensa, fría y sudorosa. En su centro se perfiló una figura empapada. Llevaba una soga atada al cuello. Sostenía una piedra del tamaño de un recién nacido anudada a su otro extremo, acunándola de pura congoja. Su nariz goteaba pesadumbre. Sus pestañas encharcadas suplicaban comprensión, aquiescencia, redención. Se detuvo. Un ejército de madera se dirigía hacia él, caminando en dirección contraria. Sólo un estanque abandonado quedaba a su espalda. Innumerables hombres y mujeres de corteza atravesaron las puertas, algunos chocando contra él, otros ignorándole. Baltasar caminaba por fin con sus hermanos. Adónde se dirigían, le fue imposible adivinarlo. Qué pretendían una vez llegasen allí, prefirió no saberlo. El suicida se sentó sobre la piedra de su infortunio, y pensó en flores.

Bajaron todos juntos las escaleras. Juntos vieron el estanque de sangre, los cadáveres de los enamorados, la inmensa mole carbonizada del artífice de sus pesadillas. Juntos fueron de la mano hacia la salida. Se habían ido. Todos. Salieron, todos juntos, a la fresca noche otoñal. Se apoyaban unos en otros, se ayudaban a

caminar, se susurraban palabras de ánimo, de esperanza, de cordura. Se besaban las heridas esperando que cicatrizasen de puro anhelo. Emergieron de las puertas de la catedral juntos, un único espíritu entero hecho de los fragmentos de sus almas destrozadas. Aaszia encabezaba la marcha. En sus manos llevaba las dos mitades de una lanza de piedra.

11

Les vieron surgir de las cercanías de la Voz. Se acercaron a ella, primero en desbandada, después con confianza. Se reconocían unos a otros, tras un velo de cautela, descubrían en otras pieles lo que aquella enfermedad había hecho en su ciudad. Caminaban juntos, como el ejército que nunca fueron, que jamás llegarían a ser.

—¿Cómo es posible? —preguntó el amadís, maravillado.

—Esta ciudad necesitaba rebeldes —dijo el Oráculo—. Y a vosotros para reunirlos.

—En ese caso —dijo la elfa—. Ya es hora de acabar con la Dictadura del Amor.

TRECE

EL BAILE DE LOS SECRETOS

¿Por qué estás tan segura?
Porque es un Cuento.
Y los Cuentos se cumplen.
John Crowley, *Pequeño, grande*

1

El dirigible hendía como una flecha el cielo negro, barriendo los nubarrones con su envergadura y deshilvanando las motas de nieve. El baile de los secretos está a punto de concluir, pensaba Gus. Y él estaba allí para contemplar el desenlace. Y mientras el armatoste cimbreaba y sus tripas se removían al compás de su inseguro avance, no podía dejar de admitir lo que había estado esquivando toda la noche. Tenía miedo. No por sí mismo, o al menos no únicamente. Sabía que, llegados a ese punto, las esperanzas de sobrevivir eran prácticamente inexistentes. Lo que le provocaba un húmedo desasosiego en la espalda, en la nuca, en el dorso de los brazos, lo que hacía que sus testículos se redujesen al tamaño de canicas, no era morir, sino fallar. Todos jugaban un papel en aquella historia; todos tendrían que hacer su pequeña contribución, para bien o para mal. Y Gus reconocía, quizá por primera vez en su vida, que se moría de miedo por no estar a la altura. Por eso había esquivado los lances de la vida con una sarcástica sonrisa, tan falsa y artificial como la máscara de Penélope. Por eso se había cubierto con un manto de excusas ante la llegada de la edad adulta. Le daba miedo equivocarse, fallar, decepcionar a todos, admitir para sí mismo que no estaba preparado para hacer nada, que nada de lo que tocase saldría bien. Ahora Gus reconocía que tenía miedo, sí, tenía miedo de lo que pasaría cuando le llegase el turno de bailar el último lance del baile de los secretos.

2

A su lado, Raúl se sujetaba como podía para no desplomarse a causa de los bandazos de la cabina. La Plaga ardía en su pecho, tiraba de él hacia la Torre. Tenía que poner toda su fuerza de voluntad para no dejar de ser él mismo, para mantener dentro de sí la rabia sucia que le mordía las entrañas. Miraba de reojo a Sir Tadeus, la cara blanca como el invierno. Aún le costaba trabajo comprender que el amadís viviese y actuase más allá de su voluntad. Tadeus había nacido de sus más íntimos sueños, del pozo de inseguridades al que su alma bajaba cada noche a bañarse. Tadeus era lo que él quería ser, el héroe arrojado, sacrificado y fiel que siempre tenía la decisión correcta en sus manos, aunque esa decisión implicase su muerte. Raúl deseaba ser él, deseaba sacrificarse por Carla, morir por ella y ser testigo después de muerto del amor que eso despertaría en su corazón. Raúl era incapaz de confesárselo a sí mismo, pero su más hondo anhelo no era vivir el amor relajado que Carla le ofrecía, sino el torbellino de pasiones, traiciones y tormentas que desde siempre, desde siempre, le había estado negado. El tipo de amor que debían vivir los hombres como Tadeus. Por ese amor, se dijo Raúl, sería capaz de morir. No pensaba que después de morir no le quedaría tiempo para disfrutarlo. Sólo pensaba que lo último que oiría en su vida sería la melodía final de aquel baile de los secretos.

3

Melquíades se mantenía erguido en medio de la cabina, observando cómo se acercaban más y más a la horrorosa forma de la Voz. Un disco negro como una plataforma rodeaba sus pies, hacía que se adhiriesen al metal, y le ayudaban a mantener el equilibrio. Poco a poco iba encontrando más seguridad en aquello que llevaba dentro. Su mente empezaba a bullir con ideas nuevas sobre cómo usar esa sangre oscura y encantada. Ahora sabía que su destino había sido venir a Mandressla, más allá del suplicante humano y de las pueriles consignas de aquel Atelier oscuro que tan lejano sentía ahora. Que se quedasen los hombres mortales con su amor podrido. Que danzasen hasta consumirse en su baile de los secretos. Él tenía una misión más importante. Apretaba en su puño la llave que había extraído del corazón de aquella maldita mujer. Se esforzaba por olvidar su mirada, la truculenta sensación

de suciedad y abandono que le había lamido el alma cuando sus ojos se encontraron. Ponía todo su empeño en rechazar la humanidad que había perdido. Intentaba regodearse en la expresión espantada de Tadeus cuando le miraba. Suponía que el espanto del amadís se debía más bien a que sus pies estaban adheridos al techo de la cabina en lugar de al suelo.

4

Sir Tadeus de Talgris intentaba apartar la vista del nictomante. Prefería centrar sus pensamientos en lo que pasaría a continuación, en aquella torre de los corazones negros que les salía al encuentro en la lejanía, que se iba haciendo más grande a medida que crecían también sus temores. Tadeus aceptaba esos temores, daba la bienvenida a la sensación de desasosiego, de vacío en el estómago. Era una vieja hermana. Aquella silueta puntiaguda le había arrebatado todo. Le picaba la mano que ya no tenía, sentía el peso de aquel apéndice negro, la sangre que había perdido le bullía en las venas. Empezaba a notar que echaba de menos a Tasianara. Sólo esa sensación hacía que tuviera ganas de abalanzarse sobre los pilares que sostenían la Voz y golpearlos hasta molerse los huesos. Había sido un estúpido, y como siempre, había llegado tarde. Ignoraba lo que encontrarían en la torre, pero sabía algo: quien allí estuviese pagaría por todo lo que había pasado. Bailarían juntos el baile de los secretos, y sería él quien guiaría la danza. Intentaba expulsar de su mente el pensamiento de que él era el primer y principal responsable de su infortunio. Quería ver sangre. Quería morir allí. Y no quería morir solo.

5

Mandressla me duele. Me duele. En este viaje insensato, en esta redención no pedida ni deseada. Me duele la pérdida. Me duele el último abrazo de Tasianara.

Nuestra muerte, delante. Nuestro pasado, concluido. Nuestro presente, negro. Nuestro futuro, una tumba. Sin alternativas. Sin huida posible. Sin motivos, sin solución. El negro vacío entre las estrellas. El Padre, su voz, su consuelo. La silueta de la torre, cerca, más cerca. Los demás, nerviosos. Satisfecha. Expectante. No por ellos. No por él. Nunca por él, nunca más. Ni su sonrisa. Ni su tacto de efímero. Ahora no. Ahora, la Voz. Ahora, el fin del baile de los secretos. Ahora, la muerte. Ahora, aquí, Mandressla me duele.

6

Los niños oscuros fueron los primeros en ver el dirigible acercarse. Junto a ellos, las estatuas tomaban posiciones. Los hombres de corteza se afianzaban unos contra otros. Señalaban con dedos mugrientos hacia el cielo. Las tumbas emergieron del suelo como erupciones de vapor. El pedestal del Oráculo surgió a su lado.

—Nos estaban esperando —dijo Tiræsius.

Frente a ellos, a menos de cincuenta metros, la Voz del Acero bullía. Los enamorados plagaban toda la superficie de su base como una compacta formación de hormigas carnívoras. El hedor de la Plaga llegaba hasta ellos. Les superaban en número en una proporción escandalosa.

—Es una tragedia que tengamos que luchar —protestó Baltasar—. ¿Por qué no puede ser todo como antes?

—Nunca puede ser como antes —le contestó el Oráculo—. Y no vamos a luchar solos.

A su espalda, un rumor de tierra se dejó oír, por encima de los lamentos de los enamorados. De las casas lejanas, de las calles y las avenidas, empezaron a salir figuras. Se acercaron lentamente a ellos. Eran los últimos, pero eran muchos. Los supervivientes de la Plaga, los que no habían sido infectados y habían conseguido esconderse, escapar de los sedosos dedos de la muerte durante aquellos meses de asedio. Baltasar soltó un suspiro agradecido. Se unían a ellos. La proporción se equilibró sensiblemente.

Nunca se pondrían de acuerdo sobre quién dio la orden primero. Sí coincidirían en que no importaba. En un momento, los dos bandos echaron a andar uno hacia otro. Unos imploraban piedad a los dioses que jamás les habían escuchado, otros exudaban su amor perdido a través de bocas babeantes. Era el fin.

Entonces algo captó la atención de Baltasar. En uno de los pilares de la Voz, alguien subía los escalones del primer piso. Sintió un escalofrío de reconocimiento.

—Vamos —susurró, mientras echaba a andar al paso del resto de los rebeldes—. Acaba con esto. Haz lo que has venido a hacer.

7

La tenían delante.

La abuela permanecía en silencio junto a ellos, con expresión concentrada. Las cruces que acompañaban su viaje se detuvieron a medida que el Oráculo frenó la marcha del dirigible. A esa distancia, la Voz era un ser mitológico, un animal antediluviano y colosal que surgiese desde las pesadillas de un dictador.

—Ha sido un honor compartir esta historia con vosotros. —Sir Tadeus desenvainó su espada por última vez—. Preparaos.

El zeppelin se aproximaba. De un brusco viraje, empezó a ascender aún más. La cabina se elevó por encima del último nivel.

—¡Ahora! —gritó, y se dejó caer.

8

—¡Ahora! —gritó el Relojero con un torrente de voz potente, desconocido en él.

Los engranajes rotaban enloquecidos. Soltaban chispas como relámpagos y draconianos escupitajos de vapor. Femtos sudaba. Ardelia lo contemplaba todo asomada al carillón central. La última palanca bajó.

Y de pronto, un chirrido increíblemente agudo partió en dos el infernal ajetreo de la maquinaria. Femtos y Ardelia se abrazaron, aterrorizados. El palacio entero se quejó como una bestia milenaria herida de muerte.

—¡NO! —gritó el Relojero, preso de una estupefacta incredulidad ante la muerte

de su ingenio, del mismo modo que lo estaría un padre al ver a su hijo partir para siempre.

El traqueteo disminuyó en breves segundos, engullido por el ojo del huracán del único lugar donde la maquinaria no funcionaba, el hueco de un engranaje del tamaño de la cabeza de un bebé. Un engranaje caído en el suelo y estrujado hasta formar aristas amenazadoras, que jamás llegaron a clavarse en los ojos de Melquíades.

9

Algo goteaba sobre la cara de Aisaan. Algo cálido. El olor cobrizo y penetrante llegó hasta él. Entreabrió los ojos, y ese simple gesto trajo consigo una marea de dolor. Deslizó un dedo sobre el puente de la nariz y vio lo que le estaba manchando. Era sangre. Alguien sangraba sobre su cabeza. Se sintió incapaz de moverse. Se imprecó por su inutilidad.

—Aisaan —dijo alguien.

Intentó enfocar la vista delante de él. El cuerpo de Emmeleia seguía colgando del árbol de espinas. Pero no era Emmeleia. Dentro de la capucha de su traje había un hombre joven, de pelo corto y expresión alucinada.

—¿Quién eres?

—Me alegro de conocerte, Aisaan. Ojalá no lo hubiera hecho nunca. Así no habríamos llegado a esto.

Aisaan no supo qué decir. Otra gota cayó sobre su ojo izquierdo, cegándole. Por el tiempo que había pasado, Emmeleia debía de haber muerto ya. Ignoraba quién era ese hombre, pero tuvo la sensación de que era importante.

—Escúchame —le dijo desde el árbol—. Voy a intentar descolgarme de aquí. Tenemos que llegar arriba. Pero tienes que ayudarme.

—¿Cómo? —dibujaron sus labios, sin que fuera capaz de sacar sonido alguno de su pecho.

—Aún soy el director de esta partida, cojones —dijo, y Aisaan supo que hablaba más para sí mismo que para él—. Puedo trampear un poco las cosas si quiero. Levántate.

Él no comprendió. Su maltrecho rostro debió de reflejarlo, porque el otro insistió.

—Que te levantes, te digo. Por ahora, puedes levantarte. No estás tan herido como parece. Ha sido sólo el shock de la paliza que te ha dado el Rencor.

Algo sucedió. En cuanto pronunció esas palabras, Aisaan sintió que la fuerza volvía de alguna manera a él. Sintió que era verdad lo que decía, que el dolor remitía levemente. Estaba ahí, pero empezaba a notar un vigor nacido de algún lugar desconocido que se arrastraba por su cuerpo en lentas ondas marinas. Alzó medio cuerpo. La hinchazón estaba bajando. Se apoyó en una rodilla. Había huesos rotos, pero ninguno que le hiciera falta para caminar. Dolía, vaya si dolía. Pero el dolor era sólo eso, dolor.

—Es sólo eso, dolor —estaba diciendo el hombre en el árbol—. Te acercas. Examinas un segundo las espinas que salen del árbol. No hace falta que tires, descubres un par de sitios donde podrías agarrarte sin que te rasguen. Si te encaramas, podrás sacarle. Calculas cómo lo vas a hacer. Te va a hacer falta un gran esfuerzo, y seguro que le va a doler como mil pares de demonios. No importa, se lo merece.

Lo que decía el desconocido tenía sentido para él. Examinó las espinas que salían del árbol. Encontró un par de salientes donde sostenerse sin despellejarse, trepó a ellos como cuando era un niño y jugaba con Emmeleia en los bosques flotantes del sur. Se afianzó y, tomando aire, dio un tirón con toda la fuerza que le quedaba. Chorros de sangre volaron por el aire como una salva en la boda de un príncipe. Cayeron los dos al suelo. El desconocido gritó. Su sangre empapó a Aisaan. Se iba a desangrar. Aisaan lo volteó y vio las heridas. Trozos de carne le colgaban del rostro, de las extremidades, del tronco. Había casi más de él en el árbol que entre sus brazos.

El suplicante se dispuso a invocar a su Señora. Una mano en la que sólo quedaban tres dedos se lo impidió.

—No —dijo el desconocido—. No lo hagas. Ahorra toda tu magia para cuando lleguemos arriba.

—¿Arriba? —preguntó Aisaan, perplejo.

—Hay unas escaleras detrás de la columna sur. —Señaló—. Las construyeron hace mucho, mucho tiempo. Suben hasta la cúspide. No va a ser fácil, pero tendrás que llevarme hasta allí.

Aisaan asintió, aturdido. Se preguntó cómo conseguiría llevarle hasta arriba sin que se deshiciera entre sus manos. Se echó un brazo maltrecho al hombro. Tiró de él. Los dos hombres acabados empezaron su agónica ascensión.

Ninguno notó que, detrás de ellos, una forma trasponía las escaleras del primer nivel. Se detuvo por un momento al pie de las escaleras. La brasa de un cigarrillo se iluminó a la altura de su rostro. Echó a andar hacia arriba, siguiendo su misma dirección. Llevaba un bulto cilíndrico bajo el brazo.

El viento silbaba en sus oídos, el aire frío congelaba sus cejas, atería cada centímetro de su piel, pero Tadeus sólo sentía euforia. Podía ver la cara del Rencor, la boca de lamprea dibujando una mueca feroz mientras descendía en picado hacia él. Tenía la oportunidad, y la fuerza, y el coraje. Caería sobre él, le ensartaría en su acero y le arrojaría por el borde de la torre. En su mente, ya lo había conseguido. Por eso no pudo creer lo que sucedió a continuación.

A medida que descendía, la bruma roja que envolvía la torre se revolvió hacia él como una serpiente. Vio con sorpresa cómo se condensaba y comprimía para recibirle. Cuando se adentró en ella, le pareció estar sumergiéndose en un lago helado. Por un momento, el mundo desapareció en una explosión roja. Una imagen se deslizó entonces entre sus pensamientos. Un rostro. Tasianara. No el monstruo que había visto en el lecho del Relojero, sino la niña elfa que le había marcado la piel con su contacto de estrella. Tadeus sintió un vacío enorme en el pecho, y supo que eso era la muerte.

Mi paladín, dijo la sunnai. Mi campeón. Tadeus fue incapaz de respirar. Esto es lo que he sufrido por ti. Era incapaz de acercarse más a la torre. Dijiste que me amabas. Sus alas se plegaron. Quiero que me veas. Empezó a caer. Quiero que no me olvides.

Todos vieron al amadís caer, sin haberse apenas acercado a la Torre. La bruma le escupió como un trozo de carne. Carne muerta. Entonces el banco de bruma se abrió como una flor. De él surgieron cinco tentáculos escarlata, nebulosos y gigantescos, que les hizo pensar en las serpientes de Auriale. Uno de los tentáculos de bruma roja se revolvió como un látigo hacia ellos. El golpe hizo temblar toda la cabina y les arrojó por el suelo. El dirigible entero se desvió de su curso, alejándose de la Voz.

—El Relojero ha fallado —dijo Melquíades, y a pesar de que el vendaval se tragó sus palabras, todos comprendieron—. Hemos perdido.

—¡Mirad! —gritó Raúl, señalando.

Las vieron todos a la vez, precedidas del mismo ulular infernal que habían oído en el palacio de las herejes. La profusa bandada de lechuzas apareció de los entresijos de la Voz y se extendió sobre la noche.

—Maldita sea el alba. —Melquíades enseñó una mueca feroz de dientes negros—. ¡Qué no perforen el dirigible!

Si iba a añadir algo más, no llegó a hacerlo. Una nueva sacudida de la bruma hizo que la cabina casi cayera. El titiritero se desasó del techo, rodó y se escurrió por el hueco de la puerta.

—¡Melquíades! —exclamó Raúl.

Mientras caía, una lengua negra y oleosa surgió de su boca exageradamente abierta. Se aferró al metal como la lengua de un sapo. Quedó suspendido en medio

del aire, a un suspiro de una caída mortal.

—Estamos jodidos —dijo Gus.

El resto de los celos rodeó la cabina. Se aplastaron contra los cristales en un revuelo demoníaco. Volaron esquivadas afiladas. El aire se había convertido en un cuchillo hecho de agudos chillidos de rapaz.

Raúl se arrastró como pudo hacia Gus.

—¡Tenemos que hacer algo! —le gritó.

—¿Qué coño quieres que hagamos? —se exasperó Gus—. ¡La última vez que te miré el culo no vi que tuvieras alas!

Los ojos de Raúl se salieron de sus órbitas.

—¡Eso es! —dijo—. ¡Estamos conectados! ¡Lo dijo el Oráculo! ¡Nosotros no somos ellos! ¡Ellos son nosotros!

—¿Y qué cojones significa eso?

—¡Qué *podemos* hacer algo!

Raúl echó a correr hacia la puerta. Antes de que Gus pudiera decir ni una palabra, saltó a través de ella. El chillido de su amigo se sostuvo en el aire, pero en lugar de perderse, se hizo más fuerte, se convirtió en un grito eufórico. Gus no lo pudo creer. A través de la ventana vio su descenso en picado. Dos alas blancas brotaban de su espalda rompiendo la camisa, de menor tamaño que las de Sir Tadeus, pero igual de firmes. Sus gafas volaron por el aire, al duro encuentro con los adoquines del suelo.

Raúl planeó torpemente hacia Melquíades. Algunas lechuzas extraviadas se batieron sobre él como si de un conejo se tratase. Una le clavó las garras en el hombro. Raúl manoteó en el aire. Un chorro de su propia sangre le manchó el rostro. Agarró como pudo una de las alas de la lechuza y la sacudió torpemente. El animal aleteó y se zafó de él. Pasó por debajo de uno de los monstruosos tentáculos. El olor que despedía le mareó. En ese momento llegó hasta Melquíades. Le agarró por la cintura. El titiritero mordió con fuerza la imposible lengua que le ataba al dirigible. La seccionó. La lengua comenzó a dar latigazos a diestro y siniestro, como la cola de un lagarto, espantando a los celos.

Raúl batió sus alas y ascendió hasta la puerta de la cabina. Jadeando como si acabase de correr una maratón, depositó a Melquíades en el suelo. El nictomante extendió sus manos hacia la puerta; un muro negro la cubrió al tiempo que los celos intentaban atravesarla.

Toda la cabina se sacudía. Los picos golpeaban el vidrio, abollaban el metal de las paredes. Los chillidos eran capaces de hacer perder la razón. Gus retrocedió, perdió el equilibrio y se arrastró lejos de la puerta. Un nuevo bandazo les levantó en vilo. Golpearon el techo y volvieron a caer contra el suelo. Los dientes de Gus rechinaron. Su vista se nubló. Apoyó una mano contra el cristal. Un pico lo atravesó, justo entre su dedo índice y pulgar.

—También tú puedes, Gus —dibujaron los labios de la abuela.

Tienes que hacer algo, se dijo. Haz algo. Estamos conectados, había dicho Raúl. Mira sus alas. La abuela ha dicho que tú también puedes... ¿qué? Los pensamientos se sucedían como un torrente en su mente desesperada. Piensa, piensa, piensa. La estrella. Parte de esa estrella eres tú. Puedes utilizar su poder. Puedes. Sé un héroe. No lo soy. Sálvalos. No sé cómo. El ulular continuaba clavándose en sus oídos.

Una mano se cerró sobre la suya.

—Déjame ayudarte —dijo Aleatha—. Piensa en el Dendrale.

Bastó con esas simples palabras. Llegó hasta él a través de aquel contacto helado, que era frágil y delicado sólo en la superficie. La sintió de manera tan suave, tan sutil y natural, que pensó que siempre había estado allí. Comprobó la maravilla de la vida en el cielo, del brillo sobrenatural de su espíritu sobre los absurdos efímeros, cuya vida duraba menos que un suspiro de sus congéneres. Estuvo a punto de perderse en aquella ensoñación de poder, pero un nuevo bandazo le hizo chocar contra el cristal. La estrella le contó lo que era capaz de hacer. Lo que eran capaces de hacer.

Gus y Aleatha alzaron las manos. Un brillo plateado refulgió en los ojos de ambos. Un parpadeo después, resonó el enorme estruendo de un trueno, tan fuerte que parecía haber partido la tierra en dos. La nieve se licuó. El cielo comenzó a vomitar una lluvia nacida de la desesperación, una furia ciega de constelaciones. El dirigible se sacudió como un juguete. Un alucinado Raúl contempló a Gus, aguantando el equilibrio en mitad de las turbulencias. Dos robustos y gruesos djals sustituían a sus cejas, deformaban su frente y de algún modo estilizaban su cara. No pudo creerlo. La profusa cortina de agua sorprendió a los celos en pleno vuelo. Los chillidos rabiosos fueron sustituidos por lastimeras llamadas de auxilio. Muchos cayeron, las alas empapadas, dejando un rastro de sangre chorreando por los cristales de la cabina.

Un puño atravesó uno de los cristales frontales. Un puño metálico. Al otro extremo estaba Sir Tadeus, cubierto de agua y sangre. Se agarraba con desesperación al borde que él mismo había hecho. También sus alas estaban empapadas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —dijo Gus.

No hizo falta que señalara. Detrás del caballero, los tentáculos se alargaban hacia el dirigible. Sintieron cómo atrapaban el globo. La presión hizo gemir a la cabina entera. Las tripas de Gus le dijeron que el dirigible no aguantaría la fuerza: iban a estrujarles como un pomelo.

Sin embargo, la presión se detuvo. Súbitamente, llegó hasta ellos un quejido de titanes. Todos los vieron al mismo tiempo, pero no supieron cómo debían reaccionar. Las juntas de metal de la torre absorbían la humareda roja, se la bebían del aire con fruición. Los tentáculos vacilaron. La escena a los pies de la torre se aclaró, pero donde esperaban ver la carnicería de un campo de batalla, vieron otra cosa.

—¿Qué cojones está pasando ahora? —aulló Gus.

11

Baltasar miraba a uno y otro lado. Los dos frentes estaban a menos de cincuenta metros uno de otro. Las expresiones rabiosas de los enamorados minaban el valor de los rebeldes. Se oían lamentos y oraciones, pero nadie se movía. La lluvia caía sobre ellos, medrando entre el silencio que no era tal en aquella tierra de nadie.

—Vamos —masculló Baltasar, forzándose a ignorar el sudor frío en su espalda—. Vamos, haced algo. Acabad con nosotros, barrednos de la faz de la ciudad, pero no os quedéis ahí mirándonos.

Alguien respondió a su estrambótica oración. De alguna parte de las filas de los rebeldes se adelantó una figura renqueante. Era una mujer. Se acercó hasta justo la mitad del espacio que separaba los dos malogrados ejércitos. De pronto, de entre las filas de los enamorados se adelantó también uno de ellos. Se dirigió a la mujer despacio, demostrando una cautela inusual en aquellos seres que habían llegado a identificar como diablos. Se detuvo delante de ella, en una caricaturesca versión del parlamento entre dos generales. Intercambiaron algunas palabras. Aunque Baltasar estaba demasiado lejos como para oír lo que decían, el viento extendió el tono de su conversación por todo el frente, sus palabras emocionadas, su llanto contenido en la garganta. La mujer tendió una mano, que el enamorado atrapó entre las suyas. Por un segundo se quedaron quietos, mirándose. Luego los dos se abrazaron, cayeron de rodillas en un llanto tan débil como inconfundible.

—¿Qué está pasando? —preguntó alguien cerca de Baltasar, sin saber que, sobre sus cabezas, Gus hacía la misma pregunta en ese instante—. ¿Qué están haciendo?

El viento erizaba la piel de Baltasar, y sin embargo una sensación de alivio se extendía por la parte interior de sus brazos, por su nuca, por su pecho.

—Se están reconciliando.

Más rebeldes y enamorados empezaron a acercarse unos a otros. Padres, esposos, amantes, volvían a encontrarse después de esa interminable noche. Se sinceraban unos con otros, se daban nuevas oportunidades. Se querían y se dejaban querer.

—El tiempo es lo único que mata al amor —dijo Baltasar para sí—, pero el perdón es lo único que lo cura.

12

La Voz engulló la niebla. El Rencor cerró los cinco dedos de la mano. Sus ojos se estrecharon ante lo que sucedía a los pies de la torre. Al mismo tiempo, la plataforma entera tembló. Un quejido metálico recorrió la estructura metálica, desde la base hasta la cúspide. Carla supo leer en los ojos de la criatura.

—Se te acaba el amor, hijo de la gran puta —le dijo—. Estás perdiendo.

Él la miró con la mezcla de asco y sorpresa con que se mira a un insecto en la comida. Se giró hacia el dirigible, y abrió las hileras de dientes de su boca. Carla chilló.

Un chorro de vapor rojo surgió de las entrañas del Rencor, ascendiendo como un geiser hacia el dirigible.

13

Algo entró en ebullición dentro de Melquíades. Sin saber lo que hacía ni por qué, saltó como un endemoniado encima de Aleatha.

—¡Apuñálame! —gritó.

Aleatha, boquiabierta, sólo pudo negar débilmente.

—¡He dicho que me apuñales! —aulló él. Guió con su propia mano la de Aleatha. La daga entró en el vientre de Melquíades; tiró de ella y se rajó el torso hasta el pecho. Un engrudo negro se derramó a sus pies. Melquíades sonrió. A la elfa se le erizó la piel.

El chorro de vapor atravesó la lona. Aleatha y Gus cruzaron una mirada. Los djals en la frente de ambos se contrajeron al mismo tiempo. La abuela se envolvió en su capa y se desvaneció. Raúl saltó a través de la puerta. El gas prendió.

El dirigible estalló.

La explosión sacudió la Voz del Acero hasta los cimientos. Una marea de fuego se expandió como las alas de un fénix. En la plataforma, Carla volvió a chillar.

Antes de que el fuego alcanzara la cúspide, una enorme mancha apareció en el centro de la deflagración. Absorbió el fuego como una boca ansiosa, como un túnel hacia los abismos entre las estrellas. Mientras planeaba hacia la plataforma, Raúl vio que en el centro de la mancha había un hombre oscuro, malencarado y antipático. Un

hombre que acababa de salvar la vida de todos ellos.

El cuerpo de Melquíades cayó a plomo hacia el vacío. Raúl sintió lástima por él.

Los pies de Aleatha tocaron el suelo un segundo antes que los de Gus. La elfa ya corría hacia el Rencor, que sostenía a Carla en sus brazos como un amante.

—Ah —dijo la criatura—. Los elfos.

Agitó la esfera en su dirección. Una fuerza desconocida lanzó a Aleatha como una muñeca por encima de la barandilla. Sólo sus reflejos hicieron que se agarrase al borde en el último momento. Una de sus dagas se perdió. Gus continuó en solitario su carrera hacia el Rencor.

—¿Qué pretendes hacer, Gus? —soltó un bufido despectivo—. Eres demasiado repulsivo, demasiado torpe, demasiado estúpido para estar aquí. Estás gordo, Gus. Nadie te quiere.

Gus se detuvo en seco. Sus brazos cayeron a los costados. La esfera giraba.

—¿No te has preguntado por qué te permiten los demás que les acompañes? ¿Por qué te han dejado siquiera acercarte a este lugar? Yo te lo diré, Gus: por lástima.

—¡Es mentira, Gus! —gritó Carla. Fue lo único que consiguió gritar. El Rencor la arrojó violentamente a un lado. Carla chocó contra la barandilla en el mismo lugar donde el corazón de Emmeleia se rompió para siempre. Todo se volvió oscuro.

—Lástima, Gus —prosiguió el Rencor—. ¿No has notado sus risas cuando les das la espalda? ¿Las miradas cómplices detrás de ti? Eres un lastre, Gus. No vales para nada.

Gus bajó la vista, incapaz siquiera de llorar. Tenía razón. Tenía razón en todo. Se sentó pesadamente en el suelo. El viento le despeinaba la melena. Las palabras del Rencor le despeinaban el alma. Había sucedido. Había fallado.

Un chillido agudo interrumpió la diatriba del Rencor. La primera cuchillada de Aleatha, destinada a clavarse en sus riñones, se encontró con un antebrazo de hierro.

—¿Nunca has luchado con un elfo en armonía con el Padre? —aulló la elfa—. Mírame, Rencor. Soy de aire y soy mujer. ¡Esta noche mis hermanos te verán morir!

La criatura retrocedió, esquivando las embestidas. Aleatha avanzaba. Barrió el suelo para derribarlo, pero el Rencor saltó. El tacón de su bota intentó clavarse allí donde estaba la cabeza de la elfa, que se puso fuera de su alcance con una voltereta. Tomó impulso, saltó e intentó apuñalarle el oído desde el aire. Volvió a bloquearla. Giró sobre sí mismo y descargó una brutal patada sobre el costado de Aleatha. Por puro instinto, la elfa interpuso el brazo. El ruido de los huesos al romperse hizo rechinar los dientes de Carla.

Una sombra cubrió el resplandor de la luna sobre él. Alzó la vista, y recibió una patada de Sir Tadeus en pleno rostro. El Rencor voló por los aires. Sir Tadeus no le dio tiempo a recuperarse. Cayó sobre él como un ave de presa. La espada guiada por la mano de sombra se hundió en el estómago del Rencor. El impulso arrastró a ambos

hasta el otro extremo de la plataforma. La criatura agarró a Tadeus por la nuca y le propinó un sonoro cabezazo, que le rompió la nariz y le envió al suelo. Se sacó la espada del vientre y la arrojó por el borde. Se situó encima de Tadeus, y fue entonces cuando Aleatha volvió a caerle encima. Su brazo roto colgaba a un lado de su cuerpo. Sus djals se retorcían. El dolor que exudaba su cuerpo era indecible. Pero seguía atacando ciegamente.

El Rencor saltó por encima de ella, cayó a su espalda. Cuando Aleatha se volvió, vio la esfera delante de su rostro. Vio Mandressla, los tejados blancos, la Voz en su centro. Sobre ella veía brillar la luna, veía el rostro de su padre, y la mirada de decepción que había en él. Has dejado morir a tu hermana, decía esa mirada. Has sido incapaz de salvarla, ¿cómo pretendes salvar a nadie? ¿Qué haces aquí? Aleatha se cubrió la cabeza con los brazos, golpeando el suelo y pidiendo perdón desconsoladamente. Descargó una cuchillada ciega y desesperada hacia adelante, pero el Rencor la esquivó con facilidad y se apartó de ella como si fuera algo desagradable y mugriento.

—Aquí tenemos al tullido —dijo, acercándose a Sir Tadeus—. El héroe roto. Has fallado a todos, ¿por qué iba a ser diferente esta vez?

Se agachó junto a él. Tadeus le estaba esperando. Le descargó un poderoso puñetazo en pleno rostro, que le desestabilizó. Las manos del amadís se cerraron sobre la garganta de la criatura. Le levantó, empleando toda la fuerza que le quedaba. Por Tasianara, se repetía mientras avanzaba con él hacia el borde de la Voz. Por Tasianara.

El Rencor se encogió, rodeó con las piernas la cintura del amadís y las flexionó. Le partió la columna vertebral. Tadeus cayó al suelo, de rodillas. En ese momento fue consciente de tener más sangre a sus pies que dentro de las venas. El monstruo se situó a su espalda. Tasianara, dijeron sus labios exhaustos.

Las alas del amadís emitieron un sonoro crujido cuando el Rencor las arrancó de cuajo. Tadeus soltó un mugido de bestia antediluviana. Se desplomó. Dos huesos sanguinolentos emergían de su espalda goteando sangre y carne mutilada. Sus pupilas se dilataron, la vida se cristalizó en ellas, y no fueron más que pozos vacíos. Un charco rojo se empezó a formar en el suelo enrejado bajo su cuerpo inerte.

Un grito se dejó oír sobre ellos, y fue creciendo en intensidad hasta que Raúl se estrelló contra el Rencor. Fue como chocar contra una muralla de ladrillos. Dio con sus huesos en el suelo. Conoció por primera vez qué se siente al tener las costillas rotas. El Rencor movió un dedo, y las manchas de la Plaga se multiplicaron en su piel. Raúl rugió, pero ya no era Raúl.

—Segundón —le escupió la criatura—. Jamás valdrás lo que vale Gabriel. Carla jamás te querrá tanto, ni tan intensamente. Eres un simple borrón, un recuerdo pasajero, un polvo por compasión. Ni siquiera puedes calentarle la cama. No te

atreves a que te compare con él. Y sabes por qué. Porque saldrías perdiendo.

Las palabras del Rencor llegaron hasta Carla, cuya vista se empezaba a centrar. Quiso hablar, pero le faltaba el aire a causa del golpe. Boqueó. Intentó con todas sus fuerzas ponerse en pie.

—¿No te gusta la verdadera cara del amor? —preguntó la criatura—. Voy a hacerte el favor de tu vida librándote de este amor. Vas a arrancarle el corazón a tu querida Carla. Y vas a ser consciente de lo que haces.

Raúl empezó a arrastrarse hacia Carla. Las lágrimas corrían por su piel apergaminada. A su espalda, la criatura rió.

—Rencor.

El interpelado se giró. Melquíades estaba de pie sobre la barandilla de la plataforma. Tenía quemaduras y heridas abiertas por todo su cuerpo. De ellas supuraba una niebla negra como los sueños de los verdugos, que se arremolinaba y condensaba a su alrededor. Una expresión de suficiencia asomaba a las comisuras de sus labios. A su espalda, en mitad de la bruma, se desveló una enorme sonrisa sin cuerpo, por encima de la cabeza de Melquíades, retando al Rencor a un juego para el que esta vez, quizá, no estaba preparado.

—Ya has demostrado que puedes vencer a los hijos de la luz —dijo el nictomante—. ¿Por qué no pruebas ahora con nosotros?

—Será un placer —respondió el Rencor.

14

Carla seguía intentando ponerse en pie. Luchaba con toda su alma contra el pavor, la histeria, el dolor y la rabia que se la repartían como depredadores ante una presa inmóvil. Raúl se le acercaba, el rictus demudado, goterones de baba negra manchando el suelo a su paso. En el centro de la plataforma, Melquíades y el Rencor luchaban como dos demonios. Las sombras de uno se abrazaban a las llamas del otro, mientras la cima de la torre a su alrededor se iba destruyendo. La esfera de nieve brillaba como una pequeña estrella en la mano del Rencor. Melquíades sostenía en la suya una llave negra, que negaba todo resplandor a su alrededor.

A sus pies, los demás agonizaban.

—Carla.

Giró la cabeza. Sintió un mareo infinito.

Su abuela estaba junto a ella, envuelta en una túnica celeste.

—Tú eres el origen de todo, Carla. Tú eres Aisaan. Tú eres Mandressla.

—¿Abuela? —articuló—. ¿Qué... qué?

—Piensa en eso, Carla. Es importante.

Una zarpa se cerró en su tobillo. Raúl la arrastró hacia sí. Carla ni siquiera pudo gritar. Sin embargo, en lugar del mordisco que esperaba, Raúl le dio un beso en la mejilla con sus labios agrietados y febriles.

—Te quiero —gruñó—. Hazle caso a tu abuela; acaba con esto, antes de que acabe con nosotros.

Carla se apoyó en su abuela para levantarse. Su firme contacto estaba lejos de los temblorosos devaneos a los que la maldita enfermedad le había relegado. Izada por los brazos de su abuela, Carla se sintió de nuevo la niña que fue, indefensa pero a la vez protegida por el manto de sus nanas, por la inexpugnable armadura de su cariño, por el caparazón eterno de sus historias antes de dormir. Se dejó aupear, apoyada en ella mientras recuperaba el aliento. El Rencor y lo que hubiera dentro de Melquíades se despellejaban el uno al otro con una fiereza animal. A sus pies, Raúl se debatía contra el amor que ella misma había despertado. Gus se hacía un ovillo, casi catatónico, plegado en su propia autocompasión. Aleatha se abrazaba las rodillas como la niña que ya no podía permitirse ser. Carla sintió una infinita misericordia por todos ellos, y entonces fueron claras las palabras de su abuela. Tú eres Aisaan.

—Déjame, abuela —pidió. Se desprendió de su tacto como un niño se desprende de la mano de su padre y empieza a pedalear por primera vez.

—Te quiero —le dijo a Raúl, mientras le acariciaba la barbilla—. Te quiero a ti. Quiero estar contigo. Quise mucho a Gabriel, pero tú me das algo más. Métetelo en la cabeza. No tienes que morir por mí, sino vivir conmigo.

Echó a andar como si nunca lo hubiese hecho, como un resucitado en dirección al torbellino rojo y negro que restallaba en mitad de la plataforma. Los gritos de Melquíades y el Rencor sonaban como si el cielo se rasgase en dos. Se agachó junto a Gus. Le miró a los ojos.

—Ay, mi Gustavo —le dijo—. No has fallado a nadie. Ni siquiera a ti mismo. Te lo dije, no quedan princesas que salvar. No tienes que venir a salvarme para demostrar que vales. Tienes que enfrentarte al mundo real. Esa es la princesa que tienes que rescatar. Y sé que lo conseguirás, porque te quiero.

Volvió a avanzar dos pasos. Una centella roja pasó rozando su costado. Agitó su pelo, pero no se permitió vacilar. Tocó con la punta de los dedos los djals de Aleatha.

—Tu hermana te quería, sombraestrella —murmuró a su oído—. Y no es la única. No niegues el sufrimiento que te dará el amor, porque estarás negando también la felicidad. Y esa es la que no se olvida.

Pasó junto al cuerpo muerto de Tadeus. Hizo frente a él una señal que ni ella

misma entendió, aunque sí su significado. Ve en paz, amigo. Has encontrado el final que querías.

Frente a ella, Melquíades y el Rencor seguían enzarzados en su baile de muerte. Ambos sangraban con profusión. Resollaban como animales, pero seguían mutilándose salvajemente. Carla extendió una mano hacia el Rencor al mismo tiempo que Aisaan emergía por la trampilla que daba a la escalera del nivel inferior, con un jirón de carne llamado Gabriel a cuestas. Sólo él pudo entender las palabras de Carla, pues sólo él era capaz de elevar semejante súplica a su Señora.

Carla dijo

—*ego te absolvo*

Y tocó la espalda del Rencor.

Él se volvió bruscamente hacia ella. En sus ojos sanguinolentos y desencajados fue perfectamente visible una sensación como nunca antes habían presenciado en él. El Rencor estaba asustado.

—¿Qué me has hecho? —masculló.

—No he sido yo —dijo Carla—. Ha sido la ciudad.

Tiempo después, Raúl soñaría con ese momento. Dentro del sueño, vería que todo tenía sentido. Entendería a la perfección que su mano se extendiese sin que él se lo ordenara en dirección al Rencor, y que los dedos invisibles de Tadeus arrebatasen la esfera de las manos del Rencor a través de los suyos. Comprendería por qué la carne del Rencor perdió su tonalidad violácea, por qué menguó y volvió a recuperar la humanidad que su amor por Emmeleia le había arrebatado. Vería los tentáculos de Melquíades cerrarse sobre el cuello y las extremidades del Rencor, los brazos del titiritero extendidos hacia él, y la negrura infinita y ancestral entre esos mismos brazos. En el sueño, supo ponerle nombre a lo que impulsó a Aleatha cuando atravesó el aire de un salto y plantó un pie en el pecho del Rencor. Vio y encontró coherente que el Rencor se hundiese en la inabarcable oscuridad que comprendía el abrazo de Melquíades, y que su grito se oyese, cayendo, cayendo, cayendo por toda la eternidad.

Todo esto lo comprendería Raúl mucho después. En ese momento, sólo pudo centrar toda su atención en la esfera, que rodaba por el suelo. Se detuvo al golpear unos pies que se mecían, inseguros, como si fueran a salir volando en cualquier momento. Unos dedos delgados, hechos para acariciar rosas y firmar edictos y penas de muerte, se cerraron sobre ella.

—¡No! —gritó Aisaan.

Gabriel cerró sus dedos sobre la esfera.

Fue Emmeleia quien la levantó.

Tiene Mandressla en sus manos, había dicho Guille. Tenía razón. Emmeleia sostuvo frente a ellos la esfera con la ciudad en miniatura.

—Gabriel —dijo Carla, adelantando la mano—. Esto se ha terminado. Por favor, dame la esfera.

—Te quería —dijo la voz enajenada de Gabriel desde la garganta de Emmeleia—. Te quería tanto, Carla.

—Por favor, Gabriel.

—La culpa era tuya, Carla. Me habías secado el corazón. Me habías secado el corazón y habían tenido que ponerme otro.

—Gabriel. —Carla sollozaba—. Quédate conmigo, entonces. Te querré. Pero detén esto. Ya ha muerto demasiada gente por tu amor.

—¿Amor? —La mujer y el hombre atrapados en el mismo cuerpo torcieron el semblante—. ¿Qué mejor motivo hay para morir que el amor?

—Emmeleia.

De pronto, no hubo rastro de Gabriel en ese rostro híbrido. Emmeleia se giró. A su lado, Aisaan, el mismo hombre al que había amado, el mismo que le había roto el corazón al abandonarla, al rechazarla, estaba arrodillado frente a ella. Se había rasgado la túnica. Le ofrecía su pecho desnudo, lampiño y aterido de frío.

—He huido de lo que hice durante demasiado tiempo —dijo Aisaan—. Te rompí el corazón. Te doy el mío a cambio. Quédatelo, y que acabe esta pesadilla de una vez.

Emmeleia se quedó paralizada ante Aisaan. Por un instante, sus ojos rojizos sólo contemplaron aquel pecho virgen, el corazón que latía bajo la carne, los huesos que cederían sin esfuerzo a su contacto. Dejó caer la esfera al suelo. Su mano temblorosa se apoyó sobre la piel de Aisaan. Entonces sucedió algo. Algo que quizá no tuvo importancia. Algo que, quizá, la tuvo toda. Con el rabillo del ojo vio un movimiento a sus pies. Una rata surgió de alguna improbable esquina de la cúspide y se acercó a ellos, con pasos diminutos, cautelosos. Olisqueó levemente el cristal de la esfera, en el suelo. Se apoyó sobre ella, sus patas sucias acariciando la superficie, sobre los tejados, la nieve y los ventanales.

—Tómalo —repitió Aisaan—. Es lo que has querido desde el principio.

Los ojos de Emmeleia oscilaron entre la rata y el suplicante. Las patas sobre la ciudad. El corazón latiendo. Las patas. El corazón.

—No —dijo. Se apartó de él—. Te amo, Aisaan. Perdóname. Perdonadme, os lo ruego. Yo sólo... sólo...

No añadió nada más. Retrocedió hasta la barandilla. Se encaramó a ella. Miró hacia abajo.

—Lo siento —fueron sus últimas palabras.

—Eso no será necesario.

Todos se volvieron, sobresaltados. Había un hombre en la abertura que daba a las escaleras. Sostenía un pesado bulto bajo el brazo, envuelto en un lienzo marrón.

—Eso no será necesario, Emmeleia —dijo, acercándose a ella.

El hombre sostuvo el bulto, deslió el lienzo, se lo tendió.

—Madre mía —dijo Gus.

Entre las manos del hombre había un frasco de tamaño medio. Estaba lleno de un líquido parduzco, desagradable. En el líquido flotaba un corazón humano.

—Puede que ya no le sirviera a Gabriel —dijo—, pero estoy seguro de que tú podrás hacer que florezca.

Emmeleia no hizo nada. Nada en absoluto. Entonces se bajó de la barandilla. Fue en ese mismo instante cuando se separó. Su cuerpo cayó de pie, mientras que el de Gabriel cayó hacia delante, en brazos del hombre, que le depositó en el suelo. A pesar de las horribles heridas que le recorrían, Gabriel fue capaz de abrir los ojos.

—¿Quién coño eres? —consiguió articular.

—Te lo dije, Gabriel —respondió el hombre—. No le hagas daño a Carla. Ése ha sido tu único error.

Miraba a la abuela. Sonreía. Ella no.

—Lo demás —concluyó—, lo has hecho bien.

Y desapareció.

EPÍLOGO

LÁGRIMAS BLANCAS DE ALGODÓN

El amor es un anillo,
y un anillo no tiene fin.
Proverbio ruso

1

Aquella noche llovía sobre Mandressla. Seguiría lloviendo mucho tiempo. Así debía ser. Haría falta mucha agua para limpiar todos los pecados de aquella ciudad, para lavar el dolor de las calles. Quizá no resultaba adecuado para el entierro, pero nadie tuvo nada que objetar.

La luna estaba cubierta por nubarrones. Los candiles se afanaban por iluminar la escena. Todos estaban reunidos en torno a las tumbas. Cada uno echó una paletada de tierra. A pesar de las protestas que se habían sucedido desde que oyese la idea, Aleatha había terminado cediendo a que Tasianara tuviese un entierro humano. Cuando la tumba estuvo casi llena, arrojó a su interior su estrella petrificada.

—Cuida bien de ella —dijo, pero no miraba a la tumba de Tasianara. Se dirigía a la tumba que había justo a su lado, al nombre grabado en la lápida. Sir Tadeus de Talgris, Malleus Malleficarum de la Orden de Santiago—. O mi espíritu vivirá en los sueños de los tuyos hasta que las estrellas se apaguen.

Carla abrazaba a Raúl. Él lloraba, lloraba desconsolado mientras la tierra caía sobre la tumba de su hermano. Gus le apretaba el hombro. En ningún momento desviaron la vista hacia Gabriel, presente y circunspecto en un rincón de la comitiva. Había recuerdos que ni toda la lluvia del mundo podría borrar.

Aisaan quiso decir unas palabras para honrar la memoria de Guille, pero llegado el momento, se le quebró la voz y cayó de rodillas delante de su tumba. Fue Aaszia quien le consoló, dejando por un momento descuidada la tumba de Antinea.

No se sentían especiales. Las cinco tumbas eran sólo unos agujeros más en el cementerio, a la sombra sempiterna de la Voz del Acero. Sobre aquel pedestal que no

volvería a moverse, el Oráculo contemplaba la extensión de las tumbas nuevas, de todos los que habían muerto en Mandressla a causa de aquel amor demencial. Incluso su semblante de piedra se contraía en una máscara de congoja. Las estatuas habían vuelto a ser mujeres, ajadas y denostadas por la culpa de sus crímenes pasados. Los niños ciegos no tenían madres que les protegieran. Los supervivientes se dedicaban a llorar a los muertos.

—Nos merecíamos un final feliz —dijo Ardelia, contemplando aquel paisaje negro, abrazada a Femtos—. No necesitábamos una victoria, sólo vivir tranquilos.

Pero se equivocaba.

Aquello no era una victoria.

2

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Carla, mientras se secaba el pelo, húmedo de tanta tristeza.

—Pasará lo que siempre ha de pasar, cariño —le dijo su abuela—. La vida seguirá adelante. Las casas se reconstruirán. Las vidas también. Algunas heridas cerrarán; otras seguirán abiertas. Algún día alguien volverá a reír en Mandressla. Entonces sabremos que se está curando.

Habían vuelto al único sitio donde se habían sentido seguros. Los frascos seguían iluminando la piel del árbol, pero esta vez era corteza real. Los cuerpos que lo rodeaban volvían a ser hombres, y se afanaban en atender a los muchos heridos que restaban.

—¿Qué haréis con ella? —preguntó Raúl.

Flotando en el interior del estanque como una sirena malhadada, Emmeleia parecía soñar. La piel en su pecho cicatrizaba bien. Los ojos de la mujer se movían detrás de los párpados. Estaba soñando.

—Espero que tenga pesadillas —espetó Gus.

—No digas eso —le recriminó Carla—. Ya está bien de rencor. Va siendo hora de un poco de perdón.

—¿Perdón? —exclamó él—. ¿Después de todo lo que ha pasado, esperas que podamos perdonarla? ¿Estás de coña?

—No espero que lo hagas, Gus —respondió ella—. Espero que lo intentes.

Por una vez, las ácidas réplicas de Gus se quedaron en el lugar donde las

fabricaban. Raúl se volvió hacia Penélope y preguntó:

—¿Podremos volver?

—Podréis —afirmó Baltasar, situándose al lado de la abuela—. Sólo tenéis que pedírselo.

Señaló con un dedo al árbol, desnudo sin la corteza humana que lo había cubierto.

—¿Tan sencillo como eso? —preguntó Carla.

—Hemos pasado ya demasiadas complicaciones —dijo el anciano.

Ellos asintieron. Volver a casa. Sólo había que pedírselo.

—¿A qué esperamos? —dijo Raúl.

—Un momento —dijo Gus—. Yo creo... creo que me quedo.

—¿Cómo? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

El muchacho respiró hondo.

—Tenías razón, Carla. No quiero enfrentarme al mundo. No quiero ser un adulto, quiero salvar a la princesa. Y en el otro lado no puedo hacerlo. Así que prefiero quedarme aquí.

—Pero —empezó ella. Se detuvo cuando vio la expresión de su amigo—... te voy a echar de menos, gilipollas.

Carla le rodeó el cuello con los brazos. Le apretó fuerte contra sí.

—No pasa nada —dijo él—. Tendrás al gafotas para distraerte. Aunque no es tan gracioso como yo.

Ella sonrió, aunque lloraba. Sabía que tardaría mucho en dejar de hacerlo.

Mientras Raúl y Gus se abrazaban, Gabriel se acercó a ellos. Las cicatrices que recorrían su cuerpo eran desagradables, truculentas. Parecía haber encogido. Una mansedumbre extraña había hecho nido en sus ojos.

—Yo también me quedo —les anunció. Raúl recibió sus palabras con una frialdad distante. Apartó la vista cuando Carla se acercó a él y le acarició la mejilla.

—¿Estás seguro?

—Aquí queda mucho trabajo por hacer —asintió él—, y puesto que soy el responsable, más me vale colaborar.

—Ay, Gabriel —dijo ella—. Si no aprendes a perdonarte a ti mismo, tendrás que esperar mucho antes de que los demás te perdonen.

Antes de que pudiera responder, se puso de puntillas y le besó por última vez. Fue un beso cálido, tierno y terroso como el contacto de la arena mojada entre los dedos. Gabriel atesoraría ese último beso hasta el día de su muerte.

Carla anudó su mano a la de Raúl.

—¿Nos vamos?

3

La lluvia seguía cayendo sobre el cementerio, bajo la sombra de la Voz. Una figura paseaba entre las tumbas recién excavadas. Se detuvo delante de una. Manipuló la parte delantera de sus greguescos, y empezó a orinar encima de ella. El chorro humeante bañó el nombre grabado en la lápida.

—Te lo dije —susurró—. Te quedaste a erradicar el mal en Mandressla, y has muerto solo. Lo único que no consiguió erradicar Sir Tadeus de Talgris fue la estupidez de su mollera.

Después de terminar, permaneció unos momentos inmóvil frente a la tumba. Su labio inferior tembló. Respiró profundamente.

No se sobresaltó cuando una voz desgarró el velo de la lluvia.

—¿Ajustando viejas cuentas? —dijo el Oráculo.

—Algo parecido.

—¿Sabe tu Madre que todavía te emocionas así?

Una mano surgió del surco que había dejado el orín. Una mano negra que, después de librarse del brazo al que estaba pegada, volvió a su dueño. El Oráculo resplandecía con luz azul, de pie encima de su pedestal. Los besos volvían a cubrir su cuerpo.

—¿Sabe el muerto que vive bajo esta tumba que su estatua le ha robado la conciencia? —preguntó.

—Cuidado con lo que dices.

—Cuidado con lo que dices tú, Óscar —replicó—. No confundas los términos. Aunque te hagas llamar Oráculo, sigues siendo una estatua. Nada más.

—¿Y qué eres tú?

—Nada —respondió—. Para nadie. Soy sólo un recuerdo, alguien que estuvo de paso, que vio lo que ocurrió, y que lo contará algún día. Puede que mi propia tumba termine bebiendo mis recuerdos y contándoselos a alguien.

—Es posible —concedió él, casi divertido—. ¿Dónde irás ahora?

—Tengo algunos encargos que hacer —dijo Melquíades, dándose la vuelta—. Algunas cosas que buscar.

Extrajo de su jubón una esfera negra, con un símbolo arcano y antiguo grabado en ella. La agitó mientras se alejaba de él, camino abajo. Su pregunta se perdió en el viento nocturno.

En la otra mano llevaba un objeto oscuro y alargado, que hacía girar entre los dedos como la moneda de un prestidigitador.

El árbol aguardaba. Raúl y Carla se acercaron a él, hundiéndose en el agua hasta las rodillas. La abertura negra se abría ante ellos.

—Sólo entramos y basta, ¿verdad? —quiso saber Raúl.

—Os llevará donde tengáis que estar —dijo Penélope.

—¿Qué quieres decir con nos? —preguntó Carla—. ¿Y tú, abuela?

Penélope cerró los dedos en torno a los de Baltasar.

—¿Es que no lo has adivinado todavía, Carla?

Ella se quedó muda. Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. Se acercó a ella. Hizo ademán de abrazarla, pero en lugar de eso, le cerró el último broche de la túnica, a la altura de la garganta.

—No entiendo nada —sollozó, dirigiéndose a Baltasar—. ¿Por qué?

—Así debe ser, Carla —dijo la abuela—. Tú no me necesitas, Baltasar sí. Además, no he estado en este lado desde que me arrojé del balcón de mi palacio.

Carla tardó unos instantes en comprender. Se tapó la boca con la mano.

—Tú...

—Pase lo que pase, Carla —dijo su abuelo—, asegúrate de mantenerte alejada del hombre que le dio el corazón a Emmeleia. Si le vuelves a ver algún día, da media vuelta y corre en la dirección contraria. Donde sea. Como sea. Por favor.

—Es él quien empezó todo esto, ¿verdad? —preguntó ella—. ¿Quién es?

—Bueno —dijo la abuela—. Puede decirse que en todas las familias hay ovejas descarriadas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Carla.

—Buen viaje, cariño. Recuerda, el amor es un anillo, y un anillo no tiene fin. La muerte es sólo un paso más del baile. Lo que ha muerto en un lado vive en el otro.

Le lanzó algo redondo, que ella atrapó al vuelo. Al mismo tiempo, Raúl tiró de ella hacia adentro. Las últimas palabras que oiría pronunciar a su abuela se quedaron grabadas a fuego en su mente. Mientras se hundía en la negrura de las entrañas del árbol, una miríada de preguntas resonaron en sus oídos. Pero, entonces, ¿Javi? ¿Guille? ¿Tadeus? ¿Antinea?

¿El Rencor?

Todo se volvió negro.

Carla se levanta de un salto. Le duele el cuello. Se ha quedado dormida en la mesa del salón. Vuelve a ser de noche, o quizá no ha llegado a amanecer. Las hojas de papel y los dados siguen desordenados encima de la mesa. La vela no es más que un pegote de cera renegrida en el centro. Tiene la esfera apretada entre sus manos. Está sola.

Se levanta. Enseguida ve a Raúl, tirado en el suelo, junto a una silla caída. Le sacude.

—¿Eh? —dice él, y entonces la reconoce.

Se abrazan. Les basta un segundo para recordarlo todo. La lluvia golpea el cristal de la ventana. Se sientan el uno frente al otro, en silencio, incapaces de hablar de todo lo que ha pasado. Pasan los minutos. No dicen nada. Al final, Carla abre la boca.

El móvil suena. Los dos dan un salto.

—Tengo un mensaje de voz.

Marca el número del buzón. Espera.

Una voz suena al otro lado del teléfono.

—*¿Carla? Carla, ¿dónde estáis? ¿Por qué cojones no cogéis el teléfono? Estoy llamando a Raúl, pero el muy gilipollas no me responde. Ya estoy en casa. ¿Te acuerdas que le dije a Gabriel que su vela olía raro? Pues ya sé qué es. Es una cosa que... bueno, que se ha metido un amigo mío en una fiesta. Lo traje desde Puerto Rico, creo, de un sitio que se llama San Pedro de Ipanema, o de Macadamia, o algo parecido. Es un alucinógeno muy potente. Hace efecto oliendo el humillo de la vela. Es como el popper, pero natural, y creo que mucho más fuerte. Todo el que huela esa mierda va a empezar a flipar en colores. Tened cuidado, porque os puede volar la cabeza. Yo mismo la he olido sólo un rato, y me he pasado toda la noche soñando cosas raras. No quiero ni pensar lo que le puede pasar a tu abuela si el humo llega hasta su habitación. No sé cómo cojones se le ha ocurrido a Gabriel traer algo así a tu casa. Desde luego, este tío siempre ha estado colgado. Bueno, haz el favor de decirle a Raúl que llame a casa, ¿vale? Mamá quiere saber a qué hora va a volver. Dile que le he llamado, que encienda el puto móvil y le haga algo de caso a su pobre hermano.*

6

El teléfono enmudece. Carla ve en la expresión anonadada de Raúl que él también lo ha oído. Un temblor incontrolable se apodera de ella.

Raúl es el primero en levantarse. Le quita la esfera y la deja sobre la mesa de juego. Le ayuda a incorporarse. Así, cogidos de la mano, se dirigen a la puerta del pasillo, a la habitación de la abuela de Carla. La gata blanca pasa por delante del dintel antes de que lo crucen. Los dos intercambian una mirada.

Antes de salir del salón, Raúl echa un fugaz vistazo a la esfera, que Gabriel había regalado a Carla en su viaje. Se queda allí, sus lágrimas blancas de algodón cayendo sobre los tejados, tiñendo de blanco las calles, bañando la omnipresente silueta de la Torre Eiffel.

F I N